

DOCE HOMBRES COMUNES

CÓMO *el* MAESTRO Y CORRIENTES

FORMÓ A SUS DISCÍPULOS *para la* GRANDEZA,

y lo que ÉL QUIERE HACER CONTIGO



JOHN MACARTHUR

**DOCE
HOMBRES**

COMUNES Y CORRIENTES

**DOCE
HOMBRES**

COMUNES Y CORRIENTES

JOHN MACARTHUR



CARIBE-BETANIA
Una División de Thomas Nelson, Inc.
The Spanish Division of Thomas Nelson, Inc.
www.caribebetania.com

Betania es un sello de Editorial Caribe, Inc.
© 2004 Editorial Caribe, Inc.
Una división de Thomas Nelson, Inc.
Nashville, TN, E.U.A.
www.caribebetania.com
Título en inglés: Twelve Ordinary Men
© 2002 por John MacArthur
Publicado por W Publishing Group
A menos que se señale lo contrario, todas las citas
bíblicas son tomadas de la Versión Reina-Valera 1960
© 1960 Sociedades Bíblicas
Unidas en América Latina.
Usadas con permiso.
Traductor: *Eugenio Orellana*
Diseño y tipografía:
A&W Publishing Electronic Services, Inc.
ISBN: 0-88113-777-4
Reservados todos los derechos.
Prohibida la reproducción total
o parcial en cualquier forma,
escrita o electrónica, sin la debida
autorización de los editores.
Impreso en E.U.A.
Printed in U.S.A.

DEDICATORIA

A Irv Busenitz, por su leal amistad y dedicado servicio por más de tres décadas. Irv es un auténtico maestro y servidor desinteresado que fielmente ha invertido su vida en las vidas de otros hombres que vienen a estudiar al The Master's Seminary. Irv es el modelo ideal tanto del discípulo como del adiestrador de discípulos, habiéndose dedicado a cumplir 2 Timoteo 2.2: «Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros».

RECONOCIMIENTOS

ESTE LIBRO HA SIDO PUBLICADO GRACIAS al apoyo fiel y al aliento de David Moberg, Mark Sweeney, y el resto del personal de *W Publishing Group*. Por años hemos disfrutado de un estrecho y fiel compañerismo lo que me hace estar agradecido al Señor por el ministerio que estos queridos amigos han tenido en tantas de mis obras publicadas.

Estoy particularmente agradecido a Mary Hollingsworth y a Kathryn Murray del *WGroup*, quienes, bajo plazos muy cortos, trabajaron fuertemente para mantener este libro dentro del proceso editorial y de composición. Su amabilidad, paciencia y diligencia han sido ejemplares, aun bajo circunstancias difíciles.

Gracias también a Garry Knussman, quien hizo la lectura de pruebas en diferentes etapas y ofreció muchas sugerencias valiosas.

Mi gratitud especial es para Phil Johnson, quien ha trabajado a mi lado como mi editor principal por más de veinte años. Phil aplicó su talento en el proceso de trasladar este material desde transcripciones de mis sermones sobre Mateo 10 y Lucas 6, convirtiendo ambas series en una sola, asegurándose, además, de que el texto se mantuviera claro y atractivo.

CONTENIDO

[Reconocimientos](#)

[Introducción](#)

[1. Hombres comunes y corrientes, un llamado poco común](#)

[2. Pedro, el apóstol impetuoso](#)

[3. Andrés, el apóstol de las cosas pequeñas](#)

[4. Jacobo, el apóstol de la pasión](#)

[5. Juan, el apóstol del amor](#)

[6. Felipe, el analítico](#)

[7. Natanael, en quien no hay engaño](#)

[8. Mateo, el cobrador de impuestos; y Tomás, el gemelo](#)

[9. Jacobo el menor, Simón llamado Zelote, y Judas \(no el Iscariote\) que era el apóstol con tres nombres](#)

[10. Judas, el traidor](#)

[Notas](#)

[Acerca del autor](#)

INTRODUCCIÓN

HACE MÁS DE VEINTE AÑOS, mientras predicaba del Evangelio de Mateo, di una serie de estudios sobre el carácter de los doce apóstoles. Los mensajes fueron extraordinariamente bien recibidos. Produjimos de esa serie un casete con guía de estudio, titulado *Los hombres del Maestro*. A través de los años hemos transmitido por radio varias veces la serie completa en el programa *Grace to You*. Cada vez que lo ponemos en el aire, genera un cada vez mayor flujo de reacciones positivas de parte de la audiencia. Después de veinte años, ese casete sigue siendo una de las series más populares de todo lo que hemos producido.

Hace unos cuantos años, empecé a enseñar en nuestra iglesia el Evangelio de Lucas versículo por versículo. Cuando llegué a Lucas 6.13-16 (donde Lucas registra el llamado de Jesús a los Doce) prediqué una nueva serie de mensajes sobre los apóstoles. De nuevo, la reacción fue sorprendente y entusiasta. Mientras predicaba la serie, me di cuenta de que una generación completa había nacido y llegado a la edad de adultos desde que habíamos estudiado por última vez la vida de los discípulos. Esta generación se identificó con estos hombres en la misma forma en que sus padres lo habían hecho más de dos décadas antes.

Algunas personas que han prácticamente memorizado la primera serie dicen que siguen encontrando cosas sorprendentemente nuevas, relevantes y prácticas en las vidas de los discípulos. Con mucha rapidez la nueva serie se ha transformado en favorita por lo que la gente me empezó a insistir en que combinara todo el material sobre los apóstoles en un libro. No necesité que me insistieran mucho para hacerlo. El libro que tiene en sus manos es el resultado de esto.

Siempre me he sentido fascinado con las vidas de los doce apóstoles. ¿Quién no lo está? Los tipos de personalidad de esos hombres nos son familiares. Ellos son como nosotros y como otras personas a las que conocemos. Son asequibles. Son personajes reales y vivos con los que nos podemos identificar. Sus defectos y debilidades, así como sus triunfos y características encantadoras, aparecen registrados en varios de los relatos más fascinantes de la Biblia. Son hombres a quienes de verdad *queremos* conocer.

Y esto se debe a que, en todo sentido, fueron hombres comunes y corrientes. Ninguno era reconocido por su erudición ni por su gran saber. No eran oradores ni teólogos. De hecho, vivían al margen de lo que era el sistema religioso de los días de Jesús. No sobresalían por talentos naturales o habilidades intelectuales. Por el contrario, todos eran proclives a equivocarse, a fallar, a tener actitudes erróneas, a que les faltara la fe y a experimentar amargos fracasos; y el mejor ejemplo de esto era el líder del grupo, Pedro. Incluso Jesús expresó que eran lentos para aprender y de cierta manera torpes espiritualmente (Lucas 24.25).

Ellos representaban todo el espectro político. Uno era un ex zelote; es decir, un hombre radical, decidido a derrotar al gobierno romano por la vía de la violencia. Otro había sido recaudador de impuestos, prácticamente un traidor a la nación judía, en pugna con Roma. A lo menos cuatro, y posiblemente siete, eran pescadores y amigos íntimos de la ciudad de Capernaum, y es probable que se conocieran desde niños. Los otros tal vez hayan sido comerciantes o artesanos, porque no se nos dice nada sobre lo que hacían antes de llegar a transformarse en seguidores de Jesús. La mayoría era de Galilea, una región dedicada a la agricultura en la intersección de rutas comerciales. Y Galilea siguió siendo la base de operaciones para la mayor parte del ministerio de Jesús y no (como algunos podrían suponer) Jerusalén en Judea, que era la capital política y religiosa de Israel.

Pero con todas sus fallas y debilidades de carácter, como hombres comunes y corrientes que eran, después de la ascensión de Jesús, estos hombres dejaron un impacto indeleble en el mundo. Su ministerio sigue ejerciendo influencia en nosotros hasta el día de hoy. Dios, por su gracia, los capacitó y usó para inaugurar la difusión del mensaje del evangelio y trastornar el mundo (Hechos 17.6). Hombres comunes y corrientes, gente como usted y yo, se transformaron en instrumentos por medio de los cuales el mensaje de Cristo se llevó hasta los confines de la tierra. ¡No es de sorprender que sean personas tan fascinantes!

Los Doce fueron seleccionados y llamados personalmente por Jesús. Él los conocía como solo su Creador los podía conocer (cf. Juan 1.47). En otras palabras, Él conocía todas sus fallas mucho antes que los eligiera. Incluso sabía que Judas lo habría de traicionar (Juan 6.70; 13.21-27), y aun así escogió al traidor y le concedió todos los privilegios y bendiciones que dio a los demás.

Piense en las implicaciones de esto: Desde nuestra perspectiva humana, la propagación del evangelio y el establecimiento de la iglesia dependieron enteramente en doce hombres cuyas características más notables eran su condición de hombres sencillos. Jesús los seleccionó y los preparó para un tiempo que se mide mejor en meses que en años. Les enseñó las Escrituras y teología. Los disciplinó para que vivieran una vida piadosa (enseñándoles, por medio del ejemplo, a orar, a perdonar y a servirse mutuamente con humildad). Les dio instrucción moral. Les habló de las cosas que habrían de suceder. Y los empleó como instrumentos para sanar a los enfermos, echar fuera demonios y hacer otras obras milagrosas. Incluso tres de ellos, Pedro, Jacobo y Juan, pudieron ver a Jesús brevemente en su gloria en el monte de la transfiguración (Mateo 17.1-9).

Fue un breve pero intenso programa de discipulado. Y cuando terminó, la noche que Jesús fue traicionado, «todos los discípulos, dejándole, huyeron» (Mateo 26.56). Desde un punto de vista terrenal, el programa de entrenamiento parecería un fracaso monumental. Parecía que los discípulos habían olvidado o pasado por alto todo lo que Jesús les había enseñado sobre que cada uno tomara su cruz y lo siguiera. De hecho, su propia sensación de fracaso era tan profunda que, por un tiempo, decidieron volver a sus antiguas ocupaciones. E incluso en eso, parece que fracasaron (Juan 21.3-4).

Pero, alentados por el Señor resucitado, volvieron a su llamado apostólico. Cuando recibieron el poder del Espíritu Santo en Pentecostés, asumieron valientemente la tarea para la cual Jesús los había llamado. El trabajo que emprendieron continúa hasta el día de hoy, dos mil años después. Ellos son la prueba viviente de que la fuerza de Dios se hace perfecta en la debilidad. Por sí mismos, es evidente que eran ineptos para la tarea (cf. 2 Corintios 2.16). Pero Dios los llevó en triunfo en Cristo y a través de ellos difundió «en todo lugar el olor de su conocimiento» (versículo 14).

Para tener una idea de la brevedad de su tiempo terrenal con Jesús, piense en que el ministerio completo de Jesús desde su bautismo a su resurrección duró solo unos tres años. Y el entrenamiento intensivo con los discípulos duró aproximadamente la mitad de ese tiempo. En su obra clásica, *The Training of the Twelve*, A. B. Bruce dice que para cuando Jesús identificó y llamó a los Doce de un grupo más numeroso de seguidores (Mateo 10.1-4; Lucas 6.12-16) ya había pasado la mitad de su ministerio terrenal:

La selección que hizo Jesús de los doce... es un hito importante en la historia del Evangelio. Divide el ministerio de nuestro Señor en dos partes de casi la misma duración, pero desiguales en cuanto a la extensión y la importancia del trabajo hecho en cada una. En el primer periodo, Jesús trabajó solo. Sus obras milagrosas estuvieron confinadas en su mayor parte a una región limitada, y su enseñanza fue principalmente de carácter elemental. Pero cuando eligió a los doce, el trabajo del reino había asumido dimensiones tales que se requirieron organización y división del trabajo; y la enseñanza de Jesús empezó a ser más profunda y de una naturaleza más elaborada, y sus actividades de misericordia se desarrollaron en un área más amplia.

Es probable que la selección de un número limitado para que fueran su compañía cercana y sus compañeros constantes haya llegado a ser una necesidad para Cristo, como resultado de su éxito en ganar discípulos. Sus seguidores, suponemos, habían llegado a ser tantos que se transformaron en una carga y un impedimento para sus movimientos, especialmente en las largas jornadas que distinguieron la última parte de su ministerio. Era imposible que todos los que habían creído pudieran ir con Él en el sentido literal, a donde Él quisiera ir: el número tan grande no podía ser ahora sino seguidores ocasionales. Pero Jesús quiso que ciertos hombres seleccionados estuvieran con Él en todo tiempo y lugar, que le acompañaran en todos sus viajes, que fueran testigos de todo lo que hacía y que le ministraran en sus necesidades diarias. Y así, en las singulares palabras de Marcos, «... [Jesús] llamó a sí a los que él quiso; y vinieron a él. Y estableció a doce, para que estuviesen con él, y para enviarlos a predicar» (Marcos 3.13-14).¹

Eso significa que esos pocos hombres, cuyos trasfondos eran en negocios mundanos y ocupaciones terrenales, tuvieron poco más de dieciocho meses de preparación para la tarea monumental a la que habían sido llamados. No hubo un segundo violín, ni sustitutos, ni un plan B por si los Doce fracasaban.

La estrategia parece riesgosa en extremo. En términos terrenales, la fundación de la iglesia y la difusión del mensaje del evangelio dependían enteramente de esos doce hombres comunes y corrientes con todas sus debilidades, y uno de ellos incluso tan diabólico como para traicionar al Señor del universo. Y toda la preparación de ellos para el trabajo tomó menos de la mitad del tiempo que típicamente se necesita para obtener un título en un seminario hoy en día.

Pero Jesús sabía lo que estaba haciendo. Desde su perspectiva divina, el éxito final de su estrategia en realidad dependía del Espíritu Santo actuando en estos hombres para cumplir su voluntad soberana. Era una misión que no podía fallar. Por eso es que fue un

trabajo por el cual solo Dios merece la alabanza y la gloria. Aquellos hombres fueron meramente instrumentos en sus manos, de la misma manera que usted y yo podemos ser instrumentos de Dios hoy. A Dios le encanta usar tales medios comunes y corrientes, «lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia » (1 Corintios 1.27-29). Los dos mil años de triunfo del esfuerzo apostólico son un testimonio de la sabiduría y el poder de la estrategia divina.

A veces, en la Escritura a los Doce se les llama «discípulos », *mathetes* en el texto griego (Mateo 10.1; 11.1; 20.17; Lucas 9.1). La palabra significa «aprendices, estudiantes». Esto es lo que fueron durante los meses que pasaron bajo el tutelaje directo y personal del Señor. Él tenía multitudes de discípulos, pero estos doce fueron específicamente llamados y escogidos para un cargo apostólico único. Por lo tanto, también se les llama «apóstoles», *apostoloi* en el griego. La palabra sencillamente quiere decir «mensajeros, enviados ». A ellos se les dio el cargo singular de embajadores y la autoridad de ser voceros de Cristo. Lucas en especial usa este término en su evangelio y a través del libro de los Hechos y reserva esta palabra casi exclusivamente para los Doce. Mateo habla de «apóstoles», solo una vez (Mateo 10.2); en las demás partes, se refiere a los «doce discípulos», (11.1; 20.17) o a «los doce» (26.14, 20, 47). De igual manera, Marcos usa el término «doce discípulos» solo en una ocasión (Marcos 6.30). En otros lugares, siempre se refiere a los apóstoles como «los doce» (3.14; 4.10; 6.7; 9.35; 10.32; 11.11; 14.10, 17, 20, 43). Juan también usa la palabra *apostolos* solo una vez, en un sentido no técnico (Juan 13.16). La mayoría de las versiones en idioma español traducen la expresión como «enviado» o «mensajero». Al igual que Marcos, Juan siempre se refiere al grupo apostólico como «los doce» (Juan 6.67, 70-71; 20.24).

Lucas 10 describe un incidente donde se escogen setenta seguidores de Jesús y se les envía de dos en dos. Obviamente, se trataba de «enviados» y algunos comentaristas se refieren a ellos como «apóstoles», pero Lucas no emplea ese término para describirlos. Los Doce fueron llamados a un cargo específico. Y en los Evangelios y Hechos el término *apostoloi* casi siempre se refiere a ese cargo y a los doce hombres que fueron llamados específicamente y ordenados para dicho cargo. Hechos 14.14 y las epístolas paulinas dejan claro que el apóstol Pablo fue igualmente llamado a ocupar un cargo apostólico especial, el de «apóstol a los gentiles» (Romanos 11.13; 1 Timoteo 2.7; 2 Timoteo 1.11). El apostolado de Pablo fue un llamado único. Obviamente, él tuvo la misma autoridad y privilegios que los Doce (2 Corintios 11.5). Pero el apostolado de Pablo no se va a tratar en este libro porque nuestro enfoque aquí radica en los doce hombres que compartieron el ministerio público de Jesús con Él y que fueron sus amigos y compañeros más cercanos. Pablo no se convirtió sino hasta después de la ascensión de Cristo (Hechos 9). Él mismo dice que fue un apóstol como «un abortivo», nacido fuera de tiempo (1 Corintios 15.8). Habló con la misma autoridad y manifestó la misma unción milagrosa que tuvieron los Doce, y los Doce lo acogieron entre ellos y reconocieron su autoridad (cf. 2 Pedro 3.15-16), aunque él no fue uno de ellos.

El número doce es importante, porque Lucas dice que después de la ascensión de Jesús, los apóstoles escogieron a Matías para que supliera el lugar dejado vacante por

Judas (Hechos 1.23-26).

La función de un apóstol (incluyendo el cargo específico al cual el apóstol Pablo fue llamado) comprendía una posición de liderazgo y autoridad de enseñanza exclusiva en la primera iglesia. Los apóstoles, u otros muy cercanos a ellos, fueron los que escribieron los libros del Nuevo Testamento. Y antes que se escribiera el Nuevo Testamento, la enseñanza de los apóstoles fue la norma en la iglesia naciente. Empezando con los primeros convertidos en Pentecostés, todos los creyentes verdaderos reconocieron el liderazgo de los apóstoles (Hechos 2.37). Y a medida que la iglesia crecía, su fidelidad a la verdad se describe en estos términos: «Perseveraban en la doctrina de los apóstoles » (Hechos 2.42).

Los apóstoles recibieron un poder sobrenatural para hacer señales y prodigios (Mateo 10.1; Marcos 6.7, 13; Lucas 9.1-2; Hechos 2.3-4; 5.12). Esas señales daban testimonio de la verdad del evangelio, la cual los apóstoles habían recibido de Cristo y presentaron al mundo en su nombre (2 Corintios 12.12; Hechos 2.3-4).

En otras palabras, el papel de ellos fue fundamental. Ellos *son*, en un sentido real, el fundamento de la iglesia cristiana. «Siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo» (Efesios 2.20).

Estos estudios en las vidas de los apóstoles han sido para mí un especial deleite, y uno de los esfuerzos más fructíferos en mi vida. Mi más grande gozo es predicar a Cristo. Once de estos hombres tuvieron también esa pasión, dedicaron sus vidas a eso y triunfaron aun contra una abrumadora oposición. A pesar de sus defectos, ellos son para nosotros héroes dignos y modelos para imitar. Estudiar sus vidas es llegar a conocer a los hombres que estuvieron más cerca de Jesús en su vida terrenal. Es una bendición darnos cuenta de que eran personas comunes y corrientes como usted y yo. Que el Espíritu de Cristo que les enseñó y los transformó a ellos en vasos preciosos para el uso del Maestro, haga lo mismo con nosotros. Y que podamos aprender del ejemplo de ellos lo que en realidad significa ser discípulos.

1

HOMBRES COMUNES Y CORRIENTES, UN LLAMADO POCO COMÚN

Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia.

—1 CORINTIOS 1.26—29

DESDE LOS COMIENZOS MISMOS DE SU MINISTERIO PÚBLICO en su ciudad natal de Nazaret, Jesús fue tremendamente controversial. La gente de su propia comunidad literalmente trató de matarlo inmediatamente después de haber pronunciado su primer mensaje público en la sinagoga local. «Al oír estas cosas, todos en la sinagoga se llenaron de ira; y levantándose, le echaron fuera de la ciudad, y le llevaron hasta la cumbre del monte sobre el cual estaba edificada la ciudad de ellos, para despeñarle. Mas él pasó por en medio de ellos, y se fue» (Lucas 4.28-30).

Irónicamente, Jesús se hizo tremendamente popular entre la gente que vivía en la región de Galilea, que era más grande. A medida que empezó a circular la noticia de sus milagros, por toda la zona, grandes multitudes venían a verle y a oírle hablar. Lucas 5.1 dice que «el gentío se agolpaba sobre él para oír la palabra de Dios». Un día, la gente era tan numerosa y lo presionaba tanto que Él tuvo que subirse a un bote y alejarse de la orilla lo suficiente como para seguir hablándoles desde allí. No por pura coincidencia, el bote que escogió Jesús pertenecía a Simón. Jesús habría de darle un nuevo nombre, Pedro, y Pedro habría de llegar a ser la persona dominante en el círculo íntimo de los discípulos.

Algunos podrían pensar que si Jesús hubiera querido que su mensaje tuviera el máximo impacto, debió de haber explotado más efectivamente su popularidad. La sabiduría convencional moderna quizás sugiera que Jesús debió de haber hecho todo lo posible para explotar su fama, atenuar las controversias provocadas por su enseñanza y emplear cualquiera estrategia que hubiese podido usar para aumentar las multitudes alrededor de Él. Pero Jesús no hizo eso; más bien, hizo todo lo contrario. En lugar de tomar la ruta populista y explotar su fama, enfatizó las cosas que hacían de su mensaje algo tan controversial. Para el tiempo cuando las multitudes alcanzaron su punto máximo, Él predicaba un mensaje que causaba tanta oposición abierta, y era tan ofensivo en su contenido, que las multitudes se alejaron, quedándose sólo unos pocos fieles (Juan 6.66-67).

Entre los que permanecieron con Él estaban los Doce, a quienes Él personalmente había seleccionado y designado para que lo representaran. Eran doce hombres comunes y corrientes, sin nada excepcional. Pero la estrategia de Cristo para adelantar su reino giró en torno de estos doce hombres en lugar de en las multitudes que lo aclamaban. Decidió trabajar a través de la disponibilidad de estos pocos individuos llenos de fallas más

bien que llevar a cabo su agenda a través de la fuerza de las multitudes, el poder militar, su popularidad personal, o una campaña de relaciones públicas. Desde una perspectiva humana, el futuro de la iglesia y el éxito a largo plazo del evangelio dependían enteramente de la fidelidad de ese puñado de discípulos. Si ellos fallaban, no había un plan B, es decir, un plan alternativo.

La estrategia que Jesús escogió tipificaba el carácter de su reino. «El reino de Dios no vendrá con advertencia, ni dirán: He lo aquí, o he lo allí; porque he aquí el reino de Dios está entre vosotros» (Lucas 17.20-21). El avance del reino no es «con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos» (Zacarías 4.6). Una docena de hombres bajo el poder del Espíritu Santo son una fuerza más poderosa que las muchedumbres cuyo entusiasmo inicial por Jesús había sido aparentemente provocado por poco más que simple curiosidad.

Cristo personalmente escogió a los Doce e invirtió la mayor parte de su energía en ellos. Los escogió antes que aquellos lo escogieran a Él (Juan 15.16). El proceso de selección y llamamiento se produjo en diferentes etapas. Una lectura superficial de la Escritura puede hacer suponer que Juan 1.35-51, Lucas 5.3-11 y el llamamiento formal de los Doce en Lucas 6.12-16 son relatos que se contradicen sobre cómo Cristo llamó a sus apóstoles. Pero no hay contradicción. Los pasajes sencillamente están describiendo diferentes etapas del llamamiento de los apóstoles.

En Juan 1.35-51, por ejemplo, Andrés, Juan, Pedro, Felipe y Natanael se encontraron con Jesús por primera vez. Esto tuvo lugar cerca del comienzo del ministerio de Jesús, en el desierto próximo al río Jordán, donde Juan el Bautista estaba ministrando. Andrés, Juan y los otros estaban allí porque ya eran discípulos de Juan el Bautista. Pero cuando oyeron a su maestro señalar a Jesús y decir: «¡He aquí el Cordero de Dios!», siguieron a Jesús.

Esa fue la fase uno de su llamamiento. Fue un llamado a la *conversión*. Ilustra cómo cada discípulo es primero llamado a la salvación. Es necesario reconocer a Jesús como el verdadero Cordero de Dios y Señor de todo y aceptarlo por fe. Esa etapa en el llamamiento de los discípulos no significaba un discipulado de tiempo completo. Los relatos del Evangelio sugieren que aunque eran seguidores de Jesús en el sentido que con toda complacencia oyeron su enseñanza y se sometieron a Él como su Maestro, seguían en sus trabajos habituales, ganándose el sustento mediante una actividad regular. Por eso es que desde este punto hasta que Jesús los llamó a un ministerio de tiempo completo, a menudo los vemos pescando y reparando sus redes.

La fase dos de su llamado fue un llamado al *ministerio*. Lucas 5 describe el hecho en detalle. Esta fue la ocasión cuando Jesús se alejó de la orilla del mar para escapar de la presión de las multitudes y enseñó desde el bote de Pedro. Después que hubo terminado de enseñar, dijo a Pedro que navegaran mar adentro y echara las redes. Así lo hizo Pedro aun cuando no era la mejor hora del día para pescar (la pesca era más productiva por la noche cuando el agua estaba más fría y los peces subían a la superficie a comer), ni era el lugar más indicado (normalmente, los peces se alimentaban en aguas no muy

profundas donde era fácil pescar), y Pedro estaba exhausto (habiendo estado pescando durante toda la noche sin resultados). Le dijo a Jesús, «Maestro, toda la noche hemos estado trabajando, y nada hemos pescado; mas en tu palabra echaré la red» (Lucas 5.5). El resultado fue una pesca tan grande que sus redes se rompían y dos de sus barcas casi se hundieron (vv. 6-7).

Fue en el contexto de este milagro que Jesús dijo, «Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres» (Mateo 4.19). La Escritura dice que fue en este punto que «dejándolo todo, le siguieron » (Lucas 5.11). Según Mateo, Andrés y Pedro «dejando al instante las redes, le siguieron» (Mateo 4.20). Y Jacobo y Juan «dejando al instante la barca y a su padre, le siguieron» (v. 22). De ese punto en adelante, fueron inseparables del Señor.

Mateo 10.1-4 y Lucas 6.12-16 describen una tercera fase de su llamado. Este fue su llamado al *apostolado*. Fue a esta altura que Jesús seleccionó y nombró a doce hombres en particular y los hizo sus apóstoles. Así relata Lucas el hecho:

En aquellos días él fue al monte a orar, y pasó la noche orando a Dios. Y cuando era de día, llamó a sus discípulos, y escogió a doce de ellos, a los cuales también llamó apóstoles: a Simón, a quien también llamó Pedro, a Andrés su hermano, Jacobo y Juan, Felipe y Bartolomé, Mateo, Tomás, Jacobo hijo de Alfeo, Simón llamado Zelote, Judas hermano de Jacobo, y Judas Iscariote, que llegó a ser el traidor.

Su apostolado comenzó con una especie de internado. Cristo los mandó a salir. Marcos 6.7 dice que fueron de dos en dos. A esta altura, aún no estaban preparados para salir solos, de modo que Cristo los organizó en pares, de modo que pudieran ofrecerse apoyo mutuo.

A través de esta fase de su entrenamiento, el Señor mismo se mantuvo cerca de ellos. Fue como el águila madre, observando a los aguiluchos cuando empiezan a volar. Ellos siempre se comunicaban con Jesús informándole cómo marchaban las cosas (cf. Lucas 9.10; 10.17). Y después de un par de etapas de trabajo evangelístico, volvieron al Señor y se quedaron con Él para un tiempo más largo de enseñanza, ministerio, compañerismo y descanso (Marcos 6.30-34).

Hubo una cuarta fase en su llamado, la cual tuvo lugar después de la resurrección de Jesús. Judas ya no estaba con el grupo. Se había ahorcado después de haber traicionado a Cristo. En su cuerpo resucitado, Jesús se apareció a los once y los envió a todo el mundo, diciéndoles que fueran por las naciones haciendo discípulos. Este fue, en realidad, un llamado al *martirio*. Al final, cada uno de ellos dio su vida por el evangelio. La historia registra que todos, salvo uno, fueron muertos por su testimonio. Solo Juan se dice que llegó a anciano, aunque fue perseguido duramente por el nombre de Cristo, exiliándose en la pequeña isla de Patmos.

A pesar de los obstáculos que tuvieron que enfrentar, ellos triunfaron. En medio de grandes persecuciones e incluso del martirio, cumplieron con su tarea. Contra todas las

probabilidades, entraron victoriosos en la gloria. Y el testimonio continuo del evangelio, extendiéndose más de dos mil años y llegando prácticamente a todos los rincones de la tierra, es un testimonio a la sabiduría de la estrategia divina. No es extraño que nos fascinen las vidas de estos hombres.

Empecemos nuestro estudio de los Doce observando cuidadosamente la fase tres de su llamado: su selección y nombramiento al *apostolado*. Notemos los detalles según nos los da Lucas.

EL TIEMPO

Primero, es importante el tiempo en que ocurre este llamado. Lucas lo hace notar con la primera frase de Lucas 6.12: «En aquellos días». La Nueva Versión Internacional lo dice de esta manera: «Por aquel tiempo». Lucas no está hablando del tiempo que marca un reloj, o de días específicos de un mes específico. «Por aquel tiempo », y «En aquellos días» se refiere a un periodo de tiempo, una temporada, una fase específica en el ministerio de Jesús. Fue un intervalo en su ministerio, cuando la oposición arreciaba.

«En aquellos días» nos lleva inmediatamente al relato precedente. Esta sección del Evangelio de Lucas registra la violenta oposición que Jesús había empezado a recibir de parte de los escribas y fariseos. Lucas 5.17 es la primera mención que hace Lucas de los fariseos, y el versículo 21 es el primer uso de la palabra «escribas». (En el versículo 17 se menciona a los escribas junto con los fariseos como «doctores de la ley».)

Así, en Lucas 5.17 se nos confronta con los principales adversarios de Jesús, y el relato de Lucas de su oposición abarca todo el texto hasta el final del capítulo 5 y continúa en el capítulo 6. Lucas describe el conflicto creciente entre Jesús y los líderes religiosos del judaísmo. Ellos se levantaron en su contra cuando sanó a un paralítico y le perdonó sus pecados (5.17-26). Se opusieron al verlo comer y beber con cobradores de impuestos y pecadores (5.27-39). Se opusieron a Jesús también cuando les permitió a sus discípulos que arrancaran espigas y comieran el día de reposo (6.1-5), y cuando sanó a un hombre con la mano seca el día de reposo (6.6-11). Uno detrás del otro, Lucas relata estos incidentes y destaca la oposición creciente de los líderes religiosos.

El conflicto alcanza su punto culminante en Lucas 6.11. Los escribas y los fariseos «se llenaron de furor, y hablaban entre sí qué podrían hacer contra Jesús». Marcos y Mateo son aun más gráficos. Ellos dicen que los líderes religiosos querían destruir a Jesús (Mateo 12.14; Marcos 3.6). Marcos dice que los líderes religiosos lograron involucrar a los herodianos en el complot. Los herodianos eran una facción política que apoyaba la dinastía de los Herodes. Por lo general no eran aliados de los fariseos, pero los dos grupos se unieron contra Jesús y empezaron a tramar cómo darle muerte.

Es a esta altura precisa que Lucas intercala su relato de cómo Jesús escogió a los Doce y los nombró para que fueran apóstoles. Fue «en aquellos días», cuando la hostili-

dad contra Jesús había llegado al punto de procurar su asesinato. El odio por Jesús entre la élite religiosa había llegado al punto culminante. Jesús pudo sentir la presión de la proximidad de su muerte. La crucifixión estaba a menos de dos años de esa fecha. Él sabía que habría de sufrir la muerte de cruz, que resucitaría de entre los muertos y que después de cuarenta días ascendería a su Padre. Por lo tanto, también sabía que su trabajo terrenal habría de pasar a otros.

Había llegado el tiempo de seleccionar y preparar a sus representantes oficiales. Jesús, al tanto del odio que le tenían los líderes religiosos, absolutamente consciente de la hostilidad que se había levantado en su contra, viendo lo inevitable de su ejecución, eligió a doce hombres clave para llevar adelante la proclamación de su evangelio para la salvación de Israel y el establecimiento de su iglesia. El tiempo había llegado. No quedaban muchos días (solo unos dieciocho meses, según la estimación de la mayoría) antes que su ministerio terrenal llegara a su fin. Ahora era el tiempo de elegir a sus apóstoles. La preparación más intensa habría de comenzar de inmediato y ser completada en cuestión de unos meses.

El enfoque del ministerio de Cristo pasó entonces de las multitudes a estos pocos. Sin duda, fue la evidente realidad de su muerte a manos de sus adversarios lo que marcó el punto de cambio.

Hay otra cruda realidad en todo esto. Cuando Jesús escogió a los Doce para hacer de ellos sus representantes oficiales, es decir, predicadores del evangelio que habrían de proclamar su mensaje y su autoridad, Él no escogió a ni un solo rabí, ni a un escriba, ni fariseo ni saduceo. No escogió a un sacerdote. Ninguno de los hombres que escogió procedía del establecimiento religioso. La elección de los doce apóstoles fue un juicio contra el judaísmo institucionalizado. Fue un rechazo a aquellos hombres y a sus organizaciones que se habían corrompido totalmente. Por eso fue que Jesús no escogió a ni un solo líder religioso. En cambio, escogió a hombres que no tenían preparación teológica: pescadores, cobradores de impuestos y otros hombres comunes y corrientes.

Hacía mucho tiempo que Jesús estaba en pugna con aquellos que se veían a sí mismos como la nobleza religiosa de Israel. Se sentían agraviados. Lo rechazaban a Él y a su mensaje. Lo odiaban. El Evangelio de Juan lo dice de esta manera: «A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron» (Juan 1.11). Los líderes religiosos del judaísmo constituían el núcleo de los que lo rechazaban.

Aproximadamente un año y medio antes de esto, en uno de los primeros actos oficiales del ministerio de Jesús, Él había desafiado a los dirigentes religiosos de Israel en su propio terreno en Jerusalén durante la Pascua, la única ocasión en el año cuando la ciudad se veía colmada de peregrinos que venían a ofrecer sacrificios. Jesús acudió al templo, hizo un látigo con cuerdas, expulsó del templo a los que cambiaban dinero, echando por el suelo sus monedas, volcando las mesas y dejando libres a los animales (Juan 2.13-16). Con eso, dio un duro golpe al judaísmo institucionalizado. Desenmascaró a la nobleza religiosa exponiéndolos como ladrones e hipócritas. Condenó su bancarrota espiritual. Dejó al descubierto su apostasía. Públicamente condenó su pecado. Los acusó

de flagrante corrupción. Denunció su falsedad. Así fue como *comenzó* su ministerio. Fue un verdadero asalto a la religión institucionalizada de los judíos.

Varios meses más tarde, en el apogeo de su ministerio en Galilea, lejos de Jerusalén, el resentimiento que debe de haber nacido de ese primer evento había alcanzado su punto máximo. Los líderes religiosos estaban sedientos de sangre. Y empezaron a urdir una trama para darle muerte.

Su rechazo a Él fue completo. Eran hostiles al evangelio que Él predicaba. Despreciaban la doctrina de la gracia que sustentaba, rechazaban el arrepentimiento que exigía, miraban con desdén el perdón que ofrecía y repudiaban la fe que personificaba. A pesar de los muchos milagros que daban fe de sus credenciales mesiánicas, a pesar de ver con sus propios ojos cómo echaba fuera demonios, sanaba toda enfermedad y resucitaba muertos, no aceptarían nunca el hecho que Él era Dios en forma humana. Sencillamente lo odiaban. Y odiaban su mensaje. Jesús era una amenaza a su poder por lo que desesperadamente querían verlo muerto.

Por eso, cuando llegó el momento de que Jesús seleccionara a los doce apóstoles, fue lo más normal que no escogiera personas de la clase que estaba tan dispuesta a destruirlo. En cambio se volvió a sus humildes seguidores y de entre ellos seleccionó a doce hombres sencillos, comunes y corrientes, pertenecientes a la clase trabajadora.

LOS DOCE

Si alguna vez ha visitado las grandes catedrales de Europa, quizás haya pensado que los apóstoles eran notables santos como los que se muestran en los vitrales, con halos luminosos que representaban y exaltaban algún grado de espiritualidad. Pero la verdad es que eran hombres muy comunes y corrientes.

Es una lástima que a menudo se los ponga en pedestales como figuras de magnífico mármol o se los pinte como si fueran dioses de la antigua Roma. Eso los deshumaniza. Porque ellos eran simplemente doce hombres comunes y corrientes, humanos en todos los aspectos. No debemos pasar por alto quiénes eran realmente.

Hace poco leí una biografía de William Tyndale, quien fue pionero en la traducción de la Biblia al idioma inglés. Él creía que no estaba bien que la gente común oyera la lectura de la Biblia solo en latín y no en su propia lengua. Los líderes de la iglesia de aquellos días, increíblemente, no querían la Biblia en el idioma del pueblo porque, como los fariseos en los días de Jesús, temían perder su poder eclesiástico. Pero contra su oposición, Tyndale tradujo el Nuevo Testamento al inglés y lo publicó. Por su esfuerzo fue premiado con el exilio, la pobreza y la persecución. Finalmente, en 1536, fue estrangulado y quemado en la hoguera.

Una de las cosas que motivó a Tyndale a traducir la Escritura al idioma común fue una encuesta sobre el clero inglés que reveló que la mayoría de ellos ni siquiera sabía quiénes eran los doce apóstoles. Solo unos pocos pudieron nombrar cuatro o cinco de los apóstoles. Los líderes de la iglesia y los cristianos de hoy en día posiblemente no lo hagan mejor que los miembros del clero inglés. En realidad, lo que la iglesia institucional ha hecho al canonizar a estos hombres ha sido deshumanizarlos y hacerlos parecer lejanos y como si no fueran de este mundo. Es una extraña ironía porque cuando Jesús los escogió, los seleccionó no por alguna habilidad extraordinaria o una superioridad espiritual; más bien parece que en forma deliberada escogió a hombres que se destacaban por su sencillez.

¿Qué calificó a estos hombres para que fueran apóstoles? Obviamente no fue una capacidad intrínseca o un talento propio extraordinario. Eran galileos. No pertenecían a ninguna élite. A los galileos se los consideraba como de la clase baja, gente campesina y carente de educación. Eran plebeyos, insignificantes. Pero Jesús no los seleccionó porque hubieran sido más distinguidos o más talentosos que otros en el Israel de aquel tiempo.

Indudablemente, quienes van a ocupar este u otra clase de liderazgo en la iglesia, tienen que reunir ciertas cualidades morales y espirituales. De hecho, las exigencias para el liderazgo espiritual en la iglesia son extremadamente altas. Piense, por ejemplo, en las cualidades para el pastor o el anciano que aparecen mencionadas en 1 Timoteo 3.2-7:

Pero es necesario que el obispo sea irreprochable, marido de una sola mujer, sobrio, prudente, decoroso, hospedador, apto para enseñar; no dado al vino, no pendenciero, no codicioso de ganancias deshonestas, sino amable, apacible, no avaro; que gobierne bien su casa, que tenga a sus hijos en sujeción con toda honestidad (pues el que no sabe gobernar su propia casa, ¿cómo cuidará de la iglesia de Dios?); no un neófito, no sea que envaneciéndose caiga en la condenación del diablo. También es necesario que tenga buen testimonio de los de afuera, para que no caiga en descrédito y en lazo del diablo.

Tito 1.6-9 da una lista similar. Hebreos 13.7 también sugiere que los líderes de la iglesia deben ser un ejemplo de valores morales y espirituales, porque su fe debe ser la clase que otros quieran seguir, y tendrán que dar cuentas a Dios por la forma en que se condujeron. Estas son normas muy altas.

A propósito, las normas no son menos para las personas de la congregación. Los líderes son ejemplos para los demás. No hay normas «más bajas» para los miembros comunes y corrientes. De hecho, en Mateo 5.48 Jesús dijo a *todos* los creyentes: «Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto».

Francamente, nadie puede cumplir tal norma. Hablando humanamente, nadie «califica» cuando la norma es la perfección. Nadie está capacitado para estar en el reino de Dios y nadie es inherentemente digno de estar en el servicio de Dios. Todos han pecado y están destituidos de la gloria de Dios (Romanos 3.23). No hay justo, ni siquiera uno (Romanos 3.10). Recuerde, fue la madurez de Pablo la que confesó: «Yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien» (Romanos 7.18). En 1 Timoteo 1.15 él dice de sí

mismo que es el primero de los pecadores.

De modo que no hay personas intrínsecamente calificadas. Dios mismo debe salvar a los pecadores, santificarlos y luego transformarlos de descalificados en instrumentos que puede usar.

Los Doce eran como el resto de nosotros; fueron seleccionados de entre los indignos y los descalificados. Eran, como Elías, hombres sujetos «a pasiones semejantes a las nuestras» (Santiago 5.17). No alcanzaron a las más grandes alturas del servicio porque hayan sido de alguna manera *diferentes* de nosotros. Su transformación en vasos de honra fue únicamente obra del Alfarero.

Muchos cristianos se desalientan y descorazonan cuando su vida espiritual y su testimonio sufren por el pecado o los fracasos. Tenemos la tendencia de pensar que no valemos para nada, y si fuéramos dejados a nosotros mismos, ¡eso sería verdad! Pero las personas que no valen nada son precisamente la clase de gente que Dios usa, porque es la única clase de gente con la que cuenta para trabajar.

Satanás tal vez puede tratar de convencernos que nuestras deficiencias nos hacen inútiles para Dios y para su iglesia. Pero la elección que hizo Jesús de sus apóstoles da testimonio del hecho que Dios puede usar lo indigno y lo descalificado. Él puede usar a los don nadie. Estos doce trastornaron el mundo entero (Hechos 17.6). No fue porque tuvieran talentos extraordinarios, capacidades intelectuales excepcionales, poderosas influencias políticas o alguna condición social especial. Ellos trastornaron el mundo porque Dios trabajó en ellos para que lo hicieran.

Dios escoge a lo humilde, lo bajo, lo manso y lo débil, de modo que no haya la más mínima duda sobre cuál es la fuente de poder cuando sus vidas cambien el mundo. No es el hombre; es la verdad de Dios y el poder de Dios *en* el hombre. (Hoy día necesitamos recordarles esto a algunos predicadores. No es su inteligencia ni su personalidad. El poder está en la Palabra, la verdad que predicamos. y no en nosotros.) Y aparte de la Persona (un ser humano extraordinario que era Dios hecho carne, el Señor Jesucristo), la historia de la obra de Dios en la tierra es su historia usando lo indigno y moldeándolo para usarlo de la misma manera que el alfarero moldea el barro. Los Doce no fueron la excepción.

Por supuesto que los apóstoles merecen el lugar excepcional que ocupan en la historia de la redención. Por cierto que son dignos de ser considerados héroes de la fe. El libro de Apocalipsis dice que sus nombres adornarán las doce puertas de la ciudad celestial, la Nueva Jerusalén, de modo que el mismo cielo les rinde un tributo eterno. Pero tal hecho no disminuye la verdad que eran tan comunes y corrientes como usted y yo. Necesitamos recordarlos no por su imagen en los vitrales sino por la forma tan humana en que la Biblia nos los presenta. Debemos sacarlos de su oscuridad del otro mundo y conocerlos como personas reales. Necesitamos pensar en ellos como hombres de carne y hueso y no como figuras exaltadas del panteón del ritualismo religioso.

Sin embargo, tampoco debemos desestimar la importancia de su cargo. Después de su elección, los doce apóstoles de hecho se transformaron en los verdaderos líderes espirituales de Israel. La élite religiosa del Israel *apóstata* quedó simbólicamente a un lado cuando Jesús los escogió. Los apóstoles se transformaron en los primeros predicadores del nuevo pacto. Fueron los primeros a quienes se confió el evangelio cristiano. Ellos representaban al verdadero Israel de Dios, un Israel genuinamente arrepentido y creyente. También llegaron a ser las piedras fundamentales de la iglesia, con Jesús mismo como la piedra angular (Efesios 2.20). Estas verdades son resaltadas y no disminuidas por el hecho de que estos hombres fueron tan comunes y corrientes.

De nuevo, esto es perfectamente consecuente con la forma en que el Señor siempre trabaja. En 1 Corintios 1.20-21, leemos: «¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el disputador de este siglo? ¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo? Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación». Esa es la razón por la que no había filósofos, ni escritores brillantes, ni apologistas famosos, ni eminentes maestros, ni hombres que se hubieran distinguido como grandes oradores entre los que Cristo escogió. Ellos se *transformaron* en grandes líderes espirituales y en grandes predicadores bajo el poder del Espíritu Santo, pero no fue por habilidades oratorias innatas, capacidades de liderazgo o calificaciones académicas que hubiesen tenido estos hombres. Su influencia se debe a una sola cosa: el poder del mensaje que predicaban.

A un nivel humano, el evangelio era considerado un mensaje necio, y los apóstoles eran vistos como predicadores ingenuos. La élite consideraba su enseñanza de baja calidad. Los que la ofrecían eran simples pescadores y oscuros miembros de la clase trabajadora. Eran peones, gente del populacho. Así los valoraban sus contemporáneos. (Lo mismo ha sido cierto en cuanto a la verdadera iglesia de Cristo a través de la historia. También es cierto en el mundo evangélico de hoy en día. ¿Dónde están los intelectuales notables, los escritores más exitosos y los grandes oradores a quienes el mundo considera como tales? Por lo general, no se encuentran en la iglesia.) «Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles» (v. 26).

«Sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia» (vv. 27-29). Los instrumentos favoritos de Dios son los don nadie para que ningún hombre pueda jactarse en su presencia. En otras palabras, Dios escoge a quienes Él escoge para recibir *Él* la gloria. Escoge instrumentos débiles para que nadie atribuya el poder a instrumentos humanos en lugar de atribuírselo a Dios, quien ejerce autoridad sobre esos instrumentos. Tal estrategia es inaceptable para aquellos cuyo único propósito en la vida está dirigido a conseguir la gloria humana.

Con la notable excepción de Judas Iscariote, estos hombres no eran así. Por cierto

que, como todo ser humano caído, lucharon con el orgullo y la arrogancia. Pero la pasión de sus vidas llegó a ser la gloria de Cristo. Y es esa pasión, sometida a la influencia del Espíritu Santo, y no una habilidad innata o un talento humano, lo que explica por qué hicieron un impacto tan indeleble en el mundo.

EL MAESTRO

Tenga presente, entonces, que la selección de los Doce tuvo lugar en el tiempo cuando Jesús se enfrentaba con la realidad de su muerte inminente. Había experimentado una creciente hostilidad por parte de los líderes religiosos. Él sabía que su misión terrenal culminaría pronto con su muerte, resurrección y ascensión. De modo que desde este punto en adelante, el carácter de su ministerio cambió. Su prioridad número uno fue preparar a los hombres que serían los principales voceros del evangelio después que Él se hubiere ido.

¿Cómo los escogió? Primero, buscó la comunicación con su Padre. «En aquellos días él fue al monte a orar, y pasó la noche orando a Dios» (Lucas 6.12).

En los primeros cinco capítulos de su Evangelio, Lucas ya ha dejado claro que la oración era una norma en la vida de Jesús. Lucas 5.16 dice: «Mas él se apartaba a lugares desiertos, y oraba ». Era un hábito en Él buscar la soledad para hablar con su Padre. Cuando estaba en los pueblos y aldeas de Galilea, siempre estaba sintiendo la presión de las multitudes que lo seguían. Las regiones desérticas y montañosas le ofrecían el ambiente solitario adecuado para orar.

No sabemos *cuál* era este monte. Si importara, la Escritura nos lo habría dicho. En el norte de Galilea hay una gran cantidad de cerros y montañas. Este monte probablemente quedaba cerca de Capernaum, en el radio de una corta caminata. Capernaum era una especie de base del ministerio de Jesús. Él fue allí y pasó la noche entera orando.

A menudo vemos a Jesús orando antes que ocurrieran hechos trascendentales en su ministerio. (Recuerde que eso era lo que hacía la noche cuando fue traicionado; oraba en el huerto donde había encontrado soledad, lejos de la agitada atmósfera de Jerusalén. Judas sabía que allí podría encontrarlo, porque de acuerdo con Lucas 22.39, Jesús acostumbraba ir allí a orar.)

Aquí vemos a Jesús en toda su humanidad. Estaba en medio de una situación extremadamente cambiante. La hostilidad que se tramaba contra Él anticipaba su muerte. Le quedaba muy poco tiempo para preparar a los hombres que serían los encargados de difundir el evangelio por el mundo después de su partida. Y la fría realidad de los hechos lo llevó a lo alto del monte para poder orar a Dios en completa soledad. No había buscado la fama sino que había tomado forma de siervo, viniendo a la tierra como un hombre. El momento en que tendría que humillarse hasta la muerte, y muerte de cruz, se acercaba. Por eso fue a Dios como un hombre lo haría, buscando el rostro de Dios en oración y

comunicándose con el Padre acerca de los hombres que había escogido para esta función vital.

Nótese que pasó toda la noche orando. Si fue al monte antes que oscureciera, es probable que haya ido a las siete u ocho de la tarde. Si bajó del monte después del amanecer, tal vez fueran las seis de la mañana. En otras palabras, estuvo orando por lo menos diez horas seguidas.

Para decir que pasó toda la noche orando, se necesitan varias palabras en español. En el griego, sin embargo, se requiere una sola: *dianuktereuo*. La palabra es importante. Habla de seguir firmemente una tarea toda la noche. Para referirse a que se pasó la noche durmiendo, no se habría usado esta palabra. No es una expresión que se use para decir que estuvo oscuro toda la noche. Tiene el sentido de trabajar a lo largo de la noche, de mantenerse haciendo algo toda la noche. Sugiere que Jesús se mantuvo despierto en medio de la oscuridad hasta la mañana, y que perseveró todo el tiempo en oración con un inmenso peso de deber, de compromiso sobre Él.

Otra nota interesante surge del griego aunque no la vemos en español. Nuestras versiones dicen que Él «pasó la noche orando a Dios». La expresión en el griego en realidad significa que pasó toda la noche en la oración *de* Dios. Cada vez que Él oraba, oraba literalmente la oración de Dios. Estaba involucrado en una comunión intertrinitaria. La oración ofrecida era precisamente la oración de Dios. Los miembros de la Trinidad se comunicaban unos con otros. Sus oraciones eran todas perfectamente consecuentes con la mente y la voluntad de Dios, porque Él mismo es Dios. Y en eso vemos el increíble misterio de su humanidad y su deidad actuando a la misma vez. En su condición humana, Jesús necesitaba orar toda la noche; y en su deidad, oraba la auténtica oración de Dios.

Entienda lo siguiente: La decisión que Jesús habría de hacer muy pronto era de importancia tal que requería de diez a doce horas de oración preparatoria. ¿Qué era lo que pedía en su oración? ¿Claridad en cuanto a quiénes elegir? No lo creo. Como Dios omnisciente encarnado, la voluntad divina no era un misterio para Él. Sin duda que oraba por los hombres a quienes pronto escogería, comunicándose con el Padre acerca de la sabiduría absoluta de su elección y actuando en su calidad de Mediador a favor de ellos.

Cuando la noche de oración hubo llegado a su fin, regresó a donde estaban los discípulos y los reunió. («Y cuando era de día, llamó a sus discípulos», Lucas 6.13). No solo llamó a los Doce. En este contexto, la palabra *discípulos* se refiere a sus seguidores en un amplio sentido. La palabra en sí quiere decir «estudiante, aprendiz». Deben haber habido numerosos discípulos y de entre ellos, Él habría de escoger doce para que cumplieran el cargo de un apóstol.

En los días de Jesús era cosa común, tanto en la cultura griega como en la judía, que un prominente rabí o filósofo atrajera estudiantes. Su lugar de enseñanza no era necesariamente una sala de clases o un auditorio. La mayoría eran instructores ambulantes

cuyos discípulos sencillamente los seguían a través de un curso normal de la vida diaria. Esa es la clase de ministerio que Jesús mantuvo con sus seguidores. Él fue un maestro itinerante. Simplemente fue de lugar en lugar y, mientras enseñaba, atraía a la gente que seguía sus movimientos y escuchaba su enseñanza. El versículo 1 nos ofrece un cuadro de esto: «Aconteció en un día de reposo, que pasando Jesús por los sembrados, sus discípulos arrancaban espigas y comían, restregándolas con las manos». Caminaban con Él, siguiéndolo de lugar en lugar mientras enseñaba, espigando granos para comer mientras caminaban.

No sabemos cuántos discípulos tenía Jesús. En una ocasión, envió a setenta de ellos en pares para evangelizar las comunidades que Él visitaría más tarde (Lucas 10.1). Pero el número total de sus seguidores era indudablemente mucho más que setenta. La Escritura dice que multitudes lo seguían. ¿Y por qué no? Su enseñanza era absolutamente diferente a cualquiera otra en cuanto a claridad, y su autoridad era obvia. Él tenía la capacidad de sanar enfermedades, echar fuera demonios y resucitar muertos. Estaba lleno de gracia y verdad. No es sorprendente que atrajera a sí a tantos discípulos. Lo sorprendente es que alguien lo rechazara. Pero sí lo rechazaron, porque su mensaje era más de lo que podían soportar.

En Juan 6 vemos algo de esta dinámica. Al comienzo del capítulo, alimentó a más de cinco mil personas que habían salido a verlo. (Juan 6.10 dice que solo los hombres eran cinco mil. Si se contaban las mujeres y los niños, la multitud fácilmente pudo haber doblado ese número o ser aún mayor.) Fue un día maravilloso. Muchas de estas personas ya lo seguían en calidad de discípulos; en tanto que muchos otros sin duda que se apresuraban a serlo. Juan escribe: «Aquellos hombres entonces, viendo la señal que Jesús había hecho, dijeron: Este verdaderamente es el profeta que había de venir al mundo» (v. 14). ¿Quién era este hombre que podía producir alimento de la nada? Ellos pasaban la mayor parte de su vida en el campo, cosechando, criando animales y preparando comidas. ¡Pero Jesús podía sencillamente crear comida! Aquello cambiaría sus vidas. Deben haber pensado en el disfrute de tiempo libre y comida gratis, ya preparada. ¡Era esta la clase de Mesías que habían estado esperando! Según Juan: «Iban a venir para apoderarse de él y hacerle rey» (v. 15). Pero Él se les escapó mediante una serie de hechos sobrenaturales que culminaron con su caminata por sobre el agua.

Al día siguiente, la gente lo encontró en Capernaum, al otro lado del lago. Multitudes de ellos lo habían estado buscando, obviamente esperando que les diera más de comer. Pero él los regañó por seguirlo por motivos equivocados: «Me buscáis, no porque habéis visto las señales, sino porque comisteis el pan y os saciasteis» (v. 26). Cuando ellos insistieron en pedirle comida, Él les dijo: «Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo» (v. 51). Aquellas palabras resultaron tan difíciles de entender que ellos le pidieron que se las explicara. Él entonces, les dijo:

De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postremo. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él. Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimis-

mo el que me come, él también vivirá por mí. Este es el pan que descendió del cielo; no como vuestros padres comieron el maná, y murieron; el que come de este pan, vivirá eternamente. Estas cosas dijo en la sinagoga, enseñando en Capernaum (vv. 53-59).

Esta afirmación los ofendió tanto que muchos de sus discípulos empezaron a dudar sobre si lo seguirían o no. Juan escribe: «Desde entonces, muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él» (v. 66).

Así, los discípulos iban y venían. La gente se sentía atraída y luego desilusionada. Y en aquella ocasión particular descrita en Juan 6, Jesús incluso dijo a los Doce: «¿Queréis acaso iros también vosotros?» (v. 67). Pedro habló por el grupo cuando respondió: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (vv. 68-69).

Los que se quedaron eran gente a la que Dios soberanamente había traído a su propio Hijo (v. 44). Jesús también, en forma particular, los había traído hacia Él. Les dijo: «No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca» (Juan 15.16). Soberanamente los seleccionó y (con la excepción de Judas Iscariote, de quien Jesús sabía que lo traicionaría), soberanamente trabajó en ellos y a través de ellos para garantizar que perseveraran con Él, que produjeran fruto, y que su fruto permaneciera. Aquí vemos trabajando el principio de la gracia de Dios electiva.

La soberanía de su selección la vemos en una manera extraordinaria en la selección de los Doce. De un gran número de discípulos, quizás cientos de ellos, Él eligió a doce hombres en particular y los nombró para el cargo u oficio apostólico. No era un trabajo para el cual se anduvieran buscando interesados o voluntarios. Jesús los escogió soberanamente y los nombró, en presencia del grupo más grande.

Este fue un momento notable para esos doce hombres. Hasta ese momento, Pedro, Jacobo, Juan, Andrés, Natanael, Mateo y los otros eran solo parte de la multitud. Eran aprendices como cualquier otro del grupo. Habían estado siguiendo, escuchando, observando y absorbiendo las enseñanzas del Maestro. Pero todavía no tenían ningún papel oficial de liderazgo. No habían sido nombrados para ningún cargo que los separara de los demás. Eran rostros en la multitud hasta que Jesús los seleccionó e hizo a doce de ellos apóstoles.

¿Por qué doce? ¿Por qué no ocho? ¿Por qué no veinticuatro? El número doce está lleno de valores simbólicos. Doce eran las tribus de Israel. Pero Israel era apóstata. El judaísmo de los tiempos de Jesús representaba una corrupción de la fe del Antiguo Testamento. Israel había abandonado la gracia divina a favor de la religión por obras. Su religión era legalista. Estaba llena de hipocresía, obras farisaicas, regulaciones humanas y ceremonias sin sentido. Era herética. Estaba basada en los descendientes físicos de Abraham en lugar de en la fe de Abraham. Al escoger a doce apóstoles, Jesús en realidad estaba estableciendo un nuevo liderazgo para el nuevo pacto. Y los apóstoles representaban a los nuevos líderes del verdadero Israel de Dios, formado por personas que

creían el evangelio y eran seguidores de la fe de Abraham (cf. Romanos 4.16). En otras palabras, los doce apóstoles simbolizaban el juicio contra las doce tribus del Israel del Antiguo Testamento.

Jesús mismo hizo la conexión con toda claridad. En Lucas 22.29-30, les dijo a los apóstoles: «Yo, pues, os asigno un reino, como mi Padre me lo asignó a mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino, y os sentéis en tronos juzgando a las doce tribus de Israel».

La importancia del número doce se haría inmediatamente obvia a casi todos los israelitas. Las afirmaciones mesiánicas de Jesús fueron claras a todos los que escucharon sus enseñanzas. Él habló constantemente de su reino venidero. Mientras tanto, por todo Israel, la esperanza de que el Mesías apareciera pronto y estableciera su reino era cada vez mayor. Algunos creyeron que Juan el Bautista sería ese Mesías, pero Juan señaló a Cristo (cf. Juan 1.19-27). Ellos sabían muy bien que Cristo tenía todas las credenciales mesiánicas (Juan 10.41-42). Él no era la clase de líder político que esperaban, por eso fueron tan lentos para creer (Juan 10.24-25). Pero sin duda que entendieron las afirmaciones que hacía lo que los llenó de esperanza.

De modo que cuando nombró públicamente a los doce para que fueran sus apóstoles, la importancia de ese número fue contundente y clara. Los apóstoles representaban a un Israel completamente nuevo, bajo el nuevo pacto. Y su nombramiento, pasando por alto el sistema religioso del judaísmo oficial, significaba un mensaje de juicio contra la nación de Israel. Evidentemente, estos doce hombres comunes y corrientes no fueron destinados a desempeñar un papel común y corriente. Se pusieron en el lugar de la cabeza de las doce tribus. Eran prueba viviente de que el reino que Jesús estaba por establecer era completamente diferente del reino que la mayoría de los israelitas esperaban.

Lucas 6.13 dice: «Escogió a doce de ellos, a los cuales también llamó apóstoles». El título solo era significativo. El verbo griego *apostello* significa «enviar». La forma de sustantivo, *apostolos*, significa «uno que es enviado». La palabra del español apóstol es una transliteración más que una traducción de la palabra griega. Los apóstoles fueron «enviados». Pero no fueron simples mensajeros. La palabra griega para «mensajero» era *angelos*, de la cual obtenemos la palabra «ángel». Un *apostolos* era algo más importante que un mensajero o un heraldo; *apostolos* comunicaba la idea de embajador, delegado, representante oficial.

En arameo, la palabra tiene un paralelo exacto: *shaliah*. (Recuerde que en el tiempo de Jesús, la lengua común en Israel, la lengua que el mismo Jesús habló, no era el hebreo sino el arameo.) En ese primer siglo de cultura judía, el *shaliah* era un representante oficial del Sanedrín, el concilio de gobierno de Israel. Un *shaliah* ejercía todos los derechos del Sanedrín. Hablaba por ellos, y cuando hablaba, lo hacía con su autoridad. Se le otorgaba el mismo respeto y deferencia que al concilio mismo. Pero nunca entregaba su propio mensaje; su tarea era entregar el mensaje del grupo al que representaba. El cargo de un *shaliah* era bien conocido. Los *shaliah* eran los encargados de arreglar disputas leales o religiosas, y actuaban con toda la autoridad del concilio completo. Al-

gunos rabíes prominentes también tenían sus *shaliah*, «enviados» que enseñaban su mensaje y los representaban con toda su autoridad. Aun la *mishnah* judía, que era una colección de tradiciones orales concebidas originalmente como un comentario de la Ley) reconocían la función del *shaliah*. Dice: «El enviado por el hombre es como el hombre mismo». De modo que la naturaleza del cargo era bien conocida por el pueblo judío.

Así que cuando Jesús nombró apóstoles, estaba diciendo algo muy familiar al pueblo en esa cultura. Estos eran sus delegados. Eran sus *salía* de confianza. Hablaban con su autoridad, entregaban su mensaje y ejercían su autoridad.

LA TAREA

El cargo familiar del *shaliah* en esa cultura definía virtualmente la tarea de los apóstoles. Obviamente, Cristo delegaría su autoridad a estos doce y los enviaría con su mensaje. Ellos lo representarían como delegados oficiales. Prácticamente todos en esa cultura entendieron instantáneamente la naturaleza del cargo u oficio. Estos doce hombres, comisionados como apóstoles de Jesús, hablarían y actuarían con la misma autoridad de quien los enviaba. «Apóstol» por lo tanto, era un título de gran respeto y privilegio.

Marcos 3.14 registra este mismo hecho: «Y estableció a doce, para que estuviesen con él, y para enviarlos a predicar». Nótese el proceso de dos pasos. Antes que fueran enviados a predicar, los atrajo a sí. Era absolutamente necesario que estuvieran con Jesús antes de ser enviados. De hecho, no es sino hasta Lucas 9.1 que Jesús reúne a los Doce y les da autoridad sobre los demonios y poder para sanar enfermedades. A esa altura, Él literalmente delegó en ellos su poder milagroso. Por eso en Lucas 6, los identifica, nombra y los pone bajo su directa y personal tutela («que ellos pudieran estar con Él»). En Lucas 9, varios meses más tarde, les da poder para hacer milagros y echar fuera demonios. No fue sino hasta entonces que «los envió a predicar».

Hasta este momento, la mayor parte del tiempo Jesús había estado hablando a grandes multitudes. Con el llamado de los Doce en Lucas 6, su ministerio de enseñanza se hace más íntimo, enfocándose básicamente en ellos. Todavía podía atraer a muchedumbres y enseñarles, pero su enfoque estaba en los discípulos y en su adiestramiento.

Nótese el desarrollo natural en su programa de adiestramiento. Al principio, simplemente siguieron a Jesús, espigando de sus sermones para las multitudes y escuchando sus instrucciones junto con un grupo mayor de discípulos. Aparentemente esto no lo hicieron como su única tarea, sino cuando podían en el curso de sus actividades diarias regulares. Luego (como está escrito en Mateo 4), Él los llamó para que dejaran todo y lo siguieran en forma exclusiva. Ahora en el incidente que registran Lucas (capítulo 6) y Mateo (capítulo 10), selecciona a doce del grupo de discípulos que le servían de tiempo completo, los identifica como apóstoles y empieza a enfocar más de sus energías en instruirlos personalmente. Más tarde, los dotaría con autoridad y con poder para hacer mi-

lagros. Finalmente, los enviaría. Al principio, en asignaciones que se caracterizaban por misiones cortas después de las cuales tenían que volver. Pero Él cuando se fue para volver al Padre, los discípulos tuvieron que salir por su cuenta. Hay una clara progresión en su adiestramiento y en su posterior entrada en un ministerio de tiempo completo.

Ya no son más discípulos, sino que ahora son apóstoles, *shaliah*. Ocupan ahora un cargo, un oficio importante. En su Evangelio, Lucas usa seis veces la palabra «apóstoles»; y en Hechos, unas treinta veces. El papel de ellos en los Evangelios es básicamente llevar el mensaje del reino a Israel. En Hechos, trabajan en la fundación de la iglesia.

Aunque se trataba de hombres comunes y corrientes, su llamado fue un llamado poco común. En otras palabras, lo importante no es los hombres que eran por sí, sino la tarea a la que habían sido llamados. Imagínese cuán único tenía que ser su papel.

No solo tenían que fundar la iglesia y desempeñar un liderazgo central a medida que la iglesia primitiva crecía y se multiplicaba, sino que también tenían que ser los canales a través de los cuales sería dada la mayor parte del Nuevo Testamento. Recibieron la verdad de Dios mediante revelación divina. Efesios 3.5 es muy explícito en cuanto a esto. Pablo dice que el misterio de Cristo, el cual en el principio no fue dado a conocer, «ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu». Ellos no predicaron un mensaje humano. La verdad les fue dada mediante revelación directa.

Eran, por lo tanto, la fuente de toda verdadera doctrina de la iglesia. Hechos 2.42 describe en estos términos las actividades de la iglesia primitiva: «Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones». Antes que el Nuevo Testamento se completara, la enseñanza de los apóstoles era la *única* fuente de verdad sobre Cristo y la doctrina de la iglesia. Y su enseñanza era recibida con la misma autoridad que la Palabra escrita. De hecho, el Nuevo Testamento escrito no es otra cosa que los registros inscriptos e inspirados por el Espíritu de la enseñanza de los apóstoles.

De modo que los apóstoles tuvieron la misión de edificar la iglesia. Efesios 4.11-12 dice que Cristo dio a los apóstoles «a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo». Ellos fueron los maestros y predicadores cristianos originales. Su enseñanza, registrada en el Nuevo Testamento, es la única regla por la cual, aun hoy día, se puede probar la sana doctrina.

También fueron ejemplos de virtud. Efesios 3.5 los llama «santos apóstoles». Ellos establecieron un modelo para la santidad y la verdadera espiritualidad. Se constituyeron en los primeros ejemplos a los cuales los creyentes pudieran imitar. Fueron hombres de carácter e integridad, estableciendo el modelo para quienes habrían de ser, más adelante, líderes en la iglesia.

Tenían el poder especial de realizar milagros que confirmaran su mensaje. Hebreos 2.3-4 dice que la salvación, «habiendo sido anunciada primeramente por el Señor, nos

fue confirmada por los que oyeron, testificando Dios juntamente con ellos, con señales y prodigios y diversos milagros y repartimientos del Espíritu Santo según su voluntad». En otras palabras, Dios confirmó su Palabra a través de los apóstoles por los milagros que ellos estaban capacitados para hacer. El Nuevo Testamento indica que *solo* los apóstoles y aquellos que estaban estrechamente asociados con ellos tenían el poder de hacer milagros. Por eso es que 2 Corintios 12.12 habla de tales milagros como «las señales de apóstol».

Como resultado de todo esto, los discípulos fueron bendecidos grandemente y tenidos en alta estima por el pueblo de Dios. Las expectativas de Jesús para ellos fueron logradas a través de la fiel perseverancia de ellos. Y su promesa para ellos se cumplió en el crecimiento y expansión de la iglesia. Recuerde que en Lucas 18.28, Pedro le dice a Jesús: «He aquí, nosotros hemos dejado nuestras posesiones y te hemos seguido». Aparentemente, los discípulos estaban preocupados por la forma en que estaban yendo las cosas y lo que podría ocurrirles. En realidad, las palabras de Pedro fueron una súplica. Es como si estuviera diciendo, a nombre de los otros: «¿Qué va a pasar con nosotros?»

Jesús le contestó: «De cierto os digo, que no hay nadie que haya dejado casa, o padres, o hermanos, o mujer, o hijos, por el reino de Dios, que no haya de recibir mucho más en este tiempo, y en el siglo venidero la vida eterna». Ellos no tuvieron que dejar nada de lo cual el Señor no los pudiera recompensar. Y Dios los bendijo en esta vida (aun cuando, como veremos cuando estudiemos la vida de cada uno, la mayoría fueron mártires). Dios los bendijo en esta vida a través de la fundación y el crecimiento de la iglesia. Ellos, no solamente fueron influyentes, respetados y honrados entre el pueblo de Dios, sino que en cuanto a sus hogares y familias, tuvieron multitudes de hijos y hermanos espirituales a medida que la iglesia crecía y los creyentes se multiplicaban. Y en la era venidera serán también grandemente honrados.

EL ADIESTRAMIENTO

Todo eso pudo haber parecido remoto e incierto aquella mañana que Jesús llamó a sus discípulos y nombró a los Doce. Todavía necesitaban enseñanza. Todas sus limitaciones y fracasos humanos parecían ensombrecer su potencial. Quedaba poco tiempo. Habían abandonado todas las cosas en las que eran expertos. Habían dejado sus redes, abandonado sus campos, y dejado atrás las mesas de cobrar impuestos. Habían renunciado a cuanto sabían para recibir adiestramiento para algo acerca de lo cual no tenían aptitudes naturales.

Pero cuando abandonaron sus trabajos, de ninguna manera se transformaron en ociosos. Se convirtieron en estudiantes de tiempo completo, aprendices, *discípulos*. Los siguientes dieciocho meses de sus vidas estarían ocupados con adiestramiento aun más intensivo, la mejor enseñanza que ningún seminario podría jamás ofrecer. Tenían constantemente ante ellos el ejemplo de Cristo. Podían escuchar su enseñanza, hacerle preguntas, observar la forma como trataba con la gente, y disfrutar una relación íntima con Él en todas las circunstancias. El Señor les dio oportunidades para ministrar, los preparó y

los envió a cumplir asignaciones especiales. Les dio ánimo con cariño, los corrigió con amor, y fue paciente para enseñarles. Así es como se logra siempre el mejor aprendizaje. No es solo proveer información; es una vida invertida en otra vida.

Pero no fue un proceso *fácil*. Los Doce podían ser torpes. Hubo una razón para que no fueran la élite académica. Con frecuencia, encontramos a Jesús diciendo cosas como esta: «¿También vosotros sois aún sin entendimiento? ¿No entendéis aún?» (Mateo 15.16-17; cf. 16.9). «¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer...!» (Lucas 24.25). Es interesante observar que la Escritura no encubre sus defectos. Porque no se trata de proyectarlos como luminarias supersantificadas o elevarlos de la categoría de simples seres mortales. Si tal hubiera sido el caso, no habría habido razón para dejar constancia de sus flaquezas de carácter. Pero en lugar de disimular sus defectos, la Escritura parece querer destacar sus debilidades humanas. Es un recordatorio magnífico de que «[nuestra] fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios» (1 Corintios 2.5).

¿Por qué fue tan difícil el proceso de aprendizaje para los apóstoles? Primero, porque carecían de entendimiento espiritual. Eran lentos para oír y lentos para entender. En muchas oportunidades eran densos, necios, torpes y ciegos. El Nuevo Testamento usa todos estos términos o sus equivalentes para referirse a ellos. Así que, ¿cómo resolvió Jesús su falta de entendimiento espiritual? Continuó enseñándoles. Incluso después de su resurrección, se quedó cuarenta días en la tierra. Hechos 1.3 dice que durante ese tiempo se mantuvo «hablándoles acerca del reino de Dios». Y siguió enseñándoles hasta el momento mismo en que ascendió al cielo.

Un segundo problema que hizo difícil el proceso de aprendizaje para los discípulos es que no eran humildes. Eran personas que se preocupaban solo de sí mismas, se centraban en sus propios intereses, eran arribistas y orgullosos. Pasaron una enorme cantidad de tiempo discutiendo cuál era el más importante entre ellos (Mateo 20.20-28; Marcos 9.33-37; Lucas 9.46). ¿Cómo venció Jesús esa falta de humildad? Siendo Él mismo ejemplo de humildad. Les lavó los pies. Les enseñó a ser siervos. Se humilló a sí mismo, aun hasta la muerte de cruz.

Tercero, no solo carecían de entendimiento y de humildad, sino que también carecían de fe. Solo en el Evangelio de Mateo Jesús les dice cuatro veces: «Hombres de poca fe» (6.30; 8.26; 14.31; 16.8). En Marcos 4.40, les pregunta: «¿Cómo no tenéis fe?» Al final del Evangelio de Marcos, después de haber pasado meses de aprendizaje intensivo con Jesús, e incluso después que Él hubo resucitado de los muertos, Marcos escribe: «Y les reprochó su incredulidad y dureza de corazón» (Marcos 16.14). ¿Cuál fue el remedio que aplicó Jesús para su falta de fe? Siguió haciendo milagros y hechos portentosos. Los milagros no eran primeramente para el beneficio de los incrédulos; la mayoría de sus milagros los hizo deliberadamente «en presencia de sus discípulos » de modo que la fe de ellos pudiera ser fortalecida (Juan 20.30).

Cuarto, carecían de compromiso. Mientras las multitudes estaban alborozadas y se multiplicaban los milagros, ellos estaban emocionadísimos. Pero cuando los soldados

irrupieron en el huerto para arrestar a Jesús, lo abandonaron y huyeron (Marcos 14.50). El líder del grupo terminó negando a su Maestro y jurando que jamás había visto a tal hombre. ¿Cómo remedió Jesús su tendencia a la defección? Intercediendo por ellos en oración. Juan 17 dice cómo oró Jesús para se mantuvieran fieles y el Padre pudiera llevarlos al cielo (vv. 11-26).

Quinto, carecían de poder. En sus propias fuerzas, eran débiles e indefensos, especialmente cuando tenían que enfrentar al enemigo. Hubo ocasiones cuando trataron pero no pudieron echar fuera demonios. Su falta de fe los inhabilitó para manejar el poder que estaba a su disposición. ¿Qué hizo Jesús para remediar esta deficiencia? El día de Pentecostés envió al Espíritu Santo para que habitara en ellos y les diera poder. Así se los había prometido cuando les dijo: «Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra» (Hechos 1.8). Esa promesa se cumplió poderosamente.

Nos sentimos inclinados a mirar a este grupo con todas sus debilidades y a preguntarnos por qué Jesús no escogería a una clase diferente de hombres. ¿Por qué seleccionar a hombres sin entendimiento, sin humildad, sin fe, sin compromiso y sin poder? Sencillamente por esto: Porque su poder se perfecciona en la debilidad (2 Corintios 12.9). De nuevo vemos cómo Él escoge las cosas débiles de este mundo para confundir a lo fuerte. Nadie podría estudiar a este grupo de hombres y llegar a la conclusión que lo que hicieron lo hicieron gracias a sus capacidades innatas. No hay explicación humana a la influencia de los apóstoles. La gloria es únicamente para Dios.

Hechos 4.13 dice esto sobre la forma en que la gente de Jerusalén percibió a los apóstoles: «Entonces viendo el desnudo de Pedro y de Juan, y sabiendo que eran hombres sin letras y del vulgo, se maravillaban; y les reconocían que habían estado con Jesús». El texto griego dice que la gente percibió que ellos eran «*aggramatoi... idiotai*», literalmente, «ignorantes sin educación». Y esto era verdad desde una perspectiva humana. Pero era obvio que habían estado con Jesús. Lo mismo debería decirse de cada verdadero discípulo. Lucas 6.40 dice: «El discípulo no es superior a su maestro; mas todo el que fuere perfeccionado, será como su maestro».

El tiempo relativamente breve de adiestramiento que tuvieron los apóstoles con Jesús rindió frutos eternos. Al principio, pudo haber parecido que todo había sido infructuoso; mucho para nada. La noche que Jesús fue traicionado, ellos se dispersaron como ovejas cuyo pastor ha sido herido brutalmente (Mateo 26.31). Incluso después de la resurrección se veían tímidos, llenos de remordimiento por su fracaso y demasiado preocupados de sus propias debilidades como para ministrar con confianza.

Pero después que Jesús hubo ascendido al cielo vino el Espíritu Santo, les infundió poder, y los capacitó para hacer lo que Jesús los había adiestrado para que hicieran. El libro de Hechos registra la forma en que se inició la iglesia, y el resto forma parte de la historia. Aquellos hombres, a través del legado del Nuevo Testamento y del testimonio que dejaron, siguen aun hoy en día cambiando el mundo.

2

PEDRO, EL APÓSTOL IMPETUOSO

Dijo también el Señor: Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos.

—LUCAS 22.31-32

EN EL NUEVO TESTAMENTO TENEMOS CUATRO LISTAS de los doce apóstoles: en Mateo 10.2-4, en Marcos 3.16-19, en Lucas 6.13-16 y en Hechos 1.13. Así es como aparece la lista en el Evangelio de Lucas: «Y escogió a doce de ellos, a los cuales también llamó apóstoles: a Simón, a quien también llamó Pedro, a Andrés su hermano, Jacobo y Juan, Felipe y Bartolomé, Mateo, Tomás, Jacobo hijo de Alfeo, Simón llamado Zelote, Judas hermano de Jacobo, y Judas Iscariote, que llegó a ser el traidor».

En las cuatro listas se nombra a los mismos doce hombres y el orden en que aparecen es muy parecido. El primer nombre en las cuatro listas es Pedro. Esto confirma su condición de líder y vocero del grupo total. Los Doce son mencionados en tres grupos de cuatro. El grupo uno siempre tiene a Pedro encabezando la lista e incluye, además, a Andrés, Jacobo y Juan. El grupo dos siempre tiene a Felipe primero e incluye a Bartolomé, Mateo y Tomás. El grupo tres siempre está dirigido por Jacobo el hijo de Alfeo, e incluye a Simón el Zelote, Judas el hijo de Jacobo (a quien en Marcos se le llama Tadeo; y se le llama «Lebeo, por sobrenombre Tadeo» en Mateo); y, finalmente, Judas Iscariote. (En la lista de Hechos 1 se omite el nombre de Judas Iscariote debido a que para ese entonces ya estaba muerto. En las tres listas donde se incluye su nombre, se le identifica como el traidor.)

Los tres nombres al comienzo de cada grupo parecen haber sido los líderes de cada grupo. Los tres grupos aparecen siempre en el mismo orden: primero el grupo de Pedro, luego el grupo dirigido por Felipe y después el grupo encabezado por Jacobo.

Mateo 10:2-4	Marcos 3:16-19	Lucas 6:13-16	Hechos 1:1-13
Pedro	Pedro	Pedro	Pedro
Andrés	Jacobo	Andrés	Jacobo
Jacobo	Juan	Jacobo	Juan
Juan	Andrés	Juan	Andrés
Felipe	Felipe	Felipe	Felipe
Bartolomé	Bartolomé	Bartolomé	Tomás
Tomás	Mateo	Mateo	Bartolomé
Mateo	Tomás	Tomás	Mateo

Jacobo (hijo de Alfeo)			
Lebeo (llamado Tadeo)	Tadeo	Simón	Simón
Simón	Simón	Judas (hijo de Jacobo)	Judas (hijo de Jacobo)
Judas Iscariote	Judas Iscariote	Judas Iscariote	

Los grupos parecen estar ordenados en orden descendente según su nivel de intimidad con Jesús. Los miembros del grupo uno eran con toda probabilidad los primeros discípulos que Jesús llamó (Juan 1.35-42). Por lo tanto, habían estado con él más tiempo y ocupado las posiciones de más confianza en su círculo íntimo. A menudo se los ve juntos en la presencia de Cristo, especialmente en los momentos clave. De los cuatro de este primer grupo, tres de ellos, Pedro, Jacobo y Juan forman un círculo aun más íntimo. Estos tres están con Jesús en los hechos más importantes de su ministerio, cuando los otros apóstoles no están, o si están presentes, no están tan cerca. Por ejemplo, los tres están presentes en el Monte de la Transfiguración y en el Huerto de Getsemaní (cf. Mateo 17.1; Marcos 5.37; 13.3; 14.33).

El grupo dos no tiene un perfil tan destacado, pero no hay duda de que son figuras importantes en los relatos de los Evangelios. El grupo tres se ve más distante, y raras veces se los menciona en los relatos relacionados al ministerio de Jesús. El único miembro del grupo tres acerca del cual sabemos más es Judas Iscariote, y sabemos de él por su traición al final. Por eso, aunque eran doce los apóstoles, solo tres de ellos parecen haber tenido una relación más íntima con Cristo. Aparentemente los otros desarrollaron un grado menor de familiaridad personal con el Señor.

Esto sugiere que aun un grupo relativamente pequeño de doce es aun demasiado grande para que una persona mantenga una relación estrecha con cada miembro del grupo. Jesús mantuvo a tres muy cerca a Él: Pedro, Jacobo y Juan. Luego viene Andrés, y enseguida los otros, obviamente en un plano descendente de intimidad. Si Cristo, en su humanidad perfecta no pudo dedicar igual cantidad de tiempo y energía a todos los que atrajo a sí, ningún líder debería esperar poder hacerlo.

Los Doce eran un grupo muy variado. Sus personalidades e intereses abarcaban un amplio espectro. Los cuatro del grupo uno parecen ser los únicos unidos por denominadores comunes. Los cuatro eran pescadores, formaban dos grupos de hermanos, venían de la misma comunidad y aparentemente habían sido amigos por mucho tiempo. En contraste, Mateo era cobrador de impuestos y era una persona solitaria. Simón era un zelote, un activista político, y una clase diferente de solitario. Los demás procedían de ocupaciones desconocidas.

Sus personalidades eran también muy variadas. Pedro era ansioso, agresivo, valiente y franco, y tenía el hábito de hacer funcionar la boca cuando su cerebro estaba en neu-

tro. A menudo me he referido a él como el apóstol que hablaba demasiado, en cambio, Juan hablaba muy poco. En los primeros doce capítulos de Hechos, él y Pedro son compañeros inseparables, pero no se registra la más mínima palabra de Juan. Bartolomé (a quien se llama a veces Natanael) era un creyente verdadero que confesaba abiertamente su fe en Cristo y estaba siempre presto a mostrar su fe (cf. Juan 1.47-50). Es importante notar que él está en el mismo grupo que Tomás (y a veces hacen pareja) quien era abiertamente escéptico y quería tener pruebas de todo.

También sus trasfondos políticos eran diferentes. A Mateo, el ex cobrador de impuestos (a quien se le llama a veces Leví) se le consideraba una de las personas más despreciables en Israel antes que Jesús lo llamara. Había aceptado un trabajo con el gobierno romano para cobrar impuestos de su propio pueblo, dinero que se usaba para financiar al ejército de ocupación en Israel. Por otra parte, en Lucas 6.15 y en Hechos 1.13 al menos conocido de los dos llamados Simón se le llama el «Zelote». Los zelotes eran un partido político ilegal que llevaban su odio por Roma a un extremo y conspiraban para derrocar el gobierno romano. Muchos de ellos eran personas violentas que vivían fuera de la ley. Como no tenían ejército, usaban el sabotaje y mataban para llevar a cabo sus planes políticos. Eran, en efecto, terroristas. Una facción de ellos era conocida como los *sicarios* (literalmente, «hombres del puñal») debido a la daga pequeña y curvada que usaban. La llevaban entre sus ropas y la usaban para despachar a los que percibían como enemigos políticos, tales como los cobradores de impuestos. Otros que eran blancos favoritos para los sicarios eran los soldados romanos. Generalmente los ataques los hacían en público, para crear terror. Que Mateo, un ex cobrador de impuestos, y Simón, un ex zelote llegaran a formar parte del mismo grupo de los doce apóstoles es un testimonio al poder y gracia de Cristo que cambia vidas.

Es interesante que los hombres clave tanto del primero como del segundo grupo de apóstoles hayan sido originalmente llamados al principio del ministerio de Cristo. Juan 1.35-42 describe la forma en que Jesús llamó a Juan y a Andrés. Estos, a su vez, trajeron aquel mismo día a Pedro, que era hermano de Andrés. Jacobo, el otro miembro de ese grupo, era hermano de Juan, lo que hace muy probable que hayan sido Andrés y Juan los que lo llevaron a Cristo. En otras palabras, la asociación del primer grupo con Jesús tuvo lugar en el comienzo mismo del ministerio público del Señor.

Juan 1.43-55 describe igualmente, el llamado de Felipe y Natanael (también conocido como Bartolomé). Fueron llamados al «siguiente día» (v. 43). Así, este grupo también tiene una historia que va hasta los comienzos del ministerio de Jesús. Estos eran hombres que habían conocido bien a Jesús y lo habían seguido desde cerca por bastante tiempo.

La primera persona en el primer grupo, el hombre que llegó a ser el vocero y líder de todo el grupo, fue «Simón, a quien también llamó Pedro» (Lucas 6.14).

«SIMÓN, A QUIEN TAMBIÉN LLAMÓ PEDRO»

Simón era un nombre muy común. Solo en el relato de los Evangelios hay por lo menos siete personas que se llaman Simón. Entre los Doce había dos (Simón Pedro y Simón el Zelote). En Mateo 13.55 aparecen los nombres de los medio hermanos de Jesús, y uno de ellos también se llamaba Simón. El padre de Judas Iscariote se llamaba también Simón (Juan 6.71). Mateo 26.6 dice que Jesús comió en la casa de un hombre de Betania llamado Simón el leproso. Otro Simón, un fariseo, abrió también su casa para que Jesús comiera allí (Lucas 7.36-40). Y el hombre reclutado para que ayudara a Jesús a cargar la cruz camino del Calvario era Simón de Cirene (Mateo 27.32).

El nombre completo del Simón del que tratamos ahora era «Simón, hijo de Jonás» (Mateo 16.17; Juan 21.15-17). El nombre del padre de Simón Pedro, entonces, era Juan (a veces traducido como Jonás). No sabemos nada más sobre sus padres.

Pero nótese que Jesús le dio otro nombre. Lucas dice esto de la siguiente manera: «Simón, a quien también llamó Pedro» (Lucas 6.14). Es importante aquí la selección de palabras que hace Lucas. Jesús no solo le dio un nombre nuevo para que reemplazara el viejo, sino que «también» lo llamó Pedro. Este discípulo a veces era conocido como Simón, a veces como Pedro, y a veces como Simón Pedro.

«Pedro» era una especie de sobrenombre. Significa «roca». (*Petros* es la palabra griega para «un pedazo de roca, una piedra ».) El equivalente arameo era *Cefas* (cf. 1 Corintios 1.12; 3.22; 9.5; 15.5; Gálatas 2.9). Juan 1.42 describe el primer encuentro cara a cara de Jesús con Simón Pedro: «Y mirándole Jesús, dijo: Tú eres Simón, hijo de Jonás; tú serás llamado Cefas (que quiere decir, Pedro)». Pedro es un nombre derivado de la palabra piedra en arameo y en griego. Aparentemente esas fueron las primeras palabras que Jesús le dijo a Pedro. Y de ahí en adelante, «Roca» fue su sobrenombre.

A veces, sin embargo, el Señor siguió llamándolo Simón. Cada vez que ocurre esto en la Escritura, por lo general es porque Pedro ha hecho algo que necesita ser censurado y corregido.

El sobrenombre era importante, y el Señor tuvo una razón específica para ponérselo. Por naturaleza, Simón era impetuoso, inconstante y poco digno de confianza. Tendía a hacer grandes promesas que no podía cumplir. Era de aquellas personas que se entregan de cuerpo y alma a una cosa pero que se rinden antes de terminarla. Por lo general, era el primero en entrar y, demasiado a menudo, era el primero en salir. Cuando Jesús lo encontró, se ajustaba a la descripción que hace Santiago de un hombre de doble ánimo, inconstante en todos sus caminos (Santiago 1.8). Pareciera que Jesús le cambió el nombre a Pedro para que este sobrenombre fuera un recordatorio perpetuo de lo que *debería* ser. Y desde ese momento en adelante, cada vez que Jesús se dirigía a él, le estaba enviando este mensaje sutil. Si lo llamaba Simón, le estaba diciendo que estaba actuando con su viejo yo. Si lo llamaba Roca, lo estaba reconociendo por actuar en la forma en que debía de actuar.

Tommy Lasorda, ex entrenador de Los Ángeles Dodgers, cuenta la historia de un

joven y delgado bateador que era nuevo en las ligas menores de los Dodgers. El muchacho era tímido, pero tenía un brazo extraordinariamente fuerte y certero. Lasorda estaba convencido que tenía el potencial para llegar a ser uno de los grandes del béisbol de los Estados Unidos. Pero, según Lasorda, el joven necesitaba más vehemencia y espíritu competitivo. Tenía que perder su timidez. Así que le puso un sobrenombre que era exactamente lo opuesto de su personalidad. Le puso «Bulldog». Con el tiempo, eso fue, precisamente, lo que Orel Hershiser llegó a ser, uno de los jugadores más tenaces que jamás haya estado en las ligas mayores de béisbol. El sobrenombre se transformó en un recordatorio perpetuo de lo que *debía* ser y, al poco tiempo, ese sobrenombre definió completamente su actitud.

Este hombre joven llamado Simón, que llegaría a ser Pedro, era impetuoso, agresivo e impaciente. Necesitaba transformarse en una roca, y ese fue el nombre que le dio Jesús. A partir de entonces, el Señor pudo reprenderlo gentilmente o alabarlo usando un nombre o el otro.

Después del primer encuentro de Jesús con Simón Pedro, encontramos dos distintos contextos en los cuales el nombre Simón se aplica regularmente a él. Uno es un contexto *secular*. Cuando, por ejemplo, la Escritura se refiere a su casa, lo hace usualmente hablando de «la casa de Simón» (Marcos 1.29; Lucas 4.38; Hechos 10.17). Cuando se refiere a su suegra, lo hace en términos similares: «la suegra de Simón» (Marcos 1.30; Lucas 4.38). Lucas 5, al describir el oficio de pescador, dice que «una de aquellas barcas, la cual era de Simón» (v. 3), y Lucas dice que Jacobo y Juan eran «compañeros de Simón» (v. 10). Todas estas expresiones que se refieren a Simón por su nombre aparecen en contextos seculares. Cuando en tales contextos se le llama Simón, el uso de su viejo nombre, por lo general no tiene nada que ver con su espiritualidad o su carácter. Esta es la forma normal de indicar lo que pertenecía a él en cuanto hombre natural: su trabajo, su casa o su vida de familia. Estas son las llamadas cosas de «Simón».

La segunda categoría de referencias donde se le llama también Simón es cuando Pedro expone las características de su yo no regenerado, cuando estaba pecando en palabra, actitud o acción. Cada vez que empieza a actuar como su viejo yo, Jesús y los escritores de los Evangelios vuelven a llamarlo Simón. En Lucas 5.5, por ejemplo, Lucas escribe, «Respondiendo Simón, le dijo: Maestro, toda la noche hemos estado trabajando, y nada hemos pescado; mas en tu palabra echaré la red». Ahí tenemos hablando al joven Simón, el pescador. Se le ve escéptico y renuente. Pero cuando obedece y sus ojos se abren para ver a Jesús como quien realmente es, Lucas empieza a referirse a él por su nuevo nombre. El versículo 8 dice, «Viendo esto Simón Pedro, cayó de rodillas ante Jesús, diciendo: Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador».

Vemos a Jesús llamándolo Simón en referencia con los fracasos más serios de su carrera. En Lucas 22.31, anticipando la traición de Pedro, Jesús dijo, «Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo». Más tarde, en el Huerto de Getsemaní, cuando Pedro debió haber estado velando y orando con Jesús, se quedó dormido. Marcos escribe: «Vino luego [Jesús] y los halló durmiendo; y dijo a Pedro: Simón, ¿duermes? ¿No has podido velar una hora? Velad y orad, para que no entréis en

tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil» (Marcos 14.37-38). Así que, generalmente, cuando Pedro necesitó ser censurado o amonestado, Jesús se refería a él como Simón. Debe de haber llegado al punto que cada vez que Jesús le decía «Simón», Pedro temblaba. Seguramente debe de haber dicho para sí, *¡Por favor, llámame Roca!* A lo que el Señor pudo haberle replicado: *Te llamaré Roca cuando actúes como una roca.*

Es obvio al leer las narraciones de los Evangelios que el apóstol Juan conocía muy bien a Pedro. Habían sido amigos de toda la vida, socios en el negocio de la pesca y vecinos. Es interesante que en el Evangelio de Juan, Juan se refiere a su amigo quince veces como «Simón Pedro». Pareciera que Juan no podía decidir el nombre con el cual llamarlo en determinada situación porque constantemente estaba viendo los dos lados de Pedro. Así es que simplemente lo llamaba con los dos nombres. De hecho, «Simón Pedro» es la forma en que Pedro se llama a sí mismo en la introducción de su segunda epístola: «Simón Pedro, siervo y apóstol de Jesucristo» (2 Pedro 1.1). En efecto, él tomó el sobrenombre que le dio Jesús y lo hizo su apellido (cf. Hechos 10.32).

Después de su resurrección, Jesús les dijo a sus discípulos que volvieran a Galilea, donde Él planeaba aparecérselos (Mateo 28.7). Impaciente, Simón se cansó de esperar, así es que anunció su decisión de volver a la pesca (Juan 21.3). Como era usual, los demás discípulos siguieron obedientemente a su líder. Subieron al bote, pescaron toda la noche, y no sacaron nada.

Pero a la mañana siguiente Jesús se les reunió en la playa, donde preparó un desayuno para ellos. Aparentemente, el propósito principal del encuentro en el desayuno era la restauración de Pedro (quien, por supuesto, había pecado atrocemente al negar a Jesús con maldiciones la noche que fue traicionado). Tres veces se dirigió Jesús a él como Simón, preguntándole: «Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?» (Juan 21.15.17). Tres veces, Pedro le reiteró su amor.

Aquella fue la última vez que Jesús tuvo que llamarle Simón. Unas pocas semanas más tarde, en Pentecostés, Pedro y el resto de los apóstoles fueron llenos con el Espíritu Santo. Y fue Pedro, la Roca, quien predicó aquel día.

Pedro era exactamente como muchos cristianos son hoy día: carnales y espirituales. A veces sucumbió ante los hábitos de la carne; otras, actuó en el Espíritu. A veces fue pecador, pero otras actuó como un hombre justo que tiene que actuar. Este hombre vacilante, a veces Simón, a veces Pedro, era el líder de los Doce.

«VENID EN POS DE MÍ, Y OS HARÉ PESCADORES DE HOMBRES»

Simón Pedro era pescador de profesión. Él y su hermano Andrés pertenecían a una familia de pescadores que vivía en Capernaum. Pescaban en el Mar de Galilea. Los pescadores comerciales en los días de Jesús pescaban tres tipos de peces en ese lago. Los «pe-

cecillos» mencionados en Juan 6.9 en conexión con la alimentación de los cinco mil son *sardinas*. Las sardinas y un tipo de pan fino (casi como una galleta) era el alimento corriente en aquella región. Otra clase de peces, conocidos como *barbos* (por ciertos filamentos de carne que les salen desde ambos extremos de la boca) son una especie de carpas, con espinas, que pueden alcanzar tamaños bastante grandes llegando a pesar hasta unos ocho kilos. (Probablemente fue un barbo la clase de pez que Pedro pescó con una moneda en su boca según Mateo 17.27, porque es el único pez en el Mar de Galilea suficientemente grande como para tragarse una moneda y también ser pescado con anzuelo.) El tercero y más común tipo de pez comercial es el *musht*, un tipo de pez que nada y se alimenta en aguas poco profundas y tiene una aleta dorsal como un pequeño serrucho. Los que son comestibles miden desde unos 15 a unos 30 cm. de largo. Aun en la actualidad los restaurantes cercanos al Mar de Galilea sirven este pescado frito y se le conoce popularmente como «pescado de San Pedro».

Simón y Andrés pasaban las noches pescando estos peces con sus redes. Los hermanos eran originarios de una pequeña aldea llamada Betsaida que se encontraba en la parte norte del lago (Juan 1.44), pero se habían ido a vivir a un pueblo más grande llamado Capernaum (Marcos 1.21, 29).

En los días de Jesús, Capernaum era la ciudad más grande en el extremo norte del Mar de Galilea. Durante varios meses, Jesús hizo de Capernaum su hogar y la base de su ministerio. Pero según leemos en Mateo 11.21-24, Él pronunció ayes por Capernaum y por Betsaida. Ambas ciudades hoy día no son más que ruinas. Aun es posible ver las ruinas de la sinagoga en Capernaum. Muy cerca (a solo una cuadra al sur), los arqueólogos han encontrado las ruinas de una antigua iglesia. La tradición primitiva, cuya fecha se puede poner en por lo menos el tercer siglo, dice que la iglesia fue construida sobre la casa de Pedro. Por cierto que los arqueólogos han encontrado muchas señales que indican que los cristianos del siglo segundo veneraban este lugar. Es muy probable que haya sido la casa donde vivió Pedro. De ahí hasta la orilla del lago hay un trecho muy corto.

Simón Pedro era casado. Lo sabemos por lo que dice Lucas 4.38 donde se registra la sanidad que milagrosamente obró Jesús en su suegra. En 1 Corintios 9.5 el apóstol Pablo dice que Pedro llevó a su esposa en uno de sus viajes misioneros. Eso podría indicar que no tuvieron hijos o que los hijos ya estaban grandes cuando él llevó a su esposa en el viaje misionero. Sin embargo, la Escritura no dice expresamente que hayan tenido hijos. Pedro era casado. Es todo lo que sabemos con seguridad en cuanto a su vida familiar.

Sabemos que Simón Pedro era el líder de los apóstoles, y no solo por el hecho que su nombre encabeza todas las listas donde aparecen los Doce. También tenemos la afirmación explícita de Mateo 10.2: «Los nombres de los doce apóstoles son estos: primero Simón, llamado Pedro». La palabra traducida «primero» en este versículo es el término griego *protos*. No se refiere al primero en la lista, sino al primero en importancia, al líder del grupo. El liderazgo de Pedro se hace claramente evidente en la forma en que habitualmente actúa como el vocero de todo el grupo. Siempre está en el primer plano, tomando el liderato. Parece haber tenido una personalidad naturalmente dominante, y

Jesús decidió darle un buen uso a ese don natural entre los Doce.

Después de todo, fue el Señor quien lo escogió para que fuera el líder. Pedro fue formado y capacitado por el designio soberano de Dios para que fuera el líder. Es más, el propio Jesús lo formó y entrenó para que lo fuera. Por lo tanto, cuando observamos a Pedro, estamos viendo cómo Dios forma a un líder.

Aparte del nombre de Jesús, el de Pedro es el nombre más mencionado en los Evangelios. Nadie habla con tanta frecuencia como Pedro, y a nadie se refiere el Señor con más frecuencia que a Pedro. Ningún discípulo es censurado tanto por el Señor como lo es Pedro; y ningún discípulo censuró a Jesús como lo hizo Pedro (Mateo 16.22). Ningún otro confesó a Jesús tan decididamente o reconoció su señorío tan explícitamente como Pedro; como tampoco ningún otro discípulo negó a Jesús con tanta fuerza o tan públicamente como Pedro. Nadie es alabado y bendecido por Jesús como lo fue Pedro; y fue Pedro el único a quien Jesús llamó Satanás. El Señor tuvo cosas más duras que decirle a Pedro que a ninguno de los otros.

Todo eso contribuyó a hacer de él el líder que Cristo quería que fuera. Dios tomó a un hombre con una personalidad ambivalente, vacilante, impulsiva y rebelde y lo transformó en un líder fuerte como una roca; el predicador más grande entre los apóstoles y, en todo sentido, la figura dominante en los primeros doce capítulos de los Hechos, cuando ocurre el nacimiento de la iglesia.

En la vida de Pedro vemos tres elementos clave para hacer a un líder de verdad: la materia prima adecuada, las experiencias de vida adecuadas y las cualidades de carácter adecuadas. Permítame mostrarle exactamente lo que quiero decir.

LA MATERIA PRIMA QUE HACE A UN VERDADERO LÍDER

Es motivo de discusión si los verdaderos líderes nacen o se hacen. Pedro es un argumento fuerte para quienes sostienen que algunas personas nacen con ciertas aptitudes innatas que deben ser adecuadamente desarrolladas para que se forme un líder auténtico.

Pedro tenía la fibra del liderazgo que Dios le había dado y que se encontraba tejida en su personalidad desde el comienzo. Había sido hecho de la materia prima adecuada. Por supuesto, fue Dios quien lo formó de esta manera dentro del vientre de su madre (cf. Salmo 139.13-16).

Hay, por cierto, en la disposición natural de Simón Pedro, ciertos rasgos obvios que fueron determinantes para lograr su capacidad de liderazgo. Estas no son generalmente características que se pueden desarrollar solo con adiestramiento. En el caso de Pedro, eran rasgos innatos de su temperamento.

La primera es la *curiosidad*, en el sentido de inquirir. Cuando está buscando a un líder, usted quiere a alguien que haga muchas preguntas. Los individuos que no son curiosos, sencillamente no son buenos líderes. La curiosidad es fundamental en el liderazgo. Las personas que están contentas con lo que no saben, que se sienten felices de su ignorancia sobre lo que no entienden, que son complacientes sobre lo que no han analizado, y que se sienten confortables viviendo con problemas no resueltos, no pueden liderar. Los líderes deben tener una curiosidad insaciable. Deben ser personas hambrientas de encontrar respuestas. El conocimiento es poder. Quien tiene la información es el que tiene ventaja. Si usted quiere encontrar un líder, busque a alguien que hace las preguntas correctas, y que sinceramente busca las respuestas.

Este tipo de curiosidad normalmente se manifiesta temprano en la infancia. La mayoría de nosotros nos hemos encontrado con niños que hacen pregunta tras pregunta llegando a cansar a sus padres y a otros adultos con su bombardeo incesante de sus pequeños enigmas. (Incluso algunos de nosotros podemos recordar haber sido así de niños.) Esto es parte de la fibra del liderazgo. Las personas que mejor resuelven problemas son las que son impulsadas por un entusiasmo inextinguible por saber y entender las cosas.

En los relatos de los Evangelios, Pedro hace más preguntas que todos los otros apóstoles juntos. Por lo general era Pedro el que le pedía al Señor que le explicara sus frases difíciles de entender (Mateo 15.15; Lucas 12.41). Fue Pedro quien le preguntó cuántas veces tenía que perdonar (Mateo 18.21). Fue Pedro quien preguntó cuál sería la recompensa que tendrían los discípulos por haber dejado todo para seguir a Jesús (Mateo 19.27). Fue Pedro quien preguntó acerca de la higuera que se había secado (Marcos 11.21). Fue Pedro quien le hizo preguntas al Cristo resucitado (Juan 21.20-22). Él siempre quería saber más, entender mejor. Y esa clase de curiosidad es un elemento fundamental en un verdadero líder.

Otro ingrediente necesario es la *iniciativa*. Si un hombre está hecho para el liderazgo, tiene que tener impulso, ambición y energía. Un verdadero líder debe ser la clase de persona que hace que las cosas ocurran. Es un iniciador. Pedro no solo *hacía* preguntas sino que por lo general también era el primero en *contestar* cualquiera pregunta que Jesús hiciera. A menudo entraba con paso firme en terrenos escabrosos.

Está aquella famosa ocasión cuando Jesús preguntó: «¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?» (Mateo 16.13). Había varias opiniones circulando entre la gente sobre esto. «Unos [dicen], Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías, o alguno de los profetas» (v. 14). Jesús, entonces, preguntó a los discípulos en particular: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» (v. 15, énfasis agregado). Fue en este punto que Pedro alzó su voz por sobre los demás para decir: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (v. 16). Los otros discípulos todavía estaban procesando la pregunta, como escolares que temen hablar ante la posibilidad de responder erróneamente. Pedro fue audaz y decisivo. Esa es una característica esencial de todo gran líder. A veces tuvo que dar un paso atrás, retractarse o recibir censura. Pero el hecho de que siempre estuvo listo para agarrar las oportunidades en el instante en que se presentaban, lo marcó como un líder natural.

En el Huerto de Getsemaní, cuando los soldados romanos de la Fortaleza Antonia llegaron para arrestar a Jesús, los tres escritores sinópticos dicen que era «muchas gente» armada con «espadas y palos» (Mateo 26.47; cf. Marcos 14.43; Lucas 22.47). Una típica unidad del ejército romano estaba formada por seiscientos soldados, por lo que es muy probable que hubiera cientos de soldados romanos listos para entrar en batalla aquella noche alrededor del huerto. Sin un instante de vacilación, Pedro desenvainó su espada y le lanzó un golpe de espada a la cabeza a Malco, el siervo del sumo sacerdote. (Es posible que el sumo sacerdote y su personal hayan estado al frente de la multitud, porque él era el dignatario que había ordenado el arresto.) Sin duda, lo que quiso hacer Pedro fue cortarle la cabeza al hombre, pero él era un pescador, no un espadachín. Malco esquivó el golpe pero perdió la oreja. Entonces Jesús, «tocando su oreja, le sanó» (Lucas 22.51), y mandó a Pedro: «Vuelve tu espada a su lugar; porque todos los que tomen espada, a espada perecerán» (Mateo 26.52). (De esta manera, confirmó la equidad de la pena capital como una ley divina.)

Pensemos en este incidente. Allí había un destacamento completo de soldados romanos, llegando incluso a varios cientos. ¿Qué habrá creído Pedro que iba a hacer? ¿Cortarles la cabeza a todos, uno por uno? Muchas veces, en su pasión por tomar la iniciativa, Pedro pasó por alto la realidad obvia del cuadro total.

Pero con toda su impetuosidad, Pedro tenía el material necesario para hacer de él un líder. Es mejor trabajar con un hombre así que tratar de motivar a alguien que es pasivo e indeciso. Como dice el adagio popular, es mucho más fácil suavizar a un fanático que resucitar a un muerto. Hay personas a las que hay que arrastrarlas para que avancen. Pedro no era de esos. Él siempre quería avanzar. Trataba de saber lo que no sabía, y entender lo que no entendía. Era el primero en hacer preguntas y el primero en tratar de responder a las preguntas. Siempre tomaba la iniciativa, aprovechaba el momento y embestía. Este es el sello del liderazgo.

Recuerde que estas características son solo la materia prima de la cual se hace al líder. Pedro necesitaba ser adiestrado, pulido y madurado. Porque para hacer la obra que Cristo tenía para él, necesitaba brío y desenvoltura, valor para ponerse de pie en Jerusalén en Pentecostés y predicar el evangelio frente a la misma gente que había llevado a la muerte a su propio Mesías. Pero Pedro era la clase de persona que podía ser adiestrada para tomar esa clase de valiente iniciativa.

Hay un tercer elemento de materia prima que hace a un verdadero líder: el *compromiso, la participación*. Los verdaderos líderes están siempre en el centro de la acción. No se sientan atrás y les dicen a los demás lo que hay que hacer mientras ellos viven una vida cómoda lejos del fragor de la batalla. Un verdadero líder va por la vida con tal ímpetu que se ve una nube de polvo a su alrededor. Por eso es, precisamente, que la gente lo sigue. La gente no puede *seguir* a alguien que se mantiene a la distancia. El verdadero líder es el que muestra el camino. Va a la batalla delante de sus seguidores.

Una noche, Jesús fue a los discípulos en medio del Mar de Galilea, caminando sobre el agua mientras se desarrollaba una tormenta violenta. ¿Cuál de los discípulos fue el que saltó fuera de la barca? Pedro. *Es el Señor*, debe de haber pensado. *Y yo estoy aquí cuando debo estar en medio de la acción*. Los otros discípulos se preguntaban si no estarían viendo a un fantasma (Mateo 14.26). Pero Pedro dijo: «Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas». Jesús le respondió: «Ven» (vv. 27-29), y antes que los demás se dieran cuenta, Pedro estaba fuera de la barca, caminando sobre las aguas. El resto de los discípulos seguían aferrados a sus asientos, tratando de que la tormenta no los arrastrara fuera del bote. Pero Pedro saltó afuera sin pensarlo dos veces. Eso es compromiso; un compromiso *serio*. Solo después que hubo abandonado la embarcación y caminado cierta distancia se dio cuenta del peligro, y empezó a hundirse.

A menudo, al estudiar este pasaje, se culpa a Pedro de falta de fe y no se le da el crédito que merece por haber saltado, con fe, fuera de la barca. Antes que lo descalifiquemos por la debilidad que casi lo hace perecer, recordemos dónde estaba cuando comenzó a hundirse.

De igual manera, aunque Pedro negó a Cristo, no olvidemos un hecho muy significativo: Él y otro discípulo (probablemente su amigo de toda la vida, Juan) fueron los únicos que siguieron a Jesús hasta la casa del sumo sacerdote para ver lo que le ocurriría a Jesús (Juan 18.15). Y en el patio de la casa del sumo sacerdote, Pedro fue el único que permaneció lo suficientemente cerca de Jesús como para que el Señor se volviera y lo mirara a los ojos cuando el gallo cantó (Lucas 22.61). Mucho después que los otros discípulos habían abandonado a Cristo y huido para salvar sus vidas, Pedro estuvo virtualmente solo en una posición en la que una tentación así podía hacerlo caer, pues a pesar de su miedo y debilidad, no podía abandonar completamente a Cristo. Esa es la actitud de un verdadero líder. Cuando casi todos los demás se habían ido, él trató de mantenerse lo más cerca que pudo de su Señor. Pedro no era la clase de líder que se contenta con mandar mensajes a sus tropas desde lejos. Su pasión era estar personalmente involucrado, por eso siempre se le encuentra cerca del centro de la acción.

Esa era la clase de fibra de la que Pedro estaba hecho: un deseo insaciable de saber, una disposición para tomar la iniciativa y una pasión para involucrarse personalmente. Ahora le correspondía al Señor adiestrarlo y moldearlo, porque, francamente, esa clase de materia prima, si no se somete al control del Señor, puede ser muy peligrosa.

LAS EXPERIENCIAS DE LA VIDA QUE MOLDEAN A UN VERDADERO LÍDER

¿Cómo hizo el Señor para tomar a un hombre de una naturaleza tan tosca y refinarlo para que llegara a ser un líder? Por un lado, se aseguró de que Pedro tuviera la clase de experiencias de la vida que ayudarían a hacerlo la clase de líder que Cristo quería que fuera. En este sentido es que los verdaderos líderes se hacen, no simplemente nacen.

La experiencia puede ser un duro maestro. En el caso de Pedro, los altos y bajos de su experiencia fueron dramáticos y a menudo dolorosos. Su vida estaba llena de tortuosos zigzag. El Señor lo llevó a través de tres años de pruebas y dificultades que le dieron toda una vida de la clase de experiencias que todo líder verdadero debe soportar.

¿Por qué hizo eso Jesús? ¿Se gozaba atormentando al pobre Pedro? No, por supuesto que no. Las experiencias –aun las difíciles–, fueron todas necesarias para hacer de él el hombre que Jesús necesitaba que fuera.

Recientemente leí los resultados de un estudio sobre todos los jóvenes de los Estados Unidos que han estado envueltos en los ataques con armas de fuego en las escuelas. A través de este estudio se supo que el común denominador entre los que dispararon las armas de fuego es que virtualmente todos ellos son jóvenes a quienes se les prescribió *Ritalin* u otros antidepresivos para controlar problemas de conducta. En lugar de ser disciplinados por actitudes inconvenientes y mala conducta, fueron drogados hasta el estupor. En lugar de enseñarles a comportarse y enseñarles autocontrol, los psicólogos les prescribieron drogas que les insensibilizara la mente, y que solo en forma temporal podían restringir sus comportamientos rebeldes. Nunca se les confrontó ni se hizo nada con las actitudes provocativas y rebeldes que eran la raíz del problema. Esos jóvenes habían sido protegidos artificialmente de las consecuencias de su rebelión en el comienzo de su adolescencia. Y perdieron las experiencias de la vida que pudieron haber formado su carácter en forma diferente.

El apóstol Pedro aprendió mucho a través de experiencias duras. Aprendió, por ejemplo, que las derrotas aplastantes y las humillaciones profundas a menudo vienen inmediatamente después de las más grandes victorias. Después que Jesús lo elogiara por su gran confesión registrada en Mateo 16.16 («Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente»), Pedro sufrió la más áspera reprimenda que jamás recibiera un discípulo en el Nuevo Testamento. En un momento, Cristo lo llamó bienaventurado, prometiéndole las llaves del reino (vv. 17-19), y en el párrafo siguiente, lo llama Satanás y le dice: «¡Quítate de delante de mí!» (v. 23), queriendo decir: «¡No te interpongas en mi camino!»

Ese incidente ocurrió poco después de la triunfante confesión de Pedro. Jesús anunció a los discípulos que iría a Jerusalén, donde sería entregado a los principales sacerdotes y a los escribas quienes lo llevarían a la muerte. Bastó que oyera la intención de Jesús para que «Pedro, tomándolo aparte, comenzó a reconvenirle, diciendo: Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca» (Mateo 16.22). El sentimiento de Pedro es perfectamente comprensible. Pero él estaba pensando solamente desde un punto de vista humano. No sabía el plan de Dios. Sin darse cuenta, estaba tratando de disuadir a Cristo de lo que precisamente Él había venido a la tierra a hacer. Como era su costumbre, Pedro estaba hablando cuando debía estar escuchando. Las palabras de Jesús a Pedro fueron muy duras y Él nunca le habló de esa forma a ninguna otra persona: «Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: ¡Quítate de delante de mí, Satanás!; me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en la de los hombres» (v. 23).

Pedro recién había aprendido que Dios podría revelarle la verdad y guiar sus palabras

si sometía su mente a la verdad. No estaba dependiendo de un mensaje humano. El mensaje que tenía que proclamar le fue dado por Dios (v. 17). También se le darían las llaves del reino, queriendo decir con eso que su vida y mensaje abrirían el reino de Dios para la salvación de muchos (v. 19).

Pero ahora, a través de la experiencia dolorosa de ser reprendido por el Señor, Pedro también aprendió que era vulnerable a Satanás. Satanás podía llenar su boca con tanta seguridad como podía hacerlo el Señor. Si Pedro se ocupaba de las cosas de los hombres más bien que de las cosas de Dios, o si no hacía la voluntad de Dios, podría ser un instrumento del enemigo.

Más tarde, la noche del arresto de Jesús, Pedro cayó de nuevo víctima de Satanás. Esta vez aprendió la dura lección que él era humanamente débil y no podía confiar en su propia determinación. Todas sus jactanciosas promesas y fervorosas resoluciones no lo libraron de la caída. Después de declarar enfrente de todos que *nunca* negaría a Cristo, lo negó reforzando su negación con apasionadas maldiciones. Satanás lo estaba zaran-deando como a trigo. De esta manera, Pedro aprendió cuánta paja y cuán poca sustancia había en él, y cuán vigilante y cuidadoso debía ser para confiar solo en la fuerza del Señor.

Al mismo tiempo, aprendió que a pesar de sus propias tendencias pecaminosas y debilidades espirituales, el Señor quería usarlo, y lo sostendría y preservaría a pesar de todo.

Pedro aprendió todas estas cosas por experiencia. A veces, las experiencias fueron amargas, perturbadoras, dolorosas y humillantes. Otras veces fueron inspiradoras, edificantes y perfectamente gloriosas, como cuando vio la divina brillantez de Jesús en el Monte de la Transfiguración. De una u otra manera, Pedro aprovechó al máximo sus experiencias, extrayendo lecciones que le ayudaron a ser el gran líder que llegó a ser.

LAS CUALIDADES DE CARÁCTER QUE DEFINEN A UN VERDADERO LÍDER

Un tercer elemento en la preparación de un líder, además del adecuado material innato y las experiencias adecuadas de la vida, es el carácter adecuado. El carácter, por supuesto, es absolutamente determinante en el liderazgo. La actual declinación moral que se vive en los Estados Unidos está directamente relacionada al hecho que hemos elegido, nombrado y contratado a demasiados líderes que no tienen carácter. En años recientes, algunos han tratado de sostener que el carácter no tiene nada que ver con el liderazgo; que lo que un hombre hace en su vida privada supuestamente no debe ser un factor si se le considera competente para desempeñar una función pública de liderazgo. Esa perspectiva es diametralmente opuesta a lo que enseña la Biblia. El carácter es importante en el liderazgo, es muy importante.

De hecho, el carácter es lo que hace posible el liderazgo. La gente sencillamente no puede respetar o confiar en aquellos que carecen de carácter. Y si no se respeta a un hombre, no se le seguirá. Tiempo y verdad van de la mano. Los líderes sin carácter terminarán por decepcionar a sus seguidores y perderán su confianza. La única razón por la que tales personas son a menudo populares es que hacen a otras personas que no tienen carácter sentirse mejores acerca de sí mismas. Pero no son *verdaderos* líderes.

Para que un liderazgo perdure debe estar cimentado en el carácter. El carácter produce respeto. El respeto produce confianza. Y la confianza motiva a los seguidores.

Aun en el ámbito puramente humano, la mayoría de la gente reconoce que el verdadero liderazgo está asociado con cualidades de carácter como la integridad, la confiabilidad, la respetabilidad, el altruismo, la humildad, la autodisciplina, el dominio propio y el valor. Tales virtudes reflejan la imagen de Dios en el hombre. Aunque la imagen divina está seriamente opacada en la humanidad caída, no ha sido borrada completamente. Por eso es que aun los paganos reconocen tales cualidades como virtudes deseables y requerimientos importantes para un liderazgo verdadero.

Cristo mismo es el epítome de cómo debe ser un líder auténtico. Él es perfecto en todos los atributos que forman el carácter de un líder. Él es la personificación de todas las cualidades más auténticas, puras, altas y nobles del liderazgo.

Obviamente, en el liderazgo *espiritual*, la gran meta y objetivo es traer a la gente a la semejanza de Cristo. Por eso es que el líder mismo debe manifestar un carácter como el de Cristo. Por eso es que las demandas para el liderazgo en la iglesia son tan altas. El apóstol Pablo resumió el espíritu del líder verdadero cuando escribió: «Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo» (1 Corintios 11.1).

Pedro pudo haber escrito lo mismo. Su carácter fue moldeado y formado por el ejemplo que había visto en Cristo. Él tenía el material innato para llegar a ser un líder, y eso era muy importante. Sus experiencias le ayudaron a sacarle filo y a aguzar sus habilidades naturales de liderazgo, y eso fue también vital. Pero la verdadera clave para todo, el fundamento esencial en el cual el verdadero líder siempre se levanta o cae, es el carácter. Fueron las habilidades de carácter que Pedro desarrolló a través de su íntima asociación con Cristo las que finalmente hicieron de él el gran líder que llegó a ser.

J. R. Miller escribió: «La única cosa que se aleja de la tumba caminando con los dolientes, y que se rehúsa a ser sepultado es el carácter de un hombre. Lo que un hombre es lo sobrevive a él. Eso jamás será sepultado».¹ Ese es un sentimiento verdadero, pero hay algo más importante que lo que la gente piensa de nosotros después que hemos muerto. Lo que es mucho más importante es el impacto que tenemos cuando todavía estamos aquí.

¿Cuáles son algunas de las cualidades de carácter de un líder espiritual que fueron

desarrolladas en la vida de Pedro? Una es la *sumisión*. A primer vistazo, esa puede parecer una cualidad poco usual para cultivar en un líder. Después de todo, el líder es la persona que está a cargo, y espera que los demás se sometan a él. ¿No es así? Pero un verdadero líder no solamente exige sumisión; él es un ejemplo de sumisión a través de someterse al Señor y a aquellos en autoridad sobre él. Todo lo que el verdadero líder espiritual haga debe estar marcado por la sumisión a toda autoridad legítima, especialmente a Dios y a su Palabra.

Los líderes tienden a ser confiados y agresivos. Dominan naturalmente. Pedro tenía esa tendencia. Era rápido para hablar y rápido para actuar. Como hemos visto, era un hombre de iniciativa. Eso significa que siempre estaba inclinado a tratar de tomar control de cada situación. Para balancear ese lado de él, el Señor le enseñó sumisión.

Y lo hizo en algunas formas más bien notables. Un ejemplo clásico de esto lo encontramos en Mateo 17. Este relato se produce en un tiempo cuando Jesús estaba regresando con los Doce a Capernaum, su base de operaciones, después de un periodo de ministerio itinerante. Un cobrador de impuestos estaba en la ciudad haciendo su recorrido habitual para cobrar las dos dracmas anuales (medio siclo) de impuesto que tenían que pagar todas las personas de veinte años o más. Este no era un impuesto que se pagaba a Roma, sino un impuesto que se pagaba para la conservación del templo. Estaba prescrito en Éxodo 30.11-16 (cf. 2 Crónicas 24.9). El impuesto equivalía al salario de dos días, de modo que no era una suma pequeña.

Mateo escribe: «Vinieron a Pedro los que cobraban las dos dracmas, y le dijeron: ¿Vuestro Maestro no paga las dos dracmas?» (Mateo 17.24). Pedro les aseguró que Jesús pagaba sus impuestos.

Pero, aparentemente, este impuesto en particular produjo algún problema en la mente de Pedro. ¿Estaba Jesús obligado moralmente, como el Hijo de Dios encarnado, a pagar para el mantenimiento del templo como cualquier otro hombre? Los hijos de los reyes terrenales no pagan impuestos en los reinos de sus padres; ¿por qué habría de pagar Jesús? Jesús sabía lo que Pedro estaba pensando, de modo que «al entrar él en casa, Jesús le habló primero, diciendo: ¿Qué te parece, Simón? Los reyes de la tierra, ¿de quiénes cobran los tributos o los impuestos? ¿De sus hijos, o de los extraños?» (v. 25).

Pedro respondió: «De los extraños». Los reyes no aplican los impuestos a sus hijos.

Jesús le sacó la conclusión lógica a Pedro: «Luego los hijos están exentos» (v. 26). En otras palabras, Jesús tenía autoridad celestial absoluta, así que si quería, podía optar por no pagar el impuesto para el templo.

Pero si no lo pagaba, estaría mandando un mensaje erróneo en lo que concernía a la autoridad *terrenal*. Era mejor someterse, pagar el impuesto y evitar una situación que la mayoría de la gente no entendería. Así es que aunque no estaba técnicamente *obligado* a pagar el impuesto para el templo, dijo: «Sin embargo, para no ofenderles, vé al mar, y

echa el anzuelo, y el primer pez que saques, tómallo, y al abrirle la boca, hallarás un estatero; tómallo, y dáselo por mí y por ti» (v. 27).

La moneda en la boca del pez era un estatero, una moneda que valía un siclo o cuatro dracmas. Era exactamente lo que se necesitaba para pagar el impuesto del templo de dos personas. En otras palabras, Jesús hizo arreglos para que también se pagara completo el impuesto de Pedro.

Es curioso que el milagro que Jesús hizo estaba demostrando su absoluta *soberanía*, y también al mismo tiempo, con su actitud de pagar el impuesto, estaba siendo un ejemplo de humana *sumisión*. En forma sobrenatural, Cristo dirigió a un pez que se había tragado una moneda a la carnada del anzuelo de Pedro. Si Jesús era Señor sobre la naturaleza hasta ese grado, ciertamente tenía autoridad para optar no pagar el impuesto del templo. Pero decidió enseñarle a Pedro, con Su ejemplo, a someterse en forma voluntaria.

La sumisión es una cualidad indispensable del carácter que los líderes deben cultivar. Porque si quieren enseñar a la gente a que se someta, ellos mismos deben ser ejemplos de sumisión. Y habrá ocasiones en que un líder debe someterse aun cuando pudiera haber muy buenos argumentos para no hacerlo.

Pedro aprendió bien la lección. Años más tarde, en 1 Pedro 2.13-18, habría de escribir:

Por causa del Señor someteos a toda institución humana, ya sea al rey, como a superior, ya a los gobernadores, como por él enviados para castigo de los malhechores y alabanza de los que hacen bien. Porque esta es la voluntad de Dios: que haciendo bien, hagáis callar la ignorancia de los hombres insensatos; como libres, pero no como los que tienen la libertad como pretexto para hacer lo malo, sino como siervos de Dios. Honrad a todos. Amad a los hermanos. Temed a Dios. Honrad al rey. Criados, estad sujetos con todo respeto a vuestros amos; no solamente a los buenos y afables, sino también a los difíciles de sopor-tar.

Esta fue la misma lección que Pedro aprendió de Cristo: En un sentido, usted es libre, pero no use su libertad como una cubierta para el mal. En lugar de eso, considérese como un siervo del Señor. Usted es ciudadano del cielo y solo un residente temporal en la tierra, pero sométase a toda ordenanza del hombre *por causa del Señor*. Usted es primero y antes que nada, un súbdito del reino de Cristo y un mero extranjero y peregrino en esta tierra. No obstante, para evitar ofensas, honre al rey terrenal. Honre a todos. Esta es la voluntad de Dios y al someterse, estará silenciando la ignorancia de los impíos.

Recuerde, el hombre que escribió esa epístola fue el mismo hombre que cuando era joven e impetuoso, le cortó la oreja al siervo del sumo sacerdote. Es el mismo hombre que una vez luchó con la idea de que Jesús pagara impuestos. Pero *aprendió* a someterse, lo cual no es una lección fácil para un líder natural. Pedro era inclinado a ser dominante, enérgico, agresivo y resistente a la idea de sumisión. Pero Jesús le enseñó a someterse voluntariamente, aunque pensara que tenía buenas razones para no hacerlo.

Una segunda cualidad de carácter que aprendió Pedro fue la *sujeción*. Muchas personas con habilidades innatas de liderazgo no sobresalen naturalmente cuando se trata de sujetarse, de actuar con moderación. El autocontrol, la disciplina, la moderación y la reserva no son cualidades que tiene necesariamente una persona que dirige a otros. Por eso es que muchos líderes tienen problemas con la cólera y con las pasiones descontroladas. Quizás usted habrá notado recientemente que los seminarios sobre cómo manejar la cólera han llegado a ser la moda para los altos ejecutivos y personas en posiciones de liderazgo en el mundo de los negocios. Es claro que la cólera es un problema común y serio entre personas que llegan a tales altos niveles de liderazgo.

Pedro tenía tendencias similares. Los impetuosos tienen una personalidad tal que los hace proclives a tomar la iniciativa y a actuar con decisión. Todo eso es lo que los hace ser líderes. Estas personas se impacientan fácilmente con los que no tienen visión o que son de bajo rendimiento. Pueden irritarse rápidamente con los que no vencen obstáculos para alcanzar el éxito. Por lo tanto, deben aprender a refrenarse para ser buenos líderes.

El Señor tuvo buen cuidado de enseñar a Pedro a refrenarse. Esa es una de las principales razones por las que Pedro tuvo que soportar las censuras más duras cuando habló demasiado pronto o actuó demasiado deprisa. El Señor estaba enseñándole *constantemente* a refrenarse.

Aquella escena en el huerto donde Pedro trató de decapitar a Malco es un ejemplo clásico de su falta de control natural. Aunque estaba rodeado por cientos de soldados romanos, todos armados hasta los dientes, Pedro irreflexivamente sacó su espada y se dispuso a arremeter contra aquellos. Fue afortunado en que Malco no perdió más que una oreja y que Jesús inmediatamente reparó el daño. Como ya hemos visto, por esa acción Jesús lo reprendió duramente.

Aquella reprensión debe de haberle sido especialmente difícil por haberla recibido delante de una horda de enemigos. Pero él aprendió mucho de lo que vio aquella noche. Más tarde en su vida, habría de escribir: «Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente » (1 Pedro 2.21-23).

¡Qué diferencia con el joven que trató de arremeter con una espada y abrirse camino a través de sus oponentes! Pedro había aprendido la lección de controlarse.

También tuvo que aprender *humildad*. A menudo, los líderes son tentados por el pecado del orgullo. De hecho, el pecado obsesionante del liderazgo puede ser la tendencia a creer que se es más de lo que se es. Cuando la gente lo sigue, está constantemente alabándolo, buscándolo y admirándolo; entonces es muy fácil ser vencido por el orgullo.

Podemos ver en Pedro una tremenda confianza en sí mismo. Esto es evidente por la

forma en que saltaba con las respuestas a todas las preguntas. Es obvio en la mayoría de sus actos, como cuando saltó fuera del bote y empezó a caminar sobre las aguas. Se hizo obvio en la peor y más desastrosa de las formas en aquella ocasión decisiva cuando Jesús predijo que sus discípulos lo abandonarían.

Jesús dijo: «Todos vosotros os escandalizaréis de mí esta noche; porque escrito está: Heriré al pastor, y las ovejas del rebaño serán dispersadas» (Mateo 26.31).

Pero Pedro estaba muy confiado: «Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré» (v. 33, énfasis añadido). Luego agregó: «Señor, dispuesto estoy a ir contigo no sólo a la cárcel, sino también a la muerte» (Lucas 22.33).

Por supuesto, como era usual, Pedro estaba equivocado y Jesús estaba en lo cierto. Pedro *negó* a Jesús no solo una sino múltiples veces, tal como Jesús lo había advertido. La vergüenza y el oprobio de Pedro al haber deshonrado a Cristo tan abiertamente fueron aumentados por haberse jactado tan resueltamente sobre que era impenetrable a tales pecados.

Pero el Señor usó todo eso para hacer de él un hombre humilde. Y cuando escribió su primera carta, dijo: «Revestíos de humildad; porque: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes. Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo» (1 Pedro 5.5-6). Él especialmente, dijo a los líderes de las iglesias: «[No actúen] como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey» (v. 3). La humildad llegó a ser una de las virtudes que caracterizaron la vida, el mensaje y el estilo de liderazgo de Pedro.

Pero también aprendió a *amar*. Todos los discípulos lucharon aprendiendo que el verdadero liderazgo espiritual significa servicio amoroso los unos a los otros. El verdadero líder es alguien que sirve, no alguien que exige que se le sirva.

Esta es una lección difícil de aprender para muchos líderes naturales porque tienden a ver a los demás como medios para alcanzar sus fines. Por lo general, los líderes son orientados hacia el trabajo en lugar de ser orientados hacia las personas. Y de esta manera usan a la gente, o pasan sobre la gente para alcanzar sus metas. Pedro y el resto de los discípulos necesitaban aprender que el liderazgo tiene sus raíces y crece en un terreno de servicio amoroso hacia los demás. El verdadero líder ama y sirve a aquellos a quienes dirige.

Jesús dijo: «Si alguno quiere ser el primero, será el postrero de todos, y el servidor de todos» (Marcos 9.35). Constantemente, el propio Señor les mostró por su forma de vivir a sus discípulos esa clase de liderazgoservicio amoroso. Pero en ninguna parte es más evidente que en el Aposento Alto la noche en que fue traicionado.

Jesús y los discípulos habían ido a celebrar la Pascua en un cuarto alquilado en Jeru-

salén. La celebración misma de la Pascua era una comida prolongada y ceremoniosa que duraba por lo menos cuatro o cinco horas. En esa cultura, por lo general los participantes se reclinaban en pequeñas mesas en lugar de sentarse verticalmente en sillas. Eso significaba que, en tal posición, la cabeza de una persona estaría muy cerca de los pies de otra. En aquellas regiones, todos los caminos eran barrocos o polvorientos de modo que los pies estaban constantemente sucios. Por lo tanto, la costumbre era que cuando alguien entraba a una casa para participar en una comida, hubiera allí un sirviente cuyo trabajo era lavar los pies de los invitados. Este era quizás el más bajo y menos deseado de todos los trabajos. Pero que un dueño de casa no hiciera los arreglos necesarios para que se lavaran los pies de sus invitados era una seria ofensa (cf. Lucas 7.44).

Aparentemente, en esta noche de Pascua tan llena de actividad, en aquel cuarto alquilado, no se había hecho provisión para que un sirviente lavara los pies de los invitados. Evidentemente, los discípulos prefirieron olvidarse de la etiqueta en lugar de ofrecerse ellos mismos para realizar aquella tarea tan baja. De modo que se agruparon en torno a la mesa como si estuvieran preparados para comenzar la cena sin haberse lavado los pies. Entonces, dice la Escritura, Jesús mismo «se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó. Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjuagarlos con la toalla con que estaba ceñido » (Juan 13.4-5).²

Jesús mismo, Aquel que apropiadamente llamaban Señor, asumió la función del esclavo más bajo y lavó los pies sucios de sus discípulos. Según Lucas, aproximadamente en el mismo momento en que esto ocurría, los discípulos estaban en medio de una discusión sobre cual de ellos era el más grande (Lucas 22.24). Les interesaba ensalzarse, no humillarse. Y entonces Jesús hizo lo que ninguno de ellos quiso hacer. Les dio una lección sobre la humildad del amor genuino.

La mayoría, probablemente, se quedaron en un silencio abrumador. Pero cuando Jesús llegó a Simón Pedro, «Pedro le dijo: Señor, ¿tú me lavas los pies?» (Juan 13.6). El sentido de la frase es, ¿*Qué crees que estás haciendo?* Aquí está el presuntuoso y osado Simón, hablando de nuevo sin pensar. Y dijo más: «No me lavarás los pies *jamás*» (v. 8).

Pedro era el maestro de las afirmaciones absolutas: «*Nunca* me escandalizaré» (cf. Mateo 26.33). «No me lavarás los pies *jamás* ». No hay matices grises en la vida de Pedro; todo es en absoluto blanco y negro.

Jesús le respondió: «Si no te lavare, no tendrás parte conmigo » (Juan 13.8). Por supuesto, Jesús estaba hablando de la necesidad de limpieza *espiritual*. Obviamente, no era el lavamiento literal de los pies lo que hacía a los discípulos aptos para el compañerismo con Cristo. Jesús estaba hablando de la limpieza del pecado. Esa era la realidad espiritual que este acto humillante de lavar los pies intentaba simbolizar. (La prueba que Él estaba hablando de limpieza *espiritual* la encontramos en el versículo 10, donde dice: «Vosotros limpios estáis, aunque no todos». Él ya les había lavado los pies, de manera que estaban limpios en un sentido externo, físico. Pero el apóstol Juan dice en el ver-

sículo 11: «Porque sabía quién le iba a entregar; por eso dijo: No estáis limpios todos», queriendo decir que Judas no estaba limpio en el sentido espiritual de que Él hablaba.)

La respuesta de Pedro es típica de su entusiasmo desenfrenado: «Señor, no sólo mis pies, sino también las manos y la cabeza » (v. 9). De nuevo, con Pedro no había términos medios. Siempre era todo o nada. Por eso, Jesús le aseguró que él ya estaba «completamente limpio». (El Señor seguía hablando en términos espirituales sobre el perdón y la limpieza del pecado.) Ahora Pedro no necesitaba más que un lavado de pies.

En otras palabras, Pedro, como creyente, ya estaba completamente justificado. El perdón y la limpieza que necesitaba no era la clase de perdón sumario que uno buscaría por parte del Juez del universo, como si Pedro estuviera buscando tener su destino eterno asegurado. Él ya había recibido esa clase de limpieza y perdón. Pero ahora estaba viniendo a Dios como cualquier hijo va a su padre, buscando gracia paterna y perdón por los errores cometidos. Esa era la clase de limpieza que Pedro necesitaba. Es la misma clase de perdón que Jesús enseñó a todos los creyentes por el cual orar diariamente (Lucas 11.4). Aquí, Jesús asemejó tal perdón diario a un lavamiento de pies.

Todas estas verdades estuvieron envueltas en el simbolismo cuando Jesús les lavó los pies a sus discípulos. Pero la lección central fue sobre la forma en que debemos mostrar el amor. El ejemplo de Jesús fue un acto consumado de amor, al ejecutar un servicio tan humilde.

Más tarde esa noche, después que Judas había salido, Jesús les dijo a los once: «Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros: como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros» (Juan 13:34-35). ¿Cómo los había amado a ellos? Les lavó los pies. Mientras discutían sobre cuál era el más importante, Él les mostró cómo se expresaba el servicio humilde y amoroso los unos por los otros.

Es difícil para algunos líderes agacharse y lavar los pies de aquellos a los que perciben como sus subordinados. Pero ese fue el ejemplo de liderazgo que Jesús dio e insistió en que sus discípulos lo siguieran. De hecho, les dijo que demostrarse amor unos a otros de esa manera era la marca de un verdadero discípulo.

¿Aprendería Pedro a amar? Ciertamente que sí. El amor llegó a ser uno de los sellos de su enseñanza. En 1 Pedro 4.8 escribió: «Y ante todo, tened entre vosotros ferviente amor; porque el amor cubrirá multitud de pecados». La palabra griega traducida como «ferviente» en este versículo es *ektenes*, que literalmente quiere decir «estirado al límite». Pedro nos está llamando a amar al máximo de nuestra capacidad. El amor de que él habla no es meramente una cuestión de sentimientos ni sobre cómo respondemos a las personas que son naturalmente amables. Él está hablando de un amor que cubre y compensa por los fracasos y las debilidades de los demás: «El amor cubrirá multitud de pecados». Esta es la clase de amor que lava la suciedad de los pies del hermano. Pedro mismo había aprendido esa lección por el ejemplo de Cristo.

Otra importante cualidad de carácter que Pedro necesitaba aprender era la *compasión*. Cuando el Señor advirtió a Pedro que lo negaría, le dijo: «Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo» (Lucas 22.31). Generalmente, el trigo era separado de la paja zarandeándolo y lanzándolo al aire con un viento fuerte. A la paja se la llevaba el viento y el trigo caía en un montón, ya limpio.

Quizás nosotros habríamos esperado que Jesús le dijera: «No voy a permitir que Satanás te zarandee». Pero no lo hizo. Más bien le dejó saber a Pedro que le había dado a Satanás el permiso que buscaba. Él le permitiría al diablo probar a Pedro (como Dios hizo en el caso de Job). Lo que dijo, en esencia, fue: «Voy a dejar que lo haga. Voy a dejar que Satanás conmueva los mismos cimientos de tu vida. Luego lo voy a dejar que te zarandee en el viento hasta que no quede nada sino la realidad de tu fe». Y le aseguró que su fe sobreviviría a la prueba. «Yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos» (v. 32).

Fue entonces cuando Pedro, arrogantemente, insistió que él nunca tropezaría. Pero a pesar de su afirmación, antes que la noche terminara, *había* negado a Jesús, y todo su mundo se sacudió peligrosamente. Se le desinfló el ego. Su confianza en sí mismo se hizo trizas. Su orgullo sufrió lo indecible. Pero su fe nunca falló.

¿Para qué era todo esto? Jesús estaba preparando a Pedro para que fortaleciera a los hermanos. A menudo, las personas con habilidades naturales de liderazgo tienden a ser faltos de compasión, malos para consolar e impacientes con los demás. No se detienen demasiado tiempo para curar al herido mientras van tras sus metas. Pedro necesitaba aprender compasión a través de su propio sufrimiento, para que cuando este terminara, pudiera fortalecer a otros en los de ellos.

Por el resto de su vida, Pedro necesitaría mostrar compasión hacia los que estaban pasando por problemas. Después de haber sido zarandeado por Satanás, Pedro estuvo bien preparado para sentir empatía en cuanto a las debilidades de otros. No pudo dejar de tener gran compasión por aquellos que sucumbían a la tentación o caían en pecado. Él había estado allí antes, y por esa experiencia aprendió a ser compasivo, tierno de corazón, generoso, amable y consolador de los que eran lacerados por el pecado y sus fracasos personales.

En 1 Pedro 5.8-10, escribió: «Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar; al cual resistid firmes en la fe, sabiendo que los mismos padecimientos se van cumpliendo en vuestros hermanos en todo el mundo. Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca».

Pedro entendió la debilidad humana, y la entendió muy bien. Él había tocado fondo. Sus propias debilidades lo habían derribado. Pero había sido perfeccionado, establecido,

fortalecido y afirmado por el Señor. Como era usual, estaba escribiendo de su propia experiencia. No eran preceptos teóricos los que enseñaba.

Finalmente, tuvo que aprender el *valor*. No ese «valor» impetuoso, precipitado, falso que le hizo blandir la espada tan alocadamente contra Malco, sino una disposición madura, firme, intrépida dispuesta a sufrir por la causa de Cristo.

El reino de la oscuridad se levanta contra el reino de la luz. Las mentiras se contraponen a la verdad. Satanás está contra Dios. Y los demonios están contra los propósitos santos de Cristo. Por lo tanto, Pedro enfrentaría dificultades dondequiera que fuera. Jesús le dijo: «De cierto, de cierto te digo: Cuando eras más joven, te ceñías, e ibas a donde querías; mas cuando ya seas viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará a donde no quieras» (Juan 21.18).

¿Qué significaba eso? El apóstol Juan da una respuesta clara: «Esto dijo, dando a entender con qué muerte [Pedro] había de glorificar a Dios» (v. 19).

Para Pedro, el precio de la predicación sería la muerte. Sufriría persecución, opresión, tribulación, y finalmente, el martirio. Pero para perseverar habría de necesitar valor como una roca sólida.

Es casi posible ver el nacimiento del verdadero valor en el corazón de Pedro en Pentecostés, cuando fue lleno y capacitado por el Espíritu Santo. Antes de eso, había mostrado destellos de una clase voluble de valor. Por eso fue que sacó impetuosamente su espada frente a una multitud de soldados armados un instante, pero negó a Jesús cuando lo enfrentó una muchacha sirvienta pocas horas después. Su valor, como todo en su vida, era afectado por la inestabilidad.

Después de Pentecostés, sin embargo, vemos a un Pedro diferente. Hechos 4 dice cómo Pedro y Juan fueron llevados ante el Sanedrín, el consejo gobernante judío. Se les conminó solemnemente a «que en ninguna manera hablasen ni enseñasen en el nombre de Jesús» (v. 18).

Pedro y Juan respondieron con valentía: «Juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios; porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído» (vv. 19-20). Pronto volvieron a ser llevados ante el Sanedrín por haber seguido predicando. Y ellos dijeron lo mismo: «Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres» (Hechos 5.29). Pedro, lleno con el Espíritu Santo e impulsado por el conocimiento de que Cristo había resucitado de los muertos, había adquirido un valor inmovible, de roca sólida.

En su primera epístola captamos una vislumbre de por qué él fue lleno de tanto valor. Escribiendo a los cristianos dispersos por todo el Imperio Romano a causa de la persecución, les dice:

Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados en el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postero. En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo (1 Pedro 1.3-7).

Él estaba seguro en Cristo, y lo sabía. Había visto al Cristo resucitado, de modo que sabía que Cristo había vencido a la muerte. Sabía que cualesquiera fueran las pruebas terrenales que tuviera que enfrentar, estas no eran más que temporales. Las pruebas, aunque a menudo dolorosas y siempre desagradables, son nada comparado con la esperanza de la gloria eterna (cf. Romanos 8.18). Lo genuino de la fe verdadera, sabía, era infinitamente más precioso que cualquiera riqueza terrenal perecedera, porque su fe resultaría en la alabanza y gloria de Cristo a su regreso. Esa esperanza es lo que daba tal valor a Pedro.

A medida que aprendía todas esas lecciones, y su carácter era transformado, y se convertía en el hombre que Cristo quería que fuera, gradualmente cambió de Simón a Roca. Del ejemplo del Señor aprendió a someterse, a refrenarse, a ser humilde, a amar, a ser compasión y valiente. Y debido a la obra del Espíritu Santo en su corazón, llegó a ser un gran líder.

Predicó en Pentecostés y tres mil personas fueron salvas (Hechos 2.14-41). Él y Juan sanaron a un cojo (Hechos 3.1-10). Tenía tanto poder que la gente se sanaba solo con su sombra (Hechos 5.15-16). Resucitó a Dorcas (Hechos 9.36-42). Llevó el evangelio a los gentiles (Hechos 10), y escribió dos epístolas, 1 y 2 de Pedro, en las cuales expone las mismas lecciones que había aprendido del Señor sobre el carácter auténtico.

¿Qué clase de hombre fue Pedro? ¿Fue perfecto? No. En Gálatas 2 el apóstol Pablo relata un incidente en el cual Pedro contemporizó. Había actuado hipócritamente. Esto nos permite ver un breve destello del viejo Simón. Pedro estaba comiendo con gentiles, compartiendo con ellos como un verdadero hermano en Cristo hasta que aparecieron algunos falsos maestros. Estos herejes insistieron en que mientras los gentiles no se circuncidaran y siguieran la ley ceremonial del Antiguo Testamento no serían salvos y, por lo tanto, no debían ser tratados como hermanos. Pedro, aparentemente intimidado por los falsos maestros, dejó de comer con los hermanos gentiles (Gálatas 2.12). El versículo 13 dice que cuando Pedro hizo aquello, todos los demás lo hicieron también debido a que Pedro era el líder. Entonces, el apóstol Pablo escribe: «Le resistí cara a cara, porque era de condenar» (v. 11). Pablo reprendió a Pedro en presencia de todos (v. 14).

Para crédito de Pedro, digamos que respondió a la corrección de Pablo. Y cuando el error de los judaizantes fue finalmente confrontado en un concilio en pleno de los líderes y apóstoles de la iglesia en Jerusalén, fue Pedro quien habló primero en defensa del evangelio de la gracia divina. Fue él quien introdujo el argumento que salvó el día (He-

chos 15.7-14). En efecto, estaba defendiendo el ministerio del apóstol Pablo. El episodio entero muestra cómo Simón Pedro seguía siendo educable, humilde y sensible a la convicción y corrección del Espíritu Santo.

¿Cómo terminó la vida de Pedro? Sabemos que Jesús le había dicho que moriría como mártir (Juan 21.18-19). Pero la Escritura no registra su muerte. Todos los antiguos documentos de la historia de la iglesia primitiva indican que fue crucificado. Eusebio cita el testimonio de Clemente, quien dice que antes que Pedro fuera crucificado fue obligado a presenciar la crucifixión de su propia esposa. Mientras ella caminaba hacia la muerte, dice Clemente que Pedro la llamó por nombre, diciéndole: «Recuerda al Señor». Cuando le tocó el turno de morir a él, pidió que lo crucificaran cabeza abajo porque no era digno de morir como su Señor había muerto. Y así, fue clavado en una cruz con la cabeza hacia abajo.³

La vida de Pedro podría resumirse con las palabras finales de su segunda carta: «Cred en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo» (2 Pedro 3.18). Eso es, exactamente, lo que hizo él, y por eso es que llegó a ser Roca, el gran líder de la iglesia primitiva.

3

ANDRÉS, EL APÓSTOL DE LAS COSAS PEQUEÑAS

Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que había oído a Juan, y habían seguido a Jesús. Este halló primero a su hermano Simón, y le dijo: Hemos hallado al Mesías (que traducido es, el Cristo). Y le trajo a Jesús.

—JUAN 1.40-42

ANDRÉS, EL HERMANO DE PEDRO, es el menos conocido de los cuatro discípulos del grupo principal. Aunque era uno de los miembros de ese cuarteto dominante, por lo general permanecía en segundo plano. No aparece incluido en varios de los acontecimientos importantes donde se ve a Pedro, Jacobo y Juan junto con Jesús (Mateo 17.1; Marcos 5.37; 14.33). En otras situaciones clave, sin embargo, se le encuentra como parte del círculo íntimo (cf. Marcos 1.29; 13.3). No hay duda de que Andrés tuvo una relación particularmente estrecha con Cristo, porque con bastante frecuencia fue el medio por el cual otras personas fueron presentadas personalmente al Maestro.

Andrés fue el primero de todos los discípulos en ser llamado (Juan 1.35-40). Como veremos luego, fue quien presentó a Cristo a su hermano Pedro, de personalidad más dominante que la suya (vv. 41-42). Su ansiedad por seguir a Cristo, combinada con su celo por presentarle a otros, tipifica con exactitud el carácter de Andrés.

Pedro y Andrés eran oriundos de la aldea de Betsaida (Juan 1.44). Los arqueólogos aun no han establecido con exactitud el lugar donde se encontraba Betsaida, pero por su descripción en el Nuevo Testamento, es claro que estaba situada en la parte norte de Galilea. En algún momento, los hermanos se fueron a vivir a la ciudad de Capernaum, de mayor tamaño, cercana a su lugar de nacimiento. De hecho, Pedro y Andrés compartían una casa en Capernaum (Marcos 1.29) y dirigían desde allí un negocio de pesca. Capernaum les ofrecía ventajas por su ubicación, ya que estaba situada la orilla norte del Mar de Galilea (donde la pesca era buena) y, además, era por donde pasaban rutas clave para el comercio.

Es probable que Pedro y Andrés hayan sido compañeros en el trabajo de la pesca con el otro equipo de pescadores —hermanos de Capernaum—, Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo. Parece que los cuatro compartían intereses espirituales comunes aun antes que se encontraran con Cristo. Evidentemente, dejaron por un tiempo sus labores de pesca, se fueron al desierto donde predicaba Juan el Bautista y se hicieron discípulos de Juan. Allí fue donde se encontraron por primera vez con Cristo. Y cuando volvieron a las redes (antes que Jesús los llamara para que fueran sus discípulos de tiempo completo) se mantuvieron unidos. Por eso es natural que este pequeño grupo formara una estrecha unidad dentro de los Doce. En muchos sentidos, estos cuatro parecían inseparables.

Es obvio que los cuatro *querían* ser líderes. Como grupo, ejercían cierto tipo de liderazgo colectivo sobre los otros discípulos. Ya hemos visto que sin duda Pedro era el que dominaba en el grupo y era el vocero natural de los doce, ya sea que a los otros les gustara o no. Pero es claro que los cuatro discípulos en el círculo íntimo aspiraban a ser líderes. De ahí que, de vez en cuando, surgieran aquellas vergonzosas discusiones sobre quién era el más importante.

Esta ansiedad por dirigir, que causó tantos choques cuando estaban juntos como grupo, finalmente llegó a ser de mucho valor cuando en la primitiva iglesia tuvieron que tomar caminos separados como apóstoles. Jesús los estaba preparando para que fueran líderes y, al final, todos ellos cumplieron importantes funciones de liderazgo en la iglesia. Por eso es que la Escritura los considera el fundamento de la iglesia, «siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo» (Efesios 2.20).

De los cuatro del círculo íntimo, sin embargo, Andrés era el menos notable. La Escritura no nos dice mucho acerca de él. Prácticamente se pueden contar con los dedos las veces que se le menciona específicamente en los Evangelios. (De hecho, aparte de los lugares donde se menciona a los doce discípulos, su nombre aparece solo nueve veces en el Nuevo Testamento, y la mayor parte de estas referencias solo son menciones al pasar.)

Su vida se desarrolla a la sombra de su hermano, mucho más conocido que él. Muchos de los versículos que lo nombran añaden que era hermano de Pedro, como si eso fuera lo que lo hacía importante.

En tales situaciones, donde en algún grado un hermano opaca al otro, es común encontrar resentimiento, fuerte rivalidad o incluso separación. Pero en el caso de Andrés no hay evidencias que haya habido envidia por la supremacía de Pedro. De nuevo, fue él quien trajo a Pedro a Cristo. Lo hizo inmediatamente y sin vacilación. Por supuesto que Andrés tiene que haber estado muy consciente de la tendencia dominante de su hermano. Tiene que haber sabido que tan pronto como Pedro se integrara al grupo de discípulos asumiría el liderato y él sería relegado a un segundo plano. Pero de todas maneras, Andrés llevó a su hermano mayor a Jesús. Ese solo hecho dice mucho sobre su carácter.

Casi todo lo que la Escritura nos dice sobre Andrés muestra que tenía un corazón dispuesto para el ministerio efectivo en segundo plano. No buscaba ser el foco de atención. Parecía no sentirse afectado por aquellos que eran objeto de la atención pública; más bien parecía feliz de hacer lo que podía con el llamado y los dones que Dios le había concedido, y dejaba que los demás hicieran lo mismo.

De todos los discípulos en el círculo íntimo, él parece el menos contencioso y el más considerado. Como ya lo hemos visto, Pedro tendía a ser impetuoso, a correr adelante tontamente y a decir la palabra equivocada en el momento equivocado. A menudo era respondón, torpe, imprudente e impulsivo. Jacobo y Juan tenían el apodo de «Hijos del Trueno» debido a su tendencia a ser imprudentes. Evidentemente, también eran los que

provocaban muchas de las discusiones sobre quién era el más grande. Pero en el caso de Andrés no hay nada de eso. Cada vez que habla, lo cual es raro de encontrar en la Escritura, siempre dice lo correcto, no lo incorrecto. Cada vez que actúa aparte de los otros discípulos, siempre hace las cosas bien. Cuando menciona su nombre, la Escritura nunca dice algo negativo a las acciones de Andrés.

Hubo, por cierto, ocasiones cuando, siguiendo el liderazgo de Pedro, o actuando en acuerdo con los demás discípulos, cometió los mismos errores que cometieron ellos. Pero cuando su nombre es mencionado expresamente, o cuando se eleva por sobre los demás y actúa o habla individualmente, la Escritura lo elogia por lo que hace. Fue un líder eficaz aun cuando nunca ocupó un lugar de notoriedad.

Aunque hermanos, Andrés y Pedro tenían estilos de liderazgo totalmente diferentes. Pero así como Pedro tenía las condiciones perfectas para su llamado, Andrés las tenía para el de él. De hecho, Andrés tal vez sea un modelo *mejor* que Pedro para muchos de los líderes de las iglesias, porque muchos que entran en el ministerio tienen que trabajar en relativa oscuridad, como él, y no alcanzan renombre y prominencia, como ocurrió con Pedro.

El nombre Andrés quiere decir «varonil» y en su caso parece una descripción apropiada. Por supuesto, la clase de pesca con redes que él y los demás usaban requería un alto grado de fuerza física. Pero Andrés también tenía otras características de virilidad. Era valiente, decidido y reflexivo. Nada en él es débil o cobarde. Era impulsado por una pasión por la verdad, y estaba dispuesto a someterse a las más extremas formas de privaciones y austeridad para lograr su objetivo.

Recuerde que cuando Jesús y él se encontraron por primera vez, Andrés ya era un hombre devoto que se había unido al grupo de discípulos de Juan el Bautista quien era bien conocido por su apariencia ruda y su estilo de vida austero. «Estaba vestido de pelo de camello, y tenía un cinto de cuero alrededor de sus lomos; y su comida era langostas y miel silvestre» (Mateo 3.4). Vivía y ministraba en el desierto, alejado de todas las comodidades de la vida de la ciudad. Difícilmente alguien que no estuviera dispuesto a vivir una vida dura podía seguir a Juan el Bautista como discípulo.

El Evangelio de Juan describe el primer encuentro de Andrés con Jesús. Esto ocurrió en el desierto, donde Juan el Bautista estaba predicando el arrepentimiento y bautizaba a los que se convertían. El apóstol Juan registra el incidente en calidad de testigo ocular, porque él y Andrés estaban allí juntos como discípulos de Juan el Bautista. (El apóstol Juan no se identifica por nombre. Se mantiene anónimo en su Evangelio hasta el final. Pero en la forma que relata los detalles de este encuentro, dándonos incluso la hora del día, sugiere que tuvo conocimiento de primera mano del incidente. Obviamente, él era el otro discípulo mencionado en el relato.)

El encuentro personal de Andrés con Jesús tuvo lugar al día siguiente del bautismo de Jesús (vv. 29-34) Andrés y Juan se encontraban junto a Juan el Bautista cuando llegó

Jesús y, al verlo, Juan el Bautista dijo: «He aquí el Cordero de Dios» (Juan 1.35-36). Inmediatamente ellos dejaron a Juan y siguieron a Jesús (v 37). No se piense que estaban siendo desleales a su mentor. Todo lo contrario. Juan el Bautista ya había expresamente negado que él fuera el Mesías: «Cuando los judíos enviaron de Jerusalén sacerdotes y levitas para que le preguntasen: ¿Tú quién eres? Confesó, y no negó, sino confesó: Yo no soy el Cristo» (Juan 1.19-20). Cuando la gente lo presionó para que explicara quién era, dijo: «Yo soy la voz de uno que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías» (v. 23).

Así es que Juan ya había dicho en la forma más clara y directa que él solo era el precursor del Mesías. Había venido a preparar el camino y a indicar a la gente la dirección correcta. En realidad, el corazón mismo del mensaje de Juan el Bautista era la preparación para el Mesías, que ya estaba por llegar. Andrés y Juan tienen que haber estado envueltos en la emoción de la expectativa mesiánica, esperando solo el momento en que la Persona correcta fuera identificada. Por eso fue que apenas oyeron a Juan el Bautista identificar a Cristo como el Cordero de Dios, los dos discípulos, en forma instantánea, dejaron a Juan para seguir a Jesús. Al hacer esto, tomaron la decisión correcta. Sin duda que Juan el Bautista mismo tiene que haber aprobado su decisión.

El relato bíblico continúa, diciendo: «Y volviéndose Jesús, y viendo que le seguían, les dijo: ¿Qué buscáis? Ellos le dijeron: Rabí (que traducido es, Maestro), ¿dónde moras? Les dijo: Venid y ved. Fueron, y vieron donde moraba, y se quedaron con él aquel día» (vv. 38-39).

Eran alrededor de las cuatro de la tarde («la hora décima», según el versículo 39) cuando se encontraron con Jesús. Lo siguieron hasta el lugar donde él se estaba hospedando y pasaron el resto del día con Él. Como esto ocurrió cerca de donde estaba Juan el Bautista en el desierto, probablemente era una casa alquilada o quizás solo un cuarto en una rústica posada. Pero estos dos discípulos tuvieron el privilegio de pasar la tarde y la noche en compañerismo privado con Jesús, y se fueron convencidos de que habían hallado al verdadero Mesías. Se encontraron, se conocieron, y ese mismo día empezaron a recibir enseñanzas de Jesús. De esta manera, Andrés y Juan llegaron a ser los primeros discípulos.

Nótese la primera cosa que dijo Andrés: «Este halló primero a su hermano Simón, y le dijo: Hemos hallado al Mesías (que traducido es, el Cristo). Y le trajo a Jesús» (vv. 41-42). Las noticias eran demasiado buenas como para quedárselas él solo, de modo que fue y halló a la persona que más quería en el mundo, la que él más quería que conociera a Jesús, y la condujo a Cristo.

Como vimos en el capítulo anterior, después de su encuentro inicial con Jesús, Pedro y Andrés volvieron a Capernaum y continuaron en su trabajo de pescar. Más adelante, quizás varios meses después, fue que Jesús vino a Galilea a ministrar. Había comenzado su ministerio en y alrededor de Jerusalén, donde limpió el templo y se ganó la hostilidad de los líderes religiosos. Pero luego regresó a Galilea a predicar y a sanar, y finalmente vino a Capernaum. Allí volvió a encontrar a los cuatro hombres mientras pescaban.

Mateo 4 registra este encuentro:

Andando Jesús junto al mar de Galilea, vio a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y Andrés su hermano, que echaban la red en el mar; porque eran pescadores. Y les dijo: Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres. Ellos entonces, dejando al instante las redes, le siguieron. Pasando de allí, vio a otros dos hermanos, Jacobo hijo de Zebedeo, y Juan su hermano, en la barca con Zebedeo su padre, que remendaban sus redes; y los llamó. Y ellos, dejando al instante la barca y a su padre, le siguieron (vv. 18-22).

Así fue como dejaron la pesca por un discipulado más permanente, de tiempo completo.

Un relato paralelo de este suceso lo encontramos en Lucas 5.1-11. Pero en la versión de Lucas no se menciona el nombre de Andrés. Sabemos que estaba allí y había sido incluido debido a que el relato de Mateo lo deja claro. Pero Andrés estaba tan alejado de los primeros planos que Lucas ni siquiera menciona su nombre. De nuevo, era la clase de persona que raramente ocuparía un lugar prominente. Permanecía casi oculto. Sin duda que era parte del grupo y debe haber seguido a Jesús con tanta pasión como los demás, pero jugaba un papel silencioso en la oscuridad.

Había vivido toda su vida a la sombra de Pedro y aparentemente aceptaba ese papel. Esto fue lo que lo hizo tan útil. Su disposición a ser un actor secundario a menudo le permitió entender cosas que los otros discípulos tenían dificultad en captar. Así, cada vez que ocupa un lugar en primer plano, lo que se destaca es su extraordinaria habilidad de ver el gran valor que hay en las cosas pequeñas y modestas.

VIO EL VALOR DE LA GENTE COMO INDIVIDUOS

Cuando trató con la gente, por ejemplo, Andrés apreció plenamente el valor de una sola alma. Se le reconoce por traer a individuos, y no a multitudes, a Jesús. Casi cada vez que lo vemos mencionado en los Evangelios, está trayendo a alguien a Jesús.

Recuerde que su primera acción después de descubrir a Jesús fue ir y traer a Pedro. Ese incidente marca el estilo de su ministerio. En la alimentación de los cinco mil, por ejemplo, fue él quien trajo a Jesús al niño que tenía los panes y los peces. Todos los otros discípulos no supieron en qué forma podrían alimentar a la multitud. Pero él halló al niño, lo llevó a Jesús, y le dijo: «Aquí está un muchacho, que tiene cinco panes de cebada y dos pececillos» (Juan 6.9).

Juan 12.20-22 se refiere a algunos griegos que encontraron a Felipe y le pidieron ver a Jesús. Probablemente estos eran gentiles que sabían de la reputación de Jesús y querían conocerlo. Juan 12.21 dice que: «Estos, pues, se acercaron a Felipe, que era de Betsaida de Galilea, y le rogaron, diciendo: Señor, quisiéramos ver a Jesús. Felipe fue y se

lo dijo a Andrés; entonces Andrés y Felipe se lo dijeron a Jesús».

Llama la atención que estos hombres se acercaran a Felipe y que Felipe los llevara ante Andrés y dejara que fuera Andrés quien los presentara al Maestro. ¿Por qué no los llevó Felipe mismo a Jesús? Quizás era tímido por naturaleza o quizás no se sentía con la confianza suficiente en cuanto a su relación con Cristo. Quizás no estaba seguro de cuál era el protocolo en estos casos. O, es posible que Felipe no estuviera seguro de que Jesús quisiera *verlos*. En cualquier caso, Felipe sabía que Andrés podía presentarle individuos a Cristo.

Andrés no se sentía confundido cuando alguien quería ver a Jesús. Simplemente lo traía a Él. Entendía que Jesús quería conocer a cualquiera que quisiera conocerlo a Él (cf. Juan 6.37).

Era obvio que Andrés se sentía bien trayendo a las personas a Cristo, porque lo hacía con mucha frecuencia. Aparentemente conocía muy bien a Jesús y no se sentía inseguro en cuanto a traer a otros a Él. En Juan 1, trajo a Pedro a Cristo, lo cual lo hizo el primer misionero a los suyos. Ahora trae a algunos griegos a Cristo, haciéndolo el primer misionero a extranjeros.

Una cosa que he observado en todos mis años de ministerio es que los aspectos más efectivos e importantes de la evangelización por lo general tienen lugar en un plano personal, individual. La mayoría de la gente no viene a Cristo como una respuesta inmediata a un sermón que han oído en medio de una muchedumbre de gente. Vienen a Cristo debido a la influencia de un individuo.

La iglesia que pastoreo trata de fomentar un ambiente evangelístico. Y las personas vienen a Cristo en una forma regular. Casi cada domingo en nuestros cultos vespertinos bautizamos a varios nuevos creyentes. Cada uno da un testimonio antes de ser bautizado. Y en la abrumadora mayoría de los casos, dicen que vinieron a Cristo básicamente debido al testimonio de un compañero de trabajo, un vecino, un familiar o un amigo. De vez en cuando oímos a alguien decir que se convirtió en respuesta directa a un mensaje que oyó en la iglesia o a un sermón que escuchó por radio. Pero aun en tales casos, es generalmente debido a la influencia de alguien que los animó a escuchar o los trajo a la iglesia. No hay duda de que la forma más efectiva de traer a la gente a Cristo es uno a la vez, sobre una base individual.

Tanto Andrés como su hermano Pedro tenían corazones evangelísticos pero sus métodos eran dramáticamente diferentes. Pedro predicó en Pentecostés, y tres mil personas fueron añadidas a la iglesia. Nada en la Escritura indica que Andrés haya predicado a una multitud o haya conmovido a gran número de personas. Pero recuerde que fue él quien trajo a Pedro a Cristo. En la providencia soberana de Dios, el acto de fe de Andrés de traer a su propio hermano a Cristo fue el acto individual que llevó a la conversión del hombre que habría de predicar tan poderoso sermón en Pentecostés. En última instancia, todo el fruto del ministerio de Pedro también es el fruto de la fidelidad de su hermano de

testificar en forma individual.

A menudo, Dios actúa de esa manera. Pocos han oído de Edward Kimball. Su nombre es una nota al pie de página en la crónica de la historia de la iglesia. Sin embargo, él fue el maestro de escuela dominical que guió a D. L. Moody a Cristo. Una tarde fue a la zapatería en Boston donde trabajaba el joven Moody, que tenía diecinueve años, y en la bodega de la zapatería le habló de Cristo.

Kimball fue la antítesis del evangelista intrépido. Era un hombre tímido, de hablar suave. Llegó a la zapatería con temor, temblando e inseguro de tener el suficiente valor como para enfrentar a aquel joven con el evangelio. Por ese entonces, Moody era tosco y sin muchas letras, pero la sola idea de hablarle de Cristo hacía temblar de miedo a Kimball. Años más tarde, Kimball relató el incidente. Moody había empezado a asistir a su clase de escuela dominical. Era obvio que Moody era totalmente ignorante acerca de la Biblia. Kimball dice:

Decidí hablarle a Moody sobre Cristo y sobre su alma. Me dirigí a la zapatería Holton. Cuando estaba por llegar, me empecé a preguntar si sería correcto ir a hablarle en horas de trabajo. Pensé que quizás mi misión confundiera al muchacho, que cuando me fuera los otros empleados de la tienda le preguntarían quién era yo, y cuando lo supieran podrían empezar a burlarse de él y preguntarle si yo pretendía hacer de él a un muchacho bueno. Mientras reflexionaba así pasé por la tienda. De pronto cuando me encontré que había pasado por la puerta, decidí abrirla de golpe, seguir adelante con el plan y concluirlo de una buena vez.¹

Kimball encontró a Moody trabajando en la bodega, envolviendo zapatos y poniéndolos en las estanterías. Dijo que había hablado con «palabras torpes». Más tarde, diría: «No recuerdo nada de lo que le dije, solo algo sobre Cristo y su amor. Eso fue todo». Reconoció que había sido un intento «muy pobre».² Pero el caso es que allí mismo Moody entregó su corazón a Cristo.

Dios usó poderosamente a D. L. Moody tanto en los Estados Unidos como en Inglaterra. Su ministerio hizo un impacto masivo en ambos lados del Atlántico, abarcando la mayor parte de la segunda mitad del siglo diecinueve. Decenas de miles testificaron que vinieron a Cristo gracias a su ministerio. Entre los convertidos de Moody hubo gente tal como C.T. Studd, uno de los grandes misioneros pioneros, y Wilbur Chapman, que también llegó a ser un reconocido evangelista. Más tarde, Moody fundó el Instituto Bíblico Moody donde miles de misioneros, evangelistas y otros obreros cristianos se han preparado durante el siglo pasado y salido a todo el mundo. Y todo comenzó cuando un hombre fue fiel en presentar a otro individuo a Cristo.

Esta es la manera en que Andrés por lo general ministraba: uno a uno. A la mayoría de los pastores les encantaría tener sus iglesias llenas de personas con la mentalidad de Andrés. Demasiados cristianos piensan que porque no pueden hablar frente a grupos o porque no tienen dones de liderazgo no tienen la responsabilidad de evangelizar. Hay pocos que, como Andrés, entienden el valor de ofrecer su amistad a una persona y traerla a Cristo.

VIO EL VALOR DE LOS DONES INSIGNIFICANTES

Algunas personas ven el cuadro global más claramente solo porque aprecian el valor de las cosas pequeñas. Andrés entra en esa categoría. Esto se hace claro en el relato que hace Juan de la alimentación de los cinco mil.

Jesús había ido a un monte para estar a solas con sus discípulos. Como ocurría con frecuencia cuando tomaba un respiro en su ministerio público, las bulliciosas multitudes lo encontraban. Esto ocurrió justo antes de la Pascua, la fiesta más importante en el calendario judío. Eso significa que fue precisamente un año antes que Jesús fuera crucificado.

De pronto, una enorme multitud se acercaba. De alguna manera, habían descubierto donde estaba Jesús. Se acercaba la hora de comer, y el pan sería el tema de la lección objetiva en el mensaje que Jesús predicaría a la multitud. Así que Él dejó bien claro que quería alimentar a toda esa gente. Le preguntó a Felipe dónde podrían comprar pan. Juan agrega un comentario editorial para enfatizar el hecho de que Jesús estaba soberanamente en control de esas circunstancias: «Pero esto decía para probarle; porque él sabía lo que había de hacer» (Juan 6.6).

Felipe evaluó rápidamente la situación y determinó que solamente tenían doscientos denarios. Un denario correspondía a un día de trabajo de un obrero de modo que doscientos denarios serían aproximadamente la paga por ocho meses de trabajo. Era una suma importante, pero la multitud era tan grande que los doscientos denarios no alcanzaban para comprar suficiente comida para todos. La visión de Felipe se ofuscó por el tamaño de la necesidad. Él y los demás discípulos no sabían qué se podría hacer en este caso. Mateo, refiriéndose a este mismo incidente, dice que los discípulos dijeron: «El lugar es desierto, y la hora ya pasada; despide a la multitud, para que vayan por las aldeas y compren de comer» (Mateo 14.15).

Pero Jesús les respondió: «No tienen necesidad de irse; dadles vosotros de comer» (v. 16). Los discípulos deben de haberse sentido como en un callejón sin salida. La demanda de Jesús parecía irrazonable.

Y fue a esa altura que habló Andrés. «Aquí está un muchacho, que tiene cinco panes de cebada y dos pececillos» (Juan 6.9). Por supuesto, Andrés sabía que cinco panes de cebada y dos pequeños peces no serían suficientes para alimentar a cinco mil personas pero (en su estilo típico) de todos modos trajo al niño ante Jesús. Jesús había mandado a los discípulos que alimentaran a la gente, y Andrés sabía que Él no les habría dado tal orden sin hacer posible que ellos la obedecieran. De modo que Andrés hizo lo mejor que pudo. Identificó una posible fuente de comida y se aseguró que Jesús lo supiera. Algo en él parecía entender que nada es insignificante en las manos de Jesús.

Juan continúa el relato:

Entonces Jesús dijo: Haced recostar la gente. Y había mucha hierba en aquel lugar; y se recostaron como en número de cinco mil varones. Y tomó Jesús aquellos panes, y habiendo dado gracias, los repartió entre los discípulos, y los discípulos entre los que estaban recostados; asimismo de los peces, cuanto querían. Y cuando se hubieron saciado, dijo a sus discípulos: Recoged los pedazos que sobraron, para que no se pierda nada. Recogieron, pues, y llenaron doce cestas de pedazos, que de los cinco panes de cebada sobraron a los que habían comido (vv. 10-13).

¡Qué lección más maravillosa! Que algo tan pequeño haya sido usado para hacer tanto es un testimonio al poder de Cristo. Nada es realmente insignificante en sus manos.

En Lucas 21.1-4 nuestro Señor enseñó a los discípulos esa misma lección: «Levantando los ojos, vio a los ricos que echaban sus ofrendas en el arca de las ofrendas. Vio también a una viuda muy pobre, que echaba allí dos blancas. Y dijo: En verdad os digo, que esta viuda pobre echó más que todos. Porque todos aquéllos echaron para las ofrendas de Dios de lo que les sobra; mas ésta, de su pobreza echó todo el sustento que tenía».

En otras palabras, la persona pobre que da todo lo que tiene está dando mucho más que el rico que da una gran suma de su abundancia. La habilidad de Dios para usar un don no tiene nada que ver con el tamaño de ese don. Es la fidelidad del dador, no el tamaño de lo que se da, lo que indica la medida correcta de la importancia de la dádiva.

Esto es algo difícil de entender para la mente humana. Pero de alguna manera, Andrés pareció saber instintivamente que no estaba desperdiciando el tiempo de Jesús al traer esa cantidad tan pequeña. No es lo grande del regalo lo que cuenta, sino la grandeza del Dios a quien se le ofrece. Andrés había montado el escenario para el milagro.

Por supuesto, Jesús no necesitaba al almuerzo de aquel niño para alimentar a la multitud. Pudo haber creado comida de la nada. Pero la forma en que alimentó a los cinco mil ilustra la forma en que Dios siempre actúa. Él toma lo que la gente le trae con sacrificio y que a veces es tan insignificante y lo multiplica para hacer cosas monumentales.

ANDRÉS VIO EL VALOR DEL SERVICIO QUE NO SOBRESALE

Algunas personas no quieren participar en la banda si no tocan el tambor mayor. Jacobo y Juan tenían esa tendencia, y también Pedro. Pero no Andrés. Nunca se encuentra su nombre como interviniendo en grandes discusiones. Estaba más preocupado en traer gente a Jesús que en acumular méritos o aparecer como encargado de algo. No le llamaba la atención el honor. Nunca oímos que dijera algo a menos que tuviera relación con traer a alguien a Jesús.

Andrés es la exacta imagen de todos los que trabajan silenciosamente, en lugares hu-

mildes «no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino como siervos de Cristo, de corazón haciendo la voluntad de Dios» (Efesios 6.6). No era una columna impresionante como Pedro, Jacobo y Juan. Era una piedra humilde. Era una de esas personas especiales que están listas para aceptar el segundo lugar y permanecer en el lugar de apoyo. No le importaba mantenerse en el anonimato mientras se hiciera el trabajo.

Esta es una lección que muchos cristianos de hoy en día harían bien en aprender. La Escritura advierte contra buscar posiciones de prominencia, y amonesta a quienes habrán de enseñar que enfrentan la norma más alta de juicio: «Hermanos míos, no os hagáis maestros muchos de vosotros, sabiendo que recibiremos mayor condenación» (Santiago 3.1).

Jesús enseñó a los discípulos: «Si alguno quiere ser el primero, será el postrero de todos, y el servidor de todos» (Marcos 9.35). Se requiere ser una persona muy especial para ser un líder con un corazón de siervo. Andrés lo fue.

Hasta donde sabemos, Andrés nunca predicó a multitudes o fundó alguna iglesia. Nunca escribió una epístola. No es mencionado en el libro de los Hechos ni en ninguna de las epístolas. En las páginas de la Escritura él es más una silueta que un retrato.

De hecho, la Biblia no registra lo que pasó con Andrés después de Pentecostés. Cualquiera haya sido el papel que desempeñó en la historia de la iglesia primitiva, se mantuvo siempre tras bastidores. La tradición dice que llevó el evangelio hacia el norte. Eusebio, el antiguo historiador de la iglesia dice que llegó hasta Escitia. (Por eso es que Andrés es el santo patrono de Rusia. También es el santo patrono de Escocia.) Finalmente fue crucificado en Acaya, que está en el sur de Grecia, cerca de Atenas. Uno de los relatos dice que llevó a Cristo a la esposa de un gobernador provincial romano, lo que enfureció al esposo de ella. Este quiso que su esposa renunciara a su devoción a Jesucristo pero esta se negó a hacerlo. Entonces el gobernador hizo crucificar a Andrés.

Por orden del gobernador, y para prolongar sus sufrimientos, los que lo crucificaron lo amarraron a la cruz en lugar de clavarlo. (La tradición dice que la cruz era en forma de X.) De acuerdo a la mayor parte de los relatos, permaneció colgado de la cruz durante dos días, tiempo en el que exhortó a los que pasaban a que se volvieran a Cristo para alcanzar salvación. Después de toda una vida de ministerio a la sombra de su más famoso hermano y en el servicio de su Señor, tuvo el mismo destino de ellos, manteniéndose fiel hasta el final y aún esforzándose por traer personas a Cristo.

¿Fue él un hombre de poca importancia? No. Fue un privilegiado. Fue el primero en oír que Jesús era el Cordero de Dios. Fue el primero en seguir a Cristo. Fue parte del círculo íntimo, y tenía acceso íntimo a Cristo. Su nombre estará inscrito, junto con los nombres de los demás apóstoles, en los fundamentos de la ciudad eterna, la Nueva Jerusalén. Y mejor que todo, tuvo toda una vida de privilegio, haciendo lo que más amaba: llevar a personas al Señor.

Gracias a Dios por personas como Andrés. Son los individuos silenciosos, que trabajan fielmente pero en el anonimato, dando dones insignificantes y sacrificiales, que el Señor usa para alcanzar lo más grande. No reciben mucho reconocimiento, pero eso no les importa. Lo único que quieren es oír al Señor decir: «Bien hecho».

Y el legado de Andrés es el ejemplo que dejó para mostrarnos que en un ministerio efectivo, con frecuencia lo que cuenta son las cosas pequeñas: las personas, los dones insignificantes y el servicio sin ostentación. Dios se deleita en usar estas cosas porque «lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia» (1 Corintios 1.27-29).

4

JACOBO, EL APÓSTOL DE LA PASIÓN

El rey Herodes echó mano a algunos de la iglesia para maltratarles. Y mató a espada a Jacobo, hermano de Juan.

—HECHOS 12.1-2

DE LOS TRES DISCÍPULOS EN EL CÍRCULO ÍNTIMO DE JESÚS, Jacobo es el que nos resulta menos familiar. El relato bíblico prácticamente carece de detalles explícitos sobre su vida y carácter. En los Evangelios nunca aparece como un personaje solo, sino que siempre es presentado haciendo pareja con su hermano más joven y más conocido, Juan. La única vez que se le menciona solo es en el libro de los Hechos, donde se registra su martirio.

Este relativo silencio sobre Jacobo es irónico porque desde una perspectiva humana, él parecía ser el que lógicamente dominara el grupo. Entre Jacobo y Juan, Jacobo era el mayor. (Esta es, indudablemente, la razón porque su nombre siempre aparece primero cuando los dos se mencionan juntos.) Y entre los dos grupos de hermanos, la familia de Jacobo y Juan parece haber tenido mucho más prominencia que la familia de Pedro y Andrés. Esto se percibe por el hecho que a menudo se hace referencia a Jacobo y Juan simplemente como «los hijos de Zebedeo» (Mateo 20.20; 26.37; 27.56; Marcos 10.35; Lucas 5.10; Juan 21.2), haciendo suponer que Zebedeo era un hombre de cierta importancia.

Es posible que el prestigio de Zebedeo se haya debido a su éxito financiero, a su linaje familiar o a ambos. Aparentemente era un hombre de recursos. Su compañía de pesca era suficientemente grande como para emplear a un buen número de jornaleros (Marcos 1.20). Además, la familia entera de Zebedeo tenía suficiente status ya que el apóstol Juan «era conocido del sumo sacerdote» y por eso fue que pudo conseguir que permitieran la entrada de Pedro al patio del sumo sacerdote la noche del arresto de Jesús (Juan 18.15-16). Hay alguna evidencia de los escritos sobre la iglesia primitiva de que Zebedeo era levita y estaba estrechamente relacionado con la familia del sumo sacerdote. Cualquiera que haya sido la razón para la prominencia de Zebedeo, la Escritura hace claro que era un hombre de importancia y que la reputación de su familia iba desde Galilea a la familia del sumo sacerdote en Jerusalén.

Jacobo, como el hermano mayor de tan prominente familia, debió de haber sentido que tenía todo el derecho de considerarse el principal de los apóstoles. Es probable que esa haya sido una de las razones principales para que hubiera tantas disputas sobre «quién de ellos sería el mayor» (Lucas 22.24). Pero en realidad Jacobo nunca tomó el primer lugar entre los apóstoles, excepto en que fue el primero en ser martirizado.

Jacobo es una figura mucho más importante de lo que podríamos imaginar, basados en lo poco que sabemos de él. En dos de las listas de los apóstoles, su nombre aparece inmediatamente después del de Pedro (Marcos 3.16-19; Hechos 1.13). Esa es una buena razón para creer que fue un líder fuerte, y probablemente el segundo en influencia después de Pedro.

Por supuesto, Jacobo también figura prominentemente en el círculo íntimo de tres. Él, Pedro y Juan fueron los únicos a quienes Jesús permitió que lo acompañaran cuando resucitó a la hija de Jairo (Marcos 5.37). El mismo grupo de tres fue testigo de la gloria de Jesús en el Monte de la Transfiguración (Mateo 17.1). Jacobo estuvo entre los cuatro discípulos que privadamente hicieron preguntas a Jesús en el Monte de los Olivos (Marcos 13.3). Y también aparece incluido de nuevo con Juan y Pedro cuando el Señor urgía a estos tres a orar con Él privadamente en Getsemaní (Marcos 14.33). Así que como miembro del pequeño círculo íntimo, tuvo el privilegio de observar el *poder* de Jesús al resucitar a alguien que había muerto, vio su *gloria* cuando Jesús se transfiguró, vio la *soberanía* de Cristo en la forma en que les reveló el futuro en el Monte de los Olivos, y vio la *agonía* del Salvador en el huerto. Todos estos acontecimientos tienen que haber fortalecido inmensamente su fe y preparado para el sufrimiento y el martirio que habría de enfrentar.

Si hay una palabra clave que se aplica a la vida del apóstol Jacobo, esta es *pasión*. De lo poco que sabemos de él, es obvio que fue un hombre de un tremendo fervor e intensidad. De hecho, Jesús dio a Jacobo y Juan un sobrenombre. Los llamó *Boanerges*, que quiere decir «hijos del trueno». Eso define la personalidad de Jacobo en términos muy vívidos. Era celoso, atronador, apasionado y ferviente. Nos recuerda a Jehú del Antiguo Testamento, que es conocido por conducir su carro impetuosamente (2 Reyes 9.20) y quien dijo: «Ven conmigo, y verás mi celo por Jehová» (v. 16), entonces aniquiló la casa de Acab y limpió la tierra de la adoración a Baal. Pero la pasión de Jehú fue una pasión descontrolada y su celo por el Señor se vio manchado con egoísmo, ambición humana, y las mayores crueldades sangrientas. La Escritura dice: «Mas Jehú no cuidó de andar en la ley de Jehová Dios de Israel con todo su corazón, ni se apartó de los pecados de Jeroboam, el que había hecho pecar a Israel» (2 Reyes 10.31). El celo del apóstol Jacobo estaba mezclado de una ambición similar y tendencias sanguinarias (aunque en dosis mucho más leves), y él tal vez haya estado cayendo igualmente por un camino de ruina cuando Jesús se encontró con él. Pero por la gracia de Dios, fue transformado en un hombre de Dios y llegó a ser uno de los discípulos líderes.

Marcos, que registra que Jesús llamó a Jacobo y Juan «hijos del trueno» incluye ese dato en su lista de los Doce, mencionándolo en la misma forma que señala que Simón fue llamado Pedro (Marcos 3.17). No sabemos con qué frecuencia Jesús llamó por su sobrenombre a Jacobo y a Juan; la mención que hace Marcos es la única que aparece en toda la Escritura. A diferencia del nombre de Pedro, con el que obviamente parecía querer infundirle valor y moldear su carácter hasta que fuera firme como una roca, «Boanerges» parece haber sido dado a los hijos de Zebedeo para reprenderlos cuando estos dejaban que sus fervientes temperamentos naturales se les fueran de las manos. Quizás el Señor lo usó para lograr un efecto de humor al reprenderlos amorosamente.

Lo poco que sabemos acerca de Jacobo subraya el hecho de que tenía una disposición apasionada. Mientras Andrés traía calladamente a las personas a Jesús, Jacobo deseaba hacer caer fuego del cielo para que destruyera pueblos enteros. Incluso el hecho de que Jacobo haya sido el primero en sufrir el martirio, y que ese martirio fuera ejecutado nada menos que por Herodes, sugiere que Jacobo no era un hombre pasivo y sutil, sino más bien que tenía un estilo que disturbaba las cosas, lo que lo hacía crearse rápidamente enemigos a muerte.

En el liderazgo espiritual hay un lugar legítimo para personas con una personalidad de trueno. Elías tenía esa clase de carácter. (Es posible que Elías haya constituido un modelo para Jacobo cuando quería que descendiera fuego del cielo.) Nehemías era igualmente apasionado (cf. Nehemías 13.25). Juan el Bautista también tenía un fuerte temperamento. Aparentemente, Jacobo estaba hecho de la misma fibra. Era franco, nervioso e impaciente con los malvados.

No hay nada inherentemente malo en tal fervor y celo. Recuerde que el propio Jesús hizo un azote y limpió el templo. Y cuando lo hizo, sus discípulos recordaron que estaba escrito «El celo de tu casa me consume» (Juan 2.17; cf. Salmo 69.9). Jacobo sabía muy bien lo que era sentirse consumido por el celo del Señor. Probablemente mucho de lo que vio hacer a Jesús contribuyó a aumentar su celo, como por ejemplo cuando el Señor censuró a los líderes judíos, cuando maldijo a las ciudades de Corazín y Betsaida y cuando confrontó y destruyó poderes demoníacos. El celo es una virtud cuando es verdaderamente celo por la justicia.

Pero a veces el celo es menos que justo. El celo sin el conocimiento puede ser mortal (cf. Romanos 10.2). El celo sin la sabiduría es peligroso. El celo mezclado con la insensibilidad a menudo es cruel. Cuando el celo se desintegra en pasión descontrolada, puede ser mortal. Y a veces Jacobo tendía a dejar que este celo dañino lo llegara a controlar. Dos incidentes en particular ilustran este punto. Uno es el episodio cuando Jacobo quería que descendiera fuego del cielo. El otro es cuando Jacobo y Juan pidieron a su madre que cabildara para conseguir los mejores lugares para ellos en el reino. Veamos estos dos casos.

FUEGO DEL CIELO

Lucas 9.51-56 nos ofrece la mejor vislumbre de por qué Jacobo y Juan eran conocidos como los hijos del trueno. Jesús se estaba preparando para pasar por Samaria. Se dirigía a Jerusalén para la Pascua final, que Él sabía que culminaría con su muerte, sepultura y resurrección. Lucas dice: «Cuando se cumplió el tiempo en que él había de ser recibido arriba, afirmó su rostro para ir a Jerusalén. Y envió mensajeros delante de él, los cuales fueron y entraron en una aldea de los samaritanos para hacerle preparativos. Mas no le recibieron, porque su aspecto era como de ir a Jerusalén» (vv. 51-53).

Es un hecho significativo que Jesús decidiera pasar por Samaria. Aun cuando la ruta

más corta de Galilea a Jerusalén era a través de Samaria, la mayoría de los judíos que hacían el viaje entre ambos puntos deliberadamente tomaban un camino que los obligaba a viajar muchos kilómetros extra a través del desierto árido de Perea, y cruzar dos veces el río Jordán, solo para evitar pasar por Samaria.

Los samaritanos eran la raza mixta que descendía de israelitas del reino del norte. Cuando Israel fue conquistado por los asirios, los más influyentes y destacados de sus tribus fueron llevados en cautividad, y la tierra fue repoblada con paganos y extranjeros leales al rey de Asiria (2 Reyes 17.24-34). Los israelitas pobres que quedaron se mezclaron, casándose con aquellos paganos.

Desde el principio, los paganos intrusos no prosperaron porque no temían al Señor. Así es que el rey de Asiria mandó de vuelta a uno de los sacerdotes que había llevado cautivo para que enseñara a la gente a temer al Señor (2 Reyes 17.28). El resultado fue una religión que mezclaba elementos de verdad y paganismo. «Temían a Jehová, y honraban a sus dioses, según la costumbre de las naciones de donde habían sido trasladados» (v. 33). En otras palabras, seguían *diciendo* que adoraban a Jehová como Dios (y aparentemente aceptaban el Pentateuco como Escritura), pero fundaron su propio sacerdocio, construyeron su propio templo e idearon un sistema sacrificial de su propia hechura. En resumen, hicieron una nueva religión basada en gran parte en tradiciones paganas. La religión de los samaritanos es un ejemplo clásico de lo que ocurre cuando la autoridad de la Escritura es sometida a la tradición humana.

El lugar original del templo de los samaritanos estaba en el Monte Gerizim, en Samaria. Aquel templo se construyó durante el tiempo de Alejandro el Grande, pero había sido destruido unos ciento veinticinco años antes del nacimiento de Cristo. Sin embargo, Gerizim seguía considerándose santo por los samaritanos quienes estaban convencidos que aquel monte era el único lugar donde Dios podía ser adorado apropiadamente. Por eso fue que la mujer samaritana de Juan 4.20 le dijo a Jesús: «Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar». Obviamente, este fue uno de los puntos importantes bajo disputa entre judíos y samaritanos. (Hasta el día de hoy un pequeño grupo de descendientes de samaritanos siguen adorando en el Monte Gerizim.)

Muchos de los descendientes originales de los israelitas que más tarde regresaron a Samaria de la cautividad eran también el producto de los matrimonios mixtos con paganos, lo cual estaba perfectamente bien según la cultura samaritana. Por supuesto, los judíos consideraban a los samaritanos como una raza mestiza y su religión como un mestizaje religioso. Por eso es que, durante el tiempo de Jesús, se tomaban tanto trabajo para evitar pasar por Samaria. Toda la región era considerada impura.

Pero en este caso, el rostro de Jesús estaba puesto hacia Jerusalén y, como lo había hecho antes (Juan 4.4), escogió la ruta más directa a través de Samaria. A lo largo del camino, él y sus seguidores necesitarían lugares dónde comer y pasar la noche. Como el grupo que viajaba con Jesús era bastante grande, Él envió mensajeros adelante para que hicieran arreglo para el hospedaje.

Debido a que era obvio que Jesús se dirigía a Jerusalén a celebrar la Pascua, y como los samaritanos creían que todas esas fiestas y ceremonias debían celebrarse en el Monte Gerizim, no quisieron proveer hospedaje a los mensajeros de Jesús. Los samaritanos no solo odiaban a los judíos sino que también odiaban la adoración que tenía lugar en Jerusalén. De modo que los planes de Jesús no les interesaban en absoluto. Él representaba todo lo judío que ellos despreciaban, de modo que rechazaron de plano la solicitud. El problema no era que no tenían un lugar donde hospedarlos, sino que sencillamente no quisieron hacerlo. Eran deliberadamente hostiles. Si Jesús intentaba pasar por su ciudad camino a Jerusalén, ellos tratarían de ponerle todos los obstáculos posibles. Odiaban a los judíos y a su sistema de adoración tanto como los judíos los odiaban a ellos y a su sistema de adoración. En lo que tenía que ver con los samaritanos, lo justo era pagar con la misma moneda.

Por supuesto, Jesús nunca les había manifestado sino buena voluntad. Había sanado a un samaritano leproso y alabado a ese hombre por su expresión de agradecimiento (Lucas 17.16). Había aceptado agua de una mujer samaritana y a cambio le había dado el agua de vida (Juan 4.7-29). Había permanecido en el pueblo de aquella mujer por dos días, evangelizando a sus vecinos (Juan 4.39-43). Había hecho un héroe de un samaritano en una de sus más conocidas parábolas (Lucas 10.30-37). Más tarde, enviaría a sus discípulos a predicar el evangelio en Samaria (Hechos 1.8). Siempre había demostrado su total amabilidad y buena voluntad hacia ellos.

Pero ahora, lo estaban tratando con deliberada hostilidad.

Jacobo y Juan, los hijos del trueno, se llenaron inmediatamente de un apasionado enojo. Y no tardaron en encontrar el remedio para la situación. Dijeron: «Señor, ¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo, como hizo Elías, y los consuma?» (Lucas 9.54).

La referencia a Elías estaba llena de significado. El incidente al cual Jacobo y Juan se estaban refiriendo había tenido lugar en esta misma región. Ellos conocían el Antiguo Testamento, de modo que conocían su histórica referencia a Samaria. Aquí vemos el odio profundo que los judíos sentían por Samaria.

Es un hecho histórico que el nombre *Samaria* estaba asociado con la idolatría y la apostasía mucho antes de la conquista de los asirios. Originalmente, *Samaria* era el nombre de una de las ciudades más importantes del reino del norte. Durante el reinado de Acab, en los días de Elías, Samaria se había convertido en el centro de adoración a Baal (1 Reyes 16.32). Aquí también Acab había construido su famoso palacio de marfil (1 Reyes 22.39; cp. Amós 3.12-15).

El palacio de Acab llegó a ser la residencia permanente para los reyes que vinieron después en el reino del norte. De hecho, ese fue el palacio donde el rey Ocosías cayó por una ventana enrejada, hiriéndose seriamente (2 Reyes 1.2).

Para decorar el hueco de una ventana se usaba un enrejado de tiras de madera cruzadas. Era una especie de débil sustituto de un parapeto que se colocaba alrededor del perímetro del techo. Apparently Ocosías se afirmó descuidadamente sobre ese enrejado y cuando cedió, cayó de lo alto al piso bajo del palacio.

Ocosías era el hijo y sucesor de Acab. Su madre, Jezabel, aun vivía durante su reinado y seguía ejerciendo su malévolos influencia a través del trono de su hijo. Cuando ocurrió el accidente de Ocosías, sus heridas aparentemente fueron graves, y él quiso saber lo que le deparaba el destino. Así que despachó mensajeros, diciéndoles: «Id y consultad a Baalzebub dios de Ecrón, si he de sanar de esta mi enfermedad» (v. 2).

Consultar a adivinos estaba estrictamente prohibido por la ley de Moisés (Deuteronomio 18.10-12). Buscar profecías de agoreros asociados con Baalzebub era aun peor. Baalzebub era una deidad filisteas. Su nombre significa «señor de las moscas». La tierra de los filisteos estaba llena de moscas y los filisteos creían que el señor de las moscas vivía en su tierra, de modo que hicieron a este dios volador una de sus principales deidades. Tenían algunos oráculos famosos que aseguraban tener capacidad de predecir el futuro. Por lo general ofrecían profecías lisonjeras con predicciones tan ambiguas que raramente erraban, pero de todos modos estos oráculos tenían fama a través de todo Israel. Eran la «Red de amigos psíquicos» de los tiempos de Elías.

Pero Baalzebub era la deidad más horrible que se haya inventado. Supuestamente gobernaba a las moscas, esos horribles insectos que se alimentan de pudrición e inmundicias, y propagan enfermedades y larvas de gusanos. Era una imagen perfecta para esta clase de dios. ¿Quién podría pensar jamás en adorar a una deidad cuyo reino era todo lo malo e inmundos? Este dios era tan repugnante para los judíos, que alteraron levemente su nombre de *Baalzebub* a «Beelzebú», que quiere decir «dios del estiércol». Este ser detestable resume todo lo impuro e impío, cualquiera cosa que se oponga al verdadero Dios. (Por eso es que, en el tiempo de Jesús, el nombre *Beelzebú* se usaba como una referencia a Satanás, Lucas 11.15). Este era el dios del cual Ocosías esperaba conocer su futuro.

El Señor mandó a Elías para que interceptara a los mensajeros. La Escritura dice que «el ángel de Jehová habló a Elías tisbita, diciendo: Levántate, y sube a encontrarte con los mensajeros del rey de Samaria, y diles: ¿No hay Dios en Israel, que vais a consultar a Baalzebub dios de Ecrón?» (2 Reyes 1.3). El ángel dio también un solemne mensaje a Elías para el rey herido: «Por tanto, así ha dicho Jehová: Del lecho en que estás no te levantarás, sino que ciertamente morirás» (v. 4).

Elías hizo como se le dijo y mandó la profecía a Ocosías vía los mensajeros del rey. Los mensajeros aun no sabían quién era Elías. Cuando le entregaron el mensaje al rey, simplemente le entregaron la profecía que les había sido encargada por «un varón» que habían encontrado (v. 6).

Ocosías preguntó: «¿Cómo era aquel varón que encontrasteis, y os dijo tales palabras?» (v. 7).

Ellos respondieron: «Un varón que tenía vestido de pelo, y ceñía sus lomos con un cinturón de cuero» (v. 8).

Ocosías supo inmediatamente de quien se trataba: «Es Elías tisbita» (v. 8).

Por años, Elías había sido el justo castigo de Acab y Jezabel por lo que era bien conocido por Ocosías. Naturalmente, Ocosías lo odiaba y probablemente decidió darle muerte. Por eso envió a «un capitán de cincuenta con sus cincuenta» hombres para confrontarlo (v. 9). El hecho de que Ocosías mandara tantos soldados prueba que sus intenciones no eran pacíficas. Probablemente sus órdenes eran que lo arrestaran y lo llevaran a su presencia para ver su ejecución y regocijarse con ella.

«[Entonces el capitán] subió a donde él estaba; y he aquí que él estaba sentado en la cumbre del monte» (v. 9). A Elías no le preocupaba en absoluto el tamaño del regimiento que había ido por él. Él no se estaba escondiendo ni huyendo de ellos; sencillamente estaba plácidamente sentado en la cumbre del cerro, donde sin duda podrían encontrarlo.

El capitán le dijo: «Varón de Dios, el rey ha dicho que desciendas » (v. 9).

La respuesta de Elías fue directa: «Si yo soy varón de Dios, descienda fuego del cielo, y consuúmame con tus cincuenta. Y descendió fuego del cielo, que lo consumió a él y a sus cincuenta » (v. 10). La expresión del hebreo sugiere que la compañía completa fue consumida, reducida a cenizas en un instante. Esto aparentemente ocurrió en la presencia de testigos, que llevaron la noticia al rey.

Pero Ocosías era un hombre porfiado y necio. «Volvió el rey a enviar a él otro capitán de cincuenta con sus cincuenta; y le habló y dijo: Varón de Dios, el rey ha dicho así: Desciende pronto. Y le respondió Elías y dijo: Si yo soy varón de Dios, descienda fuego del cielo, y consuúmame con tus cincuenta. Y descendió fuego del cielo, y lo consumió a él y a sus cincuenta» (vv. 11-12).

Increíblemente, para Ocosías aún no era suficiente, así es que mandó otra compañía de cincuenta hombres. Pero el capitán de este tercer grupo era un hombre sabio. Llegó a Elías humildemente y le rogó por la vida de sus hombres. Esta vez, el ángel del Señor le dijo a Elías que fuera con los soldados y confrontara a Ocosías personalmente. Así es que Elías fue con ellos y entregó personalmente al rey el mensaje de muerte.

Y Ocosías «murió conforme a la palabra de Jehová, que había hablado Elías» (vv. 13-17).

Todo eso había tenido lugar en la misma región por la que Jesús se proponía pasar en su viaje a Jerusalén. Los discípulos conocían muy bien la historia del tremendo triunfo de Elías. Era uno de los episodios clásicos del Antiguo Testamento que recordarían con solo viajar por esos lugares.

De manera que cuando Jacobo y Juan sugirieron que descendiera fuego del cielo como una respuesta apropiada a la falta de hospitalidad de los samaritanos, probablemente pensaron que tenían un buen precedente para hacerlo. Después de todo, Elías no había sido condenado por sus acciones. Al contrario, en ese tiempo y bajo tales circunstancias, era la respuesta apropiada del profeta.

Pero, en el caso de Jacobo y Juan, no era la respuesta adecuada. En primer lugar, sus motivos eran malos. Se percibe un tono de arrogancia en su petición: «Señor, ¿quieres que *mandemos* que descienda fuego del cielo, como hizo Elías, y los consuma? » Por supuesto, ellos no tenían el poder de hacer que cayera fuego del cielo. Cristo era el único del grupo que tenía tal poder. Si esa hubiera sido la respuesta apropiada, Él lo hubiera hecho por sí mismo. Juan y Jacobo estaban sugiriendo atrevidamente que Jesús les diera a *ellos* el poder de hacer descender fuego del cielo. Cristo mismo había sido desafiado muchas veces por sus adversarios para que produjera tales milagros cósmicos, y Él siempre se había rehusado (cf. Mateo 12.39). Jacobo y Juan estaban en efecto pidiéndole que los capacitara para hacer lo que sabían que Él no haría.

Además, la misión de Jesús era muy diferente de la de Elías. Él había venido a salvar, no a destruir. Por lo tanto, respondió a los hermanos Boanerges con una rotunda reprensión: «Vosotros no sabéis de qué espíritu sois; porque el Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas» (Lucas 9.55-56).

Después de todo ese tiempo con Jesús, ¿cómo no podían reconocer el espíritu de todo lo que les había enseñado? «El Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido » (Lucas 19.10). Él estaba en una misión de rescate, no de juicio. Aunque tenía todo el derecho de exigir adoración absoluta, dijo: «El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos» (Mateo 20.28). «Porque no envié Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él» (Juan 3.17). Jesús mismo había dicho: «Yo, la luz, he venido al mundo, para que todo aquel que cree en mí no permanezca en tinieblas. Al que oye mis palabras, y no las guarda, yo no le juzgo; porque no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo» (Juan 12.46-47).

Por supuesto, viene el tiempo cuando Jesús *juzgará* al mundo. La Escritura dice: «Cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder» (2 Tesalonicenses 1.7-9). Pero este no era el tiempo o el lugar para que ocurrieran tales cosas.

Como escribió Salomón: «Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora... tiempo de matar, y tiempo de curar; tiempo de destruir, y tiempo de edificar... tiempo de esparcir piedras, y tiempo de juntar piedras... tiempo de callar, y tiempo de hablar; tiempo de amar, y tiempo de aborrecer; tiempo de guerra, y tiempo de paz» (Eclesiastés 3.1-8). Momentáneamente, Jacobo y Juan habían olvidado que hoy es «el día de salvación» (2 Corintios 6.2).

Quizás, sin embargo, hay un toque de nobleza en su indignación contra los samaritanos. Su celo por defender el honor de Jesús es sin duda una gran virtud. Es mucho mejor enojarse con justa ira que sentarse pasivamente y soportar los insultos contra Cristo. Por eso, en alguna medida, es admirable su indignación al ver a Jesús deliberadamente despreciado, aun cuando su reacción estaba teñida con arrogancia y el remedio que proponían al problema estaba completamente fuera de lugar.

Nótese que en ningún momento Jesús condenó lo que Elías había hecho. Ni tampoco estaba abogando por una forma totalmente pacifista de enfrentar todos los conflictos. Lo que Elías hizo lo hizo para la gloria de Dios y con la aprobación expresa de Dios. Aquel fuego del cielo fue una manifestación pública de la ira *de Dios* (no de Elías) y fue un juicio duro pero merecido contra un régimen definitivamente perverso que se había instalado en el trono de Israel durante generaciones. Tan extrema maldad provocó medidas extremas de juicio.

Por supuesto, que esa destrucción instantánea sería apropiada cada vez que alguien peca, si así fuera como Dios escogiera tratar con nosotros. Pero, afortunadamente, no es así. «Sus misericordias [están] sobre todas sus obras» (Salmo 145.9). Él es «misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad» (Éxodo 34.6). Él no quiere «la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva» (Ezequiel 33.11).

El ejemplo de Jesús enseñó a Jacobo que la bondad amorosa y la misericordia son virtudes que hay que cultivar, tanto (y a veces más) que la indignación justa y el celo apasionado. Nótese lo que ocurrió. En lugar de pedir fuego del cielo, «se fueron a otra aldea» (Lucas 9.56). Sencillamente buscaron y encontraron hospedaje en otra parte. Fue un poco inconveniente, quizás, pero mucho mejor y más apropiado en aquellas circunstancias que el remedio propuesto por Jacobo y Juan para la falta de hospitalidad de los samaritanos.

Unos pocos años después de esto, cuando la iglesia primitiva empezó a crecer y el mensaje del evangelio se extendió más allá de Judea, Felipe el diácono «descendiendo a la ciudad de Samaria, les predicaba a Cristo» (Hechos 8.5). Y ocurrió algo maravilloso. «Y la gente, unánime, escuchaba atentamente las cosas que decía Felipe, oyendo y viendo las señales que hacía. Porque de muchos que tenían espíritus inmundos, salían éstos dando grandes voces; y muchos paralíticos y cojos eran sanados; así que había gran gozo en aquella ciudad» (vv. 6-8).

Indudablemente, muchos de los que fueron salvos bajo la predicación de Felipe eran algunas de las mismas personas a quienes Jesús perdonó cuando Jacobo quiso incinerarlos. Y podemos estar seguros de que el propio Jacobo se habrá regocijado grandemente en la salvación de todos aquellos que una vez habían deshonrado tan flagrantemente a Jesús.

TRONOS EN EL REINO

Mateo 20.20-24 nos ofrece otra vislumbre en cuanto al carácter de Jacobo. Aquí descubrimos que Jacobo no solo era ferviente, apasionado, celoso e insensible; también era ambicioso y demasiado confiado. Y en este caso, él y su hermano Juan se enfrascaron en un furtivo intento de ganar una posición destacada sobre los otros apóstoles:

Entonces se le acercó la madre de los hijos de Zebedeo con sus hijos, postrándose ante él y pidiéndole algo. Él le dijo: ¿Qué quieres? Ella le dijo: Ordena que en tu reino se sienten estos dos hijos míos, el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda. Entonces Jesús respondiendo, dijo: No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber del vaso que yo he de beber, y ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado? Y ellos le dijeron: Podemos. Él les dijo: A la verdad, de mi vaso beberéis, y con el bautismo con que yo soy bautizado, seréis bautizados; pero el sentaros a mi derecha y a mi izquierda, no es mío darlo, sino a aquellos para quienes está preparado por mi Padre. Cuando los diez oyeron esto, se enojaron contra los dos hermanos.

Marcos también registra este incidente, pero él no menciona que Jacobo y Juan buscaron la intercesión de su madre. Aunque Mateo dice que es ella quien hace la petición a Jesús, una comparación con el relato de Marcos parece indicar que fueron sus hijos los que le pidieron que lo hiciera.

Porque comparando Mateo 27.56 con Marcos 16.1, descubrimos que la madre de Jacobo y Juan se llamaba Salomé. Ella era una de «las muchas mujeres... las cuales habían seguido a Jesús desde Galilea, sirviéndole» (Mateo 27.55), lo que sugiere que ellas proveían apoyo financiero y probablemente ayudaban a preparar la comida (cf. Lucas 8.1-3). Debido a la afluencia económica de la familia, Salomé quizás pudo estar acompañando a sus hijos por un período más largo, viajando con el grupo que seguía a Jesús a todas partes y ayudando con las necesidades de tipo logístico, práctico y financiero.

Indudablemente, la idea de la sorprendente petición de Salomé se incubó en las mentes de Jacobo y Juan debido a la promesa que Jesús hace en Mateo 19.28: «De cierto os digo que en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su gloria, vosotros que me habéis seguido también os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel». Inmediatamente después, Jesús siguió esa promesa recordándoles que «muchos primeros serán postreros, y postreros, primeros» (v. 30). Pero fue la promesa de los tronos que captó la atención de Jacobo y Juan. De modo que decidieron pedirle a su madre que solicitara para ellos los tronos más prominentes.

Ellos ya pertenecían al círculo íntimo de tres. Habían sido discípulos por tanto tiempo como cualesquier otros. Probablemente pensaron que había suficientes razones para que merecieran este honor, de modo que ¿por qué no pedirlo?

Por su parte, Salomé era evidentemente una participante dispuesta. Sin duda, ella había alentado la ambición de sus hijos, lo que puede ayudar a explicar de dónde venían algunas de las actitudes de ellos.

La sutil respuesta de Jesús les recordó que sufrir es el preludio de la gloria: «¿Podéis beber del vaso que yo he de beber, y ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado?» Aunque Él les había explicado numerosas veces que habría de ser crucificado, ellos evidentemente no entendieron a qué tipo de bautismo se refería. Ni tampoco tenían un concepto real de lo que se estaba agitando en la copa que les estaba pidiendo que bebieran.

Por eso, en su necia y ambiciosa confianza en sí mismos, le aseguraron: «Podemos». Ellos estaban reclamando honra y posición, así que *todavía* estaban ansiosos de oír que Jesús les prometía aquellos tronos de privilegio.

Pero Él nos les hizo esa promesa. En cambio, Él les aseguró que habrían de beber su copa y ser bautizados con el mismo bautismo que estaba a punto de experimentar. (En ese momento no habrían apreciado para qué se estaban ofreciendo como voluntarios.) Pero los tronos principales, les dijo Jesús, no eran necesariamente parte de la negociación. «El sentaros a mi derecha y a mi izquierda, no es mío darlo, sino a aquellos para quienes está preparado por mi Padre» (Mateo 20.23).

Finalmente, su ambición suscitó problemas entre los apóstoles, porque los otros diez escucharon sobre esto y se molestaron. Y empezaron a discutir quienes merecían los tronos de mayor privilegio. El asunto de quienes merecían los mejores tronos se convirtió en un debate tan grande entre ellos, que lo llevaron a la mesa en que comieron la última cena (Lucas 22.24).

Jacobo quería una corona de gloria; Jesús le dio una copa de sufrimiento. Quería poder y Jesús le dio la función de servir. Quería un lugar de prominencia y Jesús le dio una tumba de mártir. Quería gobernar y Jesús le dio una espada, no para empuñarla sino para que fuera el instrumento de su propia ejecución. Catorce años después de esto, Jacobo sería el primero de los Doce que sería muerto por su fe.

UNA COPA DE SUFRIMIENTO

El final de la historia de Jacobo desde una perspectiva terrenal se registra en Hechos 12.1-3: «En aquel mismo tiempo el rey Herodes echó mano a algunos de la iglesia para maltratarles. Y mató a espada a Jacobo, hermano de Juan. Y viendo que esto había agra-

dado a los judíos, procedió a prender también a Pedro».

Recuerde que este es el único lugar en la Escritura donde Jacobo aparece mencionado solo, incluso aparte de su hermano. No hay mayores detalles sobre el martirio de Jacobo. La Escritura dice que Herodes fue el que lo mató y que el instrumento de ejecución fue una espada (lo que hace suponer que fue decapitado). Este Herodes no es Herodes Antipas, el que mató a Juan el Bautista y enjuició a Jesús; este era su sobrino y sucesor, Herodes Agripa I. No sabemos por qué este Herodes fue tan hostil hacia la iglesia. Por supuesto, todos sabían que su tío había participado en la conspiración para matar a Cristo, de modo que la predicación de la cruz tiene que haber sido motivo de vergüenza para la dinastía herodiana (cf. Hechos 4.27). Además, es claro que Herodes quería aprovecharse de las tensiones entre la iglesia y los líderes religiosos judíos para sacar ventaja política. Comenzó con una campaña de hostigamiento contra los cristianos hasta llegar al asesinato. Cuando vio cuánto complacía esto a los dirigentes judíos, puso sus ojos en Pedro.

Pedro escapó milagrosamente y poco después Herodes mismo murió bajo el juicio de Dios. La Escritura dice que después que Pedro hubo escapado, Herodes hizo matar a los guardias de la prisión y fue a Cesarea (Hechos 12.19). Estando allí, aceptó la clase de adoración que le corresponde solo a Dios. «Y el pueblo aclamaba gritando: ¡Voz de Dios, y no de hombre! Al momento un ángel del Señor le hirió, por cuanto no dio la gloria a Dios; y expiró comido de gusanos» (vv. 22-23). De esta manera, la amenaza contra la iglesia, auspiciada por Herodes con su campaña de hostigamiento y muerte, llegó a su fin.

Pero es notable que Jacobo fuera el primero de los apóstoles en ser asesinado. (Jacobo es el único apóstol cuya muerte ha quedado registrada en la Escritura.) Claramente, Jacobo era todavía un hombre de pasión. Su pasión, ahora bajo el control del Espíritu Santo, había sido tan determinante en la propagación de la verdad que provocó la ira de Herodes. Obviamente, Jacobo estuvo donde siempre esperó estar, y donde Cristo lo había entrenado para que estuviera: en la línea de vanguardia mientras el evangelio avanzaba y la iglesia crecía.

Ese hijo del trueno había sido adiestrado por Cristo, capacitado por el Espíritu Santo, y moldeado por todos aquellos medios para que llegara a ser un hombre cuyo celo y ambición fueron instrumentos útiles en las manos de Dios para la expansión del reino. Todavía era valiente, celoso y comprometido con la verdad, y aparentemente había aprendido a usar aquellas cualidades para el servicio del Señor, más que para su propio engrandecimiento. Y ahora su poder era tan grande que cuando Herodes decidió que era tiempo de detener el avance de la iglesia, Jacobo fue el primer hombre que tuvo que morir. Así fue que bebió la copa que Jesús le había dicho que bebería. Su vida fue corta, pero su influencia continúa hasta hoy día.

La historia registra que el testimonio de Jacobo dio frutos hasta el momento mismo de su ejecución. Eusebio, el historiador de la iglesia primitiva, registra un relato sobre la muerte de Jacobo que viene de Clemente de Alejandría: «[Clemente] dice que el que

llevó a Jacobo al tribunal, cuando lo vio compartiendo su testimonio, se conmovió y confesó que él también era cristiano. Por lo tanto, ambos eran cristianos y fueron llevados juntos; y en el camino le pidió a Jacobo que lo perdonara. Y [Jacobo], después de pensar un momento, le dijo: ‘La paz sea contigo’, y le dio un beso. Y ambos fueron decapitados al mismo tiempo». ¹ Así, al final de su vida, Jacobo demostró haber aprendido a ser más como Andrés, trayendo personas a Cristo en lugar de querer ejecutar juicio.

Jacobo es el prototipo del apasionado, el celoso líder que está en el frente, que es dinámico, fuerte y ambicioso. Finalmente, sus pasiones fueron templadas por la sensibilidad y la gracia. En alguna parte a lo largo de su vida había aprendido a controlar su enojo, a refrenar su lengua, a reorientar su celo, a eliminar su sed de venganza y a olvidarse completamente de su ambición egoísta. Y el Señor lo usó para hacer un magnífico trabajo en la iglesia primitiva.

Tales lecciones son a veces difíciles de aprender para un hombre con las pasiones de Jacobo. Pero si yo tuviera que elegir, por un lado, entre un hombre de entusiasmo ardiente, llameante, apasionado con un potencial para fallar, y por el otro lado a un frío contemporizador, me quedaría con el hombre con pasión. Tal celo siempre tiene que controlarse y templarse con amor. Pero si está rendido al control del Espíritu Santo, y mezclado con paciencia y una disposición a soportar el sufrimiento, tal celo es un instrumento maravilloso en las manos de Dios. La vida de Jacobo ofrece clara prueba de eso.

5

JUAN, EL APÓSTOL DEL AMOR

Y uno de sus discípulos, al cual Jesús amaba, estaba recostado al lado de Jesús.

—JUAN 13.23

EL APÓSTOL JUAN NOS ES FAMILIAR debido a que escribió una buena parte del Nuevo Testamento. Fue el autor humano de un Evangelio y tres epístolas que llevan su nombre, así como el libro del Apocalipsis. Aparte de Lucas y del apóstol Pablo, Juan escribió más del Nuevo Testamento que cualquier otro autor humano. La Escritura está, por lo tanto, llena de detalles sobre su personalidad y carácter. De hecho, mucho de lo que sabemos acerca de Juan lo extraemos de sus propios escritos. Vemos, a través de su Evangelio cómo ve a Jesús. Observamos en sus epístolas cómo se relaciona con la iglesia. Y en el libro de Apocalipsis incluso vemos el futuro a través de las visiones que le dio Dios.

Tanto la Escritura como la historia dicen que Juan desempeñó un papel importante en la iglesia primitiva. Por supuesto, era uno de los integrantes del círculo íntimo del Señor, pero él no fue la personalidad dominante de ese grupo. Era el hermano menor de Jacobo y aunque en los primeros doce capítulos de Hechos aparece como un compañero frecuente de Pedro, éste mantiene la primacía mientras que Juan ocupa un segundo plano.

Pero Juan también tuvo su turno de liderazgo. Finalmente, debido a que sobrevivió a los otros, cumplió un papel único y patriarcal en la iglesia primitiva, papel que duró hasta cerca del fin del siglo primero y alcanzó muy adentro de Asia Menor. Su influencia personal fue, por lo tanto, estampada en forma indeleble en la iglesia primitiva, bien dentro de la era post apostólica.

Casi cada cosa que observamos sobre la personalidad y carácter de Jacobo la observamos también en Juan, el integrante joven del dúo «hermanos Boanerges». Los dos tenían temperamentos similares y como lo señalamos en el capítulo anterior, son inseparables en el relato de los Evangelios. Juan estaba con Jacobo, listo para pedir fuego del cielo contra los samaritanos. También estuvo en medio del debate sobre cuál de los discípulos era el más importante. Su celo y ambición reflejaban el celo y ambición de su hermano mayor.

Por lo tanto, es aún más notable que a Juan a menudo se le llamara «el apóstol del amor». Sin duda, él escribió más que cualquier otro en el Nuevo Testamento sobre la importancia del amor, poniendo especial énfasis en el amor cristiano para Cristo, el amor de Cristo por su iglesia, y el amor mutuo que se supone que debe ser la marca distintiva de los creyentes verdaderos. El tema del amor fluye a través de sus escritos.

Pero el amor fue una cualidad que Juan *aprendió* de Cristo, no algo que brotara espontáneamente de él. En sus años de juventud, él fue tanto un hijo del trueno como Jacobo. Si usted cree que Juan es la persona que con frecuencia se describe en el arte medieval como un tipo dócil, apacible, paliducho que descansa su cabeza sobre el hombro de Jesús, al que mira con ojos de paloma distraída, olvídense de esa caricatura. Porque Juan era duro y tosco, como el resto de los discípulos pescadores. Y, lo repito, era tan intolerante, ambicioso, celoso y explosivo como su hermano mayor. De hecho, la única vez que los escritores de los Evangelios sinópticos lo registran hablando para sí mismo, se le ve agresivo, excesivamente confiado y con una intolerancia impertinente.

Si usted estudia los Evangelios de Mateo, Marcos y Lucas se dará cuenta de que casi siempre se menciona a Juan en relación con alguien más: con Jesús, con Pedro o con Jacobo. Solo una vez Juan aparece solo y habla. Y fue cuando confesó al Señor que él había reprendido a un hombre por echar fuera demonios en el nombre de Jesús porque el hombre no era parte del grupo de los discípulos (Marcos 9.38). Vamos a examinar este episodio más adelante.

Así, es claro en los Evangelios que Juan era capaz de comportarse como el más sectario, intolerante, poco afable, imprudente e impetuoso de los hombres. Era volátil, tosco, agresivo, apasionado, celoso y personalmente ambicioso, como su hermano Jacobo. Ambos habían sido cortados por la misma tijera.

Pero Juan envejeció bien. Bajo el control del Espíritu Santo, todos sus impedimentos se cambiaron en ventajas. Compare al joven discípulo con el anciano patriarca y verá que al madurar, sus esferas de grandes debilidades se transformaron en sus puntos más fuertes. Él es un ejemplo formidable de lo que nos puede ocurrir a nosotros cuando creemos en Cristo, dejando que la fuerza del Señor se perfeccione en nuestra debilidad.

Cuando hoy día pensamos en el apóstol Juan, por lo general nos hacemos la imagen de un apóstol anciano y de corazón tierno. Como el anciano e importante dirigente de la iglesia cerca del final del siglo primero, fue amado y respetado universalmente por su devoción a Cristo y su gran amor por los santos en todo lugar. Esa es, precisamente, la razón para haberse ganado el epíteto de «apóstol del amor».

Como veremos, sin embargo, el amor no anuló la pasión de Juan por la verdad. Más bien, le dio el equilibrio que necesitaba. Mantuvo hasta el fin de toda su vida un profundo y permanente amor por la verdad de Dios y fue perseverante en proclamarlo hasta el final.

El celo de Juan por la verdad le dio forma a su manera de escribir. De todos los escritores del Nuevo Testamento, él es el más definido en su pensamiento. Piensa y escribe en absolutos. Trata con hechos patentes. Para él todo está determinado. En su enseñanza no hay muchas áreas grises porque él tiende a poner las cosas en un lenguaje absoluto, antitético.

Por ejemplo, en su Evangelio, pone luz contra la oscuridad, la vida contra la muerte, el reino de Dios contra el reino del mal, los hijos de Dios contra los hijos de Satanás, el juicio de los justos contra el juicio de los malos, la resurrección de vida contra la resurrección de condenación, recibir a Cristo contra rechazar a Cristo, el fruto contra la esterilidad, la obediencia contra desobediencia y el amor contra el odio. Le gusta exponer la verdad en absolutos y opuestos. Entiende la necesidad de trazar una línea clara.

El mismo enfoque se ve en sus epístolas. Nos dice que andamos en la luz o habitamos en oscuridad. Si somos nacidos de Dios, no pecamos. En realidad, no *podemos* pecar (1 Juan 3.9). O somos «de Dios» o somos «del mundo» (1 Juan 4.4-5). Si amamos, hemos nacido de Dios; si no amamos, no hemos nacido de Dios (vv. 7-8). Juan escribe: «Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido» (1 Juan 3.6). Dice todas estas cosas sin modificarlas y sin suavizar las líneas duras.

En su segunda epístola, plantea una separación completa, total de todo lo que es falso: «Cualquiera que se extravía, y no persevera en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios; el que persevera en la doctrina de Cristo, ése sí tiene al Padre y al Hijo. Si alguno viene a vosotros, y no trae esta doctrina, no lo recibáis en casa, ni le digáis: ¡Bienvenido! Porque el que le dice: ¡Bienvenido! participa en sus malas obras» (vv. 9-11). Su tercera epístola la termina con estas palabras del versículo 11: «El que hace lo bueno es de Dios; pero el que hace lo malo, no ha visto a Dios».

Juan escribe en blanco y negro.

Por supuesto, al escribir tales cosas, él sabe y entiende muy bien que los creyentes *pecan* (cf. 1 Juan 2.1; 1.8, 10), pero no elabora ni desarrolla el punto. Su preocupación principal es con el patrón de una vida personal en su totalidad. Él quiere subrayar el hecho de que la justicia, no el pecado, es el principio dominante en la vida de un verdadero creyente. Los que leen a Juan en forma descuidada o superficial pueden llegar a pensar que no hay excepciones en lo que está diciendo.

Pablo es el apóstol de las excepciones. Se toma tiempo para explicar la lucha que todos los creyentes experimentan en sus vidas con el pecado (Romanos 7). Mientras Pablo también afirma que los que han nacido de Dios no continúan en un pecado habitual como un estilo de vida (Romanos 6.6-7), no obstante reconoce que debemos seguir librando una guerra con lo que queda de pecado en nuestros miembros, resistir las tendencias de nuestra carne, despojarnos del viejo hombre y vivir en el nuevo, y así sucesivamente. Al leer a Juan, uno puede pensar que la justicia viene tan fácil y naturalmente al cristiano que cada fracaso podría ser suficiente como para destruir completamente nuestra seguridad. Por eso es que cuando leo mucho a Juan, a veces tengo que volver a las epístolas de Pablo para encontrar un poco de respiro.

Por supuesto, tanto las epístolas de Pablo como las de Juan son las Escrituras inspiradas y ambos énfasis son necesarios. Las excepciones de las que trata Pablo no anulan las

verdades presentadas tan definitivamente por Juan. Y las afirmaciones implacablemente inequívocas de Juan no desvirtúan las cuidadosas condiciones dadas por Pablo. Ambos son aspectos necesarios de la verdad revelada de Dios.

Pero la forma en que Juan escribía es una reflexión de su personalidad. Su pasión era la verdad, y se esforzaba para no hacerla parecer ambigua. Hablaba en blanco y negro, en absolutos, en términos inequívocos y no gastaba tinta en colorear las áreas grises. Fijaba las reglas sin mencionar todas las excepciones. Jesús mismo a menudo habló también en absolutos, lo que hace pensar que Juan aprendió del Señor su estilo de enseñanza. Aunque Juan siempre escribió en un tono cálido, personal y pastoral, lo que escribió no siempre tranquilizó a sus lectores. Sin embargo, siempre refleja sus profundas convicciones y su devoción absoluta a la verdad.

Probablemente sea justo decir que una de las tendencias peligrosas para un hombre con la personalidad de Juan es que puede tener la inclinación natural a llevar las cosas a un extremo. E, indudablemente, parece que en sus días de juventud, era un poco extremista. Parecía carecer de un sentido de equilibrio espiritual. Su celo, su sectarismo, su intolerancia y su ambición egoísta eran todos pecados de *falta de equilibrio*. Todas eran virtudes potenciales que habían sido llevadas a extremos. Por eso fue que a veces los puntos más fuertes de su carácter irónicamente le *causaron* sus más prominentes fracasos. Pedro y Jacobo tenían una tendencia similar de tornar sus grandes capacidades en debilidades. Frecuentemente, sus *mejores* características se transformaron en escollos para ellos.

De cuando en cuando todos caemos víctimas de este principio. Es uno de los efectos de la depravación humana. Aun nuestras mejores características, corrompidas por el pecado, llegan a ser ocasión de tropiezo. Es hermoso tener un alto respeto por la verdad, pero el celo por la verdad debe estar equilibrado por un amor por la gente, o puede derivar en una tendencia a juzgar, a ser duros y a no tener compasión. Es bueno ser trabajador y ambicioso, pero si la ambición no está equilibrada con humildad, llega a ser orgullo pecaminoso, promoverse a sí mismo a expensas de los demás. La confianza es también una hermosa virtud, pero cuando la confianza llega a ser *confianza en sí mismo* pecaminosa, nos transformamos en personas presumidas y descuidadas espiritualmente.

Claramente, no hay nada inherentemente malo en ser celoso por la verdad, en desear el éxito o en tener un sentimiento de confianza. Todas son virtudes legítimas. Pero incluso una virtud fuera de equilibrio puede llegar a ser un impedimento para la salud espiritual, de la misma forma que la verdad fuera de equilibrio puede conducir a un serio error. Una persona fuera de equilibrio es inestable. La falta de equilibrio en el carácter de una persona es una forma de intemperancia, es falta de autocontrol, y eso es un pecado en y de sí mismo. Por eso es muy peligroso empujar cualquier punto de la verdad y cualquier cualidad del carácter a un extremo excesivo.

Eso es lo que vemos en la vida de Juan, el discípulo más joven. En varias ocasiones se condujo como un extremista, un fanático intolerante y un hombre violento e imprudente que en forma egoísta se comprometió con su propia estrecha percepción de la ver-

dad. En sus primeros años fue el más *improbable* candidato para que se le recordara como el apóstol del amor.

Pero tres años con Jesús empezaron a transformar a un fanático centrado en sí mismo en un hombre maduro y equilibrado. Tres años con Jesús cambiaron a este hijo del trueno hasta que llegó a ser un apóstol de amor. En aquellos puntos donde más carecía de equilibrio, Jesús le dio equilibrio y, en el proceso, Juan se transformó de un fanático impetuoso en un piadoso y tierno anciano dirigente de la iglesia primitiva.

APRENDIÓ EL EQUILIBRIO ENTRE EL AMOR Y LA VERDAD

Juan parece haberse entregado a la verdad muy temprano en su vida. Desde el comienzo lo vemos como un hombre espiritualmente consciente que buscaba conocer y seguir la verdad. Cuando nos encontramos con él por vez primera (Juan 1.35-37), él y Andrés eran discípulos de Juan el Bautista. Pero al igual que Andrés, Juan sin vacilación empezó a seguir a Jesús tan pronto como Juan el Bautista lo señaló como el verdadero Mesías. No fue que le hayan fallado o sido desleales a Juan el Bautista, puesto que él mismo había dicho: «Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe» (Juan 3.30). Juan el discípulo estaba interesado en la verdad; él no había seguido a Juan el Bautista buscando establecer un culto a la personalidad. Por lo tanto, lo dejó para seguir a Jesús tan pronto como Juan lo identificó claramente como el Cordero de Dios.

El amor de Juan por la verdad es evidente en todos sus escritos. En su Evangelio usa veinticinco veces la palabra griega para *verdad*, y veinte veces más en sus epístolas. Escribió: «No tengo mayor gozo que este, el oír que mis hijos andan en la verdad» (3 Juan 4). Su más elocuente epíteto para alguien que dijera ser creyente mientras andaba en oscuridad fue describirlo como «mentiroso, y la verdad no está en él» (1 Juan 2.4; cf. 1.6, 8). Nadie en toda la Escritura, excepto el Señor mismo, pudo ensalzar más el concepto puro de verdad.

Pero a veces, en sus años jóvenes, el celo de Juan por la verdad carecía de amor y compasión por la gente. Necesitaba aprender el equilibrio. El incidente en Marcos 9 donde Juan prohíbe a un hombre echar fuera demonios en el nombre de Jesús es una buena ilustración de esto.

De nuevo, este es el único lugar en los Evangelios sinópticos donde Juan actúa y habla solo, lo que revela una importante faceta de su carácter. Vemos aquí un raro aspecto de Juan sin Jacobo y sin Pedro, hablando por sí solo. Este es el auténtico Juan. Este mismo incidente se registra en Lucas 9, justo antes de que Lucas relate el episodio en la aldea de los samaritanos, cuando Jacobo y Juan querían hacer descender fuego del cielo. Es sorprendente la similitud de las dos ocasiones. En ambos casos, Juan exhibe una intolerancia detestable, un elitismo y una falta de amor genuino por las personas. En el incidente con los samaritanos, Jacobo y Juan mostraron falta de amor por los inconversos. Aquí, Juan es culpable de una clase similar de espíritu de falta de amor hacia un

hermano de la fe. Prohibió al hombre ministrar en el nombre de Jesús «porque no nos seguía» (Marcos 9.38), porque no era oficialmente miembro del grupo.

El incidente ocurrió poco después de la transfiguración de Jesús. Aquella gloriosa experiencia en lo alto de la montaña, de la que fueron testigos solo los tres del círculo íntimo (Pedro, Jacobo y Juan), realmente establece el contexto para lo que ocurre después en el mismo capítulo. Como siempre, es vital que entendamos el contexto.

En Marcos 9.1, Jesús dice a sus discípulos: «De cierto os digo que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte hasta que hayan visto el reino de Dios venido con poder». Por supuesto, aquello tiene que haber sonado a los discípulos como una promesa de que el reino milenial vendría mientras ellos estuvieran vivos. Y aun hoy, más de mil novecientos años después de la muerte del último discípulo, seguimos esperando por el establecimiento del reino milenial sobre la tierra. ¿Cuál fue, entonces, la promesa de Jesús?

Lo que ocurrió inmediatamente después responde claramente a esta pregunta. Jesús les estaba prometiendo un anticipo de atracciones que habrían de ocurrir. Tres de ellos tendrían el privilegio de ver un brillante anticipo de la gloria divina. Vislumbrarían la gloria y el poder del reino que vendría. Eso ocurrió menos de una semana después que Jesús les prometiera que algunos de ellos verían el reino, presente con poder: «Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan, y los llevó aparte solos a un monte alto; y se transfiguró delante de ellos» (v. 2).

Jesús tomó a los tres en quienes más confiaba, a sus discípulos y amigos más íntimos y los llevó a un monte, donde recorrió el velo de su condición humana para que la gloria *shekinah*, la esencia misma de la naturaleza del Dios eterno, brillara con fulgores impresionantes. «Sus vestidos se volvieron resplandecientes, muy blancos, como la nieve, tanto que ningún lavador en la tierra los puede hacer tan blancos» (v. 3). Mateo dice que lo que vieron era tan abrumador que los discípulos se postraron sobre sus rostros (Mateo 17.6). Nadie en la tierra había experimentado algo ni remotamente parecido desde que Moisés vio la espalda de Dios después de haberse protegido en la hendidura de una peña para no ver plenamente su gloria (Éxodo 33.20-23). Sin duda que fue una experiencia trascendental, algo que los discípulos jamás habían imaginado.

Y por si fuera poco, «les apareció Elías con Moisés, que hablaban con Jesús» (Marcos 9.4). Según el versículo 6, los discípulos estaban tan asustados, que no sabían lo que hablaban.

Pedro, en un arranque típico de él, de todos modos habló, y dijo: «Maestro, bueno es para nosotros que estemos aquí; y hagamos tres enramadas, una para ti, otra para Moisés, y otra para Elías» (v. 5). Seguramente Pedro pensó que estas apariciones de Elías y Moisés significaban la inauguración del reino y estaba ansioso por hacerlo permanente. También parece haber estado pensando erróneamente que ellos tres constituían un triunvirato de iguales, sin darse cuenta de que Cristo era aquel a quien Moisés y Elías habían

señalado, haciéndolo superior a ellos. Por eso, en ese preciso momento («Mientras él aun hablaba», Mateo 17.5), «Vino una nube que les hizo sombra, y desde la nube una voz que decía: Este es mi Hijo amado; a él oíd» (Marcos 9.7). Aquellas eran virtualmente las mismas palabras que habían venido desde el cielo cuando Jesús fue bautizado (Marcos 1.11).

Esta fue una experiencia maravillosa para Pedro, Jacobo y Juan. Se les estaba dando un privilegio único, algo sin paralelo en la crónica de la historia de la redención. Pero Marcos 9.9 dice: «Y descendiendo ellos del monte, [Jesús] les mandó que a nadie dicesen lo que habían visto, sino cuando el Hijo del Hombre hubiese resucitado de los muertos».

¿Se imagina lo difícil que habrá sido eso para ellos? Habían sido testigos de la cosa más increíble que alguien pudo haber visto, pero no se les permitió compartirlo con nadie. Sin duda que fue una formidable restricción.

Después de todo, los discípulos, y estos tres en particular, estaban constantemente discutiendo sobre cuál era el más grande entre ellos. Parece que el asunto jamás se alejaba de sus pensamientos (y ellos están por dar evidencia de esto solo unos cuantos versículos más adelante en la narración de Marcos). De modo que tiene que haberles sido extremadamente difícil no poder usar esta experiencia como argumento a favor de sus propios casos. Posiblemente al bajar del monte, habrían querido decir a los otros discípulos: «¿Quieren saber lo que vimos? Estábamos allá arriba en el monte cuando ¿se imaginan quiénes se nos aparecieron? ¡Nada menos que Elías y Moisés!» Se le había dado una vislumbre del reino. Ellos habían visto cosas que jamás podían ser vistas o conocidas por nadie. Tuvieron un vívido anticipo de la gloria por venir. ¡Cuán difícil tuvo que haber sido guardar esta experiencia para sí mismos!

Parece haber dado incentivo al debate sobre cuál era el más grande. Más adelante en el mismo capítulo, Marcos dice que fueron a Capernaum. «Y cuando estuvo en casa, les preguntó: ¿Qué disputabais entre vosotros en el camino?» (Marcos 9.33). Jesús no hizo la pregunta porque necesitaba la *información*; esperaba una *confesión*. Él sabía exactamente sobre qué habían estado hablando.

Pero ellos estaban avergonzados. De modo que «callaron; porque en el camino habían disputado entre sí, quién había de ser el mayor» (v. 34). No es difícil imaginarse cómo comenzó la discusión. Pedro, Jacobo y Juan rebotando confianza después de su experiencia en el monte, seguramente sintieron que ahora estaban en posición ventajosa. Habían visto cosas tan maravillosas que no les estaba permitido hablar de ellas. Y probablemente cada uno esperaba ver alguna señal que confirmara que él era el más grande de los tres. Quizás discutían sobre cosas tales como quién estaba más cerca de Jesús cuando el Señor se transfiguró, recordándole a Pedro que había sido reprendido por una voz del cielo, y así por el estilo.

Pero cuando Jesús les preguntó qué habían estado discutiendo, de inmediato guarda-

ron silencio. Sabían que habían hecho mal al discutir esas cosas. Obviamente, les remordía la conciencia. Por eso fue que no pudieron admitir de qué venían hablando.

Por supuesto, Jesús lo sabía, y aprovechó la oportunidad para enseñarles nuevamente. «Entonces él se sentó y llamó a los doce, y les dijo: Si alguno quiere ser el primero, será el postrero de todos, y el servidor de todos. Y tomó a un niño, y lo puso en medio de ellos; y tomándole en sus brazos, les dijo: El que reciba en mi nombre a un niño como este, me recibe a mí; y el que a mí me recibe, no me recibe a mí sino al que me envió» (vv. 35-37).

Ellos tenían el asunto al revés. Si querían ser los primeros en el reino, necesitaban ser servidores. Si de verdad querían ser grandes, necesitaban ser como un niño. En lugar de discutir y pelearse los unos a los otros, en lugar de querer imponerse sobre los demás, en lugar de rechazarse mutuamente y exaltarse a sí mismos, necesitaban asumir el papel de un siervo.

Esa fue una lección sobre el amor. «El amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo» (1 Corintios 13.4-5). El amor se manifiesta en servicio a los demás, no enseñoreándose los unos con los otros.

Esto aparentemente llegó al corazón mismo de Juan. Fue una seria reprimenda y Juan obviamente captó el mensaje. Aquí es donde encontramos la única vez en que Juan habla en los Evangelios sinópticos: «Juan le respondió diciendo: Maestro, hemos visto a uno que en tu nombre echaba fuera demonios, pero él no nos sigue; y se lo prohibimos, porque no nos seguía» (Marcos 9:38). Esto es sectarismo. Reprender a alguien por ministrar en el nombre de Jesús solo porque no pertenecía al grupo. Esto muestra la intolerancia de Juan, un hijo del trueno. Esto no era otra cosa que estrechez de mente, la ambición, el deseo de tener solo él el privilegio, y no compartirlo con nadie más, todo lo cual a menudo caracterizaba a Juan en sus años juveniles.

Aquí vemos claramente que Juan no era una persona pasiva. Era agresivo y competitivo. Condenó a un hombre que estaba ministrando en el nombre de Jesús solo porque el hombre no era parte del grupo. Juan había intervenido y tratado de acabar con el ministerio de aquel hombre por ninguna otra razón que esa.

Me siento inclinado a creer que Juan hizo esa confesión porque se sentía arrepentido. Creo que le dolía el aguijón de la censura de Jesús, y dijo esas palabras en calidad de penitente. Algo en Juan comenzaba a cambiar, y empezaba a ver su propia falta de amor como algo indeseable. El hecho de que hiciera esta confesión era indicativo de la transformación que estaba teniendo lugar dentro de él. Le estaba remordiéndole la conciencia. Estaba empezando a ser tierno. Siempre había sido celoso y apasionado por la verdad, pero ahora el Señor le estaba enseñando a amar. Este es un momento crucial en su vida y en su manera de pensar. Estaba empezando a entender el necesario equilibrio entre amor y verdad.

El reino necesita hombres con valor, ambición, energía, pasión, firmeza y un celo por la verdad. Por cierto que Juan tenía todas estas cosas. Pero para lograr todo su potencial, necesitaba equilibrar estas cosas con el amor. Creo que este episodio fue una censura determinante que empezó a moverlo hacia adelante hasta llegar a ser el apóstol del amor que finalmente fue.

Juan siempre estuvo dedicado a la verdad y, por supuesto, no hay nada de malo en eso, pero no es suficiente. El celo por la verdad debe estar equilibrado por el amor por las personas. La verdad sin el amor carece de bondad; es *brutalidad*. Por otro lado, el amor sin la verdad no tiene carácter; no es más que *hipocresía*.

Muchas personas están tan fuera de equilibrio como lo estaba Juan, solo que en la otra dirección. Ponen mucho énfasis en el punto de apoyo en que gira el amor. Algunos son meramente ignorantes; otros están engañados; e incluso a otros simplemente no les interesa lo que es la verdad. En cada caso, la verdad se pierde y todos quedan en su error, envueltos en un sentimentalismo frívolo y tolerante, lo que no es otra cosa que un pobre sustituto del amor. Hablan mucho de amor y tolerancia, pero carecen totalmente de cualquiera preocupación por la verdad. Por lo tanto, aun el «amor» de que hablan es un amor manchado, contaminado. El verdadero amor «no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad» (1 Corintios 13.6).

Por el otro lado, hay muchos que tienen la teología correcta, conocen la doctrina pero carecen de amor y son jactanciosos. Para ellos, la verdad consta de hechos fríos, rígidos y faltos de atractivo. Su falta de amor paraliza el poder de la verdad que profesan venerar.

La persona verdaderamente piadosa debe cultivar ambas virtudes en proporciones iguales. Si desea algo en su santificación, desee esto. Si busca algo en el reino espiritual, busque un equilibrio perfecto de verdad y amor. Conozca la verdad y apóyela en el amor.

En Efesios 4, el apóstol Pablo describe este equilibrio entre la verdad y el amor como el pináculo mismo de la madurez espiritual. Escribe de «la medida de la estatura de la plenitud de Cristo» (v. 13). Él está hablando de la madurez completa, de la semejanza perfecta con Cristo. Así es como ejemplifica la meta hacia la cual debemos ir: «[Que] siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo» (v. 15). Esto es lo que quiere decir con compartir la semejanza con Cristo. Él es la expresión perfecta de la verdad y la expresión perfecta del amor. Él es nuestro modelo.

Manifestar ambos, la verdad y el amor es posible solo en el creyente maduro que ha crecido a la medida de la estatura que pertenece a la plenitud de Cristo. Así es como se define la verdadera madurez espiritual. La persona que es auténticamente como Cristo conoce la verdad y la habla en amor. Conoce la verdad como Cristo la ha revelado y ama como Cristo ama.

Como un apóstol maduro, Juan aprendió bien la lección. Su breve segunda epístola ofrece una prueba vívida de cuán bien equilibró las virtudes gemelas de la verdad y el amor. A través de esa epístola, Juan repetidamente acopla los conceptos de amor y verdad. Escribe: «A la señora elegida y a sus hijos, a quienes yo amo en la verdad» (v. 1). Dice: «Mucho me regocijé porque he hallado a algunos de tus hijos andando en la verdad» (v. 4), y luego pasa la primera mitad de la epístola animándoles a andar en amor. Les recuerda el nuevo mandamiento, el cual por supuesto no es realmente nuevo, sino que reafirma el mandamiento que hemos oído desde el principio: «Que nos amemos unos a otros» (v. 5).

Así, la primera mitad de esta breve epístola es toda acerca del amor. Anima a esta mujer y a sus hijos no solo a andar en la verdad, sino también a recordar que la suma y la sustancia de la ley de Dios es el *amor*. No hay, por lo tanto, verdad más grande que el amor. Los dos son inseparables. Después de todo, el primer gran mandamiento es este: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente» (Mateo 22.37). Y el segundo es semejante: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (v. 39). En otras palabras, en última instancia, el amor es la auténtica verdad.

Pero Juan equilibra ese énfasis sobre el amor en la segunda mitad de la epístola, al urgir a esta mujer a no comprometer su amor recibiendo y bendiciendo a falsos maestros que socavan la verdad. El amor genuino no es un sentimiento meloso que descuida la verdad y tolera todo:

Porque muchos engañadores han salido por el mundo, que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne. Quien esto hace es el engañador y el anticristo. Mirad por vosotros mismos, para que no perdáis el fruto de vuestro trabajo, sino que recibáis galardón completo. Cualquiera que se extravía, y no persevera en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios; el que persevera en la doctrina de Cristo, ese sí tiene al Padre y al Hijo. Si alguno viene a vosotros, y no trae esta doctrina, no lo recibáis en casa, ni le digáis: ¡Bienvenido! Porque el que le dice: ¡Bienvenido! participa en sus malas obras (vv. 7-11).

Juan ya no pide que descienda fuego del cielo contra los enemigos de la verdad, pero advierte a esta dama a que tampoco se vaya al otro extremo. No debe abrir su casa, y ni siquiera formular una bendición verbal, a aquellos que se ganan la vida engañando y oponiéndose a la verdad.

Por supuesto, el apóstol no está recomendando a esta mujer a que maltrate o sea descortés con los demás. Se nos dice que hagamos bien a los que nos aborrecen, que amemos a los que nos odian, que bendigamos a los que nos maldicen y que oremos por los que nos calumnian (Lucas 6.27-28). Pero que nuestra bendición a nuestros enemigos no llegue a animar y ayudar a falsos maestros que corrompen el evangelio.

El amor y la verdad deben mantenerse en un equilibrio perfecto. Nunca debe abandonarse la verdad por el nombre del amor. Ni tampoco el amor debe ser depuesto en el nombre de la verdad. Esto es lo que Juan aprendió de Jesús y le dio el equilibrio que tan desesperadamente necesitaba.

ÉL APRENDIÓ EL EQUILIBRIO ENTRE LA AMBICIÓN Y LA HUMILDAD

En su juventud, Juan tuvo planes ambiciosos para sí mismo. No es inherentemente malo aspirar a tener influencia o a desear el éxito. Pero es malo tener motivos egoístas, como tuvo aparentemente Juan. Y es especialmente erróneo ser ambicioso sin también ser humilde.

Aquí hay otro importante equilibrio que debe ser atacado, o de otra forma, la virtud que se vuelve un vicio. La ambición sin humildad es egoísmo o incluso delirio de grandeza.

En Marcos 10, un capítulo después del incidente donde Juan censura a un hombre que estaba ministrando en el nombre de Jesús, encontramos la descripción de Marcos de cómo Jacobo y Juan se acercaron a Jesús con sus solicitudes de sentarse a su derecha y a su izquierda en el reino. Irónicamente, Jesús acababa de reiterar la importancia de la humildad. En Marcos 10.31, Jesús les dice: «Muchos primeros serán postreros, y los postreros, primeros». (Recuerde: esta fue virtualmente la misma afirmación que provocó la confesión de Juan en Marcos 9. Allí, Jesús tomó a un niño y lo puso en medio de ellos como una lección objetiva sobre la humildad, y les dijo: «Si alguno quiere ser el primero, será el postrero de todos, y el servidor de todos». Marcos 9.35.) Jesús estaba simplemente reiterando la misma lección que les había enseñado vez tras vez sobre la humildad.

Sin embargo, solo en unos pocos versículos más adelante (10.35-37), Marcos dice que Jacobo y Juan vinieron a Jesús con la desafortunada solicitud por los tronos de preferencia. En nuestro estudio sobre el apóstol Jacobo, analizamos el relato que Mateo hace de este incidente, y aprendimos que Jacobo y Juan en realidad consiguieron el apoyo de su madre para que intercediera por ellos. Aquí descubrimos que estaban buscando este favor en forma secreta, porque los otros discípulos se enteraron después de la presentación del pedido mismo (v. 41).

Llegando en los talones de las muchas amonestaciones que Jesús hizo sobre la humildad, el pedido de estos hermanos aparece como una audacia sorprendente. Revela la tremenda falta de verdadera humildad que había en ellos.

Volvemos a decir que no hay nada malo en la ambición. De hecho, no hubo nada intrínsecamente malo en el deseo de Jacobo y de Juan de sentarse al lado de Jesús en el reino. ¿Quién no desearía lo mismo? Por cierto que los otros discípulos también lo deseaban, por eso fue que se disgustaron con Jacobo y Juan. Jesús no los reprendió por ese deseo por sí.

Su error estuvo en desear *obtener* la posición más que desear ser *dignos* de tal posición. Su ambición no estaba templada por la humildad. Y Jesús repetidamente había dejado claro que las más altas posiciones en el reino están reservadas para los santos más humildes de la tierra. Nótese su respuesta en los versículos 42-45:

Mas Jesús, llamándolos, les dijo: Sabéis que los que son tenidos por gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y sus grandes ejercen sobre ellas potestad. Pero no será así entre vosotros, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos. Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.

Los que quieren ser grandes deben primero aprender a ser humildes. Jesús mismo fue la perfección de la humildad verdadera. Además, su reino es llevado adelante por el servicio humilde, no por política, statu, poder o dominio. Este fue el punto de Jesús cuando puso al niño en medio de los discípulos y les dijo que el verdadero creyente tenía que ser como un niño. En otra ocasión, también les dijo: «Cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido» (Lucas 18.14). Aun antes de esto, les había dicho:

Cuando fueres convidado por alguno a bodas, no te sientes en el primer lugar, no sea que otro más distinguido que tú esté convidado por él, y viniendo el que te convidó a ti y a él, diga: Da lugar a éste; y entonces comiences con vergüenza a ocupar el último lugar. Mas cuando fueres convidado, vé y siéntate en el último lugar, para que cuando venga el que te convidó, te diga: Amigo, sube más arriba; entonces tendrás gloria delante de los que se sientan contigo en la mesa. Porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla, será enaltecido (Lucas 14.8-11).

Una y otra vez, Jesús enfatizó esta verdad: Si usted quiere ser grande en el reino, tendrá que ser el siervo de todos.

Es admirable cuán poco penetró esta verdad en la conciencia de los discípulos, aun después de haber estado tres años con Jesús. Y en la última noche de su ministerio terrenal, ninguno de ellos tuvo la humildad de tomar la toalla y una palangana, y llevar a cabo la función de sirviente (Juan 13.1-17). Así es que Jesús mismo lo hizo.

Finalmente, Juan *aprendió* lo que es el equilibrio entre la ambición y la humildad. De hecho, la humildad es una de las grandes virtudes que se destaca en sus escritos.

A través del Evangelio de Juan, por ejemplo, él no menciona ni una sola vez su nombre. (El único «Juan» que es mencionado por nombre en el Evangelio de Juan es Juan el Bautista.) El apóstol Juan se rehúsa a hablar de sí mismo en referencia a sí mismo. En lugar de eso, habla de él en referencia a Jesús. Nunca se pinta a sí mismo en primer plano como un héroe, sino que usa cada referencia a sí mismo para honrar a Jesús. En lugar de escribir su nombre, lo que haría que la atención se centre en él, se refiere a sí mismo como «uno de sus discípulos, al cual Jesús amaba» (Juan 13.23; 20.2; 21.7, 20), dando gloria a Jesús por haber amado a este hombre. De hecho, él parece asombrado por la maravilla de que Jesús lo amara. Por supuesto, según Juan 13.1-2, Jesús amó a *todos* sus apóstoles en forma perfecta. Pero parece que Juan captó esta realidad de forma singular, y se sintió humillado por ella.

De hecho, el Evangelio de Juan es el único que registra en detalle el acto de Jesús de

lavarles los pies a sus discípulos. Es claro que la propia humildad de Jesús la noche que lo traicionaron hizo una fuerte impresión en Juan.

La humildad de Juan también se advierte en la forma gentil en que se dirige a sus lectores en cada una de sus epístolas. Los llama «hijitos», «amados», y se incluye a sí mismo como un hermano e hijo de Dios (cf. 1 Juan 3.2). Hay una ternura y compasión en estas expresiones que muestran su humildad. Su última contribución al canon fue el libro del Apocalipsis, donde se describe como «vuestro hermano, y copartícipe vuestro en la tribulación, en el reino y en la paciencia de Jesucristo» (Apocalipsis 1.9). Aun cuando él fue el último de los apóstoles vivo, y el patriarca de la iglesia, nunca lo encontramos enseñoreándose sobre los demás.

En algún momento de su vida, la ambición de Juan encontró su equilibrio en la humildad. Se volvió más tierno, aunque siguió siendo valiente, confiado, decidido y apasionado.

APRENDIÓ EL EQUILIBRIO ENTRE EL SUFRIMIENTO Y LA GLORIA

Como hemos visto, en sus primeros años, el apóstol Juan tenía sed de gloria y aversión por el sufrimiento. Su sed de gloria se puede ver en su deseo por ocupar el trono principal. Su aversión al sufrimiento se puede ver en el hecho de que él y los otros apóstoles abandonaron a Jesús y huyeron la noche de Su arresto (Marcos 14.20).

Ambos deseos son perfectamente comprensibles. Después de todo, Juan había visto la gloria de Jesús en el monte de la transfiguración y atesoró la promesa de Jesús de que él compartiría esa gloria (Mateo 19.28-29). ¿Cómo no iba a desear tal bendición? Por el otro lado, solo una persona enferma demente le gusta sufrir.

No había nada inherentemente pecaminoso en el deseo de Juan de participar de la gloria del reino eterno de Jesús. Cristo le había prometido un trono y una herencia en la gloria. Además, es mi convicción que cuando finalmente veamos la gloria plena de Cristo, podremos entender por qué la gloria de Cristo es la más grande recompensa de todas en el cielo. Una vislumbre de Jesús en la plenitud de su gloria será mayor que todos los dolores, aflicciones y sufrimientos que hemos soportado en la tierra (cf. Salmo 17.15; 1 Juan 3.2). Por lo tanto, la participación en la gloria de Cristo es un deseo digno para cada hijo de Dios.

Pero si deseamos participar en la gloria celestial, también tenemos que estar dispuestos a compartir los sufrimientos terrenales. Este fue el deseo de Pablo: «A fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte» (Filipenses 3.10). Pablo no estaba diciendo que él tuviera un deseo masoquista por el dolor, sencillamente estaba reconociendo que gloria y sufrimiento son inseparables. Los que desean la recompensa de la gloria deben estar dispuestos a soportar el sufrimiento.

El precio de la gloria es el sufrimiento. Nosotros somos «herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados » (Romanos 8.17). Jesús enseñó este principio una y otra vez. «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará» (Mateo 16.24-25). «Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto. El que ama su vida, la perderá, y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará» (Juan 12.24-25).

El sufrimiento es el preludio a la gloria. Nuestro sufrimiento como creyentes es la seguridad de la gloria que está por venir (1 Pedro 1.6-7). Y «las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse» (Romanos 8.18). Mientras tanto, los que ansían la gloria deben equilibrar ese deseo con estar dispuestos a sufrir.

Todos los discípulos necesitaban aprender esto. Recuerde, *todos* querían los asientos principales en la gloria. Pero Jesús dijo que aquellos asientos tenían un precio. No solo están reservados para los humildes, sino que los que ocupen esos asientos primero deberán prepararse para tal honor soportando la humillación del sufrimiento. Por eso fue que Jesús les dijo a Jacobo y a Juan que antes de recibir cualquier trono, tendrían que «beber del vaso que yo bebo, [y] ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado» (Marcos 10.38).

Con cuánta presteza e ingenuidad Jacobo y Juan aseguraron al Señor que ellos estaban dispuestos a beber de la copa que Él bebería y ser bautizados con un bautismo de sufrimiento. «Ellos dijeron: Podemos» (v. 39). En ese momento, no tenían idea de las implicaciones de esa respuesta. Fueron como Pedro, jactándose que podrían seguir a Jesús hasta la muerte, pero cuando se les presentó la oportunidad de demostrarlo, todos lo abandonaron y huyeron.

Afortunadamente, Jesús no consideró ese fracaso como algo definitivo. Los once discípulos huyeron la noche de la traición y el arresto de Jesús. Pero cada uno de ellos volvió, y cada uno de ellos finalmente aprendió a sufrir voluntariamente por el nombre de Cristo.

De hecho, todos ellos excepto Juan sufrieron y finalmente murieron por la fe. Uno por uno sufrieron el martirio cuando aun estaban en la flor de la vida. Juan fue el único discípulo que vivió hasta una edad avanzada. Pero también sufrió en formas que los otros no sufrieron. Mucho después que los demás discípulos ya estaban en la gloria, él seguía soportando angustias y persecuciones terrenales.

Probablemente Juan empezó a entender lo amargo de la copa que tendría que beber la noche del arresto de Jesús. Sabemos por su relato sobre el juicio a Jesús que él y Pedro siguieron a Jesús hasta la casa del sumo sacerdote (Juan 18.15). Allí Juan vio cómo ata-

ban y golpeaban a Jesús. Hasta donde sabemos, Juan fue el único discípulo que presencié la crucifixión de Jesús. Estaba parado cerca de la cruz, de modo que Jesús podía verlo (Juan 19.26). Probablemente vio cómo los soldados romanos lo clavaban al madero. Estaba allí cuando un soldado finalmente atravesó el costado de Su Señor con una lanza. Y quizás mientras observaba recordó que él había estado dispuesto a bautizarse con este bautismo. Si fue así, Juan tiene que haberse dado cuenta cuán horrible era la copa que él tan livianamente se había ofrecido a beber.

Cuando Jacobo, el hermano de Juan, se transformó en el primer mártir de la iglesia cristiana, Juan sintió la pérdida en una forma más personal que los demás. Y a medida los discípulos fueron martirizados uno por uno, Juan sufrió la angustia y el dolor de esas pérdidas. Esos hombres habían sido sus amigos y compañeros. Pronto, se quedó solo. De alguna manera, aquello quizás haya sido el sufrimiento más doloroso de todos.

Virtualmente, todas las fuentes confiables de la historia de la iglesia primitiva dan fe del hecho de que Juan llegó a ser el pastor de la iglesia que el apóstol Pablo había fundado en Éfeso. De allí, durante la gran persecución de la iglesia llevada a cabo por el emperador romano Domiciano (hermano y sucesor de Tito, quien fue el que destruyó Jerusalén), Juan fue desterrado a una comunidad carcelaria en Patmos, una de las islas pequeñas Espórades del Sur o Dodecaneso en el mar Egeo, en la costa occidental de la moderna Turquía. Vivió en una cueva y fue estando allí que recibió y escribió las visiones apocalípticas descritas en el libro del Apocalipsis (cf. Apocalipsis 1.9). Yo he estado en la cueva en la cual se cree que Juan tuvo que vivir y en la cual se cree que escribió el Apocalipsis. Es un lugar especialmente inhóspito para un hombre ya anciano. Fue separado de aquellos a quienes amaba, tratado con crueldad, haciéndosele dormir sobre un bloque de piedra con una roca por cabecera mientras los años pasaban lentamente.

Pero Juan aprendió a soportar el sufrimiento. En ninguna de sus epístolas ni en el libro del Apocalipsis se puede encontrar una sola queja por sus sufrimientos. Se sabe que escribió el Apocalipsis bajo las más extremas aflicciones y privaciones, pero hace muy poca referencia a sus dificultades, refiriéndose a él como «vuestro hermano, y participé vuestro en la tribulación, en el reino y en la paciencia de Jesucristo» (Apocalipsis 1.9). Nótese que en la misma frase donde menciona «tribulación » habla de la paciencia que le permitió sobrellevar los sufrimientos con buen ánimo. Miraba tranquilo el futuro, hacia el día cuando estaría compartiendo la prometida gloria del reino. Este es el equilibrio correcto, y una perspectiva saludable. Había aprendido a mirar más allá de sus sufrimientos terrenales en anticipación de la gloria celestial.

Juan había captado el mensaje. Había aprendido las lecciones. Había entendido el carácter de Cristo de una manera poderosa. Y llegó a ser un modelo humano excepcional de lo que debe ser el carácter recto, como el de Cristo.

Una prueba impresionante de esto se puede ver en una ilustración desde el pie de la cruz. Recuerde que Juan es el único de los apóstoles que el relato bíblico dice que fue testigo ocular de la crucifixión. Juan mismo describe la escena cuando Jesús miró desde la cruz y vio a su madre, María, junto con su hermana, la otra María (esposa de Cleo-

fas), María Magdalena y Juan (Juan 19.25). Juan escribe: «Cuando vio Jesús a su madre, y al discípulo a quien él amaba, que estaba presente, dijo a su madre: Mujer, he ahí tu hijo. Después dijo al discípulo: He ahí tu madre. Y desde aquella hora, el discípulo la recibió en su casa» (vv. 26-27).

Obviamente, Juan había aprendido las lecciones que necesitaba aprender. Había aprendido a ser humilde, un siervo amoroso, si no hubiera sido así, Jesús no le habría entregado el cuidado de su propia madre. A Pedro le dijo: «Apacienta mis ovejas» (Juan 21.17). A Juan le dijo: «Cuida de mi madre». Varios testigos en la historia de la iglesia primitiva aseguran que Juan nunca salió de Jerusalén, y que nunca dejó de cuidar de María hasta que ella murió.

Juan me recuerda a algunos graduados del seminario a los que he conocido, incluyéndome a mí mismo cuando era joven. Recuerdo cuando salí del seminario. Estaba cargado hasta el tope con verdad pero falto de paciencia. Era una fuerte tentación entrar como una tromba en la iglesia, vaciar la verdad sobre todo el mundo allí, y esperar una respuesta inmediata. Necesitaba aprender a tener paciencia, a ser tolerante y misericordioso, a otorgar gracia, a perdonar, a ser tierno, compasivo, en fin, a tener todas las características del amor. Es hermoso ser osado e impetuoso, pero el amor es el equilibrio necesario. Juan es un modelo excelente para tales jóvenes.

Puede parecer sorprendente que Jesús amara a un hombre que quería quemar vivos a los samaritanos, a un hombre que estaba obsesionado con el statu y la posición, a un hombre que lo abandonó y huyó en lugar de sufrir por Su nombre. Pero al amar a Juan, Jesús lo transformó en un hombre diferente, un hombre que mostró la misma clase de amor que Jesús había mostrado.

Mencionamos antes que Juan usó la palabra *verdad* unas cuarenta y cinco veces en su Evangelio y en las epístolas. Pero es interesante notar que también usó la palabra *amor* más de ochenta veces. Claramente, él aprendió el equilibrio que Cristo le enseñó. Aprendió a amar a los demás como el Señor lo había amado a él. El amor llegó a ser el ancla y la pieza central de la verdad que a él le interesaba tanto.

De hecho, la teología de Juan se describe mejor como una teología del amor. Él enseñó que Dios es un Dios de amor, que Dios amó a su propio Hijo, que Dios amó al mundo, que Dios es amado por Cristo, que Cristo amó a sus discípulos, que los discípulos de Cristo lo amaron a Él, que todos los hombres deberían amar a Cristo, que nosotros deberíamos amarnos los unos a los otros, y que el amor cumple la ley. El amor era una parte crítica de cada elemento de la enseñanza de Juan. Fue el tema dominante de su teología.

Y aun su amor nunca se deslizó hacia un sentimentalismo indulgente. Hasta el final mismo de su vida, Juan seguía siendo un ardoroso defensor de la verdad. No perdió ninguna de sus intolerancias por la mentira. En sus epístolas, escritas cerca del final de su vida, seguía denunciando las cristologías descaminadas, escribiendo contra los engaños

que se oponen al cristianismo, contra el pecado y contra la inmoralidad. En ese sentido, fue el hijo del trueno hasta el final. Creo que el Señor sabía que el más poderoso defensor del amor necesitaba ser un hombre que nunca comprometió la verdad.

Otra palabra favorita de Juan fue *testimonio*. La usó cerca de setenta veces. Se refiere al testimonio de Juan el Bautista, al testimonio de la Escritura, al testimonio del Padre, al testimonio de Cristo, al testimonio de los milagros, al testimonio del Espíritu Santo y al testimonio de los apóstoles. En cada caso, estos fueron testimonios a la *verdad*. Así, su amor por la verdad se mantuvo inalterable.

De hecho, estoy convencido de que Juan puso su cabeza en el hombro de Jesús (Juan 13.3) no solo porque disfrutaba del amor puro que su Señor le daba, sino también porque quería oír cada palabra de verdad que salía de la boca de Cristo.

Juan murió, según la mayoría de los relatos, alrededor del año 98 d.C., durante el reinado del emperador Trajano. Jerónimo dice en su comentario sobre Gálatas que el anciano apóstol Juan estaba tan débil en sus días finales en Éfeso, que tenían que llevarlo a la iglesia. Una frase estaba constantemente en sus labios: «Queridos hijos, ámense los unos a los otros». Cuando se le preguntó por qué siempre decía eso, respondió: «Es el mandamiento del Señor, y si solo esto se hace, es suficiente».

Así que, los pescadores de Galilea: Pedro, Andrés, Jacobo y Juan llegaron a ser pescadores de hombres en una escala tremenda, llevando almas a la iglesia. En un sentido, mediante su testimonio en los Evangelios y en sus epístolas, aun siguen echando sus redes en el mar del mundo. Siguen llevando multitudes de personas a Cristo. Aunque eran hombres comunes y corrientes, el de ellos fue un llamado que no tenía nada de común.

6

FELIPE, EL ANALÍTICO

Felipe le respondió: Doscientos denarios de pan no bastarían para que cada uno de ellos tomase un poco.

—JUAN 6.7

EN LAS CUATRO LISTAS BÍBLICAS de los doce apóstoles, el quinto nombre en cada lista es Felipe. Como señalamos en el capítulo 2, esto aparentemente significa que Felipe fue el líder del segundo grupo de cuatro. En cuanto al registro bíblico, Felipe desempeña una función algo menor comparada con los cuatro hombres del grupo uno, no obstante se le menciona en varias ocasiones, de modo que emerge del grupo grande de doce como un personaje que se distingue de los demás.

Felipe es un nombre griego que quiere decir «amante de los caballos». También debe de haber tenido un nombre judío ya que los doce apóstoles eran judíos. Pero su nombre judío no se da. Después de la conquista de Alejandro el Grande en el siglo cuarto antes de Cristo, la civilización griega se había extendido a través del Mediterráneo y muchos en el Oriente Medio habían adoptado la lengua, la cultura y las costumbres griegas. Estos eran conocidos como los «helenistas» (cf. Hechos 6.1). Quizás Felipe venía de una familia de judíos helenistas. La costumbre pudo haber determinado que él tuviera también un nombre hebreo, pero por alguna razón, parece haber usado su nombre griego exclusivamente. De modo que lo conocemos solo como Felipe.

No hay que confundir a este Felipe con Felipe el diácono que encontramos en Hechos 6, y que llegó a ser evangelista y guió al eunuco etíope a Cristo. Felipe el apóstol era una persona completamente diferente.

El apóstol Felipe «era de Betsaida, la ciudad de Andrés y Pedro » (Juan 1.44). Como ellos eran judíos piadosos, Felipe probablemente creció asistiendo a la misma sinagoga a la que iban Pedro y Andrés. Debido a la relación que existía entre ellos y los hijos de Zebedeo, posiblemente Felipe conocía a los cuatro. La evidencia bíblica indica que Felipe, Natanael y Tomás eran pescadores de Galilea, porque en Juan 21, después de la resurrección, cuando los apóstoles regresaron a Galilea y Pedro dijo: «Voy a pescar» (Juan 21.3), los otros que estaban allí respondieron: «Vamos nosotros también contigo». Según Juan 21.2, ese grupo incluía a «Simón Pedro, Tomás llamado el Dídimo, Natanael el de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo y otros dos de sus discípulos». Los otros dos cuyos nombres no se dan, probablemente hayan sido Felipe y Andrés, porque en todas partes siempre son vistos en la compañía de los hombres que aparecen nombrados en este pasaje.

Si los siete eran pescadores profesionales, es muy probable que hayan sido amigos y

compañeros de trabajo desde mucho antes que siguieran a Jesús. Esto muestra cuán relacionados estaban los apóstoles, con al menos la mitad del grupo, incluyendo los miembros principales, habiendo venido de una región pequeña, lo más probable ocupándose de la misma profesión y habiéndose conocido desde antes de llegar a ser discípulos.

En un sentido, esto es algo sorprendente. A lo mejor nosotros habríamos esperado que Jesús siguiera otro método para escoger a los Doce. Después de todo, los estaba escogiendo para la tarea formidable de ser apóstoles, Sus sustitutos cuando ÉL no estuviera más en la tierra, hombres con la plena autorización para hablar y actuar en Su nombre. Quizás habríamos esperado que buscara por toda la tierra para encontrar a los hombres más dotados y mejor calificados. Pero en lugar de eso, escogió a un pequeño grupo de pescadores, un grupo diverso de hombres, y a la vez hombres comunes y corrientes que ya se conocían y que no tenían ni talentos ni habilidades excepcionales. Y dijo: «Van a resultar».

Todo lo que esperaba de ellos era su disposición. Los atraería a ÉL, los entrenaría, los dotaría y les daría poder para servirle. Debido a que predicarían el mensaje *de Jesús* y harían milagros por *Su* poder, estos rudos pescadores estaban mejor preparados para la tarea de lo que hubiera podido estar un grupo de rutilantes prodigios tratando de operar con sus propios talentos. A pesar de eso, actuaron a veces como *prima donas*. Quizás una de las razones de Jesús para seleccionar y llamar a este grupo particular haya sido que en su mayor parte, ya se llevaban bien los unos con los otros. De todas formas, después de haber escogido a Pedro, Andrés y Juan, Jesús localizó y llamó a Felipe, oriundo de la misma aldea de la que había llamado a Pedro y Andrés.

¿Qué sabemos de Felipe? Mateo, Marcos y Lucas no dan detalle alguno sobre él. Todos los datos sobre Felipe aparecen en el Evangelio de Juan, y es de este Evangelio que descubrimos que Felipe era una persona completamente diferente de Pedro, Andrés, Jacobo o Juan. En el relato de Juan, a menudo Felipe aparece junto a Natanael (también conocido como Bartolomé) de modo que podemos asumir que los dos eran compañeros bastante cercanos. Pero Felipe es singularmente diferente aun de su amigo especial. En realidad, es único entre todos los discípulos.

Si ponemos juntas todas las piezas que ofrece el apóstol Juan sobre Felipe, pareciera que este era un «analista clásico». Era un hombre de hechos y números, un hombre práctico que se guiaba por las reglas, y no era propenso a pensar en lo que estaba por delante. Era la clase de persona que tiende a ser el aguafiestas del grupo, un pesimista, un individuo de visión estrecha, a veces incapaz de ver el cuadro global y a menudo obsesionado por identificar las razones por las que las cosas no se pueden hacer, en lugar de encontrar nuevas formas de hacerlas. Su predisposición era hacia el pragmatismo y el cinismo, y a veces hacia el derrotismo en lugar de ser un visionario.

SU LLAMADO

Nos encontramos por primera vez con Felipe en Juan 1, el día después que Jesús hubo llamado a Andrés, Juan y Pedro. Usted recordará que Jesús había llamado a estos primeros tres en el desierto, donde aprendían a los pies de Juan el Bautista. Juan les señaló al Mesías y ellos dejaron a Juan el Bautista y siguieron a Jesús.

Juan escribe: «El siguiente día quiso Jesús ir a Galilea, y halló a Felipe, y le dijo: Sígueme.» (Juan 1.43). Aparentemente, Felipe estaba también en el desierto con Juan el Bautista y, antes de regresar a Galilea, Jesús lo buscó y lo invitó a unirse a los otros discípulos.

Pedro, Andrés y Juan (y seguramente también Jacobo) podríamos decir que más o menos habían encontrado a Jesús. Para ser preciso, habían sido dirigidos a Él por Juan el Bautista; de manera que esta es la primera vez que leemos que Jesús mismo buscó y encontró a uno de ellos.

Lo anterior no quiere decir que Jesús, soberanamente, no haya buscado y llamado al resto. De hecho, sabemos que los había escogido desde antes de la fundación del mundo. En Juan 15.16, Jesús les dice: «No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros». Pero en las descripciones de cómo ellos encontraron a Jesús, este lenguaje es único para el llamado de Felipe. Este es el primero a quien Jesús buscó físicamente, y el primero a quien Jesús dijo: «Sígueme».

A propósito, es interesante notar que al *final* de su ministerio terrenal, Jesús haya tenido que decirle a Pedro: «Sígueme» (Juan 21.19, 22). Aparentemente, Pedro todavía necesitaba esa palabra de aliento después de su fracaso la noche en que Jesús fue traicionado. Pero Felipe fue el primero en oír y obedecer estas palabras. Desde el principio, Jesús buscó activamente a Felipe. Y lo encontró, y lo invitó a seguirle. Y encontró en Felipe a un discípulo anhelante y dispuesto.

Es obvio que Felipe ya tenía un corazón que buscaba. Por supuesto, un corazón que busca prueba que Dios está soberanamente llamando a la persona porque, como dijo Jesús: «Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere» (Juan 6.44); y de nuevo: «Ninguno puede venir a mí, si no le fuere dado del Padre» (v. 65).

Nos damos cuenta de que Felipe tenía un corazón anhelante por la forma en que respondió a Jesús. «Felipe halló a Natanael, y le dijo: Hemos hallado a aquel de quien escribió Moisés en la ley, así como los profetas: a Jesús, el hijo de José, de Nazaret» (Juan 1.45). Es obvio que Felipe y Natanael, como los primeros cuatro discípulos, habían estudiado la ley y los profetas y buscaban al Mesías. Por eso es que se fueron al desierto a escuchar a Juan el Bautista. De modo que cuando Jesús vino a Felipe y le dijo: «Sígueme», sus oídos, sus ojos y su corazón ya estaban abiertos, y él estaba preparado para seguirlo.

Fíjese en algo interesante acerca de la expresión que Felipe usó al hablar a Natanael: «*Hemos hallado a aquel*». En lo referente a Felipe, había encontrado al Mesías en lugar

de que el Mesías lo hubiera encontrado a él. Aquí vemos la clásica tensión entre elección soberana y la elección humana. El llamado a Felipe es una ilustración perfecta de cómo ambas existen en perfecta armonía. El Señor encontró a Felipe, pero Felipe sintió que él había encontrado al Señor. Desde la perspectiva humana, ambas cosas eran verdad, pero desde la perspectiva bíblica, sabemos que la elección de Dios es la determinante. «No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros» (Juan 15.16).

Es más, desde una perspectiva humana, desde el punto de vista de *Felipe*, este fue el fin de su búsqueda. Por la gracia de Dios, él había sido fiel y un verdadero buscador. Era dedicado a la Palabra de Dios y creía en la promesa del Antiguo Testamento de que vendría un Mesías. Ahora lo había encontrado o, más bien, Él lo había encontrado a él.

Felipe no solo tenía un corazón que buscaba, sino que también tenía el corazón de un evangelista personal. Su primera acción después de encontrarse con Jesús fue ir a buscar a su amigo Natanael y hablarle del Mesías.

Permítanme decirles que estoy convencido de que la amistad provee el terreno más fértil para la evangelización. Cuando la realidad de Cristo se integra en una relación de amor y confianza que ya se ha establecido, el efecto es poderoso. Y parece que, invariablemente, cuando alguien llega a ser un verdadero seguidor de Cristo, su primer impulso es querer encontrar a un amigo y presentar a ese amigo a Cristo. Tal dinámica se ve en el instinto espontáneo de Felipe de ir a buscar a su amigo Natanael y hablarle del Mesías.

El lenguaje que Felipe usó traiciona su asombro al descubrir quién era el Mesías. Aquel de quien Moisés escribió y aquel anticipado por los profetas no era otro que «Jesús, el hijo de José, de Nazaret», el hijo de un humilde carpintero.

Natanael, como veremos en el capítulo que sigue, estaba en un comienzo confundido. «Natanael le dijo: «¿De Nazaret puede salir algo de bueno?»» (Juan 1.46). Betsaida estaba al norte de Nazaret, pero ambas estaban en Galilea, no lejos la una de la otra. Natanael mismo venía de Caná (Juan 21.2), una aldea que quedaba apenas un poco al norte de Nazaret. Es muy posible que Nazaret haya sido un lugar más importante que Caná, de donde pudo haber venido la rivalidad local reflejada en el escepticismo de Natanael.

Pero Felipe no se inmutó: «Ven y ve». (1.46). Es notable la facilidad con que Felipe creyó. En términos humanos, nadie lo había llevado a Jesús. Había sido como Simeón, «esperaba la consolación de Israel; y el Espíritu Santo estaba sobre él» (Lucas 2.25). Felipe conocía las promesas del Antiguo Testamento. Estaba listo y esperaba con anticipación. Su corazón estaba preparado. Y recibió a Jesús con gozo, como el Mesías, sin renuencia ni incredulidad. A él no le importaba la clase de pequeña aldea donde el Mesías había crecido. Instantáneamente supo que la búsqueda había llegado a su fin.

Eso, francamente, no corresponde al carácter de Felipe, y revela hasta qué grado el Señor había preparado su corazón. Su tendencia *natural* debió haber sido refrenarse,

dudar, hacer preguntas, y esperar y ver. Como estamos a punto de descubrir, él no era una persona que tomaba decisiones con rapidez. Pero afortunadamente en este caso, ya había sido atraído a Jesús por el Padre. Y como Jesús dijo: «Todo lo que el Padre me da, *vendrá a mí*» (Juan 6.37, énfasis añadido).

LA ALIMENTACIÓN DE LOS CINCO MIL

Nuestro próximo encuentro con Felipe ocurre en Juan 6, en la alimentación de los cinco mil. Nos referimos a este episodio en el capítulo 1. Volvimos a considerarlo más detalladamente en el capítulo 3 cuando estudiamos el carácter de Andrés. Volvemos ahora para otro vistazo a la alimentación de los cinco mil, esta vez a través de los ojos de Felipe. Y aquí descubrimos qué clase de hombre era Felipe. Ya sabemos que estudiaba el Antiguo Testamento. Sabemos que lo interpretaba literalmente y que creía en el Mesías; de manera que cuando el Mesías llegó y le dijo: «Sígueme», aceptó a Jesús inmediatamente y lo siguió sin dudar. Este era el lado espiritual de Felipe. Su corazón era recto. Era un hombre de fe. Pero a menudo, fue un hombre de fe *débil*.

Aquí empieza a mostrarse su personalidad. Juan dice que una gran multitud había buscado a Jesús y lo había encontrado al pie de un monte con sus discípulos. Como vimos en el capítulo 1, decir que este era un gentío de cinco mil personas no hace justicia al tamaño de la multitud. Juan 6.10 dice que en la multitud había cinco mil *hombres*. Debe de haber habido otros varios miles entre mujeres y niños. (No sería exagerado decir que pudo haber diez o veinte mil.) En cualquier caso, era una muchedumbre y, según Mateo 14.15, la noche se acercaba. La gente necesitaba comer.

Juan 6.5 dice: «Cuando alzó Jesús los ojos, y vio que había venido a él una gran multitud, dijo a Felipe: ¿De dónde compraremos pan para que coman éstos?»

¿Por qué la pregunta únicamente a Felipe? Juan dice: «Pero esto decía para probarle; porque él sabía lo que había de hacer» (v. 6).

Aparentemente, Felipe era el administrador apostólico, el analítico; quien estaba a cargo de los arreglos para las comidas y otros aspectos de logística. Sabemos que Judas tenía la responsabilidad de guardar el dinero (Juan 13.29) de modo que tiene sentido que alguien estuviera a cargo de coordinar la adquisición y distribución de los alimentos y provisiones. Era un trabajo que ciertamente era apropiado para la personalidad de Felipe. Haya sido oficial o extraoficialmente, parece haber sido la persona que estaba siempre preocupada con la organización y el protocolo. Era el tipo de persona que en cada reunión dice: «No creo que podamos hacer eso»; el maestro de lo imposible. Y, aparentemente, en lo que se refería a él, casi cada cosa caía dentro de esa categoría.

De modo que Jesús lo estaba probando. No lo estaba probando para saber lo que estaba pensando. Jesús ya lo sabía (cf. Juan 2.25). No le estaba pidiendo que formulara un plan; Juan dice que Jesús también ya sabía lo que Él mismo iba a hacer. Estaba proban-

do a Felipe de modo que Felipe pudiera tener una revelación de cómo era él mismo. Por eso fue que Jesús se dirigió a Felipe, la clásica personalidad administrativa, y le preguntó: «¿Cómo te propones alimentar a toda esta gente?»

Por supuesto, Jesús sabía exactamente lo que Felipe estaba pensando. Yo creo que Felipe ya había empezado a contar cabezas. Cuando la multitud comenzó a llegar, él ya estaba sacando cuentas. Estaba anocheciendo. La multitud era inmensa. Pronto tendrían hambre. Y comer en aquellos días no era cosa fácil. No había en aquella ladera del monte negocios de comida rápida, de modo que para cuando Jesús hizo la pregunta, Felipe ya tenía los costos listos. «Felipe le respondió: Doscientos denarios de pan no bastarían para que cada uno de ellos tomase un poco» (Juan 6.7). Aparentemente, desde el momento que por primera vez vio a la multitud, se había puesto a pensar en las dificultades de proveerles comida. En lugar de pensar ¡*Qué ocasión más sublime! Jesús va a enseñar a esta multitud. ¡Qué tremenda oportunidad para el Señor!*, lo que Felipe vio en su pesimismo fue la imposibilidad de la situación.

Felipe había estado presente cuando Jesús creó vino del agua (Juan 2.2). Había visto numerosas veces cuando Jesús había sanado enfermos, incluyendo varios milagros creativos y regenerativos. Pero cuando vio a aquella gran muchedumbre, empezó a sentirse abrumado por lo imposible. Cayó en el error de pensar en lo material. Y cuando Jesús probó su fe, respondió con abierta incredulidad: *No se puede hacer*.

Desde una perspectiva puramente humana, él estaba absolutamente en lo cierto. Un denario era la paga de un día de un trabajador común y corriente (cf. Mateo 20.2). En otras palabras, entre todos los discípulos, a lo menos doce de ellos y probablemente muchos más, tenían apenas ocho meses del salario diario de un trabajador para satisfacer sus propias necesidades. Esa no era una gran suma, considerando todo lo que había que hacer para la propia alimentación y hospedaje de los discípulos. Con una suma tan pequeña, no podían ni siquiera pensar en una escasa merienda para tantas personas. Probablemente, Felipe estaba pensando: *Un denario podría comprar doce panes de trigo. La cebada es más barata. Entonces, con un denario podríamos comprar veinte panes de cebada. Si podemos conseguir panes más pequeños y los partimos en dos... ¡No! Sencillamente es imposible hacer algo*. Ya había calculado que cuatro mil panes de cebada nunca serían suficientes para todos. Sus pensamientos eran pesimistas, analíticos y pragmáticos, totalmente materialistas y terrenales.

Una de las cosas esenciales del liderazgo es un sentido de visión y esto es especialmente verdad para cualquiera cuyo Maestro es Cristo. Pero Felipe estaba obsesionado con asuntos mundanos y por lo tanto, se sentía abrumado por la imposibilidad del problema inmediato. Sabía demasiada aritmética para ser osado. La realidad de los crudos hechos ensombreció su fe. Estaba tan obsesionado con esta difícil situación temporal que no se daba cuenta de las posibilidades trascendentales que se encontraban en el poder de Jesús. Estaba tan cautivado por los cálculos del sentido común que no vio la oportunidad que la situación presentaba. Su respuesta debía haber sido: «Señor, si tú quieres alimentarlos, pues, hazlo. Yo, simplemente, me dedicaré a observar cómo lo haces. Sé que puedes hacerlo. Tú hiciste vino en Caná, y diste a tus hijos el maná en el

desierto. Hazlo. Les diremos a todos que formen una fila y tú sencillamente haz la comida». Esa hubiera sido la respuesta adecuada. Pero Felipe estaba convencido de que tal cosa simplemente no se podía hacer. El poder sobrenatural ilimitado de Jesús había escapado completamente a su pensamiento.

Por el otro lado, Andrés parecía vislumbrar una pequeña posibilidad. Encontró a un niño con dos peces en escabeche y cinco panes de cebada, y lo trajo a Jesús. Aun la fe de Andrés fue desafiada por el tamaño colosal del problema logístico. Le dijo a Jesús: «Aquí está un muchacho, que tiene cinco panes de cebada y dos pececillos; mas ¿qué es esto para tantos?» (v. 9). O Andrés tenía un débil rayo de esperanza que Jesús haría *algo* (lo sugiere el hecho de haber traído el niño a Jesús), o estaba influenciado por el pesimismo de Felipe, y con este acto estaba identificándose con la idea de que la situación era imposible.

De cualquier forma, Felipe perdió la oportunidad de ver la recompensa a su fe; y la acción de Andrés (que probablemente indicaba algún exiguo grado de fe), fue recompensada. Como Jesús les había enseñado: «Si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible» (Mateo 17.20).

Felipe necesitaba aprender esa lección. A él *todo* le parecía imposible. Necesitaba echar a un lado sus preocupaciones materialistas, pragmáticas y de sentido común y aprender a apropiarse del poder sobrenatural de la fe.

LA VISITA DE LOS GRIEGOS

Juan 12 nos da otro atisbo del carácter de Felipe. De nuevo, vemos su temperamento extremadamente analítico. Se preocupa demasiado por asuntos tales como los métodos y el protocolo. Le faltaba intrepidez y visión, lo que lo hacía demasiado tímido y demasiado ansioso. Y cuando tuvo una nueva oportunidad para ejercitar la fe, volvió a desperdiciarla.

Juan 12.20-21 dice: «Había ciertos griegos entre los que habían subido a adorar en la fiesta. Estos, pues, se acercaron a Felipe, que era de Betsaida de Galilea, y le rogaron, diciendo: Señor, quisiéramos ver a Jesús». Estos griegos, o eran gentiles que adoraban a Dios o eran prosélitos hechos y derechos del judaísmo que habían venido a Jerusalén a adorar a Dios durante la Pascua. Esta era la Pascua final del sistema estructural del Antiguo Testamento, durante la cual Jesús mismo habría de ser muerto como el verdadero Cordero de Dios. Él iba rumbo a Jerusalén para morir por los pecados del mundo.

Estos griegos estaban muy interesados en ver a Jesús. Se dirigieron, entonces, a Felipe. Quizás porque su nombre era griego pensaron que sería su mejor contacto. O quizás se habían enterado que Felipe era, en cierta forma, el administrador del grupo, el que hacía todos los arreglos que necesitaban los discípulos. De nuevo vemos que, ya sea que

Felipe ocupara esa posición en forma oficial o porque no había otro designado a hacerlo, parece haber sido el que estaba a cargo de las operaciones. Así que estos hombres se acercaron a él para que arreglara una reunión con Jesús.

Felipe, como el típico administrador, probablemente revisó todo el manual de protocolos y procedimientos que tenía en la mente. (De hecho, si era como muchos administradores que he conocido, tiene que haber tenido un manual de políticas por escrito, el que consultaría meticulosamente e insistiría en seguir al pie de la letra. Me lo imagino como alguien que hace todo estrictamente como está escrito.) De alguna manera, estos griegos supieron que esta era la persona que se dedicaba a las reglas, así es que le pidieron que arreglara una entrevista con Jesús.

No era una petición difícil o compleja. Pese a eso, Felipe parece no estar seguro en cuanto a lo que tenía que hacer. Si hubiera consultado el manual sobre los gentiles y Jesús, se habría dado cuenta que Jesús había dicho en una ocasión cuando mandó a sus discípulos a predicar: «Por camino de gentiles no vayáis, y en ciudad de samaritanos no entréis, sino id antes a las ovejas perdidas de la casa de Israel» (Mateo 10.5-6). Y en otra ocasión, dijo: «No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel» (Mateo 15.24).

¿Prohibía ese principio que los gentiles se acercaran a Jesús? Por supuesto que no. Al decir que había sido enviado a las ovejas perdidas de la casa de Israel, Jesús no estaba haciendo otra cosa que identificar la prioridad normal de su ministerio: «al judío primeramente y también al griego» (Romanos 2.10). Este era un principio general, no una ley inflexible. Los griegos y otros gentiles estaban expresamente incluidos entre aquellos a quienes Él ministraba. Jesús mismo le había revelado a una mujer samaritana que Él era el Mesías. Aunque el enfoque central de su ministerio era primero a Israel, Él era, después de todo, el Salvador del mundo, no solo de Israel. «A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios» (Juan 1.11-12).

Pero las personas como Felipe no funcionan bien con las reglas no escritas, porque quieren que cada regla sea rígida e inviolable. No había ningún protocolo en el manual sobre cómo presentar griegos a Jesús. Y Felipe no estaba preparado para hacer algo que no fuera convencional.

No obstante, él tenía un buen corazón. De modo que llevó a los griegos a Andrés. Andrés sí que podía llevar a cualquiera a Jesús. De modo que «Felipe fue y se lo dijo a Andrés; entonces Andrés y Felipe se lo dijeron a Jesús» (Juan 12.22). Obviamente, Felipe no era un hombre decidido. No había precedentes en cuanto a presentar gentiles a Jesús, de modo que buscó la ayuda de Andrés antes de dar cualquier paso. Así nadie podría culparlo de no haber hecho las cosas de acuerdo al manual. Después de todo, Andrés *siempre* estaba llevando gente a Jesús. Andrés sería el culpable si alguien presentaba alguna objeción.

Podemos suponer sin temor a equivocarnos que Jesús recibió a los griegos con alegría. Él mismo dijo: «Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera» (Juan 6.37). Juan 12 no registra nada sobre la reunión de Jesús con los griegos, excepto el discurso que Jesús dio en aquella ocasión:

Jesús les respondió diciendo: Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado. De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere lleva mucho fruto. El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará. Si alguno me sirve, sígame; y donde yo estuviere, allí también estará mi servidor. Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará (12.23-26).

En resumen, les predicó el evangelio y los invitó a que se transformaran en sus discípulos.

¿Estuvo bien que se llevara a estos griegos a Jesús? Absolutamente. Jesús mismo invita a todos a beber del agua de la vida gratuitamente (Apocalipsis 22.17). Habría sido un error despedir a estos hombres. Felipe parecía saber eso en su corazón, aun cuando su cabeza estuviera obsesionada con protocolos y procedimientos.

EL APOSENTO ALTO

Nuestro vistazo final a Felipe tiene lugar poco tiempo después, en el aposento alto con los discípulos con ocasión de la última cena. Es importante notar que esta fue la última noche del ministerio terrenal de Jesús, la víspera de la crucifixión. La preparación formal de los Doce había llegado oficialmente a su fin. Y sin embargo la fe de ellos seguía siendo patéticamente débil. Aquella fue la noche en que estaban sentados alrededor de la mesa discutiendo sobre quién era el más grande en lugar de tomar la toalla y el lavabo y lavarle los pies a Jesús. Parecía que no habían escuchado muchas de las lecciones más importantes que el Señor les había enseñado. Como Jesús dijo, ellos eran «insensatos, y tardos de corazón para creer» (Lucas 24.25).

Esto era verdad especialmente en el caso de Felipe. De todas las afirmaciones insensatas, impetuosas, dolorosamente faltas de conocimiento que en forma ocasional escaparon de los labios de los discípulos, ninguna fue más desalentadora que la hecha por Felipe en el aposento alto.

Aquella noche, el corazón de Jesús estaba angustiado. Sabía lo que le esperaba al día siguiente. Sabía que su tiempo con los discípulos estaba terminando y, aunque desde una perspectiva puramente humana, los discípulos no parecían estar muy bien preparados, Él les enviaría el Espíritu Santo para capacitarlos como Sus testigos. Su trabajo terrenal con ellos estaba a punto de terminar. Los estaba enviando como ovejas en medio de lobos (cf. Mateo 10.16). De modo que estaba ansioso por consolarlos y animarlos sobre el Espíritu Santo, que vendría a capacitarlos.

Les dijo que no se turbaran en sus corazones y les prometió que iría a preparar un lugar para ellos (Juan 14.1-2). Además, les prometió regresar para tomarlos a sí mismo de modo que pudieran estar con Él donde Él iría (v. 3). Y luego agregó lo siguiente: «Y sabéis a dónde voy, y sabéis el camino» (v. 4). Obviamente, el *a dónde* era el cielo, y el *camino* allí era el camino que Él les había trazado en el evangelio.

Pero ellos habían sido lentos en entender. Tomás posiblemente habló en nombre de todos ellos cuando dijo: «Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino?» (v. 5).

Jesús le dijo: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí» (Juan 14.6). Es probable que ahora todo haya sido más claro. Él iría al Padre en el cielo, y el único camino para ellos era a través de la fe en Jesús. Por supuesto, este es uno de los versículos bíblicos clave sobre la exclusividad de Cristo. Él estaba enseñando expresamente que nadie puede ir al cielo si no confía en Él y lo acepta como su único Salvador. Él es el camino, el *único* camino, al Padre.

Luego Jesús añadió una declaración explícita sobre su propia deidad: «Si me conocierais, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto» (Juan 14.7). Ahora estaba afirmando en un lenguaje lo más claro posible que Él es Dios. Jesús y su Padre son de la misma esencia. Conocer a Cristo es conocer al Padre, porque las diferentes Personas de la Trinidad son una en su esencia. Jesús *es* Dios. Verlo a Él es ver a Dios. Ellos lo habían visto y conocido de modo que, en efecto, ya conocían también al Padre.

Fue en este punto que habló Felipe: «Señor, muéstranos el Padre, y nos basta» (v. 8).

«¿*Muéstranos el Padre?*» ¿Cómo Felipe pudo decir tal cosa, inmediatamente después de la declaración de Jesús? Esto es extremadamente triste. Era de esperar que para cuando Felipe llegó a este punto, tanto tiempo después de haber venido siguiendo a Jesús, debería haber estado mejor informado. Todo ese tiempo había recibido las enseñanzas de Jesús. Había sido testigo de innumerables milagros. Había visto a la gente sanada de las peores enfermedades y deformaciones. Había estado allí cuando Jesús había echado fuera demonios. En muchas ocasiones había pasado tiempo en íntima relación con Cristo, veinticuatro horas del día, siete días de la semana durante meses. Si en realidad había conocido a Cristo, también habría conocido al Padre (v. 7). ¿Cómo podía decir ahora: «Muéstranos al Padre»? ¿Dónde había estado todo ese tiempo?

«Jesús le dijo: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre? » (v. 9). ¿Qué habría pensado Felipe que había estado ocurriendo en los últimos dos o tres años? De toda la gente que había respondido con una fe tan entusiasta en el principio, ¿cómo pudo él hacer un pedido como ese, justamente al final? ¿Dónde estaba su fe?

Jesús le preguntó: «¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras. Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, creedme por las mismas obras» (vv. 10-11). En esencia, lo que Jesús estaba diciendo era esto: «Yo soy al Padre lo que ustedes son a mí. Yo soy el apóstol del Padre. Yo soy Su *shali*h. Yo actúo con Su total poder delegado a mí.

«Y algo más: Yo soy uno con el Padre. Yo soy en el Padre y el Padre es en mí. Compartimos la misma esencia divina».

Nótese la súplica: «¿No crees?... ¡Cree!» Felipe ya había aceptado a Jesús como Mesías. Ahora Cristo lo estaba animando a que llevara su fe hasta su conclusión lógica: Felipe ya estaba en presencia del mismísimo Dios, vivo y eterno. No necesitaba ver ningún milagro más grande que este. No necesitaba ninguna otra prueba dramática. «¿Muéstranos el Padre?» ¿Qué estaba diciendo? ¿Qué creía él que había estado haciendo Jesús?

Por tres años, Felipe había contemplado la faz misma de Dios y aun no veía las cosas con claridad. Su pensamiento terrenal, su materialismo, su escepticismo, su obsesión con los detalles mundanos, su preocupación con los asuntos administrativos y su pequeña mentalidad lo habían privado de una comprensión plena de Aquel cuya presencia había disfrutado.

Felipe, como los otros discípulos, era un hombre de habilidades limitadas. Su fe era débil. Era un hombre de entendimiento imperfecto. Era escéptico, analítico, pesimista, renuente e inseguro. Siempre quería hacer las cosas de acuerdo con el reglamento. Su mente estaba llena de hechos y de números, lo que lo hacía incapaz de captar el cuadro total del poder divino de Cristo, de su Persona y de su gracia. Era lento para entender, lento para confiar y lento para ver más allá de las circunstancias inmediatas. Todavía quería más pruebas.

Si hubiésemos tenido que entrevistar a Felipe para la función a la que Jesús lo llamó, quizás habríamos dicho como conclusión: «No sirve. No es apto para ser uno de los doce hombres más importantes en la historia del mundo».

Pero Jesús habría dicho: «Es exactamente lo que ando buscando. Mi poder se perfecciona en la debilidad. Haré de él un predicador. Será uno de los fundadores de la iglesia.. Lo haré uno de los gobernantes en el reino y le daré una recompensa eterna en el cielo. Y escribiré su nombre en una de las doce puertas de la Nueva Jerusalén». Afortunadamente, el Señor usa gente como Felipe, muchos como él.

La tradición nos dice que Felipe fue usado grandemente en la expansión de la iglesia primitiva y fue uno de los primeros entre los apóstoles en sufrir el martirio. De acuerdo a la mayoría de los relatos, fue llevado a la muerte mediante apedreamiento en Heliópolis, en Frigia (Asia Menor), ocho años después del martirio de Jacobo. Antes de su muerte, multitudes vinieron a Cristo por su predicación.

Obviamente, Felipe superó las tendencias humanas que con tanta frecuencia estorbaban su fe y se levanta con los otros apóstoles como una prueba «que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia» (1 Corintios 1.27-29).

7

NATANAEL, EN QUIEN NO HAY ENGAÑO

Respondió Natanael y le dijo: Rabí, tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey de Israel.

—JUAN 1.49

EL COMPAÑERO MÁS CERCANO DE FELIPE, NATANAEL, aparece como Bartolomé en las cuatro listas de los Doce. En el Evangelio de Juan siempre se llama Natanael. *Bartolomé* es un seudónimo hebreo que quiere decir «hijo de Tolmai». *Natanael* significa «Dios ha dado». De modo que él es Natanael, hijo de Tolmai, o Bartolomé Bar-Tolmai.

Los Evangelios sinópticos y el libro de Hechos no contienen detalles sobre el trasfondo, carácter o personalidad de Natanael. De hecho, cada uno de ellos lo menciona solo una vez, cuando hacen la lista de los doce discípulos. El Evangelio de Juan lo hace aparecer en solo dos pasajes: en Juan 1, donde se registra su llamado, y en Juan 21.2 donde se le nombra como uno de los que volvió a Galilea y fue a pescar con Pedro después de la resurrección de Jesús y antes de la ascensión.

Según Juan 21.2, Natanael venía de una pequeña aldea de Caná de Galilea, el lugar donde Jesús hizo su primer milagro, cambiando el agua en vino (Juan 2.11). Caná estaba muy cerca de Nazaret, el pueblo de Jesús.

Como vimos en el capítulo anterior, Felipe fue el que trajo a Natanael a Cristo inmediatamente después que Jesús lo encontró y lo llamó. Aparentemente, Felipe y Natanael eran buenos amigos porque en cada una de las listas de los doce apóstoles de los Evangelios sinópticos, los nombres de Felipe y Natanael aparecen juntos. En los relatos relacionados con la iglesia primitiva y en muchas de las historias de aquellos tiempos sobre los apóstoles, también sus nombres aparecen juntos. Aparentemente, la amistad entre ellos se mantuvo a lo largo de los años que pasaron con Cristo. Como con Pedro y Andrés (que a menudo se les nombraba juntos como hermanos) y Jacobo y Juan (que igualmente eran hermanos), encontramos a estos dos siempre lado a lado, no como hermanos, sino como amigos cercanos.

Virtualmente, todo lo que sabemos de Natanael Bar-Tolmai viene del relato de Juan de su llamado al discipulado. Recuerde que tal evento tuvo lugar en el desierto, poco después del bautismo de Jesús, cuando Juan el Bautista señaló a Cristo como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Juan 1.29). Andrés, Juan y Pedro (y posiblemente también Jacobo) fueron los primeros en ser llamados (vv. 35-42). Al día siguiente, habiéndose propuesto ir a Galilea, Jesús buscó a Felipe y lo llamó también (v. 43).

Según el versículo 45, «Felipe halló a Natanael». Obviamente, eran amigos. La Escritura no dice si se trataba de una relación de negocios, una relación familiar o solo una relación social. Pero es evidente que Felipe era cercano a Natanael y sabía que este estaría interesado en saber que finalmente habían identificado al largamente esperado Mesías. De hecho, Felipe no pudo esperar para compartir la noticia con él, así es que inmediatamente lo buscó y lo trajo a Jesús.

Aparentemente, Felipe halló a Natanael en o cerca del mismo lugar donde el Señor encontró a Felipe. La breve descripción de cómo Natanael vino a Jesús está llena de indicaciones sobre su carácter. De ella aprendemos bastante sobre la clase de persona que era Natanael.

SU AMOR POR LA ESCRITURA

Un hecho interesante acerca de Natanael es obvio por la forma en que Felipe le anunció que había encontrado al Mesías: «Felipe halló a Natanael, y le dijo: Hemos hallado a aquel de quien escribió Moisés en la ley, así como los profetas» (Juan 1.45). Obviamente, la verdad de la Escritura era algo que interesaba a Natanael. Felipe conocía a Natanael y, por lo tanto, sabía que estaría intrigado por la noticia de que Jesús era Aquel de quien Moisés y los profetas habían profetizado en la Escritura. Por lo tanto, cuando Felipe le habló a Natanael acerca del Mesías a quien había hallado, lo hizo desde el punto de vista de la profecía del Antiguo Testamento. El hecho de que Felipe le presentara a Jesús de esta manera sugiere que Natanael *conocía* las profecías del Antiguo Testamento.

Esto probablemente indique que Natanael y Felipe estudiaban juntos el Antiguo Testamento. También es probable que hayan ido juntos al desierto a oír a Juan el Bautista. Ambos estaban interesados en el cumplimiento de la profecía del Antiguo Testamento. Obviamente, Felipe sabía que la noticia de Jesús conmovería a Natanael.

Nótese que no le dijo: «Encontré a un hombre que tiene un plan tremendo para tu vida». No le dijo: «Encontré a un hombre que arreglará tu matrimonio y tus problemas personales y dará sentido a tu vida». No trató de interesar a Natanael diciéndole cómo Jesús podía mejorarle la vida. Felipe habló de Jesús como el cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento, porque él sabía que despertaría el interés de Natanael. Este, como asiduo estudiante del Antiguo Testamento, ya buscaba la verdad divina.

A propósito, parece que todos los apóstoles, con la excepción de Judas Iscariote, hasta cierto grado, buscaban la verdad divina antes de encontrarse con Jesús. Estaban siendo atraídos por el Espíritu de Dios. Sus corazones estaban abiertos a la verdad y ansiosos por conocerla. Eran sinceros en su amor por Dios y en su deseo de conocer la verdad y recibir al Mesías. En ese sentido, eran muy diferentes del liderazgo religioso, que estaba dominado por la hipocresía y la falsa piedad. Los discípulos eran sinceros.

Es probable que Felipe y Andrés hayan pasado largas horas estudiando la Escritura juntos, examinando la ley y los profetas para discernir la verdad sobre la venida del Mesías. Y el hecho de que estuvieran tan bien adiestrados en la Escritura sin duda explica por qué estuvieron tan prestos a responder a Jesús. En el caso de Natanael esto se haría especialmente evidente. Pudo reconocer positiva e instantáneamente a Jesús porque tenía un entendimiento claro de lo que la Escritura decía sobre Él. Sabía lo que decían las promesas, de modo que reconoció el cumplimiento cuando lo vio. Conocía a Aquel de quien Moisés y los profetas habían escrito, y reconoció a Jesús como «Aquel» después de la breve conversación que tuvieron. Con una mirada, Natanael supo quién era Jesús y lo recibió ahí mismo. Eso fue posible porque había sido un estudioso diligente de la Escritura.

Felipe le dijo: «[Es] Jesús, el hijo de José, de Nazaret». «Jesús » era un nombre bastante común. *Y'shua* es su forma aramea. Es el mismo nombre que se traduce «Josué» en el Antiguo Testamento. Su significado es: «Jehová es salvación » («porque él salvará a su pueblo de sus pecados», (Mateo 1.21). Felipe estaba usando la expresión «hijo de José» como una especie de apellido: «Jesús BarJosé», así como su amigo era «Natanael BarTolmai». Así era como comúnmente se identificaba a la gente. (Era el equivalente hebreo de los apellidos modernos como Josephson o Johnson). A través de la historia, la gente se ha identificado de esta manera, con apellidos derivados de sus padres.)

Tiene que haber habido una cierta cantidad de sorpresa en la voz de Felipe. Era como si estuviera diciendo: «¡No lo vas a creer, pero Jesús, el hijo de José, el hijo del carpintero de Nazaret, es el Mesías!»

SU PREJUICIO

El versículo 46 nos ofrece una faceta más del carácter de Natanael. Aunque era un estudiante de la Escritura y un buscador del conocimiento verdadero de Dios; aunque tenía un fuerte interés espiritual y había sido fiel, diligente y sincero en su devoción a la Palabra de Dios; era humano. Tenía ciertos prejuicios. Lo vemos en su respuesta al anuncio que le hiciera Felipe: «¿De Nazaret puede salir algo de bueno?»

Podría haber dicho: «He leído el Antiguo Testamento y el profeta Miqueas dice que el Mesías saldrá de Belén [Miqueas 5.2], no de Nazaret». O pudo haber dicho: «Pero Felipe, el Mesías se identifica con Jerusalén porque va a reinar en Jerusalén ». Pero la profundidad de su prejuicio queda en evidencia en estas palabras: «¿De Nazaret puede salir algo de bueno?»

Aquella no era una objeción bíblica o racional; estaba basada en la emoción y en el fanatismo. Revela el desprecio que Natanael sentía por la ciudad de Nazaret. Francamente, Caná no era tampoco una ciudad de mucho prestigio. Hoy día, es absolutamente intrascendente. A menos que usted quiera ver la capilla que se construyó en el lugar donde se supone que Jesús convirtió el agua en vino, probablemente no tenga ningún in-

terés en ir allí. Caná estaba alejada del tráfico caminero, en tanto que Nazaret estaba en una encrucijada de rutas importantes. Para ir del Mediterráneo a Galilea, la gente tenía que pasar por Nazaret. Una de las rutas principales de norte a sur entre Jerusalén y el Líbano, pasaba a través de Nazaret. Nunca «pasó» nadie por Caná. Caná estaba apartada de todo. De modo que la falta alguna cosa atractiva en Nazaret no explica el prejuicio de Natanael. Sus palabras probablemente reflejen algún tipo de rivalidad entre Nazaret y Caná.

Nazaret no era un pueblo refinado. Su cultura, en su mayor parte, era poco fina y falta de erudición. (Aun es así el día de hoy.) No es un lugar particularmente pintoresco, aunque tiene cierta belleza en las faldas de los cerros de Galilea. Pero no es una ciudad memorable en la actualidad, y lo fue menos en los tiempos de Jesús. Los israelitas miraban con desprecio a los galileos, y aun los galileos miraban con desprecio a los nazarenos. Natanael, aunque venía de una aldea aun más insignificante, estaba simplemente expresando el desprecio general de los galileos por Nazaret. Esta era la misma clase de orgullo regional que podría mostrar una persona de una ciudad importante por alguien que viene de un pueblo desconocido.

Aquí volvemos a ver que Dios se complace en usar las cosas ordinarias, débiles e insignificantes para confundir a lo sabio y poderoso (cf. 1 Corintios 1.27). Él incluso llama a las personas de las localidades más despreciadas. También puede tomar a una persona imperfecta, engegueda por los prejuicios y cambiarla en alguien capaz de transformar el mundo. Al fin y al cabo, la única explicación es el poder de Dios, de modo que toda la gloria es para Él.

Para Natanael era inconcebible que el Mesías viniera de un lugar tan vulgar como Nazaret. Era un lugar inculto, lleno de maldad, corrompido y habitado por gente pecadora. Natanael simplemente no podía pensar que algo bueno saliera de allí; sin embargo, se olvidaba que él mismo venía de un lugar igualmente despreciable.

El prejuicio es muy feo. Las generalizaciones basadas en sentimientos de superioridad, no sobre hechos, pueden ser espiritualmente debilitantes. El prejuicio aleja a muchas personas de la verdad. Por cierto que muchos en la nación de Israel rechazaron a su Mesías debido a prejuicios. Tampoco creyeron que su Mesías podría venir de Nazaret. Para ellos era inconcebible que el Mesías y todos sus apóstoles pudieran venir de Galilea. Se burlaban de los apóstoles refiriéndose a ellos como galileos ignorantes. Los fariseos insultaron a Nicodemo, diciéndole: «¿Eres tú también galileo? Escudriña y ve que de Galilea nunca se ha levantado profeta» (Juan 7.52). A ellos no les gustaba que Jesús hablara contra la religión establecida en Jerusalén. Y desde los líderes religiosos hasta el pueblo que asistía a las sinagogas, fue en cierto grado su prejuicio lo que hizo que rechazaran a Jesús. Esto ocurrió incluso en el propio pueblo de Jesús. Se mofaban de Jesús diciéndole hijo de José (Lucas 4.22). No tenía honra ni en su propia tierra debido a que era hijo de un carpintero (v. 24). Y toda la sinagoga de Nazaret, su propia sinagoga donde había crecido, estaba tan llena de prejuicios contra Él que después que les hubo predicado un solo sermón, lo llevaron a un acantilado en las afueras de la ciudad y trataron de tirarlo risco abajo para matarlo (vv. 28-29).

El prejuicio afectó su visión del Mesías. El pueblo de Israel estaba prejuiciado contra Él por ser galileo y nazareno. Tenían prejuicios porque lo consideraban una persona sin educación y al margen del sistema religioso. Su prejuicio se mostraba particularmente contra Su mensaje. Y su prejuicio contra Él los alejó del evangelio. No quisieron oírle porque eran cultural y religiosamente intolerantes.

Juan Bunyan entendió el peligro del prejuicio. En su famosa alegoría *La Guerra Santa*, describe a las fuerzas de Emanuel llevando el evangelio al pueblo de Mansoul. Iniciaron su asalto sobre Mansoul por la puerta del oído porque la fe viene por el oír. Pero Diabolus, el enemigo de Emanuel y las fuerzas de éste, querían mantener a Mansoul en el infierno. De manera que Diabolus decidió contener el ataque estacionando un guardia especial en la puerta del oído. Allí puso «al viejo señor Prejuicio, un tipo colérico y desadaptado». Según Bunyan, ellos hicieron del señor Prejuicio «capitán de la guardia en esa puerta y pusieron bajo su mando a sesenta hombres, llamados hombres sordos; hombres aventajados para ese servicio, puesto que no oían ninguna palabra de los capitanes ni de los soldados». Esta es una descripción muy vívida de cómo muchas personas se tornan insensibles a la verdad del evangelio. Sus propios prejuicios los hacen sordos a la verdad.

Los oídos de los hombres están cerrados al evangelio por muchas clases de prejuicios: prejuicio racial, prejuicio social, prejuicio religioso y prejuicio intelectual. El prejuicio causó que la mayor parte de la nación judía hiciera oídos sordos al Mesías. Satanás había estacionado en la puerta de los oídos de Israel al señor Prejuicio y su banda de sordos. Por eso fue que cuando Jesús «a lo suyo vino, y los suyos no le recibieron» (Juan 1.11).

Juan Bunyan usó la metáfora de la sordera. El apóstol Pablo usó la de la ceguera: «Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios» (2 Corintios 4.3-4). Su prejuicio contra la verdad los dejó ciegos y sordos, y perdieron el mensaje. Y sucede lo mismo hoy en día.

Natanael vivía en una sociedad que era prejuiciosa por temperamento. En realidad, todos los pecadores lo son. Hacemos afirmaciones prejuiciosas. Sacamos conclusiones prejuiciosas sobre individuos, clases de personas y sociedades enteras. Natanael, como nosotros, tenía esa tendencia pecaminosa. Y al principio su prejuicio lo hizo reaccionar con escepticismo cuando Felipe le dijo que el Mesías era nazareno.

Afortunadamente, su prejuicio no fue lo suficientemente fuerte como para alejarlo de Cristo. «Le dijo Felipe: Ven y ve» (v. 46). Esa es la mejor manera de enfrentar el prejuicio: Confrontarlo con los hechos. El prejuicio está basado en los sentimientos. Es subjetivo y no refleja necesariamente la realidad de los hechos. De modo que el remedio para el prejuicio es una mirada sincera a la realidad objetiva. «Ven y ve».

Y Natanael fue. Afortunadamente, su mente prejuiciada no era tan poderosa como su corazón buscador.

SU SINCERIDAD DE CORAZÓN

El aspecto más importante en el carácter de Natanael está expresado por los labios de Jesús. Jesús ya conocía a Natanael. Él «no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre, pues él sabía lo que había en el hombre» (Juan 2.25). Por eso, sus primeras palabras después de ver a Natanael fueron una poderosa recomendación de su carácter. Jesús vio a Natanael cuando venía hacia él y dijo de él: «He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño» (Juan 1.47).

¿Puede imaginarse algo más poderoso que unas palabras de aprobación que vengan de la boca de Jesús? Sería una de las cosas para oír al final de la vida, junto con «Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor» (cf. Mateo 25.21, 23). A menudo oímos elogios en funerales que exaltan las virtudes de la persona fallecida. ¿Pero no le gustaría que Jesús dijera esas palabras de usted desde el mismo comienzo?

Esto habla mucho del carácter de Natanael. Desde el comienzo él tuvo un corazón puro. Es claro que Natanael era humano. Tenía faltas pecaminosas. Su mente estaba manchada por un grado de prejuicio, pero su corazón no estaba dañado por la mentira. No era hipócrita. Su amor por Dios y su deseo de ver el Mesías eran genuinos. Su corazón era sincero y sin engaño.

Jesús se refiere a él como «un verdadero israelita». La palabra en el texto griego es *alethos*, que quiere decir «verdaderamente, genuinamente». Él era un israelita auténtico.

Esta, por supuesto, no es una referencia a su descendencia física de Abraham. Jesús no estaba hablando de genética. Él estaba relacionando la condición de Natanael como un auténtico israelita con el hecho de que en él no había engaño. Su falta de engaño es lo que lo definió como un israelita verdadero. Muchos de los israelitas en los tiempos de Jesús no eran sinceros; eran hipócritas, falsos. Vivían vidas con una apariencia de espiritualidad pero esto no era auténtico y, por lo tanto, no eran hijos espirituales genuinos de Abraham. Natanael, sin embargo, era sincero.

En Romanos 9.6-7, el apóstol Pablo dice: «No todos los que descienden de Israel son israelitas, ni por ser descendientes de Abraham, son todos hijos». En Romanos 2.28-29, escribe: «Pues no es judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne; sino que es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra; la alabanza del cual no viene de los hombres, sino de Dios».

Aquí había un judío auténtico, uno de la descendencia espiritual de Abraham. Aquí había uno que adoraba al Dios verdadero y vivo sin engaño ni hipocresía. Natanael era un hombre sin doblez. Más tarde, en Juan 8.31, Jesús habría de decir: «Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos». La palabra griega es la misma: *alethos*.

Natanael fue desde el principio un discípulo verdadero. No había hipocresía en él. Esto es muy inusual, y era particularmente raro en el Israel del siglo primero. Recuerde, Jesús acusó a todo el sistema religioso de su día como hipócritas. Mateo 23.13-33 registra una impresionante diatriba contra los escribas y fariseos en la cual Jesús los llama hipócritas desde todo ángulo posible. También las sinagogas estaban llenas de hipócritas. Desde los más altos líderes hasta el pueblo en las calles, la hipocresía era una plaga en esa cultura. Pero he aquí un judío verdadero, sin hipocresía. He aquí un hombre cuyo corazón había sido circuncidado, purificado de corrupción. Su fe era genuina. Su devoción a Dios era real. Era un hombre sin engaño, a diferencia de los escribas y fariseos. Era un hombre verdaderamente justo, afectado por el pecado como todos nosotros, pero justificado ante Dios a través de una fe verdadera y viva.

SU FE VEHEMENTE

Porque su corazón era sincero y su fe era real, Natanael venció su prejuicio. Su respuesta a Dios y la narración que sigue revelan su verdadero carácter. Al principio, se maravilló porque Jesús parecía saber todo sobre él. «Le dijo Natanael: ¿De dónde me conoces?» (Juan 1.48).

Tenemos que suponer que Natanael aun se preguntaba si este hombre realmente sería el Mesías. No se trataba de poner en duda el juicio de Felipe; Felipe era su amigo, de modo que seguramente sabía suficiente sobre él para saber que Felipe, el analítico indeciso, jamás haría un juicio precipitado. No era que cuestionara la Escritura o que fuera proclive al escepticismo. Era solo que este hombre de Nazaret no parecía encajar en la imagen que se había hecho en su mente del Mesías. Jesús era hijo de un carpintero, un hombre sin nombre ni descripción, de un pueblo que no tenía conexión alguna con la profecía. (Nazaret ni siquiera existía en los tiempos del Antiguo Testamento.) Y ahora Jesús le hablaba como si supiera todo sobre él e incluso pudiera ver dentro de su corazón. Natanael solo estaba tratando de entender las cosas.

«¿De dónde me conoces?» Pudo haber querido decir: *¿Me estás adulando? ¿Estás tratando de hacerme uno de tus seguidores con esos cumplidos? ¿Cómo podrías saber lo que hay dentro de mi corazón?*

«Respondió Jesús y le dijo: «Antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi» (v. 48). Esto cambió las cosas. No era una adulación; ¡era omnisciencia! Jesús no había estado físicamente presente como para ver a Natanael debajo de la higue-

ra, y Natanael lo sabía. De repente, se dio cuenta de que estaba parado ante la presencia de Alguien que podía mirar dentro de su corazón con una mirada omnisciente.

¿Cuál es la importancia de la higuera? Probablemente era el lugar a donde Natanael iba a estudiar la Escritura y meditar en ella. En aquella cultura y época, las casas eran más bien pequeñas, casi siempre de un solo cuarto. Por lo general se cocinaba adentro, de modo que el fuego se mantenía prendido incluso en verano. La casa podía llenarse de humo y de aire viciado. Alrededor de las casas se plantaban árboles para mantenerlas frescas y con sombra. Las higueras eran uno de los mejores árboles para plantar cerca de las casas debido a que producen sabrosos frutos y dan buena sombra. Las higueras crecen hasta una altura de unos cinco metros. Tienen un tronco corto y nudoso, y sus ramas son bajas y se extienden hasta unos ocho o diez metros. Una higuera cerca de una casa proveía un buen lugar grande, protegido y sombreado. Si usted quería escapar del ruido y la atmósfera pesada de la casa, salía afuera y podía descansar bajo su sombra. Era una especie de lugar exterior privado, perfecto para la meditación, la reflexión y la soledad. Sin duda que Natanael fue allí para estudiar la Escritura y orar.

En efecto, Jesús le estaba diciéndole: «Conozco el estado de tu corazón porque te vi debajo de la higuera. Sabía lo que estabas haciendo. Ese es tu cuarto privado a donde vas a estudiar, orar y meditar. En ese lugar secreto, te vi. Yo sabía lo que estabas haciendo». No fue que Jesús hubiera visto únicamente *el lugar* donde estaba Natanael, sino que también había visto su *corazón*. Supo que Natanael era sincero porque vio a través de su corazón cuando estaba debajo de la higuera.

Aquello fue suficiente para Natanael. «Respondió Natanael y le dijo: Rabí, tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey de Israel» (v. 49).

El Evangelio de Juan en su totalidad se escribió para probar que Jesús es el Hijo de Dios (Juan 20.31). Las primeras palabras de Juan son una declaración poderosa de la deidad de Jesús («En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios».) Cada punto en este Evangelio está diseñado para probar que Jesús es el Hijo de Dios (compartiendo la misma esencia como Dios), destacando sus milagros, su carácter sin pecado, la sabiduría divina de su enseñanza y sus atributos, que son los mismos atributos de Dios. Juan está escribiendo para mostrar las diversas maneras en las cuales Jesús se manifestó a sí mismo como Dios. Y aquí en el capítulo primero, presenta el testimonio de Natanael que este Jesús es el omnisciente Hijo de Dios, de la misma esencia de Dios.

Recuerde, esta es la misma verdad que Felipe, el amigo de Natanael, aun no había captado dos años después, cuando le dijo a Jesús en el aposento alto: «Muéstranos el Padre» (Juan 14.8, 9). Lo que Felipe no había entendido hasta el final, su amigo Natanael lo había entendido desde el mismo comienzo.

Natanael conocía el Antiguo Testamento. Estaba familiarizado con lo que los profetas habían dicho. Sabía dónde buscar. Y ahora, dado el hecho de que Jesús venía de Naza-

ret, su omnisciencia, su intuición espiritual, su capacidad para leer el corazón fue suficiente para convencer a Natanael que no había dudas que Él era el Mesías verdadero.

La familiaridad de Natanael con las profecías mesiánicas del Antiguo Testamento se ve claramente en su respuesta a Jesús («Tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey de Israel»). El Salmo 2 indica claramente que el Mesías sería el Hijo de Dios. Muchas profecías del Antiguo Testamento hablaban de Él como el «Rey de Israel», incluyendo Sofonías 3.15 («Jehová ha apartado tus juicios, ha echado fuera tus enemigos: Jehová es Rey de Israel en medio de ti; nunca más verás el mal»). Y Zacarías 9.9 («Alégrate mucho, hija de Sion; da voces de júbilo, hija de Jerusalén; he aquí tu rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna»). Miqueas 5.2, el mismo versículo que predice su nacimiento en Belén, se refiere a Él como «De ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad», identificándolo no solo como Rey sino como el Eterno. De manera que cuando Natanael vio pruebas de la omnisciencia de Jesús, instantáneamente reconoció al que había estado esperando, al Mesías, el Hijo de Dios y el Rey de Israel.

Natanael fue como Simeón, quien tomó en sus brazos al niño Jesús y dijo: «Ahora, Señor, despide a tu siervo en paz, conforme a tu palabra; porque han visto mis ojos tu salvación, la cual has preparado en presencia de todos los pueblos; luz para revelación a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel» (Lucas 2:29-32). Simeón reconoció a Jesús en forma instantánea como Aquel que había estado esperando. Natanael, un estudiante cuidadoso de la Escritura, era un judío verdadero que esperaba al Mesías y sabía que cuando Él viniera sería el Hijo de Dios y Rey. Natanael nunca se comprometió a medias. Entendió plenamente y se comprometió en forma absoluta desde el primer día.

«Respondió Jesús y le dijo: ¿Porque te dije: Te vi debajo de la higuera, crees? Cosas mayores que estas verás. Y le dijo: De cierto, de cierto os digo: De aquí adelante veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre» (Juan 1.50-51). Con eso estaba confirmando la fe de Natanael y prometiéndole que vería cosas más grandes que una simple demostración de la omnisciencia de Jesús. Si una simple declaración sobre la higuera fue suficiente para convencer a Natanael que este era el Hijo de Dios y el Rey de Israel, todavía no había visto nada. De ahora en adelante, todo lo que viera enriquecería y aumentaría su fe.

A la mayoría de los discípulos les costó llegar al punto en el cual estuvo Natanael desde su primer encuentro con Jesús. Pero para Natanael, el ministerio de Cristo solo afirmó lo que ya él sabía que era verdad. ¡Qué hermoso es ver a alguien tan digno de confianza y con tanta fe desde el comienzo, de modo que los siguientes tres años con Jesús fueron para Natanael solo el despliegue de un panorama de realidad sobrenatural!

En el Antiguo Testamento, Jacob tuvo un sueño en el cual vio «una escalera que estaba apoyada en tierra, y su extremo tocaba en el cielo: y he aquí ángeles de Dios que subían y descendían por ella» (Génesis 28.12). Las palabras de Jesús a Natanael eran una referencia a ese relato del Antiguo Testamento. *Él* era la escalera. Y Natanael vería a los ángeles de Dios ascendiendo y descendiendo sobre Él. En otras palabras, Jesús es

la escalera que conecta el cielo y la tierra.

Eso es todo lo que la Escritura nos dice sobre Natanael. Los escritos de la iglesia primitiva sugieren que ministró en Persia y en la India, y que llevó el evangelio hasta Armenia. No hay registros fidedignos de cómo murió. Una tradición dice que fue metido dentro de una bolsa, atado y echado al mar. Otra tradición dice que fue crucificado. Pero por todos estos relatos, sabemos que fue martirizado como todos los apóstoles, excepto Juan.

Natanael fue fiel hasta el fin porque fue fiel desde el principio. Todo lo que experimentó con Cristo, y todo lo que experimentó después del nacimiento de la iglesia del Nuevo Testamento, hicieron que su fe fuera más fuerte. Y Natanael, como los otros apóstoles, permanece como una prueba de que Dios puede tomar a las personas más comunes y corrientes, desde los lugares más insignificantes y usarlas para su gloria.

8

MATEO, EL COBRADOR DE IMPUESTOS; Y TOMÁS, EL GEMELO

Pasando Jesús de allí, vio a un hombre llamado Mateo, que estaba sentado al banco de los tributos públicos, y le dijo: Sígueme. Y se levantó y le siguió.

—MATEO 9.9

Dijo entonces Tomás, llamado Dídimo, a sus discípulos: Vamos también nosotros, para que muramos con él.

—JUAN 11.16

COMO HEMOS VISTO HASTA AHORA, uno de los hechos que sobresale en las vidas de los doce apóstoles es cuán sencillos y poco refinados eran cuando Jesús los encontró. Los doce, con la excepción de Judas Iscariote, eran de Galilea. Toda esa región era predominantemente rural y estaba formada por pequeñas aldeas y villas. Su gente no era de ninguna manera de la élite. No eran conocidos por su educación académica. Eran lo más común y corriente entre lo común y corriente. Eran pescadores y campesinos.

Así eran también los discípulos. En forma deliberada, Jesús pasó de alto a los aristócratas e influyentes y escogió hombres mayormente de lo despreciable de la sociedad.

Así ha sido siempre en el sistema de Dios. Él exalta al humilde y pone en su lugar a los soberbios. «De la boca de los niños y de los que maman, fundaste la fortaleza» (Salmo 8.2). «Porque derribó a los que moraban en lugar sublime; humilló a la ciudad exaltada, la humilló hasta la tierra, la derribó hasta el polvo. La hollará pie, los pies del afligido, los pasos de los menesterosos» (Isaías 26.5-6). Dios le dijo a Israel: «Y dejaré en medio de ti un pueblo humilde y pobre, el cual confiará en el nombre de Jehová » (Sofonías 3.12). «Así ha dicho Jehová el Señor: Depón la tiara, quita la corona; esto no será más así; sea exaltado lo bajo, y humillado lo alto» (Ezequiel 21.26).

No es de sorprender, entonces, que Jesús desdeñara la creencia que tenían ciertas personas de creerse superiores. Los líderes religiosos de sus días (como la vasta mayoría de las celebridades religiosas aun en la actualidad) eran ciegos guiando a ciegos. La mayor parte de los miembros de la jerarquía religiosa judía en los días de Jesús eran tan ciegos espiritualmente que cuando el Mesías vino e hizo milagros delante de sus propios ojos, aun así no lo vieron como el Mesías. Más bien lo vieron como un entrometido, un intruso. Lo consideraron su enemigo. Y desde el mismo comienzo, desde el primer momento que Él predicó en público, buscaron la manera de darle muerte (Lucas 4.28-29).

Al final, fueron el jefe de los sacerdotes y el concilio gobernante de Israel los que guiaron a la multitud a pedir la sangre de Jesús. La jerarquía religiosa lo odiaba. Entonces, no es de extrañarse que cuando llegó el momento para que Jesús eligiera y nom-

brara apóstoles, él no se fijara en la élite religiosa, y en cambio escogiera hombres de fe sencillos que eran, desde todo punto de vista terrenal, vulgares.

No era que los líderes religiosos que se creían justos no creyeran en los milagros de Jesús. En ninguna parte del Evangelio se dice que alguien haya negado la *realidad* de los milagros de Jesús. ¿Quién hubiera podido negarlos? Eran tantos, y la gran mayoría hechos públicamente, que ni el más escéptico de los enemigos de Jesús se habría atrevido a negarlos. Por supuesto, algunos trataron en forma desesperada de atribuir los milagros de Jesús al poder de Satanás (Mateo 12.24). Nadie, sin embargo, negó jamás que los milagros fueran *reales*. Todo el que quisiera podía ver que Él tenía poder para echar fuera demonios y hacer los milagros que quisiese hacer. Francamente, nadie podía preguntarse si Él tenía poder sobre el mundo sobrenatural.

Pero lo que irritaba a los líderes religiosos no eran los milagros. Ellos podrían haber vivido con el hecho de que Jesús había caminado sobre el mar o que pudo alimentar milagrosamente a cinco mil personas. Lo que *no* podían tolerar era que los llamara pecadores. Ellos jamás se reconocerían como pobres, cautivos, ciegos y oprimidos (Lucas 4.18). Eran santurriones demasiado presuntuosos. Por eso es que cuando vino Jesús (así como Juan el Bautista había venido antes que Él) predicando arrepentimiento y diciendo que todos ellos eran pecadores, miserables, pobres, ciegos bajo la esclavitud de su propia iniquidad y que necesitaban perdón y ser limpios, no lo pudieron tolerar. Por lo tanto, fue finalmente por su *mensaje* que ellos lo odiaron, lo vilipendiaron y terminaron ejecutándolo.

Por eso fue que cuando llegó el tiempo para que nombrara apóstoles, escogió hombres humildes, comunes y corrientes. Hombres que no fueron renuentes para reconocer su propia pecaminosidad.

MATEO, EL PUBLICANO

Con toda probabilidad, ninguno de los Doce fue más notorio como pecador que Mateo. En Marcos 2.14 se le llama por su nombre judío, «Leví hijo de Alfeo». En Lucas 5.27-29, Lucas se refiere a él como «Leví», y como «Mateo» cuando enumera a los Doce en Lucas 6.15 y en Hechos 1.13.

Mateo, por supuesto, es el autor del Evangelio que lleva su nombre. Por esa razón, podríamos esperar contar con gran cantidad de detalles acerca de este hombre y su carácter. Pero la verdad es que sabemos muy poco de él. Lo único que sabemos con seguridad es que era un hombre humilde, modesto, que se mantuvo casi completamente en el trasfondo a través de su largo relato de la vida y ministerio de Jesús. En todo su Evangelio menciona su nombre solo dos veces. (Una es cuando recuerda su llamado, y la otra cuando enumera a los doce apóstoles.)

Cuando Jesús lo llamó, Mateo era cobrador de impuestos, un publicano. Esto es lo úl-

timo que esperaríamos de un hombre que llegaría a ser un apóstol de Jesucristo, un importante líder de la iglesia y un predicador del evangelio. Después de todo, los cobradores de impuestos eran la gente más despreciada en Israel. Eran odiados y despreciados por toda la sociedad judía. Se les consideraba menos que los herodianos (judíos leales a la dinastía idumea de Herodes) y más dignos de escarnio que los soldados romanos de la ocupación. Los publicanos eran hombres que habían comprado franquicias de impuestos del emperador romano para sacarle dinero al pueblo de Israel y alimentar las arcas romanas y llenar sus propios bolsillos. A menudo le sacaban el dinero a la gente usando malhechores. La mayoría de ellos eran despreciables, viles y truhanes sin principios.

El llamado de este hombre aparece en Mateo 9.9. Viene de pronto y toma al lector completamente por sorpresa: «Pasando Jesús de allí [de Capernaum], vio a un hombre llamado Mateo, que estaba sentado al banco de los tributos públicos, y le dijo: Sígueme. Y se levantó y le siguió». Esta es la única referencia a Mateo que encontramos en todo su Evangelio.

En los siguientes versículos, Mateo sigue diciendo: «Y aconteció que estando él sentado a la mesa en la casa, he aquí que muchos publicanos y pecadores, que habían venido, se sentaron juntamente a la mesa con Jesús y sus discípulos» (v. 10). Según Lucas, este en realidad fue un enorme banquete que Mateo mismo ofreció en su casa en honor de Jesús. Parece que invitó a un gran número de sus colegas cobradores de impuestos y varias otras clases de truhanes y proscritos de la sociedad para que estuvieran con Jesús. Como vimos en los casos de Felipe y Andrés, el primer impulso de Mateo después de seguir a Jesús fue traer a sus amigos más cercanos para presentárselos al Salvador. Estaba tan emocionado por haber encontrado al Mesías que quería presentar a Jesús a todos los que él conocía. Para eso fue que organizó un gran banquete en honor de Jesús y los invitó a todos.

Lucas dice lo que ocurrió en aquella ocasión: «Y Leví le hizo gran banquete en su casa; y había mucha compañía de publicanos y de otros que estaban a la mesa con ellos. Y los escribas y los fariseos murmuraban contra los discípulos, diciendo: ¿Por qué coméis y bebéis con publicanos y pecadores? Respondiendo Jesús, les dijo: Los que están sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento» (Lucas 5.29-32).

¿Por qué Mateo habrá invitado a cobrados de impuestos y otros truhanes? Porque esa era la única clase de gente que él conocía. Eran los únicos que estarían dispuestos a relacionarse con un hombre como Mateo. No conocía a nadie de la élite social lo suficientemente bien como para invitarlo a su casa. Él era cobrador de impuestos, y los cobradores de impuestos estaban en el mismo nivel social que las ramera (Mateo 21.32). Para un *judío* como Mateo ser cobrador de impuestos era aun peor. Su ocupación lo transformaba en un traidor a la nación, en un paria, el nivel más bajo en la escala social. Es probable que incluso haya sido un proscrito religioso con prohibición de entrar en la sinagoga.

Por lo tanto, los únicos amigos de Mateo eran lo peor de la sociedad, ladrones, truha-

nes, prostitutas y otros de esa misma calaña. Fueron los únicos a quienes invitó a su casa para conocer a Jesús. Jesús y los apóstoles, según el relato que hace el propio Mateo, asistieron de buen grado y comieron con tales personas.

Por supuesto, los miembros de la jerarquía religiosa estaban indignados y escandalizados. No perdieron tiempo en exponer su crítica a los discípulos. Pero Jesús les contestó diciendo que son los enfermos los que precisamente necesitan a un médico. Él no había venido a los que se consideraban justos sino a llamar a pecadores al arrepentimiento. En otras palabras, no había nada que Él pudiera hacer por la élite religiosa mientras ellos insistieran en mantener su hipócrita apariencia de piedad. Pero individuos como Mateo, que estaban listos para confesar su pecado, podían ser perdonados y redimidos.

Es interesante notar que en los Evangelios se mencionan específicamente tres cobradores de impuestos, y cada uno de ellos encontró el perdón. Uno de ellos es Zaqueo, en Lucas 19.2-10; el publicano mencionado en la parábola de Lucas 18.10-14; y Mateo. Además, Lucas 15.1 dice que «Se acercaban a Jesús todos los publicanos y pecadores para oírle». Lucas 7.29 dice después que Jesús elogiara el ministerio de Juan el Bautista, que «todo el pueblo y los publicanos, cuando lo oyeron, justificaron a Dios, bautizándose con el bautismo de Juan». Jesús amonestó a los líderes religiosos con estas palabras: «De cierto os digo, que los publicanos y las rameras van delante de vosotros al reino de Dios. Porque vino a vosotros Juan en camino de justicia, y no le creísteis; pero los publicanos y las rameras le creyeron; y vosotros, viendo esto, no os arrepentisteis después para creerle» (Mateo 21.31-32).

La parábola del publicano y el pecador en Lucas 18.10-14 bien pudo haber estado basada en un incidente real. Jesús dijo:

Dos hombres subieron al templo a orar: uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo de esta manera: Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, doy diezmo de todo lo que gano. Mas el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador. Os digo que éste descendió a su casa justificado antes que el otro; porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido.

Nótese que el cobrador de impuestos se mantuvo «lejos». Tenía que hacerlo. No se le habría permitido pasar del atrio de los gentiles en el templo. De hecho, los cobradores de impuestos tenían que mantenerse a distancia de cualquier grupo debido a lo odiados que eran. El Talmud judío enseñaba que era justo mentir y engañar a un cobrador de impuestos, porque eso era lo que un extorsionador profesional se merecía.

Obviamente, los cobradores de impuestos obtenían una cierta cantidad que era legítima por trabajar para el gobierno romano(cf. Mateo 22.21; Romanos 13.7). Pero había un acuerdo tácito entre el emperador y ellos según el cual podían aplicar cualquier otro cargo e impuestos adicionales, y se les permitía quedarse con un porcentaje de eso.

Había dos clases de cobradores de impuestos, los *gabbai* y los *mokhes*. Los *gabbai* eran los recolectores de impuestos generales. Cobraban impuestos a la propiedad, impuestos a los ingresos e impuestos a cada persona. Estos impuestos eran fijos, de modo que no contaban con margen para cobros extra. Los *mokhes*, sin embargo, cobraban impuestos sobre las importaciones y exportaciones, sobre los artículos para comercio interior, y prácticamente sobre todas las cosas que se transportaban por los caminos. Establecían peajes en caminos y puentes, cobraban por las bestias de carga y por los ejes de los carros de transporte, aplicaban una tarifa a paquetes, cartas y a cualquier otra cosa que pudieran encontrar a la que se le pudiera exigir un impuesto. Con frecuencia, las tarifas que aplicaban eran arbitrarias y sujetas a su capricho.

Había dos clases de *mokhes*: los *mokhes* grandes y los *mokhes* pequeños. Un *mokhe* grande permanecía tras bastidores y contrataba a otras personas (los *mokhes* pequeños) para que trabajaran para él. (Aparentemente, Zaqueo era un *mokhe* grande, un jefe de publicanos según Lucas 19.2.) Mateo, en cambio, parecía ser un *mokhe* pequeño, porque manejaba una oficina de impuestos donde tenía que tratar con la gente en forma personal (Mateo 9.9). Él era el que la gente veía y a quien más odiaba. Era lo peor de lo peor. Ningún judío que se respetara y que estuviera en su sano juicio habría escogido ser cobrador de impuestos. Era separado de su propio pueblo, y también de su Dios. Después de todo, siendo que se le prohibía entrar a la sinagoga y sacrificar y adorar en el templo, en realidad estaba en peor estado, en lo que a religión se refiere, que un gentil.

Por lo tanto, tiene que haber sido algo sorprendente para Mateo cuando Jesús lo escogió. Fue algo que sucedió inesperadamente. Según el propio relato de Mateo, Jesús lo vio sentado en el banco de los impuestos y simplemente le dijo: «Sígueme» (Mateo 9.9). Instantáneamente y sin ningún tipo de vacilación, Mateo «se levantó y le siguió». Abandonó la oficina de impuestos. Salió de detrás de su escritorio y se alejó para siempre de aquella odiada profesión.

La decisión que tomó fue irreversible tan pronto como la tomó. Sobraban las pirañas amantes del dinero que codiciaban un puesto como el de Mateo, de modo que no hay duda que apenas abandonó aquel lugar, ya había otro sentado en su banco. En cuanto a Mateo, una vez que se fue del negocio, nunca más volvió atrás, ni nunca se arrepintió de la decisión que había tomado.

¿Qué había en un hombre como Mateo que lo hizo dejar todo aquello en un instante? Podríamos asumir que era un hombre materialista. O en algún momento tiene que haberlo sido, porque si no fuera así jamás habría buscado un trabajo como aquel. ¿Por qué, entonces, dejó todo para seguir a Jesús sin saber lo que le deparaba el futuro?

La mejor respuesta que podemos deducir es que a pesar de todo lo que el alma torturada de Mateo había experimentado, debido a la profesión que había escogido, muy dentro de él era un judío que conocía y amaba el Antiguo Testamento. Estaba espiritualmente hambriento. En algún punto de su vida, probablemente *después* de haber escogido aquella despreciable carrera, empezó a sufrir de un hambre espiritual que lo corroía y se transformó en un verdadero buscador. Por supuesto, Dios lo estaba buscando para

atraerlo a Él, y esa atracción, cuando se produjo, resultó irresistible.

Sabemos que Mateo conocía muy bien el Antiguo Testamento porque en su Evangelio incluye noventa y nueve citas del Antiguo Testamento. Eso es más que las citas que hacen juntos Marcos, Lucas y Juan combinados. Era obvio que Mateo estaba familiarizado con el Antiguo Testamento porque cita de cada una de sus partes: de la ley, de los Salmos y de los profetas. Sin duda que tenía un buen conocimiento de todas las Escrituras que tenía a su disposición. Es probable que haya hecho sus estudios del Antiguo Testamento por su propia cuenta debido a que no podía oír la Palabra de Dios explicada en alguna sinagoga. Aparentemente, en un intento por llenar el vacío espiritual que había en su vida, había acudido a las Escrituras.

Mateo creía en el Dios verdadero. Y porque sabía lo que decía la revelación de Dios, estaba en condiciones de entender las promesas del Mesías. También tiene que haber sabido de Jesús, porque sentado en su banco de trabajo en una encrucijada, tiene que haber oído información en forma constante sobre este hacedor de milagros que estaba haciendo desaparecer las enfermedades de Palestina, echando fuera demonios de la gente y haciendo portentos. De modo que cuando Jesús pasó por allí y lo llamó para que lo siguiera, él tenía suficiente fe para dejarlo todo y seguirlo. Su fe no solo queda establecida claramente en lo inmediato de su respuesta, sino también en el hecho de que después de seguir a Jesús, le ofreció aquel banquete evangelístico en su casa.

Esto es prácticamente todo lo que sabemos de Mateo. Él conocía el Antiguo Testamento, creía en Dios, esperaba el Mesías, dejó todo en forma instantánea cuando se encontró con Jesús y, en medio del gozo de esa nueva relación, buscó a los parias de su mundo y los llevó ante Jesús. Llegó a ser un hombre de quieta humildad que amaba a los marginados y no dio lugar a la hipocresía religiosa. Mateo fue un hombre de una gran fe y completamente rendido al señorío de Cristo. Es un vivo recordatorio que a menudo el Señor escoge a las personas más despreciables de este mundo, las redime, les da nuevos corazones y las usa en forma admirable.

El perdón es la hebra que corre a través de Mateo 9 después del relato sobre la conversión de Mateo. Por supuesto, como cobrador de impuestos, Mateo conocía su pecado, su avaricia, su traición a su propio pueblo. Sabía que era culpable de soborno, extorsión, opresión y abuso. Pero cuando Jesús le dijo: «Sígueme », Mateo sabía que junto a esa orden había una promesa de perdón de sus pecados. Hacía mucho tiempo que su corazón anhelaba recibir ese perdón. Por eso fue que se levantó sin vacilación y dedicó el resto de su vida a seguir a Cristo.

Mateo escribió su Evangelio teniendo en mente una audiencia judía. La tradición dice que ministró a los judíos tanto en Israel como en el extranjero durante muchos años antes de morir como mártir por su fe. No hay información fidedigna sobre cómo murió, pero las tradiciones más antiguas indican que fue quemado en la hoguera. Así que, este hombre que sin pensarlo dos veces abandonó una carrera lucrativa, se mantuvo dispuesto a darlo todo por Cristo hasta el fin de sus días.

TOMÁS, EL PESIMISTA

El último apóstol en el segundo grupo de cuatro es también un nombre familiar: Tomás. Con frecuencia se le llama «Tomás, el incrédulo», pero esa quizás no sea la etiqueta que le quede mejor, porque fue un hombre mejor de lo que la opinión popular parece suponer.

Probablemente sea justo, sin embargo, decir que Tomás era una persona un tanto negativa. Se preocupaba por todo y era intranquilo. Tendía a la ansiedad. Era como Manolito, el amiguito de Mafalda. Siempre estaba anticipando lo peor. El pesimismo, más bien que las dudas, parecía ser el pecado que lo atormentaba.

Según Juan 11.16, a Tomás también se le llamaba «Dídimo», que quiere decir «gemelo». Aparentemente, tenía un hermano gemelo o una hermana gemela, pero la Escritura no lo identifica.

Al igual que Natanael, Tomás es mencionado una sola vez en cada uno de los tres Evangelios sinópticos. En cada caso, simplemente se da su nombre en una lista junto con los de los otros once apóstoles. Ni Mateo, ni Marcos ni Lucas dan detalles sobre él. Todo lo que sabemos nos lo proporciona el Evangelio de Juan.

Es obvio por el relato de Juan que Tomás tenía la tendencia de solo mirar los lados más oscuros de la vida. Siempre parecía anticipar lo peor. Pero no obstante su pesimismo, a través del relato que hace Juan es posible ver algunos elementos maravillosamente redimidos de su carácter.

La primera vez que Juan lo menciona es en 11.16. Es un solo versículo, pero dice mucho sobre su carácter.

En este contexto, Juan está describiendo el prelude a la resurrección de Lázaro. Jesús había salido de Jerusalén debido a que su vida allí corría peligro, así es que «se fue de nuevo al otro lado del Jordán, al lugar donde primero había estado bautizando Juan; y se quedó allí» (Juan 10.40). Grandes multitudes vinieron a oírlo predicar. Juan dice: «Y muchos creyeron en él allí» (v. 42). Es probable que este haya sido el tiempo más fructífero que los discípulos hayan visto desde que empezaron a seguir a Jesús. La gente respondía muy bien. Las almas se convertían. Y Jesús pudo ministrar libremente sin la oposición de los gobernantes religiosos de Jerusalén.

Pero algo ocurrió que vino a interrumpir su tiempo en el desierto. Juan escribe: «Estaba entonces enfermo uno llamado Lázaro, de Betania, la aldea de María y de Marta su hermana. (María, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo, fue la que ungió al Señor con perfume, y le enjugó los pies con sus cabellos.)» (Juan 11.1-2). Betania estaba en las afueras de Jerusalén. Jesús había establecido una relación estrecha con esta pequeña familia que vivía allí. Los amaba con un afecto especial. Se había hospedado con ellos al-

gunas veces y ellos habían provisto para sus necesidades.

Ahora, su querido amigo Lázaro estaba enfermo por lo que María y Marta le enviaron un mensaje, diciendo: «Señor, he aquí el que amas está enfermo» (v. 3). Ellas sabían que si Jesús iba a ver a Lázaro, lo sanaría.

Esto, no obstante, presentaba un dilema. Si Jesús iba a aquel lugar tan cercano a Jerusalén, estaría entrando en la zona de peor hostilidad. Juan 10.39 dice que los líderes judíos buscaban la forma de arrestarlo. Ya habían decidido darle muerte. Él ya los había eludido una vez, pero si regresaba a Betania, de seguro que lo descubrirían y tratarían de apresararlo de nuevo.

Los discípulos deben de haber suspirado aliviados cuando Jesús respondió: «Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella» (Juan 11.4). Obviamente, lo que Él quería decir era que la muerte de Lázaro no sería el resultado *final* de su enfermedad. El Hijo de Dios se glorificaría al levantar a Lázaro de la muerte. Por supuesto, Jesús sabía que Lázaro moriría. De hecho, sabía la hora misma de su muerte.

Juan escribe: «Y amaba Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando oyó, pues, que estaba enfermo, se quedó dos días más en el lugar donde estaba» (vv. 5-6). A primera vista, esa parece una extraña yuxtaposición de afirmaciones: Jesús amaba a Lázaro y a su familia, sin embargo se quedó donde estaba mientras Lázaro moría. Se retrasaba deliberadamente para darle a Lázaro tiempo para morir. Pero este *fue* un acto de amor, porque en última instancia, la bendición que recibieron cuando Lázaro fue levantado de la muerte fue una bendición mayor que si hubiese sido sanado de su enfermedad. Glorificó mucho más a Jesús, y fortaleció la fe de ellos en el Señor. Fue por eso que Jesús esperó un par de días más, de manera que cuando llegó, ya hacía cuatro días que Lázaro había muerto (v. 39).

Jesús, por supuesto, con su conocimiento sobrenatural, sabía exactamente cuándo había muerto Lázaro. Por eso fue que esperó. «Luego, después de esto, dijo a los discípulos: Vamos a Judea otra vez» (v. 7).

Los discípulos pensaron que esa era una locura. Y dijeron: «Rabí, ahora procuraban los judíos apedrearte, ¿y otra vez vas allá?» (v. 8). Definitivamente, ellos no querían volver a Jerusalén. El ministerio en el desierto era fenomenal. En Jerusalén corrían el riesgo de ser apedreados. Aquel no era el mejor momento para ir a Betania, que estaba virtualmente a la vista del templo, donde los encarnizados enemigos de Jesús tenían su cuartel general.

Es interesante la respuesta de Jesús con la que les dio una ilustración. «¿No tiene el día doce horas? El que anda de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero el que anda de noche, tropieza, porque no hay luz en él» (vv. 9-10). En otras palabras, Él no tenía necesidad de esconderse como un vulgar criminal. Estaba decidido a hacer su

obra a la brillante luz del día, que es lo que usted hace para *no* tropezar. Los que andan en la oscuridad están en peligro de tropezar, particularmente los dirigentes religiosos que buscaban secretamente una manera de darle muerte.

Les dijo eso a los discípulos para calmarlos. Obviamente, ellos no querían volver allá para morir. Pero Jesús les aseguró que no tenían nada que temer. Y, por supuesto, Él sabía que su tiempo para morir estaba en el horario de Dios, no en el de sus enemigos. Nuestro Señor dejó claro su propósito cuando dijo: «Nuestro amigo Lázaro duerme; mas voy para despertarle» (v. 11).

Los discípulos no captaron el sentido de lo que Jesús les acababa de decir. Y dijeron: «Señor, si duerme, sanará» (v. 12). ¿Si solo duerme, por qué no dejarlo descansar? Después de todo, Jesús ya había dicho que su enfermedad no era mortal. Los discípulos no podían ver la urgencia de la situación. Para ellos, Lázaro ya estaba en el camino de la recuperación.

«Pero Jesús decía esto de la muerte de Lázaro; y ellos pensaron que hablaba del reposar del sueño. Entonces Jesús les dijo claramente: Lázaro ha muerto; y me alegro por vosotros, de no haber estado allí, para que creáis; mas vamos a él» (vv. 13-15).

Ahora entendieron. Jesús *tenía* que volver. Estaba decidido a hacerlo. Nadie lo podría convencer de no ir. Es posible que les haya parecido el peor de los posibles desastres. Tenían mucho temor porque estaban convencidos de que si Jesús regresaba a Betania, encontraría la muerte. Pero Él estaba decidido.

Fue a esta altura que Tomás habló. Aquí es donde lo encontramos mencionado por primera vez en todos los registros de los Evangelios. «Dijo entonces Tomás, llamado Dídimo, a sus condiscípulos: Vamos también nosotros, para que muramos con él» (v. 16).

Eso es ser pesimista, y el pesimismo era típico en Tomás. Sin embargo, era un pesimismo heroico. Él no podía ver más que desastre por delante. Estaba seguro de que Jesús iba directamente al lugar donde lo apedrearían. Pero si eso era lo que el Señor estaba dispuesto a hacer, Tomás estaba inexorablemente dispuesto a ir y morir con Él.

No se puede sino admirar su valentía. No es fácil ser pesimista. Es una forma muy lamentable de vivir. Un optimista quizás habría dicho: «Vamos; todo va a salir bien. El Señor sabe lo que hace. Él dice que no nos va a pasar nada. Estaremos bien». Pero el pesimista dice: «Él está yendo a la muerte y nosotros vamos a morir con Él». Por lo menos Tomás tuvo el valor de ser leal, aun a pesar de su pesimismo. Es mucho más fácil que un optimista sea leal porque siempre espera lo mejor; en cambio para un pesimista es difícil ser leal porque está convencido que le va a pasar lo peor. Este es un pesimismo heroico. Este es un valor auténtico.

Tomás había dedicado su vida a Cristo. En este sentido tiene que haber sido como Juan. Cuando pensamos en alguien que amaba a Jesús y buscaba estar cerca de él, por lo general pensamos en Juan, precisamente porque siempre estaba cerca de Jesús. Pero en este relato se ve claramente que Tomás no quería vivir sin Jesús. Si Jesús iba a morir, Tomás estaba listo para morir con Él. En esencia, lo que dice es: «Muchachos, despabilense; vamos y enfrentemos la muerte. Mejor es morir y estar con Jesús que quedarnos aquí».

Tomás fue un ejemplo de valor para el resto de los apóstoles. Parece que ellos, como un solo hombre, siguieron su ejemplo y dijeron: «Está bien, vamos y enfrentemos la muerte», porque todos *fuleron* con Él a Betania.

Obviamente, la profunda devoción de Tomás por Cristo no podía ser empañada ni por su pesimismo. Nunca había pensado que seguir a Jesús sería algo fácil. Todo lo que podía ver eran las fauces de la muerte abriéndose para tragarlo. Pero siguió a Jesús con un valor denodado. Si era necesario, estaba resuelto a morir con su Señor en lugar de abandonarlo. Prefería morir que quedarse vivo y separado de Cristo.

En Juan 14 se ve nuevamente el profundo amor de Tomás por el Señor. Usted recordará de nuestro estudio sobre Felipe que Jesús les habló de su inminente partida. «Voy, pues, a preparar lugar para vosotros» (Juan 14.2). «Y sabéis a dónde voy, y sabéis el camino» (v. 4).

En el versículo 5 habla Tomás: «Le dijo Tomás: Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino?» De nuevo vemos su pesimismo. En esencia, él estaba diciendo: «Tú te vas. Nunca podremos llegar a donde tú vas. Ni siquiera sabemos cómo llegar allí. ¿Cómo se supone que llegaremos? Sería mejor que muriéramos contigo porque entonces no habría separación. Si morimos juntos, permaneceremos juntos. Pero si te vas solo, ¿cómo te vamos a poder encontrar? Ni siquiera sabemos cómo llegar a ese lugar».

Aquí tenemos a un hombre con un amor profundo. Un hombre cuya relación con Cristo era tan fuerte que nunca quiso estar separado de Él. Su corazón languideció al oír que Jesús hablaba de dejarlos. Eso lo destrozó. La sola idea de perder a Cristo lo paralizaba. Durante aquellos años había estado tan apegado a Jesús que se habría sentido feliz de morir con Cristo, pero no podía aceptar la idea de vivir sin Él. No podemos dejar de admirar su devoción a Cristo.

Esto fue abrumador para Tomás. Y sus peores temores se cumplieron. Jesús murió y él no.

Encontramos el siguiente cuadro de Tomás en Juan 20. Después de la muerte de Jesús, los discípulos fueron presa de un dolor profundo. Y todos se juntaron para consolarse mutuamente; todos excepto Tomás. Juan 20.24 dice: «Tomás, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando Jesús vino».

Qué lástima que no haya estado allí, porque Jesús vino y se apareció a ellos. Se habían encerrado en un cuarto en algún lugar (posiblemente el aposento alto en Jerusalén). Juan escribe: «Las puertas [estaban] cerradas en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por miedo de los judíos» (v. 19). De repente, aunque puertas y ventanas estaban bien cerradas, «Vino Jesús, y puesto en medio, les dijo: Paz a vosotros. Y cuando les hubo dicho esto, les mostró las manos y el costado. Y los discípulos se regocijaron viendo al Señor» (vv. 19-20).

Tomás se perdió todo eso. ¿Por qué no estaba allí? Es posible que siendo tan negativo, tan pesimista, una persona tan melancólica, haya estado absolutamente destrozado en algún lugar sumiéndose en su propio dolor. Él no podía ver sino lo peor de las cosas. Ahora, su miedo se había hecho realidad. Jesús se había ido, y Tomás estaba seguro de que nunca más lo volvería a ver. Posiblemente haya estado pensando que nunca encontraría el camino para llegar hasta donde estaba Jesús. Sin duda, estaba lamentándose por no haber muerto con Jesús, como en primera instancia había determinado hacer.

Tal vez Tomás se sintió solo, traicionado, rechazado, abandonado. Todo había terminado. Aquel a quien amaba tan profundamente se había ido y eso le había destrozado el corazón. No estaba de humor para socializar. Estaba con el corazón destrozado, hecho pedazos, devastado. Lo único que quería era estar solo. Sencillamente, no estaba para hablar de bueyes perdidos. No se sentía con ganas de estar con otras personas, aunque se tratara de sus amigos.

«Le dijeron, pues, los otros discípulos: Al Señor hemos visto » (v. 25). Estaban muy emocionados, extáticos y ansiosos de compartir la buena noticia con Tomás.

Pero alguien en el estado de ánimo en que se encontraba Tomás no iba a alegrarse tan fácilmente. Seguía siendo un pesimista sin esperanza. Todo lo que podía ver era el lado malo de las cosas, y esto parecía demasiado bueno para ser verdad. «Él le dijo: Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré» (v. 25).

Por esta afirmación es que se le llegó a conocer como «Tomás, el incrédulo». Pero no seamos tan duros con él. Recuerde, los otros discípulos tampoco creyeron en la resurrección hasta que vieron a Jesús. Marcos 16.10-11 dice que después que María Magdalena lo vio «Yendo ella, lo hizo saber a los que habían estado con él, que estaban tristes y llorando. Ellos, cuando oyeron que vivía, y que había sido visto por ella, no lo creyeron». Los dos discípulos en el camino a Emaús anduvieron con él una larga distancia antes de darse cuenta Quién era. El versículo 13 dice: «Ellos fueron y lo hicieron saber a los otros; y ni aun a ellos creyeron». Cuando Jesús se apareció en el cuarto donde los discípulos estaban reunidos, «les mostró las manos y el costado » (Juan 20.20). *Entonces* creyeron. Pero *todos* fueron lentos para creer. Lo que distingue a Tomás de los otros diez no fue que su duda fuera mayor, sino que su dolor fue mayor.

Juan 20.26 dice que pasaron ocho días antes que Jesús se apareciera de nuevo a los discípulos. Finalmente, el horrible dolor de Tomás pareció ceder un poco, porque cuando los apóstoles se volvieron a reunir en el cuarto donde Jesús se les había aparecido, entre ellos estaba Tomás. Una vez más «llegó Jesús, estando las puertas cerradas, y se puso en medio de ellos y les dijo: Paz a vosotros» (v. 26).

Por supuesto, no era necesario que nadie le dijera a Jesús lo que había dicho Tomás. Así es que, Jesús miró a Tomás directamente a los ojos, y le dijo: «Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente» (v. 27). El Señor fue extraordinariamente gentil con él. Tomás había errado porque estaba más o menos predispuesto a ser pesimista. Pero su error fue el error de un amor profundo. Fue provocado por la angustia, porque tenía el corazón roto, por la incertidumbre y por el dolor de la soledad. Nadie podía sentir lo que Tomás sentía a menos que amara a Jesús como Tomás lo amaba. Por eso Jesús fue tierno con él. Él entiende nuestras debilidades (Hebreos 4.15). Él entiende nuestras dudas. Simpatiza con nuestra incertidumbre. Es paciente con nuestro pesimismo. Y mientras reconocemos esto como debilidades, debemos también reconocer la heroica devoción de Tomás por Cristo, lo que lo hizo entender que sería mejor morir que vivir separado de su Señor. La prueba de su amor es la profundidad de su desesperación.

Entonces Tomás hizo lo que fue probablemente la más grande afirmación jamás salida de labios de los apóstoles: «¡Señor mío, y Dios mío!» (v. 28). Que aquellos que dudan de la deidad de Cristo escuchen las palabras de Tomás.

De pronto, la melancolía, el desconsuelo, el negativismo y las tendencias a la depresión de Tomás desaparecieron para siempre ante la aparición de Jesucristo. Y en ese momento, fue transformado en un gran evangelista. Poco tiempo después, en Pentecostés, junto con los otros apóstoles, fue lleno con el Espíritu Santo y recibió poder para el ministerio. Él, como sus compañeros, llevó el evangelio hasta lo último de la tierra.

Hay una cantidad considerable de antiguos testimonios que sugieren que Tomás llevó el evangelio hasta la India. Aun hoy existe un pequeño cerro cerca del aeropuerto en Chennai (Madrás), India, donde se dice que Tomás fue sepultado. En el sur de la India hay iglesias cuyas raíces pueden seguirse hasta los inicios de la era de la iglesia, y la tradición dice que fueron fundadas bajo el ministerio de Tomás. La tradición más confiable dice que fue llevado al martirio por su fe, habiendo sido atravesado con una lanza. Si eso fue lo que ocurrió debemos pensar que el apóstol cuya fe maduró cuando vio la marca de la lanza en el costado de su Maestro, sufrió el martirio muriendo atravesado por una lanza, cumpliéndose así su anhelo de estar nuevamente reunido con su Señor.

DOS HOMBRES TRANSFORMADOS

Es interesante que Dios usara a un publicano como Mateo y a un pesimista como Tomás. En un tiempo, Mateo había sido el más vil de los pecadores, un paria indigno y

despreciable. Tomás era un individuo con un corazón tierno, y era taciturno y melancólico. Pero ambos fueron transformados por Cristo de la misma manera en que transformó a los otros. ¿Ha empezado a captar la idea de qué clases de personas usa Dios? Él puede usar a *cualquiera*.

La personalidad, la condición social y el trasfondo familiar no son importantes. La única cosa que todos estos hombres, excepto Judas, tenían en común era una disposición a reconocer su propia condición pecaminosa y mirar a Cristo buscando Su gracia. Él los recibió con amor, misericordia y perdón, y transformó sus vidas en vidas que lo glorificarían a Él. Eso es lo que hace con todos los que verdaderamente confían en Él.

9

JACOBO EL MENOR, SIMÓN LLAMADO ZELOTE, Y JUDAS (NO EL ISCARIOTE) QUE ERA EL APÓSTOL CON TRES NOMBRES

Jacobo, hijo de Alfeo, Simón llamado Zelote, Judas hermano de Jacobo...

—LUCAS 6.15-16

EL GRUPO FINAL DE CUATRO APÓSTOLES es el que menos conocemos, excepto por Judas Iscariote, quien se hizo notorio al vender a Jesús para que fuera crucificado. Este grupo parece haber tenido menos intimidad con Jesús que los otros ocho discípulos. Prácticamente no aparecen en los relatos del Evangelio. Poco se sabe de cada uno de ellos, excepto el hecho de que fueron llamados para ser apóstoles. En este capítulo veremos a tres de ellos, y a Judas Iscariote, el traidor, lo hemos reservado para el capítulo final.

Debemos tener presente que los apóstoles fueron hombres que lo dejaron todo para seguir a Cristo. Pedro habló por ellos cuando dijo: «He aquí, nosotros hemos dejado nuestras posesiones, y te hemos seguido» (Lucas 18.28). Habían dejado casas, trabajos, tierras, familia y amigos para seguir a Cristo. Su sacrificio había sido heroico. Con la excepción de Judas Iscariote, todos llegaron a ser testigos valientes e intrépidos.

En realidad, no vemos mucho de su heroísmo en los Evangelios porque dos de los escritores de los evangelios eran apóstoles (Mateo y Juan), y los otros dos (Marcos y Lucas) eran amigos cercanos de los apóstoles, y los cuatro describieron con sinceridad sus debilidades tanto como sus virtudes. Los apóstoles no se nos presentan como figuras imaginarias, sino como gente real. No se describen como celebridades prominentes sino como hombres comunes y corrientes. Por eso es que, en lo que se refiere a las narraciones de los Evangelios, los apóstoles dan color a las descripciones de la vida de Jesús, pero a ellos raramente se les encuentra en primer plano. Nunca se les ve desempeñando papeles principales.

Cuando aparecen en los primeros planos, a menudo es para manifestar dudas, incredulidad o confusión. A veces los vemos considerándose a sí mismos más de lo debido. A veces hablan cuando deberían quedarse callados, y parecen desconcertados acerca de cosas que deberían entender. A veces muestran más confianza en sus propias habilidades y en sus propios recursos de lo que deberían. De modo que sus limitaciones y debilidades se ven con más frecuencia que sus puntos fuertes. En tal sentido, la franca sinceridad de los relatos del Evangelio es asombrosa.

Mientras tanto, hay muy pocas manifestaciones de hechos grandiosos realizados por los apóstoles. Se nos dice se les dio poder para sanar, para resucitar a los muertos y para echar fuera demonios, pero aun esto está narrado de tal manera que se hacen claras sus

imperfecciones (cf. Marcos 9.14-29). El único lugar en los Evangelios donde un apóstol específico hace algo verdaderamente extraordinario es cuando Pedro empezó a caminar sobre el agua, pero inmediatamente comenzó a hundirse.

Los Evangelios sencillamente no presentan a estos hombres como héroes. Su heroísmo se hizo manifiesto después que Jesús regresara al cielo, enviara el Espíritu Santo y les diera poder. De repente, empezamos a verlos actuando en forma diferente. Son fuertes y valientes, y realizan grandes milagros. Predican con una fuerza nueva. Pero aun entonces, el registro bíblico es escaso. Básicamente, a los únicos que vemos son a Pedro, Juan y posteriormente al apóstol Pablo (quien fue añadido al número como «un abortivo», 1 Corintios 15.8). El resto de ellos permanece en la oscuridad.

El legado de su verdadera grandeza es la iglesia, un cuerpo vivo que ayudaron a fundar y de la cual llegaron a ser las piedras fundamentales («siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo», Efesios 2.20). La iglesia, que ahora tiene dos mil años, existe porque aquellos hombres iniciaron la expansión del evangelio de Jesucristo hasta lo último de la tierra. Y su heroísmo será recompensado y recordado a través de la eternidad en la Nueva Jerusalén, donde sus nombres estarán grabados permanentemente en los fundamentos de esa ciudad.

Los Evangelios son los registros sobre cómo Jesús los adiestró. La Escritura deliberadamente registra más sobre Jesús y su enseñanza que sobre la vida de estos hombres. Esto sirve para recordarnos que el Señor se deleita en usar a gente débil y común y corriente. Si las fallas y las imperfecciones de carácter de los apóstoles son un espejo de sus propias debilidades, anímese. Esta es la clase de personas a las que el Señor le gusta usar.

La única cosa que separó a estos hombres de otros en el relato de los Evangelios fue la durabilidad de su fe. En ninguna parte se percibe esto tan claramente como en Juan 6, poco después de la alimentación de los cinco mil, cuando las multitudes empezaron a reunirse alrededor de Jesús, esperando tener más comida gratis. En ese punto, Jesús empezó a predicar un mensaje que muchos encontraron chocante y ofensivo. Él se describió a sí mismo como el verdadero maná del cielo (v. 32). *Eso* fue ofensivo porque al describirse como habiendo descendido del cielo (v. 41), estaba afirmando ser Dios. Los dirigentes judíos y el pueblo entendieron esto correctamente como una afirmación de deidad (v. 42). Jesús respondió diciendo nuevamente que Él era el verdadero pan de vida (v. 48). Y les añadió que daría su carne por la vida del mundo, y dijo: «El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él» (vv. 54-56). Obviamente, Él no estaba hablando sobre canibalismo literal, sino que estaba usando una descripción vívida para referirse al compromiso absoluto que requería de sus seguidores.

Juan escribe: «Al oírlas, muchos de sus discípulos dijeron: Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír?» (v. 60). La palabra «discípulos» en ese versículo se refiere al grupo más grande de personas que seguían a Jesús y no a los Doce en particular. Juan

sigue diciendo: «Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él» (Juan 6.66). Ese mismo día, varias de las docenas de discípulos que habían escuchado las enseñanzas de Jesús y sido testigos de sus milagros dejaron de seguirlo. Para ellos, sus palabras habían sido demasiado duras y sus exigencias demasiado rigurosas. Pero no fue así con los Doce, que permanecieron con Jesús.

Y al disolverse la multitud, Jesús miró a los Doce y dijo: «¿Queréis acaso irnos también vosotros?» (v. 67). Este era el momento de irse, si se sentían inclinados a hacerlo.

Pedro habló por el grupo cuando dijo: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna» (v. 68). Se quedarían con Jesús fuera lo que fuera. Excepto por Judas Iscariote, eran hombres de verdadera fe.

Jesús sabía perfectamente que algunos de sus discípulos no eran verdaderos creyentes, y sabía que Judas habría de traicionarlo. Les dijo: «Pero hay algunos de vosotros que no creen. Porque Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían, y quién le había de entregar» (v. 64). En el versículo 70, responde a Pedro: «¿No os he escogido yo a vosotros los doce, y uno de vosotros es diablo?» Él conocía sus corazones. Excepto Judas, ellos habían roto con su pasado para siempre. Habían dejado todo para seguir a Jesús.

Ese es el único hecho realmente heroico sobre ellos que se revela en los Evangelios. Y el fracaso de Judas en hacer tal compromiso, mientras pretendía que lo que había hecho, fue lo que lo hizo tan despreciable.

Al examinar este último grupo de apóstoles, descubrimos que aunque la Escritura dice muy poco sobre ellos, de todas maneras tienen sus propias distinciones.

JACOBO, HIJO DE ALFEO

El noveno nombre en la lista de los apóstoles que ofrece Lucas (Lucas 6.14-16) es «Jacobo hijo de Alfeo» (v. 5). La *única* cosa que la Escritura nos dice sobre este hombre es su nombre. Si alguna vez él escribió algo, se perdió para la historia. Si alguna vez le formuló preguntas a Jesús, o hizo algo para sobresalir del grupo, la Escritura no lo registra. Nunca alcanzó ningún grado de fama o notoriedad. No era el tipo de persona que sobresale. Fue completamente oscuro. Incluso tenía un nombre muy común.

En el Nuevo Testamento hay varios hombres con el nombre de *Jacobo*. Ya hemos hablado de Jacobo, el hijo de Zebedeo. Había otro Jacobo, hijo de María y José y, por tanto, medio hermano de Jesús (Gálatas 1.19). Este Jacobo, medio hermano de Jesús, aparentemente llegó a ser un líder en la iglesia de Jerusalén. Fue el vocero que, según Hechos 15.13-21, dio a conocer la decisión del Concilio de Jerusalén. También se cree que es este mismo Jacobo fue quien escribió la epístola del Nuevo Testamento que lleva

el nombre de Santiago. No es el mismo Jacobo nombrado como uno de los apóstoles en el tercer grupo de cuatro.

En cuanto al Jacobo que nos interesa, prácticamente todo lo que sabemos de él es que era hijo de Alfeo (Mateo 10.3; Marcos 3.18; Lucas 6.15; Hechos 1.13). Por Marcos 15.40 sabemos que la madre de Jacobo se llamaba María. Ese versículo, junto con Mateo 27.56 y Marcos 15.47 menciona a otro de los hijos de María, José. José debe de haber sido bien conocido como un seguidor de Jesús (aunque no era apóstol) porque su nombre se menciona repetidamente. Su madre María, obviamente, era también una devota seguidora de Cristo. Ella fue testigo ocular de la crucifixión. También es una de las mujeres que fue a ungir el cuerpo de Jesús que ya estaba en la sepultura (Marcos 16.1).

Aparte de estos escasos detalles que pueden extraerse sobre su familia, este Jacobo es un personaje completamente oscuro. Su falta de prominencia se refleja aun en su sobrenombre. En Marcos 15.40 se le llama «Jaco­bo el menor».

La palabra griega para «menor» es *mikros*, que literalmente quiere decir «pequeño». Su significado primario es «pequeño de estatura», lo que podría ser una referencia a sus rasgos físicos. Quizás haya sido un hombre bajo o de estructura pequeña.

La palabra puede referirse también a alguien que es joven en edad. Pudo haber sido más joven que Jacobo, el hijo de Zebedeo, en cuyo caso este sobrenombre estaría distinguiéndolo como el más joven de los dos. De hecho, aun si esto no fuese a lo que hace referencia su sobrenombre, es probable que fuera más joven que el otro Jacobo; de otra manera, tal vez que hubiese sido conocido como «Jaco­bo el mayor».

Pero lo más probable es que el nombre haga referencia a su influencia. Como ya hemos visto, Jacobo, el hijo de Zebedeo, era un hombre de prominencia. Su familia era conocida por el sumo sacerdote (Juan 18.15-16). Él fue parte del círculo íntimo del Señor. Era el más conocido de los dos Jacobos. Por lo tanto, Jacobo el hijo de Alfeo, era conocido como «Jaco­bo el menor». *Mikros*, el «pequeño Jacobo».

Bien podría ser que todas estas cosas fueran verdad de Jacobo; es decir, que haya sido pequeño de estatura, joven o una persona tranquila que permaneció más bien en un segundo plano. Eso podría ser consecuente con la baja prominencia que tuvo entre los Doce. Podríamos decir que su marca distintiva fue lo oscuro de su personalidad.

Eso, en sí, es un hecho importante. Aparentemente, él no buscó la notoriedad. No llevó a cabo un liderazgo destacado ni formuló preguntas importantes. No demostró una agudeza inusual. Solo queda su nombre, mientras que su vida y su obra quedan inmersas en la oscuridad.

Pero fue uno de los Doce. Por alguna razón Jesús lo seleccionó, lo adiestró, le dio poder como a los otros, y lo envió como testigo. Me recuerda a aquellas personas que no

son mencionadas por nombre en Hebreos 11.33-38:

... que por fe conquistaron reinos, hicieron justicia, alcanzaron promesas, taparon bocas de leones, apagaron fuegos impetuosos, evitaron filo de espada, sacaron fuerzas de debilidad, se hicieron fuertes en batallas, pusieron en fuga ejércitos extranjeros. Las mujeres recibieron sus muertos mediante resurrección; mas otros fueron atormentados, no aceptando el rescate, a fin de obtener mejor resurrección. Otros experimentaron vituperios y azotes, y a más de esto prisiones y cárceles. Fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba, muertos a filo de espada; anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, pobres, angustiados, maltratados; de los cuales el mundo no era digno; errando por los desiertos, por los montes, por las cuevas y por las cavernas de la tierra.

La eternidad revelará los nombres y testimonios de estos, como Jacobo el menor, a quien el mundo escasamente recuerda y no sabe nada de él.

La historia de la iglesia, en su mayor parte, es también silenciosa sobre este hombre. Algunas de las más antiguas leyendas sobre él lo confunden con Jacobo, el hermano de Jesús. Hay alguna evidencia que Jacobo el menor llevó el evangelio a Siria y a Persia. Hay diversos relatos sobre su muerte. Algunos dicen que fue sometido a apedreamiento; otros, que fue golpeado hasta que murió; y aún otros dicen que fue crucificado como Jesús.

En cualquier caso, podemos estar seguros de que, al igual que los demás apóstoles, llegó a ser un predicador con poder. Seguramente realizó «las señales de apóstol... por señales, prodigios y milagros» (2 Corintios 12.12). Y su nombre estará escrito en una de las puertas de la ciudad celestial.

He aquí un interesante pensamiento sobre Jacobo, el hijo de Alfeo: Usted debe recordar que según Marcos 2.14, Leví (Mateo) era el hijo de un hombre también llamado Alfeo. Podría ser que este Jacobo fuera hermano de Mateo. Después de todo, Pedro y Andrés eran hermanos, y Jacobo y Juan lo eran también. ¿Por qué no también estos dos, Mateo y Jacobo el menor? La Escritura no hace mayor esfuerzo en distinguir entre los dos Alfeos. Por otra parte, Mateo y Jacobo en ningún lugar son identificados como hermanos. Sencillamente no sabemos si lo eran o no.

Otro asunto interesante sobre el linaje de Jacobo surge cuando comparamos Marcos 15.40 con Juan 19.25. Ambos versículos mencionan a otras dos Marías que estaban de pie junto a la cruz de Jesús con María, la madre del Señor. Marcos 15.40 habla de «María Magdalena, María la madre de Jacobo el menor y de José». Juan 19.25 nombra a «su [Jesús] madre, y la hermana de su madre, María la mujer de Cleofas y María Magdalena». Es posible, quizás incluso probable, que la hermana de la madre de Jesús («María la mujer de Cleofas») y «María la madre de Jacobo el menor» sean la misma persona. («Cleofas» pudo haber sido otro nombre para Alfeo, o la madre de Jacobo pudo haberse vuelto a casar después de la muerte del padre de este). De ser este el caso, haría de Jacobo el menor un primo de Jesús.

¿Fue Jacobo primo de Jesús? ¿Fue hermano de Mateo? No lo sabemos. La Escritura

no nos lo dice expresamente. La importancia de los discípulos no radica en su genealogía. Si hubiese sido importante, la Escritura lo habría dicho. Lo que hizo a estos hombres importantes fue el Señor a quien sirvieron y el mensaje que proclamaron. Si carecemos de detalles sobre ellos, está bien. El cielo revelará la verdad total de quiénes fueron y cómo eran. Mientras tanto, es suficiente saber que estuvieron cerca del Señor, que el Espíritu Santo les dio poder, y que Dios los usó para llevar el evangelio al mundo de aquellos días.

Todos ellos, pocos años después de Pentecostés, prácticamente desaparecieron de las narraciones bíblicas. En ninguno de los casos, la Escritura nos da una biografía completa. Y eso se debe a que la Escritura mantiene siempre su enfoque en el poder de Cristo y en el poder de la Palabra, no en los hombres, que fueron meros instrumentos de ese poder. Estos hombres fueron llenos del Espíritu y predicaron la Palabra. Eso es todo lo que en realidad necesitamos saber. Lo importante no es el vaso; lo que es importante es el Maestro.

Nadie como Jacobo el menor, hijo de Alfeo, resume mejor esa verdad. Pudo haber reclamado que se le reconociera como el hermano de Mateo o el primo de Jesús, pero pasó en silencio a través de toda la narrativa de los Evangelios. Este mundo no recuerda casi nada de él. Pero en la eternidad, recibirá una recompensa completa (Marcos 10.29-31).

SIMÓN LLAMADO ZELOTE

El siguiente nombre dado en Lucas 6.15 es «Simón llamado Zelote». En Mateo 10.4 y Marcos 3.18, se le llama «Simón el cananista». Esta no es una referencia a la tierra de Canaán o a la aldea de Caná. Viene de la raíz hebrea *qanna* que quiere decir «ser celoso, ferviente».

Aparentemente, en un tiempo Simón había sido miembro del partido político conocido como los Zelotes. El hecho que haya llevado ese nombre toda su vida podría sugerir que tenía un temperamento vehemente, celoso. Pero en los días de Jesús, el término se aplicaba a una secta política bien conocida y ampliamente temida, y Simón, aparentemente, había sido miembro de esa secta.

El historiador Josefo describe cuatro partidos entre los judíos de aquel tiempo. Los *fariseos*, que eran muy exigentes acerca de la ley; eran los religiosos fundamentalistas de su tiempo. Los *saduceos* eran religiosos liberales que negaban lo sobrenatural. También eran ricos, aristocráticos y poderosos, y estaban a cargo del templo. Los *esenios* no se mencionan en la Escritura, pero tanto Josefo como Filón de Alejandría los describen como ascéticos y célibes que vivían en el desierto y dedicaban sus vidas al estudio de la ley. El cuarto grupo, los *zelotes*, eran más políticamente orientados que cualquier otro grupo, aparte de los herodianos. Los zelotes odiaban a los romanos y su meta era terminar con la ocupación romana. Su estrategia era el terrorismo y los hechos de violencia

subrepticios.

Los zelotes eran extremistas en todo sentido. Al igual que los fariseos, interpretaban la ley en forma literal. A diferencia de los fariseos (que estaban dispuestos a contemporar por razones políticas), los zelotes eran personas militantes, violentas y que hacían cualquier cosa para lograr sus propósitos. Creían que solo Dios tenía el derecho de gobernar sobre los judíos y, por lo tanto, creían que estaban haciendo la obra de Dios cuando asesinaban soldados romanos, líderes políticos y cualquier otro que se les opusiera.

Los zelotes estaban esperando a un Mesías que los dirigiera en la derrota de los romanos y restaurara el reino a Israel con su gloria salomónica. Eran patriotas dispuestos a todo, incluso a morir en un instante por lo que creían. Josefo escribe de ellos:

Judas el Galileo era el autor de la cuarta secta de filosofía judía. Estos hombres estaban de acuerdo en todas las demás cosas con las nociones farisaicas, pero tenían un apego inviolable a la libertad, y decían que Dios tenía que ser el único Gobernante y Señor. Tampoco titubeaban en morir de cualquiera clase de muerte, y sentían lo mismo en cuanto a la muerte de sus parientes y amigos, y no había ningún temor que los hiciera llamar a otro hombre señor. Y puesto que esta resolución inamovible de ellos es bien conocida a la gran mayoría, no me referiré más a este asunto; ni me preocupa que no se crea algo que yo haya dicho sobre ellos, sino que más bien temo que algo que yo haya dicho no muestre en todo su vigor la resolución que muestran cuando sufren dolor. Y fue en el tiempo de Gessius Florus que la nación empezó a verse afectada por esta destemplanza, quien fue nuestro procurador, y quien ocasionó que los judíos se pusieran agresivos por el abuso de su autoridad y los hiciera rebelarse contra los romanos.¹

La rebeldía que Josefo describe «en el tiempo de Gessius Florus» ocurrió en el año 6 d.C. cuando un grupo de zelotes emprendió una violenta rebelión contra un censo romano con fines de impuestos. El líder y fundador de los zelotes, también mencionado por Josefo, era Judas el galileo, que es nombrado en Hechos 5.37.

Los zelotes estaban convencidos de que pagar tributo a un rey pagano era un acto de traición a Dios. Esa opinión tuvo buena acogida entre la gente que ya estaba sobrecargada por los impuestos romanos. Judas el galileo aprovechó la oportunidad, organizó fuerzas y se lanzó a matar, a saquear y a destruir. Desde su cuartel general en la región de Galilea, él y sus seguidores desataron una guerra de guerrillas y actos de terrorismo contra los romanos. Pronto, sin embargo, los romanos aplastaron la rebelión, matando a Judas el galileo y crucificando a sus hijos.

El partido zelote pasó a la clandestinidad. Sus actos de terror se hicieron más selectivos y más sigilosos. Como lo hicimos notar en el capítulo 2, formaron un partido de asesinos secretos llamados *sicarii*, «hombres del puñal», por los cuchillos curvos y mortales que llevaban escondidos entre sus ropas. Se movían sigilosamente hasta colocarse detrás de los soldados y políticos romanos, y los apuñalaban por la espalda, entre las costillas, atravesando, con un golpe certero, el corazón de sus víctimas.

Les gustaba quemar blancos romanos en Judea para luego replegarse a áreas remotas

de Galilea donde se escondían. Como los describe Josefo en el párrafo citado antes, era bien conocida su disposición de sufrir cualquiera clase de muerte o soportar cualquier cantidad de dolor, incluyendo la tortura de sus propios parientes. Los romanos podían torturarlos y matarlos, pero no podían apagar la pasión de ellos.

Muchos historiadores creen que cuando los romanos saquearon Jerusalén bajo Tito Vespasiano en el año 70 d. C., ese terrible holocausto fue precipitado, en gran medida, por los zelotes. Durante el sitio de Roma, después que el ejército romano ya había sometido a la ciudad y cortado todas sus vías de suministro, los zelotes empezaron a matar a judíos que querían negociar con Roma para terminar con el sitio. No permitían que nadie se rindiera para salvar su vida. Cuando Tito vio cuán desesperada era la situación, destruyó la ciudad, masacrando a miles de sus habitantes y llevándose los tesoros del templo. Fue así como el odio ciego de los zelotes contra Roma y todo lo que fuera romano, por último provocó la destrucción de su propia ciudad. El espíritu de su movimiento era un fanatismo insano y, en última instancia, autodestructivo.

Josefo sugiere que el nombre *zelotes* era un nombre incorrecto, «como si ellos fueran celosos en el buen sentido, más bien que celosos en las peores acciones, y desmedidos en su forma de actuar más allá del ejemplo de otros».²

Simón era uno de ellos. Es interesante que cuando Mateo y Marcos nombran a los Doce, ponen a Simón justo antes de Judas Iscariote. Cuando según Marcos 6.7 Jesús envió a los discípulos de dos en dos es muy probable que Simón y Judas Iscariote hayan formado uno de los equipos. Es muy posible que ambos siguieran originalmente a Cristo por razones políticas. Pero en algún punto, Simón llegó a ser un seguidor genuino y fue transformado. Judas Iscariote, en realidad, nunca creyó.

Cuando Jesús no derrocó a Roma sino que habló de morir, algunos habrían esperado que el traidor fuera Simón, un hombre de tan profunda pasión, celoso y políticamente convencido de que podía alinearse con los terroristas. Pero eso era antes que conociera a Jesús.

Por supuesto, como uno de los Doce, Simón también tuvo que asociarse con Mateo, quien venía del lado opuesto del espectro político, cobrando impuestos para el gobierno romano. En un punto de su vida, Simón posiblemente habría asesinado gustoso a Mateo. Pero finalmente llegaron a ser hermanos espirituales, trabajando hombro a hombro por la misma causa, la expansión del evangelio, y adoraban al mismo Señor.

Es sorprendente que Jesús seleccionara a un hombre como Simón para que fuera uno de los apóstoles. Pero él era un hombre de lealtad a toda prueba, con una pasión asombrosa, valor y fervor. Simón había creído la verdad y aceptó a Cristo como su Señor. El ardiente entusiasmo que una vez había tenido por Israel ahora se expresaba en su devoción a Cristo.

Varias fuentes antiguas dicen que después de la destrucción de Jerusalén, Simón llevó el evangelio al norte y predicó en las Islas Británicas. Como muchos de los otros, simplemente desaparece de los registros bíblicos. No hay versiones confiables sobre lo que pasó con él, pero se dice que fue asesinado por predicar el evangelio. Este hombre, que una vez estuvo dispuesto a matar y ser muerto por defender una agenda política dentro de los confines de Judea, encontró una causa más fructífera por la cual dar su vida: la proclamación de la salvación a los pecadores de toda nación, lengua y tribu.

JUDAS, HIJO DE JACOBO

El último nombre en la lista de discípulos fieles es Judas, el hijo de Jacobo. El nombre *Judas* es un buen nombre. Significa «Jehová guía». Pero por la traición de Judas Iscariote, el nombre *Judas* tendrá para siempre una connotación negativa. Cuando el apóstol Juan lo menciona, lo llama «Judas (no el Iscariote)» (Juan 14.22).

Judas, el hijo de Jacobo, en realidad tenía tres nombres. (Jerónimo se refiere a él como «Trinomio», el hombre con tres nombres.) En Mateo 10.3 se le llama «Lebeo, por sobrenombre Tadeo». Probablemente *Judas* haya sido el nombre que recibió al nacer. *Lebeo* y *Tadeo* eran esencialmente sobrenombres. *Tadeo* significa «niño de pecho», evocando la idea de amamantar a un bebé. Casi tiene un sonido irónico, como «niño de mamá». Quizás haya sido el menor de la familia y, por lo tanto, el bebé entre varios hermanos, especialmente mimado por su madre. Su otro nombre, *Lebeo*, es similar. Viene de una raíz hebrea que se refiere al corazón, literalmente «niño del corazón».

Ambos nombres sugieren que tenía un corazón tierno, como el corazón de un niño. Es interesante pensar en un alma apacible como esa compartiendo en el mismo grupo de cuatro apóstoles del que formaba parte Simón llamado Zelote. Pero el Señor puede usar ambas clases de personas. Los zelotes eran grandes predicadores. Pero también pueden ser grandes predicadores los individuos tiernos de corazón, compasivos, amables, almas de espíritu dulce como *Lebeo Tadeo*. Juntos, contribuyen a un grupo muy complejo e intrigante de doce apóstoles. Hay a lo menos uno de cada personalidad imaginable.

Como los otros tres fieles miembros del tercer grupo apostólico, *Lebeo Tadeo* está más o menos en la oscuridad. Pero esa oscuridad de ninguna manera empaña nuestro respeto por ellos. Todos llegaron a ser formidables predicadores.

El Nuevo Testamento registra un incidente en el que está involucrado este *Judas Lebeo Tadeo*. Para verlo, volvamos a la descripción que hace el apóstol Juan del discurso de Jesús en el aposento alto. En Juan 14.21, Jesús dice: «El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él».

Entonces, Juan agrega: «Le dijo Judas (no el Iscariote): Señor, ¿cómo es que te manifestarás a nosotros, y no al mundo?» (v. 22). Aquí vemos la humildad de este hombre.

No dice nada indiscreto, temerario o demasiado confiado. No regaña a Jesús como hizo Pedro una vez. Su pregunta está llena de suavidad y mansedumbre, y no muestra ninguna forma de orgullo. No podía creer que Jesús se pudiera manifestar a este insignificante grupo de once y no al mundo entero.

Después de todo, Jesús era el Salvador del mundo. Era el justo heredero de la tierra, Rey de reyes y Señor de señores. Ellos siempre habían asumido que Jesús había venido para establecer su reino y sujetar todas las cosas a Él. Las buenas nuevas de perdón y salvación eran ciertamente buenas nuevas para todo el mundo. Y los discípulos lo sabían muy bien, pero el resto del mundo, en su mayor parte, todavía no lo sabía. De manera que Lebeo Tadeo quería saber: «¿Cómo es que te vas a revelar a nosotros y no a todo el mundo?»

» Él era un discípulo piadoso, un hombre que amaba a su Señor y sentía el poder de la salvación en su propia vida. Estaba lleno de esperanza para el mundo, y en su propio tierno corazón, y como lo haría un niño, quería saber por qué Jesús no se iba a dar a conocer a todos. Obviamente, seguía esperando ver el reino viniendo a la tierra. No podíamos culparlo por eso; así fue como Jesús enseñó a sus discípulos a orar (Lucas 11.2).

Jesús le dio una respuesta maravillosa, y la respuesta fue tan tierna como la pregunta: «Respondió Jesús y le dijo: El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él» (Juan 14.23). Jesús se manifestará a cualquiera que lo ama.

Judas Lebeo Tadeo seguía pensando en el reino material y político. «¿Por qué no has tomado control del mundo todavía? ¿Por qué no te manifiestas al mundo?»

La respuesta de Jesús quería decir: «No voy a tomar posesión del mundo externamente; voy a tomar posesión de los corazones, uno a la vez. Si alguno me ama, él guardará mi Palabra. Y si guarda mi Palabra, mi Padre y yo vendremos a él y juntos estableceremos el reino en su corazón».

La mayor parte de la antigua tradición sobre Lebeo Tadeo sugiere que unos pocos años después de Pentecostés, llevó el evangelio al norte, a Edesa, una ciudad real en Mesopotamia, en la región de lo que hoy es Turquía. Hay numerosos relatos antiguos de cómo sanó al rey de Edesa, un hombre llamado Abgar. En el siglo cuarto, Eusebio el historiador dijo que en los archivos de Edesa (ahora destruidos) había numerosas referencias a la visita de Tadeo y a la sanidad de Abgar.³

El símbolo apostólico tradicional de Judas Lebeo Tadeo es una cachiporra porque la tradición dice que, a causa de su fe, con ese instrumento fue golpeado hasta morir.

De esta manera, esta alma tierna siguió a su Señor fielmente hasta el fin. Su testimonio fue tan poderoso y alcanzó tan lejos como el de cualquiera de los discípulos mejor

conocidos y más elocuentes. Él, como ellos, es una prueba de cómo Dios usa a gente común y corriente en formas admirables.

10

JUDAS, EL TRAIADOR

Entonces respondiendo Judas, el que le entregaba, dijo: ¿Soy yo, Maestro?

—MATEO 26.25

EL MÁS NOTORIO Y UNIVERSALMENTE DESPRECIADO de todos los discípulos es Judas Iscariote, el traidor. Su nombre aparece al final en todas las listas bíblicas, excepto en la de Hechos 1, donde su nombre no aparece. Cada vez que Judas es mencionado en la Escritura encontramos una referencia a su condición de traidor. Él es el fracaso más colosal en toda la historia de la humanidad. Cometió el hecho más horrible y atroz que individuo alguno haya podido cometer jamás. Traicionó, por un puñado de monedas, al Hijo de Dios perfecto, sin pecado, santo. Su oscura historia es un ejemplo patente de las profundidades a las que el corazón humano es capaz de caer. Pasó tres años con Cristo, pero durante todo ese tiempo su corazón solo se endureció y se llenó de odio.

Los otros once apóstoles son un gran aliciente para nosotros porque ejemplifican cómo las personas comunes y corrientes, con defectos típicos, pueden ser usadas por Dios en formas extraordinarias y admirables. Judas, por otra parte, perdura como una advertencia sobre el potencial que tiene el mal cuando hay descuido espiritual, oportunidades malgastadas, lujuria y dureza de corazón. Judas fue un hombre que estuvo tan cerca del Salvador como es humanamente posible estar. Disfrutó de cada privilegio que Cristo puede ofrecer. Fue íntimamente familiar con todas las enseñanzas de Jesús. Sin embargo, se mantuvo incrédulo y fue a una eternidad sin esperanza.

Judas era tan común y corriente como el resto, sin credenciales terrenales y sin ninguna característica que pudiera destacarlo del grupo. Empezó exactamente como los otros habían comenzado. Pero nunca se apoderó de la verdad por fe, por lo que no fue transformado como el resto. Mientras que los otros crecían en su fe como hijos de Dios, él se transformaba más y más en un hijo del infierno.

El Nuevo Testamento nos dice mucho sobre Judas, suficiente como para lograr dos cosas: Primero, la vida de Judas nos recuerda que es posible estar cerca de Cristo y asociarse con Él estrechamente (aunque en forma superficial), y aún así estar completamente endurecido por el pecado. Segundo, Judas nos recuerda que no importa cuán pecadora sea una persona, no importa qué traición pueda intentar cometer contra Dios, el propósito de Dios no puede ser frustrado. Aun el peor acto de traición obra hacia el cumplimiento del plan divino. El plan soberano de Dios no puede ser desbaratado ni siquiera por el ardid más astuto de los que lo odian.

SU NOMBRE

El nombre Judas es una forma de *Judá*. El nombre significa «Jehová guía», lo que indica que cuando él nació sus padres deben de haber tenido grandes esperanzas de que fuera guiado por Dios. La ironía del nombre es que ninguna persona fue jamás guiada más claramente por Satanás que Judas.

Su segundo nombre, Iscariote, se refiere a la región de donde procedía. Está derivado del término hebreo *ish* («hombre») y el nombre de un pueblo, Queriot, «hombre de Queriot». Probablemente, Judas venía de Queriothezron (cf. Josué 15.25), un pueblo humilde en el sur de Judea. Aparentemente era el único de los apóstoles que no procedía de Galilea. Como sabemos, muchos de los otros eran hermanos, amigos y compañeros de trabajo aun antes de encontrarse con Jesús. Judas era una figura solitaria que vino de lejos. Aunque no hay evidencia de que haya sido excluido o mirado con desprecio por el resto del grupo, es posible que se haya visto a sí mismo como un advenedizo, lo que pudo haberle ayudado a justificar su traición.

La poca familiaridad de los discípulos galileos con Judas pudiera haber contribuido, en cierto sentido, a su decepción. Los otros sabían poco sobre su familia, su trasfondo o su vida antes que llegara a ser discípulo. Por eso le fue fácil actuar con hipocresía. Sabemos que llegó a un lugar de confianza, porque fue el tesorero del grupo y usó esa posición para sustraer de los fondos (Juan 12.6).

El padre de Judas se llamaba Simón (Juan 6.71). Este Simón es igualmente desconocido para nosotros. Simón era un nombre común, obviamente, porque dos de los discípulos (Pedro y el Zelote) también se llamaban Simón. Más allá de eso, no sabemos nada de la familia de Judas ni de su trasfondo social.

Como los otros, Judas era igualmente un hombre común y corriente. Es interesante notar que cuando Jesús predijo que uno de ellos habría de entregarlo, nadie sospechó de él señalándolo con el dedo (Mateo 26.22-23). Era tan experto en su hipocresía que nadie parecía desconfiar de Judas. Pero Jesús conocía su corazón desde el principio (Juan 6.64).

SU LLAMADO

El llamado de Judas no está registrado en la Escritura. Es obvio, sin embargo, que decidió seguir a Jesús voluntariamente. Vivía en un tiempo de gran expectativa mesiánica y, como la mayoría en Israel, también esperaba con ansias la venida del Mesías. Cuando oyó de Jesús, debe de haberse convencido de que este tenía que ser el verdadero Mesías. Como los otros once, abandonó cualquier asunto en el que haya estado involucrado y empezó a seguir a Jesús a tiempo completo. Y decidió permanecer junto a Jesús cuando algunos discípulos menos devotos empezaron a abandonar el grupo (Juan 6.66-71). Había dado su vida por seguir a Jesús, pero nunca le dio su corazón a Jesús.

Probablemente, Judas era un joven y celoso patriota judío que no quería que los romanos gobernaran en Israel, y que esperaba que Cristo derrotara a los opresores extranjeros y restaurara el reino a Israel. Obviamente, veía que Jesús tenía poderes como ningún otro hombre. Había, por tanto, muchas razones para que alguien como Judas se sintiera atraído por eso.

Es igualmente obvio, sin embargo, que Judas no se sintió atraído por Cristo en un sentido espiritual. Siguió a Jesús por un deseo de ganancias egoístas, ambiciones mundanas, avaricia y codicia. Percibía el poder de Jesús y quería un poder igual para él. No estaba interesado en el reino por la salvación o por Cristo, sino que estaba interesado solo en lo que podía obtener para beneficio propio. La riqueza, el poder y el prestigio eran lo que alimentaban sus ambiciones.

Por un lado, es claro que *escogió* seguirlo. Y continuó siguiéndole aun cuando seguir a Jesús se hizo difícil. Continuó siguiéndolo aun cuando el hacerlo requería que aguzara su hipocresía para cubrir la realidad de lo que era.

Por otro lado, Jesús también lo escogió a él. La tensión entre la soberanía divina y la elección humana se manifiesta en el llamado de Judas, como se expresa también en el llamado de los otros apóstoles. Todos ellos había elegido a Jesús, pero Él los había elegido primero (Juan 15.16). Judas había igualmente elegido seguir a Jesús. Y aunque él también había sido elegido *por* Jesús, no fue para redención. Su papel de traidor estaba ordenado desde antes de la fundación del mundo, y aun estaba profetizado en el Antiguo Testamento.

El Salmo 41.9, una profecía mesiánica, dice: «Aun el hombre de mi paz, en quien yo confiaba, el que de mi pan comía, alzó contra mí el calcañar». En Juan 13.18 Jesús cita ese versículo y dice que su cumplimiento vendría en su propia traición. El Salmo 55.12-14 dice: «Porque no me afrentó un enemigo, lo cual habría soportado; ni se alzó contra mí el que me aborrecía, porque me hubiera ocultado de él; sino tú, hombre, al parecer íntimo mío, mi guía, y mi familiar; que juntos comunicábamos dulcemente los secretos, y andábamos en amistad en la casa de Dios». Ese pasaje también anticipa la traición de Judas. Zacarías 11.12-13 dice: «Si os parece bien, dadme mi salario; y si no, dejadlo. Y pesaron por mi salario treinta piezas de plata. Y me dijo Jehová: Échalo al tesoro; ¡hermoso precio con que me han apreciado! Y tomé las treinta piezas de plata, y las eché en la casa de Jehová al tesoro». Mateo 27:9-10 identifica ese pasaje como otra profecía sobre Judas. De modo que el papel de Judas estaba establecido de antemano.

Incluso la Escritura dice que cuando Jesús escogió a Judas, Él *sabía* que Judas sería el que daría cumplimiento a las profecías sobre la traición. Lo escogió a sabiendas para cumplir el plan.

Sin embargo, Judas de ninguna manera fue obligado a hacer lo que hizo. Ninguna mano invisible lo forzó a traicionar a Jesús. Actuó libremente y sin presión externa. Era

responsable de sus propias acciones. Jesús dijo que él cargaría con la culpa por sus acciones a través de la eternidad. Su propia codicia, su propia ambición y sus propios malos deseos fueron la única fuerza que lo empujó a traicionar a Jesús.

¿Cómo podemos reconciliar el hecho de que la traición de Jesús estuvo profetizada y predeterminada con el hecho de que él actuó por su propia voluntad? No hay necesidad de reconciliar esos dos hechos. No hay contradicción alguna en ellos. El plan de Dios y la mala acción de Judas coincidieron perfectamente. Judas hizo lo que hizo porque su corazón era malo. Dios, quien ejecuta todas sus obras de acuerdo con el consejo de su propia voluntad (Efesios 1.11), había preordenado que Jesús fuera traicionado y que muriera por los pecados del mundo. En Lucas 22.22 Jesús mismo corrobora tales verdades: «A la verdad el Hijo del Hombre va, según lo que está determinado; pero ¡ay de aquel hombre por quien es entregado!» Spurgeon dijo esto sobre la tensión entre la soberanía divina y la decisión humana:

Si... encuentro en una parte de la Biblia que se enseña que todo está predeterminado, eso es verdad; y si encuentro, en otra Escritura, que el hombre es responsable por todas sus acciones, eso es verdad; y es solo mi insensatez la que me lleva a imaginar que estas dos verdades pueden contradecirse entre sí. Yo no creo que puedan fundirse en una sola sobre ningún yunque terrenal, sino que serán una en la eternidad. Son dos líneas paralelas que corren tan cerca la una de la otra que la mente humana que las sigue muy lejos, nunca descubrirá que convergen, pero sí convergen y de alguna manera se encontrarán en la eternidad, cerca del trono de Dios, desde donde fluye toda verdad.¹

Dios ordenó los eventos por los cuales Jesús habría de morir, pero Judas llevó a cabo su maldad según su propia decisión, sin presiones ni coacción de fuerza externa alguna. Ambas cosas son verdad. La voluntad perfecta de Dios y los propósitos perversos de Judas coinciden para que ocurra la muerte de Cristo. Judas lo hizo por maldad, pero Dios transformó aquello para bien (cf. Génesis 50.20). No hay contradicción.

Desde una perspectiva humana, Judas tenía el mismo potencial que los otros. La diferencia es que él nunca fue de verdad atraído hacia la Persona de Cristo. Lo vio solo como un medio para llegar a un fin. La meta secreta de Judas era la prosperidad personal, ganancias para sí mismo. Nunca abrazó por la fe las enseñanzas de Jesús. Nunca tuvo ni siquiera un gramo de verdadero amor por Cristo. Su corazón nunca cambió y, por lo tanto, la luz de la verdad solo lo endureció.

Judas tuvo muchas oportunidades de volverse de su pecado, tantas como cualquier otra persona. Escuchó numerosos llamados de Cristo urgiéndolo a *no* hacer lo que planeaba hacer. Escuchó muchas lecciones que Jesús enseñó durante su ministerio. Muchas de tales lecciones se aplicaban directamente a él: la parábola del mayordomo infiel (Lucas 16.1-13); el mensaje sobre el vestido de boda (Mateo 22.11-14); el mensaje contra el amor al dinero (Mateo 6.19-24); contra la avaricia (Lucas 12.15-21) y contra el orgullo (Mateo 23.1-12). Incluso Jesús había dicho francamente a los Doce: «Uno de vosotros es diablo» (Juan 6.70). Les advirtió sobre el dolor que vendría sobre aquel que lo traicionara (Mateo 26.24). Judas escuchó todo eso sin inmutarse. Nunca aplicó aquellas lecciones a su vida. Se mantuvo en su engaño.

SU DESILUSIÓN

Mientras tanto, Judas se sentía cada vez más desilusionado de Cristo. No hay duda de que al principio, *todos* los apóstoles pensaron en el Mesías judío como un monarca oriental que derrotaría a los enemigos de Judea, que barrería de Israel la ocupación pagana, y que restablecería el reino davídico con una gloria sin precedentes. Sabían que Jesús hacía milagros, y era obvio que tenía poder sobre el reino de las tinieblas. También tenía autoridad sobre el mundo físico. Nadie enseñó jamás como Él, ni nadie habló como Él, ni vivió en la forma en que Él vivió. En cuanto a lo que los discípulos concernía, Él era el obvio cumplimiento de las promesas mesiánicas del Antiguo Testamento.

Pero Jesús no siempre cumplió las expectativas ni las ambiciones personales de ellos. Para ser perfectamente sincero, las expectativas de ellos no eran todas motivadas espiritualmente. De tanto en tanto vemos evidencia de esto, como cuando Jacobo y Juan pidieron los lugares principales en el reino. La mayoría de ellos había esperado ver un reino terrenal, material, político, militar y económico. Aunque lo habían dejado todo para seguir a Jesús, lo habían hecho con la esperanza de que habrían de ser recompensados (Mateo 19.27). El Señor les aseguró que serían recompensados, pero su recompensa plena y final la recibirían en el siglo venidero (Lucas 18.29-30). Si persistían en esperar una recompensa material e inmediata, se iban a desilusionar.

El resto de los apóstoles había empezado a captar lentamente que el verdadero Mesías no era lo que al principio esperaron. Y aceptaron la comprensión superior de las promesas bíblicas que Jesús había desplegado para ellos. Su amor por Cristo venció sus ambiciones terrenales. Recibieron su enseñanza sobre la dimensión espiritual del reino y gustosos se transformaron en participantes de ese reino.

Judas, entretanto, simplemente se desilusionó. La mayor parte del tiempo escondió su decepción bajo el manto de la hipocresía, probablemente porque esperaba encontrar la manera de obtener algún dinero por los años que había pasado con Jesús. Nunca logró conquistar la mundanalidad de su corazón. Nunca aceptó el reino espiritual de Cristo. Se mantuvo ajeno a todo eso, aunque secretamente.

Las pocas referencias a Judas que de cuando en cuando se nos dan en los Evangelios sugieren que desde hacía tiempo que había venido desilusionándose y amargándose, pero que todo eso lo mantuvo en secreto. En Juan 6, durante el ministerio de Jesús en Galilea, Él se refirió a Judas como «diablo». Jesús sabía lo que nadie más sabía: Judas ya se había transformado en una persona descontenta. Seguía sin creer, sin arrepentirse y sin alcanzar la regeneración. Con cada día que pasaba, su corazón se ponía más duro.

Cuando Jesús y los apóstoles fueron a Jerusalén para la fiesta de la Pascua, en el último año de su ministerio terrenal, el desencanto espiritual de Judas era completo. En algún punto de aquellos pocos días finales, su desilusión se volvió odio, un odio mezclado con avaricia que finalmente se expresó en traición. Probablemente, Judas se convenció a sí mismo que Jesús le había robado su vida, le había robado dos años de ganar di-

nero. Tal forma de pensar llegó a dominarlo, al punto que finalmente se transformó en el monstruo que traicionó a Jesús.

SU AVARICIA

Poco después de la resurrección de Lázaro y justo antes de la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, Jesús y sus discípulos volvieron a Betania, en las afueras de la ciudad. Este era el lugar donde Lázaro había sido resucitado y donde vivía con sus hermanas, María y Marta. Jesús había sido invitado a una cena en casa de un tal «Simón el leproso» (Mateo 26.6). Su querido amigo Lázaro estaba presente con María y Marta, y esta última ayudaba a servir la comida. Juan 12.2-3 registra lo que ocurrió: «Y le hicieron allí una cena; Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban sentados a la mesa con él. Entonces María tomó una libra de perfume de nardo puro, de mucho precio, y ungió los pies de Jesús, y los enjugó con sus cabellos; y la casa se llenó del olor del perfume».

Este acto es impresionante por su extravagancia. No solo fue un acto público de adoración sino que también tuvo la apariencia de un derroche. El perfume, especialmente un producto tan caro, es para usarse en pequeñas cantidades. Una vez que se ha derramado, no se puede volver a recoger. Derramar una libra de un aceite tan costoso para ungir los pies de alguien da la apariencia de un exceso enorme.

«Y dijo uno de sus discípulos, Judas Iscariote, hijo de Simón, el que le había de entregar: ¿Por qué no fue ese perfume vendido por trescientos denarios, y dado a los pobres?» (vv. 4-5). Como sea que se mire, trescientos denarios era una gran suma de dinero para un perfume. Recuerde que un denario era básicamente la paga diaria de un trabajador (Mateo 20.2). Trescientos denarios era el salario de un hombre durante un año (sin contar los días de reposo y los días de fiestas). Yo le he comprado perfumes costosos a mi esposa, pero nunca podría gastar el salario de un año en un perfume. Este fue un acto sorprendente de generosidad de parte de una familia que debió de haber tenido recursos.

La reacción de Judas fue una astuta estratagema. Aparentó preocupación por los pobres. Da la impresión de que su protesta pareció razonable a los otros apóstoles porque Mateo 26.8 dice que ellos se hicieron eco de la indignación de Judas. ¡Qué experto había llegado a ser Judas en su hipocresía! El apóstol Juan reflexionando años más tarde sobre este incidente, escribió: «Pero dijo esto, no porque se cuidara de los pobres, sino porque era ladrón, y teniendo la bolsa, sustraía de lo que se echaba en ella» (Juan 12:6). Por supuesto, ni Juan ni ninguno de los otros apóstoles vio a través del engaño de Judas en ese momento, pero Juan, al mirar hacia atrás, cuando escribía su libro bajo la inspiración del Espíritu Santo, nos dijo directamente cuál había sido el motivo de Judas: avaricia pura.

En los versículos 7 y 8 se registra la respuesta de Jesús a Judas: «Déjala; para el día de mi sepultura ha guardado esto. Porque a los pobres siempre los tendréis con vosotros, mas a mí no siempre me tendréis». Dadas las circunstancias y puesto que Jesús conocía

perfectamente bien el corazón de Judas, esta parece más bien una censura suave. Pudo haberlo atacado con una furiosa condenación, y haber expuesto sus verdaderos motivos, pero no lo hizo.

De todas maneras, la gentil reprimenda parece que hizo que Judas se resintiera aun más con Jesús. No se arrepintió. Ni siquiera examinó su corazón. De hecho, este incidente parece haber sido el punto en el que su pensamiento cambió. Trescientos denarios habría sido una tremenda suma para agregar al tesoro, ofreciéndole una excelente oportunidad para trasladar dinero a su propio bolsillo. Debido a la disposición de Jesús de recibir esa adoración tan pródiga, Judas perdió una oportunidad ideal de apoderarse de más dinero que no era suyo.

Esta parece haber sido la gota que rebasó el vaso, porque inmediatamente después de contar la historia del ungimiento de Jesús, Mateo dice: «Entonces uno de los doce, que se llamaba Judas Iscariote, fue a los principales sacerdotes, y les dijo: ¿Qué me queréis dar, y yo os lo entregaré? Y ellos le asignaron treinta piezas de plata. Y desde entonces buscaba oportunidad para entregarle » (Mateo 26.14-16). Judas se escabulló, salió de Betania, caminó algo así como unos dos kilómetros hasta Jerusalén, se reunió con los principales sacerdotes y vendió a Jesús a sus enemigos por un puñado de monedas. Treinta piezas de plata. Fue todo lo que pudo obtener. Según Éxodo 21.32, este era el precio de un esclavo. No era mucho dinero. Pero no pudo negociar el precio.

El contraste es sorprendente: Jesús es ungido con un amor rebosante por María y al mismo tiempo es traicionado con un odio rebosante por Judas.

Nótese que esta es la primera vez que a Judas se le ve haciendo algo solo. Hasta ese punto, se había mezclado perfectamente con los demás del grupo. Es la primera vez que habla como individuo y es la primera vez que se hace acreedor de una censura directa por parte de Jesús. Aparentemente, aquello fue todo lo que se necesitó para provocar su traición. Había mantenido embotellada su amargura y su desilusión todo el tiempo que le fue posible. Ahora su traición secreta se haría patente.

SU HIPOCRESÍA

En Juan 13.1, el apóstol Juan comienza su largo relato sobre lo que sucedió en el aposento alto la noche del arresto de Jesús. Después de haber recibido el dinero que le pagaron por traicionar a Jesús, Judas volvió, se mezcló con el grupo y actuó como si nada anormal hubiera sucedido. Juan dice que fue el diablo el que puso en el corazón de Judas traicionar a Jesús (v. 2). Eso no es sorprendente. De nuevo, Judas hizo lo que hizo voluntariamente, sin ningún tipo de coacción. Satanás no podía *forzarlo* a traicionar a Jesús. Pero a través de ciertas circunstancias, le sugirió el plan, lo tentó para que lo hiciera, y plantó la semilla de la traición en su corazón. Debido a que su corazón era tan hostil a la verdad y estaba tan lleno de maldad, Judas se convirtió en un instrumento fácil para Satanás.

Fue en ese preciso momento que Jesús les dio a los apóstoles una lección de humildad al lavarles los pies. Les lavó los pies a los doce, lo cual quiere decir que incluso le lavó los pies a Judas. Sentado allí, Judas dejó que Jesús le lavara los pies. Se mantuvo impasible. El peor pecador del mundo era también el mejor hipócrita del mundo.

Pedro, por su parte, estaba profundamente conmovido por el acto de humildad de Jesús. Al principio sintió vergüenza y se negó a que Jesús le lavara los pies. Pero cuando Jesús le dijo: «Si no te lavare, no tendrás parte conmigo» (v. 8), Pedro le respondió: «Señor, no sólo mis pies, sino también las manos y la cabeza » (v. 9).

Jesús le respondió: «El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio; y vosotros limpios estáis, *aunque no todos*» (v. 10, énfasis añadido). Un murmullo tiene que haber corrido por el cuarto cuando les dijo eso. Ellos eran solo doce y Jesús estaba diciendo que alguien en el grupo no estaba limpio. Juan agrega: «Porque sabía quién le iba a entregar; por eso dijo: no estáis limpios todos» (v. 11).

En los versículos 18-19 Jesús habló aún más directamente: «No hablo de todos vosotros; yo sé a quienes he elegido; mas para que se cumpla la Escritura: El que come pan conmigo, levantó contra mí su calcañar. Desde ahora os lo digo antes que suceda, para que cuando suceda, creáis que yo soy». Por supuesto, Él estaba diciendo que el acto de Judas era el cumplimiento del Salmo 41.9.

Todo aquello parecía ser demasiado difícil de entender para la mayoría de los apóstoles. Así que en el versículo 21, Jesús hace una predicción aún más explícita sobre el inminente acto de traición: «Habiendo dicho Jesús esto, se conmovió en espíritu, y declaró y dijo: De cierto, de cierto os digo, que uno de vosotros me va a entregar». Todos los discípulos, excepto Judas, quedaron perplejos y profundamente conmovidos con esas palabras. Aparentemente, empezaron a examinar sus propios corazones, porque Mateo 26.22, dice: «Y entristecidos en gran manera, comenzó cada uno de ellos a decirle: ¿Soy yo, Señor?» Incluso Judas, siempre preocupado por mantener la apariencia para parecer como cualquiera de los otros, preguntó: «¿Soy yo, Maestro?» Pero en su caso no había habido un autoexamen sincero. Hizo la pregunta solo porque estaba preocupado de que los otros se dieran cuenta; él ya sabía que él era aquel a quien se estaba refiriendo Jesús.

El apóstol Juan concluye así su relato de este incidente:

Y uno de sus discípulos, al cual Jesús amaba, estaba recostado al lado de Jesús. A éste, pues, hizo señas Simón Pedro, para que preguntase quién era aquel de quien hablaba. Él entonces, recostado cerca del pecho de Jesús, le dijo: Señor, ¿quién es? Respondió Jesús: A quien yo diere el pan mojado, aquél es. Y mojado el pan, lo dio a Judas Iscariote hijo de Simón. Y después del bocado, Satanás entró en él. Entonces Jesús le dijo: Lo que vas a hacer, hazlo más pronto. Pero ninguno de los que estaban a la mesa entendió por qué le dijo esto. Porque algunos pensaban, puesto que Judas tenía la bolsa, que Jesús le decía: Compra lo que necesitamos para la fiesta; o que diese algo a los pobres. Cuando él, pues, hubo tomado el bocado, luego salió; y era ya de noche (Juan 13.23-30).

El día de la salvación se había cerrado para Judas. La misericordia divina dio lugar al juicio divino. En esencia, Judas había sido entregado a Satanás. El pecado había triunfado en su corazón. Satanás se había instalado allí.

Nótese, sin embargo, que aun cuando Jesús había hablado del traidor y había dado a Judas el pan mojado para identificarlo, aquello *todavía* no entraba en la cabeza de los apóstoles. Nadie parecía darse cuenta de que Judas sería el traidor. Tan experto era este en su hipocresía que hasta el mismo fin los engañó a todos, excepto a Jesús.

Jesús lo mandó a que se fuera. Esto es fácil de entender. Jesús es puro, sin pecado, sin mancha, santo. Aquí estaba este desdichado, esta mala presencia en quien Satanás literalmente había entrado. Jesús no iba a tener el primer servicio de santa cena con el diablo y Judas presente en el cuarto. *¡Fuera!*

Solo después que Judas hubo salido nuestro Señor instituyó la cena del Señor. Hasta el día de hoy, cuando nos acercamos a la mesa del Señor, se nos instruye a examinarnos a nosotros mismos para no participar hipócritamente y traer juicio sobre nosotros mismos (1 Corintios 11.27-32).

El apóstol Juan dice que a lo largo de todo este episodio, hasta que Judas hubo dejado la compañía de los apóstoles, Jesús estaba profundamente conmovido en espíritu (Juan 13.21). ¡Por supuesto que estaba conmovido! La presencia de aquel desdichado, inicuo, poseído por Satanás, estaba contaminando la comunión de los apóstoles. La ingratitud de Judas, su rechazo de la bondad de Jesús, el odio que secretamente sentía Judas por Jesús, lo repulsivo de la presencia de Satanás, lo atroz del pecado, los horrores de saber que las mandíbulas abiertas del infierno estaban esperando a uno de sus más cercanos acompañantes, todo eso atribulaba y agitaba a Jesús. No es de extrañar que le haya ordenado a Judas que se fuera lo más pronto posible.

SU TRAICIÓN

Aparentemente, Judas fue directamente desde el aposento alto al Sanedrín. Les dijo que el asunto estaba arreglado y que ahora sabía dónde podrían arrestar a Jesús bajo el amparo de la oscuridad. Secretamente, y desde que había hecho el trato con el Sanedrín, Judas había venido buscando una oportunidad conveniente para traicionar a Jesús (Marcos 14.11). Ahora, había llegado la hora.

Recuerde, Judas no actuó en un momento de locura. Esto no responde a un impulso repentino. No fue un hecho nacido de la pasión. Esta acción tenebrosa fue planeada y premeditada deliberadamente. Él había estado planeando eso durante días, tal vez semanas o incluso meses. Ya había tomado el dinero que le habían pagado (Mateo 26.15). Solo había estado esperando la hora oportuna. Mientras tanto, había continuado su campaña de desfalco, manteniendo la fachada hipócrita, y yendo con el resto de los apóstoles como si en verdad fuera uno de ellos. Pero ahora Jesús les había hablado abiertamen-

te a los otros discípulos sobre el complot de Judas para traicionarlo. Judas había sido casi desenmascarado frente a los otros. Era hora de actuar.

¿Qué había estado esperando Judas? Según Lucas 22.6, había venido buscando una oportunidad «para entregárselo [a Jesús] *a espaldas del pueblo*» (énfasis añadido). Era un cobarde. Conocía la popularidad de Jesús. Temía a la multitud. Como cualquier hipócrita, le obsesionaba la preocupación sobre lo que la gente pensaría de él, de modo que estaba esperando traicionar a Jesús en la forma más callada posible. Esperaba la puerta al infierno que fuera más conveniente. Y cuando la encontró, la traspuso de una vez.

Por eso, en el momento en que Jesús estaba instituyendo la santa cena en el aposento alto, Judas estaba haciendo arreglos para su captura. Él sabía que Jesús iba con regularidad a Getsemaní para orar con sus discípulos. Lucas 22.39 dice que era costumbre de Jesús ir allí. Juan 18.2 dice que Judas «conocía aquel lugar, porque muchas veces Jesús se había reunido allí con sus discípulos». Así es que Judas conocía exactamente el lugar al cual llevar a las autoridades para capturar a Jesús.

La siguiente vez que vemos a Judas es en Juan 18, cuando su conspiración de traición alcanza su punto culminante. Empezaba a oscurecer. Jesús había ido desde el aposento alto al lugar donde acostumbraba orar en el pequeño huerto de olivos conocido como Getsemaní. Allí derramó su corazón ante el Padre en agonía tal que su sudor era como grandes gotas de sangre. Había dejado a ocho de sus discípulos a alguna distancia y se había internado en el huerto con Pedro, Jacobo y Juan (Marcos 14.32-33).

«Judas, pues, tomando una compañía de soldados, y alguaciles de los principales sacerdotes y de los fariseos, fue allí con linternas y antorchas, y con armas» (Juan 18.3). La «compañía de soldados» era seguramente un destacamento de soldados romanos de la Fortaleza Antonia, adyacente al templo. Un destacamento estaba formado por unos seiscientos hombres. No se nos dan números exactos, pero todos los escritores de los Evangelios coinciden en que era una gran muchedumbre (Mateo 26.47; Marcos 14.43; Lucas 22.47), probablemente cientos de soldados. Era obvio que esperaban lo peor, porque llegaron armados hasta los dientes.

«Pero Jesús, sabiendo todas las cosas que le habían de sobrevenir, se adelantó y les dijo: ¿A quién buscáis?» (Juan 18.4). No esperó a que Judas viniera por él. No trató de esconderse. Les salió al paso presentándoseles y diciéndoles: «Yo soy» (v. 5).

Judas había escogido una señal para identificar a Jesús. «Al que yo besare, ése es; prendedle» (Mateo 26.48). ¡Qué diabólica forma de señalar a Jesús! Pero su infamia era tan profunda y su hipocresía tan maliciosa que aparentemente no tenía conciencia. Por otra parte, ya que Jesús se adelantó y se identificó, la señal resultaba innecesaria, pero Judas, cínico y malvado como él solo, lo besó de todas maneras (Marcos 14.45).

«Entonces Jesús le dijo: Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre?» (Lucas 22.48). El beso es una señal de homenaje, amor, afecto, ternura, respeto e intimidad. Los

sentimientos fingidos de Judas por Cristo solo hicieron su hecho mucho más tenebroso. Era una solapada hipocresía. Judas trató de mantener la apariencia de respeto hasta el amargo final.

Jesús, siempre cortés, incluso se dirigió a él como «Amigo» (Mateo 26.50). Jesús siempre había sido el amigo de Judas, pero Judas no era un amigo verdadero de Jesús (cf. Juan 15.14). Él era un traidor y un engañador. Sus besos eran los besos de la peor clase de traición.

Aquella noche, Judas profanó la Pascua. Profanó al Cordero de Dios. Profanó al Hijo de Dios. Profanó el lugar de oración. Traicionó a su Señor con un beso.

SU MUERTE

Judas vendió a Jesús por una cantidad ínfima. Pero tan pronto como hubo completado el trato, su conciencia despertó. Se encontró a sí mismo en un infierno de su propia creación, sin poderse sacar de la mente lo que había hecho. El dinero, algo que hasta ese momento había sido tan importante para él, ahora no significaba nada. Mateo 27.3-4 dice: «Entonces Judas, el que le había entregado, viendo que era condenado, devolvió arrepentido las treinta piezas de plata a los principales sacerdotes y a los ancianos, diciendo: Yo he pecado entregando sangre inocente ».

Su remordimiento no fue lo mismo que arrepentimiento, como los subsiguientes hechos lo demuestran. Lo sentía, no porque hubiera pecado contra Cristo, sino porque su pecado no lo satisfacía en la forma que él había esperado.

Los principales sacerdotes y los ancianos fueron cortantes. «Mas ellos dijeron: ¿Qué nos importa a nosotros? ¡Allá tú!» (v. 4). Ellos ya tenían lo que querían. Judas podía hacer lo que quisiera con el dinero. Ahora nada podría deshacer su traición.

Mateo dice: «Y arrojando las piezas de plata en el templo, salió, y fue y se ahorcó» (v. 5). Judas ya estaba en un infierno de su propia creación. Su conciencia no quedaría silenciosa, y esa es la misma esencia del infierno. El pecado trae culpa, y el pecado de Judas le trajo un sufrimiento insoportable. De nuevo, su remordimiento no era arrepentimiento genuino. Si tal hubiera sido el caso, él no se habría quitado la vida. Era simplemente pena porque no le gustó lo que sentía. Tristemente, no buscó el poder de Dios. No pidió misericordia. No buscó liberarse de Satanás. En lugar de eso, trató de silenciar su conciencia suicidándose. Esa fue la angustia de un loco que había perdido el control.

Mateo concluye su relato sobre Judas, diciendo: «Los principales sacerdotes, tomando las piezas de plata, dijeron: No es lícito echarlas en el tesoro de las ofrendas, porque es precio de sangre. Y después de consultar, compraron con ellas el campo del alfarero, para sepultura de los extranjeros. Por lo cual aquel campo se llama hasta el día de hoy:

Campo de sangre» (Mateo 27.6-8).

Hechos 1.18-19 añade una nota final a la tragedia de Judas con más detalles sobre su muerte y la adquisición del Campo de sangre: «Este, pues, con el salario de su iniquidad adquirió un campo, y cayendo de cabeza, se reventó por la mitad, y todas sus entrañas se derramaron. Y fue notorio a todos los habitantes de Jerusalén, de tal manera que aquel campo se llama en su propia lengua, Acéldama, que quiere decir, Campo de sangre».

Algunos han imaginado una contradicción entre Mateo y Hechos, pero cualquier discrepancia aparente es fácilmente reconciliable. Mateo indica que los sacerdotes compraron el campo con el dinero de sangre de Judas. Así, es verdad que Judas adquirió el campo «con el salario de su iniquidad». Fue comprado *para* él por los principales sacerdotes, pero la compra se hizo con su dinero. El campo llegó a ser su posesión. Sus herederos, si es que los tenía, habrían de heredar el campo. Por eso es correcto decir que «con el salario de su iniquidad adquirió un campo» aun cuando la compra haya sido hecha *para* él, por apoderado.

¿Por qué ese campo en particular? Porque fue el lugar donde Judas se ahorcó. Aparentemente, él escogió un árbol que estaba en una saliente del terreno que quedaba sobre algunas rocas filosas. (Hay un lugar que precisamente coincide con esa descripción en el campo en Jerusalén donde la tradición dice que Judas se ahorcó.) O la soga cedió o la rama del árbol se rompió, el caso es que Judas cayó cabeza abajo sobre las rocas. La descripción bíblica es gráfica y fuerte: «Se reventó por la mitad, y todas sus entrañas se derramaron» (Hechos 1.18). Judas fue una figura trágica que ni siquiera pudo matarse como había querido. De todos modos, murió.

Esta es virtualmente la última vez que la Escritura menciona a Judas: «Sus entrañas se derramaron». Su vida y su muerte fueron tragedias grotescas. Él fue un hijo del infierno y un hijo de perdición, y fue al lugar al que pertenecía. Jesús dijo estas palabras escalofrantes: «Bueno le fuera a ese hombre no haber nacido » (Marcos 14.21).

LA MORALEJA DE SU VIDA

Podemos sacar importantes lecciones de la vida de Judas. *Primero*, Judas es un ejemplo trágico de las oportunidades perdidas. Él oyó a Jesús enseñar día tras día por unos dos años. Pudo haberle hecho a Jesús las preguntas que hubiese querido. Pudo haber pedido y recibido de Jesús la ayuda que hubiese necesitado. Pudo haber cambiado la carga opresiva de su pecado por un yugo fácil. Jesús extendió a todos una amable invitación para hacerlo (Mateo 11.28-30). Pero al final, Judas se condenó por su propio fracaso al no prestar atención a lo que oyó.

Segundo, Judas es el epítome de los privilegios despreciados. Se le dio el más alto lugar de privilegio entre todos los seguidores de Jesús, pero despilfarró ese privilegio, cambiándolo por un puñado de monedas que, después de todo, decidió que no las que-

ría. ¡Qué negocio más necio!

Tercero, Judas es la ilustración clásica de cómo el amor al dinero es la raíz de toda clase de males (1 Timoteo 6.10).

Cuarto, Judas ejemplifica lo horrible y peligroso de la traición espiritual. Quisiéramos que Judas hubiera sido el único hipócrita que traicionó al Señor, pero no es así. Hay Judas en todas las épocas, personas que parecen ser verdaderos discípulos y cercanos seguidores de Cristo pero que se vuelven contra Él por razones siniestras y egoístas. La vida de Judas es un recordatorio a cada uno de nosotros sobre la necesidad de examinar nuestros corazones (cf. 2 Corintios 13.5).

Quinto, Judas es una prueba de la paciencia, bondad generosa y benevolencia amorosa de Cristo. «Bueno es Jehová para con todos, y sus misericordias sobre todas sus obras» (Salmo 145.9). El Señor incluso muestra su benevolencia amorosa a un reprobado como Judas. Recuerde, Jesús lo siguió llamando «Amigo», aun en medio de la traición. Jesús nunca mostró a Judas algo que no fuera amabilidad y amor, aun cuando sabía lo que este estaba planeando hacer. Y en ningún sentido fue Judas impulsado por Cristo para hacer lo que hizo.

Sexto, Judas demuestra cómo la voluntad soberana de Dios no puede ser impedida por ningún medio. Su traición parecía, a primera vista, como el triunfo más grande de Satanás. Pero en realidad, señaló la completa derrota para el diablo y todas sus obras (Hebreos 2.14; 1 Juan 3.8).

Séptimo, Judas es una demostración vívida de la falsedad y lo infructuoso de la hipocresía. Es la rama o pámpano de que habla Juan 15.6 que no permanece en la Vid Verdadera. Esa rama no produce fruto, es cortada y echada al fuego para que se destruya. Judas fue tan experto en su hipocresía que ninguno de los otros once jamás sospechó de él. Pero no pudo engañar a Jesús, ni tampoco puede engañarlo ningún hipócrita. Y Cristo es el Juez justo que pagará a cada uno según lo que merece (Juan 5.26-27). Los hipócritas como Judas no podrán culpar a nadie más que a sí mismos por la destrucción de sus almas.

Cuando Judas cambió la vida de Jesús por dinero, lo que en realidad estaba haciendo era vender su propia alma al diablo. La tragedia de su vida fue una tragedia que él mismo creó. Pasó por alto la luz a la que había estado expuesto esos años, relegándose a sí mismo a las oscuridades eternas.

Después de la resurrección de Jesús, Matías ocupó el lugar de Judas (Hechos 1.16-26). El apóstol Pedro dijo: «Porque está escrito en el libro de los Salmos: Sea hecha desierta su habitación, y no haya quien more en ella; y: Tome otro su oficio» (v. 20). Matías fue elegido porque había estado con Jesús y los otros apóstoles «comenzando desde el bautismo de Juan hasta el día en que de entre nosotros fue recibido arriba» (v. 22).

Aparte de eso, nada se sabe de Matías. Su nombre aparece solo dos veces en la Escritura, ambas en Hechos 1 donde se relata cómo fue elegido. De este modo al final, se eligió a otro hombre perfectamente común y corriente para que ocupara el lugar de aquel malvado extraordinario. Y junto con los otros once, Matías llegó a ser un testigo poderoso de la resurrección de Jesús (v. 22), un hombre común y corriente más a quien el Señor elevó a un llamado extraordinario.

NOTAS

INTRODUCCIÓN

1. Alexander Balman Bruce, *The Training of the Twelve* (New York: Doubleday, 1928), 29-30.

CAPÍTULO 2

1. Cita J. R. Miller en el libro de John C. Maxwell. *The 21 Irrefutable Laws of Leadership* (Nashville: Thomas Nelson, 1998), 71.

2. Las versiones King James y Nueva King James parecen sugerir que este evento ocurrió después de la comida. «Habiendo acabado la cena...» Otras versiones dicen que ocurrió «durante la cena...» o, mientras «la cena se servía». La palabra griega traducida «acabado» es *ginomai*, un verbo con un amplio rango de significados, incluyendo «ser ensamblado, ser aprobado, estar terminado». El contexto hace claro que fue la preparación de la cena y no cuando se estaba comiendo, que «finalizó» cuando Jesús se levantó para lavar los pies. Obviamente, fue después que Jesús mojará el pan y se lo diera a Judas (v 26). De modo que el lavamiento de pies obviamente ocurrió (como el protocolo lo exigía) antes de la comida, no después.

3. Eusebio, *Ecclesiastical History*, 3:1, 30.

CAPÍTULO 3

1. John C. Pollock, *Moody: A Biographical Portrait of the Pacesetter in Modern Evangelism* (New York: Macmillan, 1963), 13.

2. Richard Ellsworth Day, *Bush Aglow: The Life Story of Dwight Lyman Moody* (Philadelphia: Judson, 1936), 65.

CAPÍTULO 4

1. Eusebio, *Ecclesiastical Church History* 2.9.2-3.

CAPÍTULO 9

1. Josefo, *Antiquities* 18.6.

[2.](#) Josefo, *Wars of the Jews* 4.3.9

[3.](#) Eusebio, *Ecclesiastical History* 1.13.5

CAPÍTULO 10

[1.](#) Charles H. Spurgeon, «A Defense of Calvinism»; Susannah Spurgeon y Joseph Harrald, eds., *The Autobiography of Charles H. Spurgeon*, 4 vols. (Philadelphia: American Baptist Publication Society, 1895), 1:177.

ACERCA DEL AUTOR

El Dr. John F. MacArthur, autor de muchos éxitos de librería que han bendecido a millones de personas, es pastor y maestro de Grace Community Church en Sun Valley, California, y presidente de The Master's College and Seminary. También es presidente de Grace To You, un ministerio que produce Gracia a Vosotros, un programa de radio sindicado internacionalmente, y muchos recursos impresos, auditivos y de la Internet. Además, es el autor de las notas en The MacArthur Study Bible, que ganó el premio «Gold Medallion ». John y su esposa, Patricia, tienen cuatro hijos adultos y doce nietos. Para más información, póngase en contacto con Grace to You llamando al 1-866-GRACIA o visitando el sitio Web: www.gty.org.

El autor es escuchado diariamente alrededor del mundo a través de su ministerio radial Gracia a Vosotros.

Índice

RECONOCIMIENTOS	7
Introducción	9
1. Hombres comunes y corrientes, un llamado poco común	14
2. Pedro, el apóstol impetuoso	34
3. Andrés, el apóstol de las cosas pequeñas	58
4. Jacobo, el apóstol de la pasión	69
5. Juan, el apóstol del amor	82
6. Felipe, el analítico	99
7. Natanael, en quien no hay engaño	111
8. Mateo, el cobrador de impuestos; y Tomás, el gemelo	121
9. Jacobo el menor, Simón llamado Zelote, y Judas (no el Iscariote) que era el apóstol con tres nomb	134
10. Judas, el traidor	145
Notas	159
Acerca del autor	161
1	159
1 HOMBRES COMUNES Y CORRIENTES, UN LLAMADO POCO COMÚN	7
2 PEDRO, EL APÓSTOL IMPETUOSO	7
2	159
3	159
3 ANDRÉS, EL APÓSTOL DE LAS COSAS PEQUEÑAS	7
4 JACOBO, EL APÓSTOL DE LA PASIÓN	7
5 JUAN, EL APÓSTOL DEL AMOR	7
6 FELIPE, EL ANALÍTICO	7
7 NATANAEL, EN QUIEN NO HAY ENGAÑO	7
8 MATEO, EL COBRADOR DE IMPUESTOS; Y TOMÁS, EL GEMELO	7
9 JACOBO EL MENOR, SIMÓN LLAMADO ZELOTE, Y JUDAS (NO EL ISCARIOTE) QUE ERA EL APÓSTOL CON TRES NOMBR	7
10JUDAS, EL TRAIADOR	7

